



El Colegio de Michoacán, A.C.  
Centro de Estudios Arqueológicos  
Programa de Maestría en Arqueología 2014-2016

---

**Las Narrativas de la Autoridad:  
Activación del Pasado en el Sitio Arqueológico Los  
Guachimontones, Teuchitlán, Jalisco**

Presenta

Mtro. Héctor José Cardona Machado

Tesis de Grado para obtener el grado de  
Maestro en Arqueología

Directora de Tesis

Dra. Verenice Y. Heredia Espinoza

Asesores - Sinodales

Dr. Joshua D. Englehardt

Dra. Aída Castilleja González

La Piedad, Michoacán  
Octubre 2016

## AGRADECIMIENTOS

Este trabajo ha sido posible gracias al apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) de los Estados Unidos Mexicanos, el cual me brindó la ayuda económica necesaria para mi estadía en su país hasta al buen término de esta investigación.

Al Centro de Estudios Arqueológicos de El Colegio de Michoacán, A.C., por haberme dado la oportunidad de ampliar y profundizar en mi preparación académica a través del Programa de Maestría en Arqueología, en su promoción 2014-2016. Igualmente, a todos los docentes del Programa de Maestría en Arqueología, que brindaron sus conocimientos para encausar mis objetivos de investigación y los nuevos conocimientos en materia.

Al Proyecto Arqueológico Teuchitlán, por haberme permitido disponer de toda la información requerida; y principalmente a la Dra. Verenice Y. Heredia Espinoza, por estar siempre presta a la consecución de comentarios y observaciones en calidad de Directora del proyecto y de esta tesis de maestría.

A mis asesores, el Dr. Joshua D. Englehardt (CEQ-Colmich) y la Dra. Aída Castilleja González (INAH Michoacán), por sus observaciones, siempre certeras.

A todos aquellos colegas y amigos que tomaron de su tiempo para aclarar y desarrollar buenos aportes para este trabajo.

Heritage uses historical traces and tells historical tales. But these tales and traces are stitched into fables closed to critical scrutiny. Heritage is immune to criticism because it is not erudition but catechism —not checkable fact but credulous allegiance. Heritage is not a testable or even plausible version of our past; it is a *declaration of faith in that past*.

(Lowenthal 1998:7-8)

## Resumen

El siguiente trabajo de investigación presenta de manera sistemática una discusión sobre el papel que ha jugado la arqueología y los arqueólogos en los llamados procesos de *patrimonialización*, los cuales proponemos como formas de activación sobre los referentes materiales del pasado, o como se denomina comúnmente, en patrimonio cultural.

Dicho proceso conlleva la articulación en etapas que sugieren la selección, la ordenación y la interpretación de la materialidad; ello a través de narraciones que legitiman su escogencia y son producidas y reproducidas por un grupo de expertos dentro de la institucionalización generada por el poder político formal y que se conjugan en un discurso autorizado.

Un caso particular para reconocer estas dinámicas se presenta en el sitio arqueológico Los Guachimontones (Municipio Teuchitlán, Jalisco), donde la labor arqueológica ha producido discursos que han definido el uso del sitio en diversas formas, no solo como una zona arqueológica abierta al público, sino la inclusión a una declaratoria de patrimonio de la humanidad dentro del conocido *Paisaje Agavero y Antiguas Instalaciones Industriales de Tequila*.

Partiendo de ello, hemos revisado y analizado publicaciones científicas y de divulgación general, así como una serie de testimonios de investigadores y funcionarios públicos, para visibilizar la construcción de narrativas y contextos que han procurado la llamada puesta en valor —de activación— de estos elementos materiales.

Palabras claves: Patrimonio cultural, arqueología, Discurso Patrimonial Autorizado, Activación Patrimonial, Los Guachimontones.

## **Abstract**

This research systematically examines the role that archaeology and archaeologists have played in the so called processes of *patrimonialization*, defined here as the ways in which material referents of the past (commonly known as cultural heritage) are activated.

Such processes are usually articulated in phases that comprise the selection, organization, and interpretation of material remains through narratives that legitimize their selection and are produced and reproduced by a group of experts within institutional contexts. Such narratives are thus produced within a context of formalized political power, lending credence to their status as an “authorized discourse.”

The archaeological site of Los Guachimontones (in the municipality of Teuchitlán, Jalisco) is presented as a case study in which such dynamics are present and may be observed. At this site, archaeological work has produced discourses that have defined the use of the site in diverse ways, not just as a tourist destination, but also in terms of its incorporation within the world heritage site known as the *Paisaje Agavero y Antiguas Instalaciones Industriales de Tequila*. With this particular example, this investigation has revised and analyzed scientific publications and general public divulgation on the site, as well as a series of interviews with researchers and stakeholders involved in the archaeological work at Los Guachimontones, to critically expose the construction of such historical narratives, as well as the academic, institutional, and political contexts that served to simultaneously enable and validate the so-called activation of these material element.

Keywords: Cultural heritage, archaeology, Authorized Heritage Discourse, Patrimonial Activation, Los Guachimontones

## CONTENIDO

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	<b>1</b>
ALCANCES DE LA INVESTIGACIÓN .....	7
ESTRATEGIA METODOLÓGICA.....	10
REINTRODUCIENDO .....	20
<b>LA ACTIVACIÓN DEL PASADO</b> .....	<b>23</b>
PATRIMONIO CULTURAL: UNA ALTERNATIVA A LA HISTORIA.....	23
AUTORIDAD SOBRE EL PASADO: TRIADA ARQUEOLOGÍA-NACIONALISMO-PATRIMONIO CULTURAL .....	28
LOS PROCESOS DEL PATRIMONIO CULTURAL .....	36
<i>La Activación Patrimonial</i> .....	37
<i>El Discurso Patrimonial Autorizado</i> .....	43
Paisaje Cultural de la Humanidad: una forma autorizada .....	47
MÉXICO: ARQUEOLOGÍA NACIONALISTA Y PATRIMONIALISTA.....	53
<b>EL FENÓMENO GUACHIMONTONES</b> .....	<b>69</b>
UNA POSIBILIDAD EN EL OCCIDENTE MEXICANO.....	71
<i>El sustento del fenómeno: la tradición Teuchitlán</i> .....	77
<i>Sitio, zona, patrimonio y paisaje: la cuadratura del círculo</i> .....	85
El Alegato Jurídico .....	93
CRISIS = OPORTUNIDAD .....	100
<b>ENTRE FICCIÓN Y VERDAD (LO QUE SE NOS FUE POR LA CRIBA)</b> .....	<b>105</b>
LA TRADICIÓN TEUCHITLÁN: ¿AUTORIDAD EFECTIVA SOBRE EL PASADO? .....	105
<i>Tradición como concepto arqueológico</i> .....	106
<i>El problema de la agregadura conceptual</i> .....	117
Civilización.....	119

Urbanismo y Ciudad.....	122
Demografía: alta densidad poblacional .....	126
Economía.....	130
Área Económica Clave en un Paisaje Político.....	131
Control de recursos.....	137
Estado y Control .....	146
LA PRÉDICA COMO ESTRATEGIA .....	157
<b>LA PALABRA REDIMIDA: UN CONTEXTO (DE LO) ARQUEOLÓGICO.....</b>	<b>160</b>
“LOS GUACHIS”: UN EJERCICIO DE (RE)CREACIÓN DEL PASADO .....	161
ENTIDADES CON AUTORIDAD.....	179
INSTITUCIONALIZACIÓN: NEGOCIACIÓN Y REGULACIÓN DE VALORES E IDEAS .....	197
<i>Patrimonio y agave: uso y abuso político del pasado.....</i>	<i>208</i>
EN EL SEDIMENTO.....	222
<b>LA AUTORIDAD EN SU LABERINTO: SÍNTESIS INTERPRETATIVA.....</b>	<b>225</b>
<b>CONCLUSIONES .....</b>	<b>232</b>
EVALUACIÓN DE LA HIPÓTESIS .....	233
ALCANCE DE LOS OBJETIVOS .....	242
<b>REFERENCIAS CITADAS .....</b>	<b>250</b>
<b>ANEXOS .....</b>	<b>267</b>
<i>Guion entrevistas: arqueólogos .....</i>	<i>267</i>
<i>Guion entrevistas: funcionarios .....</i>	<i>281</i>

## INTRODUCCIÓN

Uno de los primeros comentarios que recibió este trabajo, durante su etapa como proyecto, se enfocó en un previo y supuesto conocimiento sobre las respuestas a las preguntas de investigación que se estaban planteando; como si el definir y sustentar la existencia de datos duros no fuese necesario. Esto generó inmediatamente dos réplicas: la primera donde, de ser cierta esta afirmación, igualmente debíamos proveer sustento en datos a estas respuestas que se asumieron como pre-determinadas. La segunda —y la más importante— llevó a reconocer algo que ya veníamos suponiendo sobre lo natural que ha venido siendo tratado esto llamado *patrimonio cultural*, asumiendo conjeturas sobre cómo se debían desarrollar los procesos de “activar” y usar la materialidad pretérita y, consecuentemente, el papel de los académicos en dicha causa.

Así, la apreciación del pasado, responde a una serie de procesos que conforman las diferentes maneras en que podemos entender, comprender y aceptar algunos lazos con las sociedades pretéritas que idealizamos como nuestros antepasados. Sin embargo, la distancia con estos grupos ha venido disminuyendo, pues la universalización en la importancia de la cultura y la diversidad humana —como productos—, ha transgredido los límites temporales y espaciales. Se ha pretendido convertir a las sociedades actuales en parte de este fenómeno, al etiquetarnos como “ciudadanos del mundo” y “herederos” de supuestos elementos tangibles e intangibles que antiguas sociedades humanas nos han legado a través de la historia.



Desde la mirada occidental ese pasado podría, ser en parte, producto de una serie de complejos y conscientes procesos de grupos particulares que persiguen alcanzar una serie de metas públicas y privadas que, a través de sus discursos, se asumen como palabras de “lo colectivo” o de una mayoría, cuando podrían estar siendo producidos por unos pocos, legitimados en su calidad de expertos o custodios sobre lo pasado. En ese orden, algunos autores (Díaz-Andreu 2001, 2002b; Dietler 1994; Graham 2002; Gramsch 2000; Joyce 2008; Meskell 2002), han planteado que las representaciones pretéritas —construidas desde este contingente de versados arquitectos, arqueólogos, historiadores— se han diseñado, adecuado e implementado a través de lo que Laurajane Smith ha llamado el *Discurso Patrimonial Autorizado* (en adelante DPA) (2001, 2006a, 2006b, 2009, 2011); y que para nosotros complementa el proceso de *Activación del Patrimonio* que describe Llorenç Prats (1996, 2004), y como pensamos realmente se actúa, o se ponen en valor los referentes del pasado.

La arqueología no está nada ajena a estos, pues se ha articulado dependientemente en la consecución de narraciones tan bien diseñadas, que superen las posibilidades de ser confrontadas desde la mayoría de los flancos, incluso el científico, “renunciando a la falsabilidad empírica, y por ende también a cualquier pretensión de científicidad” (Contreras 2002:277). Así, se teje una trama donde grupos dominantes, principalmente políticos, establecen mecanismos para la construcción de valores que enmarquen el pasado en discursos que, aun con base científica, no puedan ser cuestionados.

Si bien estos grupos no son los únicos que actúan en los procesos de activar el pasado, representan la vertiente que concierta las normas y procedimientos para hacerlo de manera “formal”, estableciendo cómo y en qué manera el resto de los actores sociales debe y puede vincularse con su pasado. En ello, muchas veces se minimiza la aportación de lo que

difusamente entendemos como “la comunidad” y poco se atiende sobre los significados que generan sobre sus aparentes legados

Pero estos significados pueden entrar en disputa. Graham (2002) señala que ante diferentes escalas temporo-espaciales, económica-culturales, públicas-privadas, es lógico puedan asumirse significados diferentes. El problema radica en la determinación de los límites impuestos para poder actuar sobre ello (si conviene o no a los grupos de poder). Con ello no negamos que en diferentes contextos se luche por las posibilidades de interpretaciones distintas, provengan o no de la ciencia u otro espacio con iguales posibilidades de legitimar (aunque ya no sea intitulado “patrimonio cultural”).

Bajo esta dinámica, es perentorio permitirse rebasar los cánones comunes de la actuación de la arqueología y los arqueólogos en los procesos que terminan por activar institucionalmente el pasado, ello con el reconocimiento de otras formas de vinculación que, generalmente, escapan a los proyectos de investigación. Parece entonces poco valioso lo que los actores sociales pueden decir de su pasado, fundamentándose en narrativas que muchas veces son consideradas mitos, cuentos, leyendas. ¿Muere la premisa del sujeto colectivo como creador de su patrimonio cultural?

Asumiendo este enfoque nos proponemos identificar, en la narrativa del arqueólogo y de la arqueología mexicana, una serie de elementos que pueden estar ayudando a legitimar porciones conscientemente seleccionadas del pasado. Pensamos que estas han estado sustentando las intervenciones y actuaciones formalmente institucionalizadas sobre el que hemos escogido como caso de estudio, el sitio arqueológico *Los Guachimontones* (Teuchitlán,

Jalisco) en categorías como las de *Zona Arqueológica*<sup>1</sup> o en su inclusión en la declaratoria de la UNESCO como *Patrimonio de la Humanidad* dentro del *Paisaje Agavero y Antiguas Instalaciones industriales de Tequila, Jalisco, México*<sup>2</sup>.

Comenzaremos desde un plano general, definiendo los posibles escenarios donde la práctica arqueológica desarrolla sus actuaciones, precisando el alcance y las posibilidades de estos mecanismos. Discurrimos en que estos no dependen únicamente de las posibilidades teóricas y metodológicas como herramientas de la ciencia, sino que incluye un cuerpo de normas versátiles en contexto, emanadas de sectores del poder político formal (adhiriéndola a sus competencias y creando mecanismos burocráticos para su control). Esto nos lleva a debatir sobre las posibles cualidades de este pasado recuperado por la arqueología versus su cuantía como una “cosa” con propiedades para ser gestionada institucionalmente. Bien lo asoma Gándara cuando esgrime que “como generadora de justificaciones y valores, la ciencia es indispensable en la consolidación de la ideología dominante, lo que sucede así aunque no nos guste reconocerlo” (Gándara 1992:93).

Este cúmulo de intereses puede estar valiéndose de una estrategia como la *naturalización* para aproximarse a una positiva valoración (Smith 2006a, 2012; Waterton et al. 2006); otorgando calificativos como el de monumento, bien o patrimonio cultural, con lo cual —pensamos— se espera minimizar o eliminar posturas críticas sobre las actuaciones y usos de

---

<sup>1</sup> Con la duda si refiere a *Zona de Monumento Arqueológico*, el cual es el nombre de la figura legal que definiría el sitio. No obstante, el mismo no ha recibido declaratoria alguna. Sin embargo, es categorizado en la web del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) como *Zona Arqueológica* (ver <http://www.inah.gob.mx/es/zonas/176-zona-arqueologica-teuchitlan-o-guachimontones>, consultado en 18 de noviembre de 2015). Sobre este aspecto volveremos en el desarrollo de nuestro trabajo.

<sup>2</sup> Ver <http://whc.unesco.org/en/list/1209> (consultado en 1 de mayo de 2015).

los referentes de la antigüedad, pues se pretende asumir que lo que el pasado nos ofrece es valioso, sin cuestionar el costo cultural, social y económico de ello. Más aún, con la mínima (o nula) controversia sobre los procedimientos que construyen esa versión, que muchas veces se pretende verdadera y oficial.

Aspiramos igualmente indagar cuáles serían los posibles roles de la arqueología y los arqueólogos en nuestro contexto específico, pues a través de sus planteamientos sobre cómo comprender al pasado (desarrollando conceptos, modelos o teorías), estarían sustentando una serie de procesos con posibilidades para el uso —también supuesto— de los heterogéneos grupos sociales legatarios. Casos como la *tradición Teuchitlán*, propuesta por Phil C. Weigand (1992a, 1993, 2004, 2008a, 2008b), nos presenta un modelo idóneo para definir el transitar histórico de un sitio arqueológico y su consideración y definición como tal, hasta sus posibilidades de gestión como recurso cultural, materializadas en lo que hemos denominado *formas institucionalizadas para la activación del pasado*.

Estas formas, se construyen a partir de la generación de categorías para delimitar las posibilidades de actuación sobre los objetos o sitios, siendo consecuencia de regulaciones o de unidades formales para actuar sobre estos. Casos como el de *sitio arqueológico* para precisar un contexto de investigación, o el de *tradición* (arqueológica) *Teuchitlán* para sustentar científicamente un momento-proceso histórico. Asimismo, el de *zona arqueológica* o el de *paisaje cultural*, que miran más a propósitos de regular o gestionar sobre los bienes.

Argumentamos que sobre estas formas han transcurrido los procesos definidos por Prats (1996, 2004) como parte de los mecanismos que requerirían los referentes del pasado para ser activados (“puestos en valor”, término del que diferimos por cuanto la valoración es previa a las actuaciones): primeramente el de *selección*, luego el de *ordenación* y por último el

de la *interpretación*; todo ello respondiendo a objetivos concretos que estén señalando intenciones también concretas que nos hablan de escenarios donde pueden estar articulándose actores en diferentes espacios de poder y con diferentes alcances y posibilidades.

Estos escenarios pueden no ser del todo claros, pues a través de estrategias como la referida naturalización y la *cosificación* (Bermejo 2006) —cristalizadas en narrativas sobre el pasado— se potencia la capacidad de actuación de expertos y custodios (academia, gobiernos, estados), alineándose en ideas coherentes, aprehendidas por estos en una lógica lineal de escalas: comunidad, función pública, nación, órganos supranacionales. Esta misma lógica puede atentar contra la existencia misma de variedades locales-particulares en la interpretación de la antigua materialidad; generando incertidumbre sobre los motivos y procedimientos por los cuales un experto, muchas veces foráneo al grupo, define la valía de los bienes y los espacios. El proceso, como una forma de violencia, minimiza o anula las miradas de los supuestos herederos-beneficiarios de estos referentes.

No será nuestro objetivo mostrar cómo los grupos sociales conviven con lo que ellos entienden o aceptan eso llamado patrimonio cultural, ni tampoco generar mecanismos de defensa y protección para el mismo (sin que ello haga que renunciemos al uso de nuestros resultados con esos propósitos, por parte de otros especialistas).

Este trabajo pretende identificar y explicar cuáles son los procesos que permitieron activar o poner en valor el pasado a través de una experiencia en particular, dando cuenta de posibles elementos discursivos, donde la arqueología y la política, lo privado y lo público, han interactuado con lo regulado y lo no necesariamente normado.

## **Alcances de la investigación**

Fijaremos la mirada en contextos donde el rol protagónico de la arqueología y los arqueólogos les hace convivir entre lo científico y lo político —como custodios institucionalizados del pasado— sirviendo a objetivos del presente y que, en muchos casos, son ajenos a la misma disciplina (pero aparentemente no tanto a las pretensiones de los arqueólogos). Nuestro aporte se centrará en la comprensión de un fenómeno social, actual y complejo, que soporta identidades y economías.

Así, partimos de la premisa que el patrimonio cultural se define como un proceso de selección de referentes del pasado que se han convertido en una porción de la identidad (a escalas disímiles), activados mediante el ejercicio del poder institucionalizado a través de discursos fundados en aspectos ideológicos y económicos; donde la investigación académica legitima la valía primera y primaria sobre dichos referentes. Sin embargo, este pasado activado y su potencialidad, supera prontamente los objetivos de la práctica científica.

Al reconocer la formalización del sitio arqueológico y las diferentes importancias que representan para grupos de actores particulares, surgen una serie de preguntas que guían nuestra investigación ¿Cuáles son los contextos (académicos y políticos), mecanismos y procedimientos que definen la participación de la arqueología en la activación del pasado material en el sitio arqueológico Los Guachimontones? Enfocándonos en las actuaciones sobre el sitio, ¿en qué medida corresponden a objetivos e intereses de sectores académicos, políticos y económicos? Mirando sobre los objetivos de la investigación arqueológica, ¿son los argumentos científicos propuestos en la tradición Teuchitlán suficientes y adecuados para la inclusión del sitio en formas institucionalizadas como la de patrimonio arqueológico o

Patrimonio de la Humanidad? En ese contexto, ¿cuáles han sido los elementos del DPA que sustentan el reconocimiento del sitio en dichas formas de activar el pasado?

En consecuencia, nos hemos propuesto como hipótesis general que, si consideramos el sitio arqueológico Los Guachimontones como patrimonio cultural-arqueológico, entonces podemos reconocer los mecanismos impulsados desde contextos académicos, políticos y económicos específicos que, naturalizando discursivamente los referentes materiales del pasado, les insertan en procesos que pugnan sobre la custodia de lo pretérito (academia, gobiernos), las identidades (principalmente nacionalista vs regionales y locales) y los intereses económicos (impulsados directa o indirectamente por el fenómeno del turismo).

Planteamos además como una hipótesis auxiliar que, ante la inclusión del sitio arqueológico Los Guachimontones en la declaratoria del *Paisaje Agavero y Antiguas Instalaciones industriales de Tequila, Jalisco, México*; esto correspondería más a posibilidades y actuaciones de sectores políticos y económicos que superan las definidas en los proyectos arqueológicos. Siendo en este caso particular, viabilizado principalmente por una debilidad argumentativa y un escaso rigor académico que fundamentan la llamada tradición Teuchitlán.

Este punto lo sostenemos ya que, partiendo de la valía que otorga la investigación científica-arqueológica en el sitio, señalamos que dicha propuesta se ha sostenido más en las cualidades “monumentales” asignadas por una práctica particular —y respondiendo a propósitos del poder político formal—, que en datos y bases teóricas y metodológicas acordes al método científico; con el fin de competir con el centralismo percibido en dos escenarios: el académico, característico de la arqueología mexicana; y el político, con un componente identitario que procura superar la mirada de “lo mexicano” en características culturales

definidas para el centro del país. Ambos escenarios excluyen consecuentemente a algo llamado el “occidente” de México, aunque apunta más bien a delimitarse dentro del actual estado de Jalisco (y principalmente su zona central).

Para la evaluación de estas hipótesis, nos hemos planteado como objetivo general el definir el rol del arqueólogo y de la arqueología mexicana en el proceso de activación del pasado material en el sitio arqueológico Los Guachimontones en Teuchitlán; estableciendo primeramente los contextos, mecanismos y procedimientos (académicos y políticos) que enmarcan la práctica arqueológica.

Consecuentemente, nos proponemos identificar el alcance de los argumentos científicos propuestos en la tradición Teuchitlán frente a intenciones e intereses políticos y económicos que definen las actuales formas institucionalizadas en Los Guachimontones; a la par que también hemos procurado identificar los elementos del DPA<sup>3</sup> que están sustentando el reconocimiento actual del sitio arqueológico en formas institucionalizadas de activación.

Para la consecución de estos objetivos y preguntas de investigación, hemos definido una metodología basada principalmente en la consideración de variables que apunten a develar los procesos que han contribuido a edificar estas formas institucionalizadas de activar el pasado. Estas variables, y sus indicadores, serán tratados a través de una estrategia metodológica sobre nuestras fuentes de información y su análisis a partir de un análisis crítico de las narrativas elaboradas. Esto lo desarrollamos en la siguiente sección.

---

<sup>3</sup> Este discurso, como acuña Smith (2006a, 2011), legitima y gobierna las narrativas históricas y culturales para negociar y reproducir valores y jerarquías sociales a través del ejercicio del poder, el cual se cristaliza en un grupo de mecanismos para construir formas materiales articuladas al pasado; requiriendo expertos que ejerzan autoridad sobre estas y proponiendo procesos de negociación y regulación de valores e ideas sociales y culturales para justificar la intervención sobre lo pretérito (como la gestión, conservación, turismo). Más adelante profundizaremos sobre esto.



## **Estrategia metodológica**

En el cuadro a continuación (cuadro #1), se resume la estrategia metodológica que nos permitió obtener y analizar los datos requeridos para alcanzar los objetivos propuestos. El mismo comprende una serie de pasos que contemplan las partes en que ha sido ordenado este trabajo.

La primera variable, *Activación del pasado material*, acusa a la elaboración del marco conceptual y contextual de nuestro trabajo. A partir de la definición de ésta como la actuación sobre porciones materiales del pasado por parte de grupos sociales autorizados (principalmente del poder político formal, con apoyo de sub-grupos u otros grupos de poder económico, académico-técnico), articulan argumentos en grados variables de discreción y efectividad; hemos definido tres sub-variables que estamos reconociendo dentro del proceso general para activar los referentes materiales del pasado: *Selección, Ordenación e Interpretación*; basados en la propuesta de Prats (1996, 2004) sobre la *Activación Patrimonial*. La intención es definir cómo estos pasos dieron lugar a las bases argumentativas de la tradición Teuchitlán, ya que suponemos que las mismas han sido utilizadas como justificación para la implementación de formas oficiales y no oficiales contempladas en la segunda variable.

Nuestra segunda variable, *Formas Institucionalizadas de Activación del Pasado Material*, pretende apuntar a la definición de las diferentes categorías a las que se ha expuesto el sitio arqueológico. Partimos de establecer que estos mecanismos de categorización se mueven entre dos ámbitos, uno que hemos denominado *No Oficial* y otro *Oficial*. Los mismos

Variable	Definición Conceptual	Sub-VARIABLES	Indicadores	Objetivación de la medida (objetivo específico)	Datos
Activación del pasado material	<p>Actuación sobre porciones materiales del pasado por parte de grupos sociales autorizados, principalmente del poder político formal.</p> <p>Con apoyo de sub-grupos u otros grupos (económico, académico y técnico), se articulan argumentos en grados variables de discreción y efectividad.</p> <p>Se constituyen en tres pasos generales:</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>▪ Selección de elementos</li> <li>▪ Ordenación a manera de frases e ideas que compondrán el discurso</li> <li>▪ Interpretación que resulta el discurso en sí</li> </ul>	<p>Selección</p> <hr/> <p>Ordenación</p> <hr/> <p>Interpretación</p>	<p>Bases argumentativas de la Tradición Teuchitlán:</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>-Teoría</li> <li>-Metodología</li> </ul>	<p>Establecer los contextos, mecanismos y procedimientos (académicos y políticos) que enmarcan la práctica arqueológica en el proceso de activación del pasado material en el sitio arqueológico Los Guachimontones.</p>	<p>Revisión y análisis de fuentes:</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>-Bibliográficas (divulgación, difusión, información).</li> </ul>
Formas Institucionalizadas de Activación del Pasado Material	<p>Figuras convenidas en formas de categorías que definen alcances, competencias y usos sobre elementos materiales del pasado. Se establecen desde los espacios de poder académico (no oficiales) y político (oficiales)</p>	<p>No oficiales</p> <hr/> <p>Oficiales</p>	<p>-Sitio Arqueológico</p> <p>-Patrimonio arqueológico</p> <hr/> <p>-Monumento arqueológico</p> <p>-Zona de Monumentos Arqueológicos</p> <p>-Paisaje Cultural (UNESCO)</p>	<p>Identificar el alcance de los argumentos científicos propuestos en la tradición Teuchitlán frente a objetivos e intereses políticos y económicos que definen las actuales formas institucionalizadas de activación del pasado en el SALG.</p>	<p>Revisión y análisis de fuentes:</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>-Bibliográficas</li> <li>-Periódicas (difusión, información, educación)</li> </ul>
Elementos del DPA	<p>Legitiman y gobiernan narrativas históricas y culturales para negociar y reproducir valores y jerarquías sociales a través del ejercicio del poder. Elementos:</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>▪ Mecanismos para construir formas materiales articuladas al pasado.</li> <li>▪ Expertos que ejerzan autoridad sobre la materialidad del pasado.</li> <li>▪ Procesos de negociación y regulación de valores e ideas sociales y culturales para justificar la intervención sobre el pasado (gestión, conservación, turismo).</li> </ul>	<p>Registro arqueológico</p> <hr/> <p>Entidades con autoridad</p> <hr/> <p>Recurso cultural</p>	<p>-SALG</p> <hr/> <p>-Colectiva</p> <p>-Individual</p> <hr/> <p>-ZALG</p> <p>-Paisaje Agavero</p>	<p>Identificar los elementos del Discurso Patrimonial Autorizado que sustentan el reconocimiento del sitio arqueológico Los Guachimontones en formas institucionalizadas de activación del pasado.</p>	<p>Testimoniales:</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>-Entrevistas</li> <li>-Audiovisuales</li> </ul>

Cuadro 1. Esquema técnico-metodológico

pretenden separar, con fines analíticos, aquellas formas que estén o no contenidas en las legislaciones; entendiendo que todas son convenidas por diferentes comunidades (académicas o políticas). Empero, no todas son objeto del mismo reconocimiento, lo que conlleva a que su tratamiento se comprenda desde la nomenclatura y la perspectiva que pretenda actuaciones sobre el mismo. Todo ello puede suponer que, bajo diferentes concepciones del mismo elemento, deban establecerse valores diferentes que poseerán impactos diferentes sobre las formas en que se está activando el pasado.

Entre las *No Oficiales* ubicamos aquellas categorías propias del tratamiento académico que, aunque puedan influenciar en las del tipo *Oficial*, no poseen un reconocimiento formal en estos últimos. Un punto importante en este aspecto es el trabajo con la denominación patrimonio arqueológico, el cual hemos considerado en una especie de limbo legal pues, aunque no se defina en las leyes federales (más que dentro de un aglomerado de patrimonio cultural), es un concepto altamente manejado en la jerga oficial.

Como eje hemos definido a la propuesta de la tradición Teuchitlán, pues estamos asumiendo que los mismos argumentos académicos con que se han descrito y valorado estos referentes materiales del pasado, han servido para legitimar las activaciones formales (oficiales o no) sobre el sitio arqueológico Los Guachimontones, estableciendo entonces una supuesta Zona Arqueológica y su inclusión dentro del Paisaje Agavero.

Nuestra última variable, *Elementos del Discurso Patrimonial Autorizado*, pretende fungir como el centro de nuestro análisis al identificar elementos discursivos que estén sustentando las diferentes formas institucionalizadas de activación del pasado, retomando las fundamentaciones que sostienen la tradición Teuchitlán y la figura de Zona de Monumento Arqueológico para debatir sobre la pertinencia de la inclusión en la declaratoria UNESCO del

*Paisaje Agavero y Antiguas Instalaciones industriales de Tequila*, así como su consideración como patrimonio arqueológico.

Definimos como indicadores las tres características principales señaladas para el DPA (Smith 2006a, 2006b, 2009, 2011): en primer lugar, encontramos los *Mecanismos para construir formas materiales articuladas al pasado*, donde el registro arqueológico representa el constructo tangible principal que está articulando los correlatos entre pasado y presente (y desde donde se desprenden los demás, según lo que proponemos). Una segunda característica es la existencia de *Expertos que ejerzan autoridad sobre la materialidad del pasado*, donde hemos establecido dos miradas, una que pretende una caracterización general de la arqueología mexicana como crisol de posibilidades para actuar sobre la materialidad del pasado, incluyendo algunos casos que consideramos similares en cuanto a procesos de establecerse como versiones del pasado institucionalmente creadas; y otra mirada más particular que recae sobre los arqueólogos que han propuesto y mantenido a la mencionada tradición Teuchitlán como argumentación para definir la valía no solo de un sitio arqueológico, sino de una probable forma de vida que podría estar reconstruyendo cierta realidad pretérita y presente de la región, contraponiéndose —según algunos investigadores— a versiones históricas emanadas del considerado centro de poder de la nación hoy día (y también del pasado).

La última característica, *Procesos de negociación y regulación de valores e ideas sociales y culturales para justificar la intervención sobre el pasado (gestión, conservación, turismo)*, pretende definir los diferentes escenarios con los que ha de convivir el arqueólogo y la arqueología frente a la disputa de competencias sobre sus “objetos de estudio”, principalmente cuando se considera afectado por la pérdida de poder sobre el mismo al transformarse en recurso cultural (Carman 2002).

\*\*\*

Sobre nuestras fuentes y técnicas para recolectar los datos, presentamos un cuadro sinóptico (cuadro #2), especificando además que pretendemos obtener de cada una de ellas y su relación con las variables de investigación.

Variable	Fuentes	Técnica
Activación del pasado material	Bibliográficas primarias	-Lectura -Sistematización
Formas Institucionalizadas de Activación del Pasado Material	<u>Documentales (de gestión del proyecto):</u> <ul style="list-style-type: none"> <li>• Todo tipo de documento legal que haya sido solicitado por la normativa vigente y entregado a las instituciones pertinentes, que sea de carácter público.</li> <li>• Documentación interna del proyecto en sus diferentes etapas.</li> <li>• Comunicados personales entre actores involucrados (cartas, comentarios a informes, correcciones, entre otros).</li> <li>• Otros documentos enviados o recibidos por la administración del proyecto y que corresponda al ámbito regulatorio y formal del mismo.</li> <li>• Libretas de campo o su equivalente.</li> </ul> <u>Documentales (de información y difusión):</u> <ul style="list-style-type: none"> <li>• Publicaciones para difusión general (incluyendo papeles de trabajo, borradores).</li> <li>• Documentos en soportes electrónicos y audiovisual para uso científico, regulatorio o de difusión general.</li> <li>• Revistas de divulgación científica.</li> <li>• Libros y capítulos en libros</li> </ul> <u>Archivos audiovisuales:</u> <ul style="list-style-type: none"> <li>• Fotografías, audios o videos originados por la administración del proyecto.</li> <li>• Fotografías, audios o videos originados por actores externos a la administración del proyecto.</li> </ul>	-Lectura -Sistematización
	<u>Testimoniales:</u> <ul style="list-style-type: none"> <li>• Arqueólogos líderes del proyecto.</li> <li>• Arqueólogos empleados en el proyecto (fijos o temporales, activos no en el proyecto).</li> <li>• Técnicos o ayudantes de campo u otro tipo de ayudantes adscritos a la administración del proyecto.</li> <li>• Otros profesionales involucrados (fijos o temporales).</li> </ul>	-Testimoniales: entrevista semiestructurada
	Elementos del DPA	Resultados de los análisis documentales Resultados de los análisis testimoniales

Cuadro 2. Fuentes y técnicas de recolección de datos

Los instrumentos para las entrevistas (presentadas en la sección Anexos), se han diseñado partiendo del orden lógico que hemos presentado en el Cuadro Técnico- Metodológico, específicamente de las sub-variables e indicadores presentados, procurando definir como se procuraron estos procesos (selección, ordenación e interpretación) o se materializaron las formas institucionalizadas (zona arqueológica, declaratoria UNESCO, entre otras). Nuestros objetivos también apuntan a obtener datos sobre cómo se ha usado la información y análisis emanado del trabajo arqueológico para fundamentar estas acciones y sus concreciones (o no).

Sobre la selección de nuestros informantes, podemos observar que hemos definido un perfil que apunta principalmente a profesionales de la arqueología que han sido empleados por el *Proyecto Arqueológico Teuchitlán* (en adelante PAT) desde sus inicios. En este caso, estamos señalando a una muestra que se acerca al universo total, resultando la misma en posibilidades de abordaje tanto cualitativa como cuantitativamente (asumiendo las limitaciones del instrumento destinado para ello: entrevistas semiestructuradas).

En este mismo grupo, encontramos otras posibles fuentes en espacios decisorios institucionalizados y burocratizados que son requeridos para ejecutar y sustentar el trabajo de la arqueología en la zona. Estos informantes poseen perfil como funcionarios de gobierno (a diferentes escalas) que se han relacionado con el proyecto y con los mecanismos de activar el pasado, es decir, aquellos que han hecho posible se reconociese o declarase el sitio como recurso cultural, donde se requieran actividades de gestión pública.

Al no haber sociedades consideradas pervivientes de las que conformaron la llamada tradición Teuchitlán, es muy difícil definir quiénes son los legatarios de este supuesto patrimonio. Al guiarnos por la lógica establecida por los argumentos que han naturalizado la

coexistencia de este patrimonio arqueológico, puede inferirse que son las comunidades cercanas a la zona. Ahora bien, si referimos a lo que los sectores expertos han definido (según sus criterios), debemos sumar un espacio casi indistinguible como lo es el estado de Jalisco, el occidente de México, o el país en general. Por otra parte, a la sazón de sectores del poder político, podemos ver supuestos argumentos que sostienen que son, o las poblaciones cercanas al sitio o el estado de Jalisco (de acuerdo quién y cuándo comenta al respecto).

De ello, insistimos en que nuestro límite descansa sobre la manera en que el discurso deambula e impacta principalmente sobre la arqueología y las posibilidades de ejercerla en el contexto que hemos establecido. El cómo las comunidades (en su heterogeneidad y complejidad) comprendan y usen estos elementos, podría resultar en un valioso agregado a esta investigación, en otro momento; y cuando sea posible ser más certero sobre quiénes son los herederos de los antiguos habitantes de Los Guachimontones o, al menos, los legatarios de las formas institucionalizadas que presentamos.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Entendemos que no es solo desde la arqueología y desde los espacios oficiales de gobierno (aunque en el caso mexicano son incluyentes), que es posible acceder y gestionar el pasado, pero en nuestro caso concreto podemos fundamentar nuestro límite metodológico por cuanto: primero, estamos observando sobre un constructo elaborado prácticamente desde la arqueología, la cual estaría representado un “sector experto” que reclama su capacidad sobre la cultura material del pasado prehispánico como consecuencia de la institucionalización y burocratización de las formas de generación de conocimiento y de gestión (a la vez que hace haciendo una separación importante con las tareas de la Historia y su parcela, la historia postcontacto). En segundo lugar, no hay presencia de pervivientes confirmada de las sociedades supuestamente representadas en la tradición arqueológica, por lo que la esperada participación comunitaria sería más una consecuencia de apropiaciones y reinterpretaciones de las sociedades presentes o (y) de políticas públicas. Aclaremos este punto pues entre los argumentos que se han esgrimido para poner en valor al patrimonio arqueológico representado en la tradición Teuchitlán, se señala a un bien representativo del occidente de México o del estado de Jalisco (Weigand 1992a, 2002, 2007a), ambas delimitaciones geográficas son modernas, y se legitiman desde espacios académicos o político-administrativos (y no socioculturales). En todo caso, este punto requiere otro espacio de definición y profundización que escapa de nuestros objetivos actuales.

Para nuestro propósito, los datos obtenidos en las diferentes entrevistas deben resultar en un complemento de los obtenidos a través de la revisión bibliográfica, nuestra principal fuente. Ello considerando que permiten enfatizar sobre las posibles intenciones que se perseguían con las propuestas contenidas en las diferentes publicaciones que de una manera u otra pretendían —y aún lo hacen— formalizar la importancia y el conocimiento que legitima el trabajo en el sitio. Igualmente podría ofrecer un contexto sobre cómo se desarrolla el trabajo arqueológico en contextos definidos, mostrando una serie de procesos que debe sobrellevar el arqueólogo para hacer valer su propuesta en diferentes escenarios, los cuales deambulan entre lo burocrático, lo académico y lo sociocomunitario; pues se espera que su trabajo coadyuve a resolver problemas o a dar respuestas en estos y otros ámbitos.

Al analizar los datos y conclusiones ofrecidas en la bibliografía, denotamos la falta de información sobre cómo se construyeron las propuestas desde la academia; dando por sentado que responde a pasos lógicos comprendidos en directrices como el método científico, o aún más, que resulta tácito en el medio arqueológico, por lo que no es precisado. Entendemos que ello puede estar acompañado de las limitaciones interpuestas por las normas esgrimidas por los canales de difusión científica o general, así como por las conveniencias de mostrar una u otra información relevante.

Por otra parte, otro tipo de publicaciones e informaciones dirigida a lo que se coloquialmente se denomina público general, podría estar contando con deficiencias importantes en cuanto a la actualización y veracidad de los contenidos, esto podemos apreciarlo si comparamos la información que se ubica en las fuentes de divulgación científica, contra las que resultan más generales; claramente estamos superando la sempiterna justificación que adosa la falta de comprensión profunda del público sobre las problematizaciones de la ciencia.



\*\*\*\*

Una vez obtenidos los datos de las tres fuentes principales presentadas: bibliográficas, documentales y testimoniales; los mismos serán tratados bajo diferentes técnicas para su procesamiento.

Hemos estado trabajando con material bibliográfico que nos ha permitido construir un espacio de referencia entre elementos que interactúan entre la activación del pasado material, la arqueología y los diferentes roles que se establecen entre actores para lograr un lugar como custodio formalmente institucionalizado del pasado (y de su uso).

Esta tarea la hemos definido a partir del análisis crítico y la sistematización de textos y artículos de tipo científico principalmente (haciendo énfasis en el aspecto informativo, y considerando la validez y correlatos de los autores a partir de su influencia en las comunidades académicas), complementado con algunos sobre gestión patrimonial. Nuestro foco ha sido sobre ideas claves como: función de la arqueología en procesos de actuación sobre el pasado, patrimonialización, discurso sobre el pasado y sus referentes materiales, identidades (nacionales principalmente) como argumento para activar el pasado, entre otros. Todo ello para proponer una lista congruente con nuestra investigación sobre formas institucionalizadas, de las cuales hemos tomado: patrimonio, patrimonio arqueológico, zona arqueológica, paisaje cultural.

Nos estamos valiendo igualmente del análisis crítico de fuentes escritas, pero en este caso, haciendo uso del análisis discursivo bajo los enfoques de la propuesta de Teun van Dijk (1980), los cuales contemplan la articulación *documento-sujeto-proceso*. Para el autor, los discursos son a su vez marcas de la acción humana e instrumentos para la interacción social a través de la creación de conceptos establecidos por y entre partes; y analizar estos discursos,

tiene como propósito compendiar su contenido y presentarlos de una manera que, aunque difiera del original en forma, sea capaz de transmitir sus elementos fundamentales o referenciales.

Partiendo de la premisa van Dijk (1978, 1980), cuando los documentos se crean, lo hacen para hacer perdurables los contenidos y la información, los cuales requieren que el lenguaje se articule con normas y métodos que le dan cabida a contextos formales convenidos por comunidades que son capaces de comprender y hacer parte de su propio bagaje el mensaje que se pretende transmitir.

En el mismo tenor, Foucault (2002a) señala que estos contextos, tanto generales como particulares, tratan a esta materialidad documental como formas organizadas sujetas a ciertas características que reflejan vínculos sociales y culturales entre emisor y receptor, intereses y conocimientos de quien analiza y son dinámicas por cuanto lo son la consecución de rupturas y continuidades dentro de los procesos de construcción de los sistemas de Saber-Poder. Un punto importante que resalta dentro de los análisis discursivos, es que los mismos requieren la aplicación de un *corpus* de hechos o enunciados que sirva de muestra para establecer las pautas por las cuales el creador del discurso construye sus mensajes, pero que de ninguna manera deben poder ni pretender ser absolutos, pues ello no correspondería con lo irregular que puede mostrarse la conducta humana, incluso en contextos que se intentan comprender como controlables.

Podemos entonces inferir que el conocimiento puede llegar a formalizarse mediante su realización como documento, ya que el mismo permite concretar ideas, pasando de un medio implícito a uno explícito, de lo intangible a lo tangible (y viceversa). Así, partimos del análisis documental, fundamentadas en un enfoque deductivo que va de lo general a lo particular, y en la posibilidad de establecer contextos donde el contenido del discurso procure explicar parte

de la realidad tanto del analista como de quienes acceden a la información emanada de este último (van Dijk 1978, 1980). En tanto interpretación, es importante definir que el uso de esta técnica será variable respecto a los objetivos, actitudes, conocimientos previos y normas del analista. Asimismo, se debe asumir la articulación conceptual entre el discurso y el analista, pues el mismo debe estar en posibilidades de mostrar equivalencias coherentes, al menos, en los contextos de ambos (documento-analista).

A partir de esta metodología, pretendemos también abordar los datos obtenidos a través de los testimonios, asumiendo que los mismos resultan en un discurso menos formal y contundente de lo que puede ser un documento escrito (que aparentemente ha sido rigurosamente examinado). No obstante, nuestro propósito es articular los resultados del análisis documental con los testimoniales, procurando establecer recurrencias, vacíos, silencios e ideas como manera de comparar qué tanto de los conceptos claves esgrimidos formalmente en los textos, permanecen en los diferentes discursos tomados de los testimonios. Este procedimiento se justifica principalmente en que los entrevistados, han sido generadores de estos documentos, los cuales no solo han plasmado sus conclusiones a partir de las posibilidades que el contexto de la arqueología les permite, pero considerando una capa más profunda: la interacción entre arqueólogos influyentes e influenciados por su participación en un proyecto de investigación particular, que generó formas también particulares de uso del pasado en el sitio arqueológico Los Guachimontones.

## **Reintroduciendo**

Esta primera sección ofrece un preámbulo a lo que desarrollaremos secuencialmente en el resto del documento. Hemos detallado en él nuestros propósitos y la manera en que

pretendemos acercarnos a definir los procesos que narrativamente llevaron a conformar no solo la valoración sobre el sitio arqueológico Los Guachimontones (emanados desde un discurso arqueológico elaborado para tal fin), con estrategias específicas que permitieron la activación de los referentes materiales del pasado, dando cabida no solo al protagonismo de nuestra disciplina, sino subsanando sus silencios con intenciones provenientes de la articulación de esta causa con actores políticos y económicos.

Como mencionamos, hemos procurado hilar nuestros argumentos partiendo de una trama general: el papel de los actores en los procesos que visibilizan el llamado patrimonio cultural, desde la arqueología, pero con propósitos que superan los objetivos de la ciencia. De allí que miramos sobre la forma de la práctica en México y los fines para los que pensamos se establecen discursos sobre esta materialidad pretérita.

Como consecuencia, pretendemos el análisis de las actuaciones sobre el sitio como un fenómeno arqueológico que no solo responde a los resultados de la praxis, sino a agendas públicas y privadas que son garantes del ejercicio de nuestra disciplina. Posteriormente, presentamos de manera detallada una serie de elementos que negocian la sostenibilidad de una narrativa que ha sido provechosa para muchos, pero no para todos quienes debería; desmontando por capas dichos elementos para comprobar que sus sustentos no se aproximan siquiera a lo riguroso que debe conformarse una comprensión sobre el pasado con fines de ser difundido y divulgado.

Por último, confrontamos nuestros argumentos con las hipótesis y objetivos que hemos mostrado, retomando la particularidad de cada capa que hemos descubierto y agrupándola nuevamente para concluir sobre nuestros hallazgos; los cuales no refieren a nada realmente encubierto, sino más bien, “normalizado” con el fin de minimizar cuestionamientos sobre un ejercicio de la autoridad —y sus correlatos—, establecidos por la dinámica propia de los

estados nacionales y sus eruditos agentes, autorizados para expresar algo (o mucho) sobre el pasado material.

Comenzaremos con el establecimiento de esta estrategia, es decir, cómo se activa el pasado comenzando desde la ciencia, pero desplazándola en gran parte en pro de la salvaguarda de nuestro —de todos, y a su vez de nadie— patrimonio cultural-arqueológico.

## LA ACTIVACIÓN DEL PASADO

El supuesto que a menudo subyace a gran parte de la crítica que presenta el patrimonio como algo culturalmente embrutecedor, es que el patrimonio simplemente consiste en la recolección y protección de lo físico, de “cosas” o lugares  
(Smith 2011:41)

### **Patrimonio cultural: una alternativa a la historia**

Los productos del pasado, como los mitos, las historias, los cuentos y las leyendas poco habían demandado del conocimiento de su materialidad (de estar presente) para perpetuarse. La exactitud temporal no había sido requerida sino hasta el advenimiento de la rigurosidad científica que trajo consigo la modernidad. A partir de su formalización científica, se ha supuesto que la actual ciencia de la historia por sí misma, logra dar explicación sobre los hechos del pasado.

Sin embargo, como menciona Trouillot (1995), una cosa es lo que sucedió, y otra lo que se dice respecto a ello (los dos lados de la historicidad). Incluso, explaya más el autor: lo que se dice que sucedió en el pasado es históricamente contingente al momento en que se formula la narrativa y al tiempo que ha transcurrido entre lo que sucedió y el momento en que se pretende construir dicho relato, en forma que parezca un proceso perenne que mantuvo unido pasado y presente. En ese orden, el mismo Trouillot (1995:16; traducción nuestra) nos señala: “Incluso cuando las continuidades históricas son incuestionables, de ninguna manera

podemos asumir una correlación simple entre la magnitud de los hechos como sucedieron y su relevancia para las generaciones que les heredan a través de la historia”.

Por la dinámica social y temporal, esta presunta perpetuidad se ve cuestionada, pues los relatos sobre orígenes, legatarios, víctimas, protagonistas, no pueden sostenerse por largos períodos. Allí es donde la necesidad de renovar el discurso (y las pruebas que le sostienen), procuran el intercambio (entrada-salida) de algunos elementos del pasado —incluso la invención de otros— para originar un nuevo discurso y reintroducirlo a la sociedad,

La lección del debate es clara. En algún momento, por razones que son a su vez históricas, a menudo estimuladas por la controversia, las colectividades experimentan la necesidad de imponer una prueba de credibilidad para ciertos eventos y narrativas porque les importa si estos eventos son verdaderos o falsos, si estas historias son hechos o ficciones (Trouillot 1995:11; traducción nuestra).

La historia intenta validar los hechos y asegurar una explicación en los procesos de conservación y transformación, introduciendo la evidencia empírica y la erudición como principal respaldo. Para su perdurabilidad e influencia, requiere instituciones, complejas y duraderas, que eviten las deformaciones traumáticas que atenten contra la consecución de la conciencia y el pasado colectivo (Lowenthal 1998a). Empero, al mismo tiempo, posee una gran fuerza sobre el pasado dogmático, siendo capaz en algunos casos, de intervenir profundamente en pro de reinversiones, incluso perfectamente verificables a partir de nuevas miradas sobre las pruebas (Plumb 1974; Trouillot 1995).

Pero el pasado no puede recuperarse sin alteraciones, aun con el mayor apego al método científico (Lowenthal 1998b). Ello no dispensa a los historiadores a procurar la imparcialidad, la comprobación y la minimización de los sesgos a través de métodos de

validación de fuentes, de teorías y enfoques y, claramente, de la consecución del método científico. No obstante, la historia, en su vertiente oficial, pretende homogeneizar el pasado, las fronteras y los valores en pro de nacionalismos e identidades únicas (aunque paradójicamente promueva la diversidad y la multiculturalidad); usando muchas veces sus narrativas para modificar el pasado con versiones morales<sup>5</sup> que requieren ser introducidas desde el presente (Falser y Juneja 2013).

Desde esta perspectiva homogeneizante, el “progreso” ha de medirse por su capacidad de realización material y de reproducción en el tiempo; ubicando en el plano temporal estos logros de manera acumulativa para lograr comparar su alcance respecto a momentos anteriores (Finley 1977). Y es que el manejo adecuado del pasado representa, en cuanto a la diversidad de modos que la sociedad puede servirse de él, lo culta y avanzada que puede ser (Plumb 1974; Trouillot 1995). Esto es lo que la historia oficial, por ejemplo, pretende al volver incuestionables los libros de textos.

Lowenthal (1997) señala que actualmente una buena parte de los historiadores luchan por disipar esa fe popular sobre la historia como árbitro final de la verdad. Súmese que las narraciones sobre hechos históricamente constituidos se habían venido clasificando dicotómicamente en buenos-malos, correctos-incorruptos. Y aun cuando se han comenzado a introducir enfoques alternativos con buena acogida, siguen manteniendo estas cargas

---

<sup>5</sup> Los grupos de poder, al construir y reconstruir el pasado con sus ansias de perpetuidad, buscan descubrir éste como más completo y magistral que el presente, pues con ello se da por sentado que el pasado, como problema, ha sido resuelto y que las conclusiones de éste dan paso a la existencia del proyecto de estos grupos por cuanto, así como en el ayer, ellos tienen hoy la responsabilidad de cumplir su visión tal cual sus antepasados; ajustando nombres y acontecimientos del pasado como un prototipo para el presente (Lowenthal 1998a).



valorativas como parte de la legitimación de su postura científica. O bien es que no hay manera que el público reconozca dichos sesgos, ya que:

Los historiadores frecuentemente abogan por la conciencia del sesgo, pero rara vez explican cómo reconocerlo. La habilidad de ver los textos como instrumentos resbaladizos, cautelosos y proteicos diseñados para fines sociales, reflexiones de distintos contextos y de preocupaciones propias de los autores, es una habilidad sin precedentes en la escuela y, efectivamente en la universidad. Debido a que carecen de este tipo de formación, muchos piensan que la verdad es un objetivo claro, consideran su propio prejuicio como un hecho, y censuran opiniones contrarias como un sesgo mendaz (Lowenthal 1997:37-38; traducción nuestra).

Sin embargo, hay un espacio presente donde el pasado —material e inmaterial— puede librarse de estas presiones: el patrimonio cultural. Este accede a la antigüedad en búsqueda de raíces, para afirmar identidades, para reclamar legados y hasta para hacer rivales (Lowenthal 1998b); procurando apropiarse de fragmentos de lo pretérito a diferentes escalas, donde estados, entes supranacionales y comunidades locales negocian y se confrontan por cuotas del tiempo transcurrido que sirvan para legitimar sus causas y reproducir los contextos que sirvan a sus intereses (Lowenthal 1997, 1998a, 2009; Prats 1996, 2004; Smith 2006a, 2011). Intereses que no solo persiguen el control político o social, sino que aprovecha de transformar este pasado recuperado en productos económicos, principalmente para el turismo y el espectáculo (Falser y Juneja 2013; Prats 2003, 2004).

Así, la erudición de la historia científica quedará en segundo plano. El patrimonio cultural posee un discurso aparentemente más incluyente, que pretende ser una construcción acordada que puede sumar parte de recuerdos personales y colectivos a las narrativas del pasado, sin mediar con la formalidad académica de la historia. No obstante, si bien existe la

sensación que el patrimonio cultural es libre e incluyente, habría que ver si realmente la gente común puede añadir a su significado o si más bien, este ofrece la oportunidad de hacerlo creíble a través de mecanismos que disfrazan la inclusión (y la exclusión) dentro de formas y actores institucionalizados (tras la fachada de custodios, expertos, o como se denomina comúnmente, gestores). Bajo esta idea de convención, Smith nos delinea una concepción de patrimonio cultural como:

Una representación subjetiva, en la que identificamos valores, la memoria y los significados culturales y sociales que nos ayudan a dar sentido al presente, a nuestras identidades, y nos dan una sensación de lugar físico y social. El patrimonio es el proceso de *negociar los significados y valores históricos y culturales que ocurren en torno a las decisiones que tomamos de preservar o no ciertos lugares físicos, ciertos objetos o eventos intangibles*, y la manera en que entonces los *manejamos, exhibimos o llevamos a cabo* (Smith 2011:45; énfasis nuestro).

Pensamos que las palabras de Smith nos llevan a establecer la discordancia entre lo que pensamos sobre el patrimonio cultural y la manera en que realmente se estaría constituyendo. Su concepto deambula entre lo subjetivo que definen las valoraciones del pasado (versus la “objetividad” científica) y la manera en que deben ser negociadas actualmente, no solo dentro del grupo, sino especialmente con actores institucionales que promueven y deciden sobre la formalización en el manejo de estos referentes a manera de recursos para el presente y el futuro.

Para Lowenthal (1998b), estas negociaciones sacan a la luz singularidades, pobreza, victimización, exclusión, etnocentrismo, racismo y lealtades; elementos todos que juegan en la fabricación de sensaciones y emociones que dan vida a eso que llamamos patrimonio cultural. Como fenómeno social —parcialmente consciente— genera actualizaciones anacrónicas que

pueden reflejar momentos mejores o peores de la vida del grupo (dependerá de los fines). Su propósito pareciera convertirse en una declaración de fe en el pasado y no en una versión de este. En palabras del mismo autor, no debe confundirse patrimonio con historia, pues,

La historia busca convencer por la verdad, y sucumbe a la falsedad. El patrimonio exagera y omite, cándidamente inventa y francamente olvida, y se nutre de la ignorancia y el error. El tiempo y la retrospectiva alteran la historia, también. Pero las revisiones de los historiadores deben cumplir con principios aceptados de las pruebas. El patrimonio se corrige de manera más flexible. Los historiadores ignoran, bajo riesgo profesional, todo el corpus de conocimiento pasado que el patrimonio transgrede a la ligera (Lowenthal 1998b:7; traducción nuestra).

### **Autoridad sobre el pasado: triada arqueología-nacionalismo-patrimonio cultural**

Nuestro fundamento principal se basa en definir algunos rasgos sobre la incidencia de la práctica arqueológica en la conformación de procesos identitarios que descansan sobre referentes del pasado que han sido activados discursivamente y convertidos en patrimonio cultural.

Estas activaciones se llevan a cabo, como menciona Llorenç Prats (1996, 2004), a través de mecanismos regulados por los estados modernos (poder político formal) y fundamentados en discursos que buscan legitimarlos ante la mayor parte de los sectores sociales. Si bien parte de estos sectores pueden considerar algunos referentes como su patrimonio cultural (amén de otras maneras de articularse con el pasado, de activarlo, pero que obviemos), nuestro enfoque se dirige a comprender el proceso de patrimonialización como una formalización a través de aparatos y formas regulatorias que parten del entramado de poderes políticos a diferentes escalas (desde lo local hasta lo supranacional).

La consolidación de las bases de la triada arqueología-nacionalismo-patrimonio cultural (desde el advenimiento de la Modernidad) se gestan a partir del fenómeno “nación”; como espacio para la reproducción de las formas de relacionamiento de las nacientes burguesías del siglo XIX, y que se extendieron hasta el XX.

Haciendo un breve repaso, podemos señalar que la relación entre la arqueología y los referentes del pasado inicia y se profundiza en la época donde comienzan a brotar las semillas de los nacionalismos.<sup>6</sup>

Este, como ideología política, se fundamenta en el derecho que tienen las naciones a un autogobierno. Quienes proclamaban esta opción provenían principalmente de las nacientes clases medias, e irán sustituyendo la retórica religiosa y monárquica que prevalecía principalmente en Europa hasta la segunda mitad del siglo XVIII (Díaz-Andreu 2002a). En pro de sostener estas reclamaciones se echó mano de las posibilidades en contexto, ya sea el de origen común o el de territorio compartido; así se establecen dos tipos comunes para finales del siglo XIX y superarían las barreras del XX: el nacionalismo *cívico* y el *étnico*. Ambos tienen a la arqueología como garantes de parte de sus sustentos (Díaz-Andreu 2001, 2002b; Dietler 1994; Graham 2002; Gramsch 2000; Joyce 2008; Meskell 2002).

El nacionalismo cívico se rige por valores propios emanados de las primeras independencias de las monarquías europeas, tanto en el viejo como posteriormente en el nuevo

---

<sup>6</sup> Las pugnas entre élites renacentistas que comenzaban a liderar en la Europa posmedieval pretendían aprovechar la pérdida de espacios del liderazgo eclesiástico. Una de sus estrategias fue establecer nexos históricos con los períodos clásicos de Roma y Grecia a través de eruditos conocidos como anticuarios. Así vemos que la transformación de los poderes en Europa se basará en “la sustitución de la función central de la monarquía en un nuevo concepto, el de nación, se convirtió en la base de la Nación-Estado” (Díaz-Andreu 2001:432; traducción nuestra).

continente. Ciudadanía, derechos y deberes, territorio<sup>7</sup> serían parte de los conceptos más comunes y, conjuntamente con la historia, se conformarían los discursos que establecerían nuevas ideas cívicas, para “nuevos hombres” (Anderson 1993; Díaz-Andreu 2001; Kohl 1998; Scham 1998; Trigger 1992).

En este contexto, la *institucionalización*, como un nuevo elemento de ordenación de las naciones, daría la oportunidad a la arqueología de profesionalizarse, amparada en su utilidad para la consolidación de racionalidades y hasta de obviedades que fundamentan a la misma nación. Parte de la institucionalización conllevó a la educación inicial gratuita, y más aún, la formalización de espacios como los museos. Nos comenta Bermejo (2006) sobre la importancia del nacimiento de los estados en la conservación y protección de los entendidos bienes: “sin la existencia del Estado y sin el proceso de educación pública o nacional, los objetos arqueológicos hubieran quedado reducidos a ser piezas de las colecciones de ricos curiosos que ya desde el siglo XVI formaron en Europa sus ‘gabinetes de curiosidades’” (Bermejo 2006:295)<sup>8</sup>. Así, no solo se abrió espacios a historiadores, arqueólogos o a

---

<sup>7</sup> Parte de este proceso puede describirse a partir de la reestructuración del poder y la conformación de los llamados *proyectos nacionales*, los cuales refieren a un tipo particular de funcionamiento de la formación socioeconómica en la cual, los actores dominantes, encuentran plena garantía para el ejercicio de su autoridad. Este fue un fenómeno común durante la formación de las naciones y el nacionalismo de la segunda mitad del siglo XIX, fundamentado en doctrinas burguesas como la modernidad y el positivismo y que requirieron tres aspectos fundamentales: la institucionalización en un aparato estatal (burocratización), símbolos y medios para la formación de una conciencia nacional (nacionalismo) y la determinación de formas específicas de relacionamiento entre niveles de la sociedad (clases, posteriormente) (Carrera Damas 2008; Hurtado 1990).

<sup>8</sup> Otra interesante cita de Bermejo (2006:296) amplía la explicación sobre la relación entre los mecanismos educativos, los de la formación ideológica y la constitución de espacios como los museos: “lo que se pretende es reducir esos instrumentos a meros mecanismos de exhibición instrumentalizados políticamente, no con el fin de transmitir una ideología, sino por el contrario, de desideologizar a la sociedad. Si en la exposición se presentan objetos que no pueden ser comprendidos espontáneamente y sin preparación previa, entonces el visitante, si logra superar el tedio y el cansancio, se fijará en lo

antropólogos, también se ofreció la oportunidad para que sectores de la sociedad accedieran a niveles de decisión sobre aspectos de su vida, siendo uno de ello el patrimonio cultural (Díaz-Andreu 2001, 2002a; Falser y Juneja 2013; Harvey 2001; Waterton y Smith 2009, 2010).

Por otra parte, el nacionalismo étnico —de más reciente aparición— se establece a partir de la delimitación de rasgos culturales como pertenecientes a un grupo, así como a la posibilidad de determinar una larga ocupación del territorio a partir de la interpretación de los vestigios materiales. “La nación étnica se basaba en la creencia en la existencia de un origen común y una cultura compartida que fusiona de forma natural a la gente” (Díaz-Andreu 2001:435; traducción nuestra). Desde esta perspectiva, se establecerá una importante relación entre las bases étnicas y la arqueología histórico-cultural.

En este caso, la arqueología jugaría un papel definitorio en la prosecución de rasgos comunes que sustentarían el origen de algunas naciones conformadas por individuos de origen común. Donde la historia no lograba acceder, la práctica arqueológica luchaba por alcanzar el protagonismo y la cientificidad requerida. Se consideró la prehistoria el lugar donde comenzar a buscar (aunque otros recurrirán a sus épocas doradas o clásicas para hacer lo propio).

La arqueología alimentó todos aquellos elementos que avivaban la llama del orgullo nacional-cultural: los mitos y las historias de origen, la posibilidad de una memoria histórica compartida y, posteriormente, la de establecer un discurso para visibilizar todo ello ante el otro: el turismo, ya tempranamente relacionado con los estudios de la antigüedad y con las identidades desde principios del siglo XIX (Díaz-Andreu 2001, 2002a, 2007, 2015; Kohl 1998; Scham 1998; Trigger 1984, 2005). Así, hubo más cabida para pretender la supuesta

---

anecdótico, sin preocuparse por hacer un esfuerzo de comprensión, ya que al fin y el cabo visita la exposición en su tiempo libre, para descansar, relajarse o entretenerse. El turista tipo no aspira a aprender, aspira a divertirse”.

participación en pro de reivindicaciones identitarias más particulares, o como señala Díaz-Andreu (2001:438; traducción nuestra):

El discurso del nacionalismo étnico sigue siendo fundamental para la comprensión de las cuestiones relacionadas con uno de los principales retos a los que se enfrenta hoy la arqueología, el problema de quién tiene derecho al pasado, si se trata de arqueólogos y otros grupos tales como las comunidades indígenas, viajeros New Age, druidas o ecofeministas.

En la vorágine de estos cambios se insertaron formas que definieron contextos de diversas maneras de hacer arqueología, enmarcadas en el recorrido histórico que los países y las regiones geográficas transitaron para su reconocimiento. Más aún, los hallazgos arqueológicos van a coadyuvar, en unos casos más que otros, influyendo en la conformación de discursos que sustentan las historias oficiales, así como dejándose influir, pues, “las preguntas que se hacen y las respuestas que aparecen razonablemente reflejan la posición que las sociedades ocupan dentro del sistema-mundo moderno y cómo el cambio de las posiciones de los países se altera dentro de ese sistema” (Trigger 1984:368; traducción nuestra).<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Trigger (1984) señala que con la culminación de la Segunda Guerra Mundial se ha expandido considerablemente el número de investigaciones en arqueología, así como la cantidad de países que las desarrollan. Esto no resulta una extrañeza, pues con los cambios en la geopolítica mundial, surgió un nuevo estímulo para el desarrollo de trabajos que crearan bases para las naciones (o grupos de) en reciente formación, así como la consolidación de las ya establecidas. Un aporte interesante en este tema está en *Alternative Archaeologies: Nationalist, Colonialist, Imperialist* (1984). El autor separa en tres formas muy generales de aprehender los estudios arqueológicos (y señala que puede haber especificidades que cuestionen sus propias categorías): la de carácter nacionalista, la colonialista y la imperialista. Asimismo señala que, aunque en momentos particulares, las justificaciones que sustentaron el hacer un tipo de arqueología, pueden cambiar (por transformaciones en los regímenes sociopolíticos) e incidir sobre el cambio de una forma a otra.

La arqueología (¿los arqueólogos?) estaría entonces diseñando una estrategia de participación de estos constructos. Esto requiere actuar con doble propósito: el primero, ya mencionado, es el de dotar a cosas de valores abstractos, dirigiendo el discurso a sensaciones y sentimientos que apelan a la naturalidad (Smith 2011), además de otorgar a la arqueología y a otros expertos del pasado, los medios para formalizar la casi ilimitada capacidad de crear todos los símbolos necesarios para autoidentificarse (Contreras 2002). El segundo, es el de conferir a estas cosas, valores también cuantificables para que sean objeto de gestión (administrables), pues los poderes formales son quien les rigen y les poseen (Graham 2002).

Pero no todo ha sido placentero para la arqueología, pues le ha tocado pagar un incómodo precio por su protagonismo. Carman (2002) refiere que, a partir de la burocratización de su trabajo, los investigadores han tenido que compartir y discutir hasta qué punto los artefactos, sitios o conjuntos son objetos de investigación o gestión. Con ello, la clasificación y conceptualización de los mismos ha sido un problema, pues deben convivir con al menos tres formas o versiones del cuerpo material: el registro arqueológico, el recurso arqueológico y el recurso cultural.

El registro arqueológico es al menos el único campo aparentemente propio, por cuanto es sujeto de las teorías y métodos de la arqueología, sin que medien o se inmiscuyan directamente las normativas y regulaciones en su concepción, más sí en su protección y propiedad.

Pero, cuando los artefactos, sitios y monumentos pasan del registro, a convertirse en un recurso arqueológico, lo hacen aparentemente para la generación y divulgación de conocimientos más allá de la academia, y trascienden en este momento para ser activados y convertidos en bienes públicos (campo establecido y dominado por leyes oficiales). Comienzan entonces una serie de problemas que se alejan un tanto de la arqueología para



entrar al de la política. La dificultad más inmediata es la diversificación en la terminología de tratamientos, y así la asignación de importancias; pues estas terminan cediendo más a conveniencias políticas que académicas (Carman 2002). No en vano hay quienes prefieren mantener los dos espacios por separado.<sup>10</sup>

El segundo aspecto es que, incluso antes que aparezca algún hallazgo o se haya definido un registro arqueológico, existe una pre-valoración sobre lo que se considera antiguo, histórico y arqueológico. Ello pre-incluye a los bienes en procesos legales que los hace objeto de ley antes de ser investigados y comprendidos (Carman 2002). Cabría acá una analogía con los rasgos que señala Prats (2004) y que otorgan aparentemente valor de manera a priori a los referentes del pasado: obsolescencia, escasez y nobleza.

Asimismo, podemos inferir que los procesos de olvido a los que refieren Lowenthal (1998b) y Trouillot (1995), se están dando posterior a determinar su importancia para los grupos de actores, lo que convierte a las regulaciones pre-valorativas sobre los legados del pasado, en espurias<sup>11</sup>, pues los poderes no desean ni pueden —ni quieren hacerse de— activar y poseer todo lo que consideran patrimonio cultural. Podemos estar ante el sometimiento del

---

<sup>10</sup> Dos aspectos son señalados por Carman (2002): el primero que, además de la discordancia entre clasificaciones arqueológicas y legales, hay que sumar las categorías que se generan en las diferentes jurisdicciones políticas (local, regional, nacional y supranacional). Delfino y Rodríguez (1992) nos comentan a propósito, sobre el problema de las fronteras culturales vs las fronteras políticas-administrativas, y cómo estas últimas son las que validan la adhesión a patrimonios nacionales (aunque sean locales o regionales), que paradójicamente llamamos patrimonio cultural.

<sup>11</sup> Sobre ello, Handler y Linnekin (1984), discuten sobre el problema de lo “genuino” y la irrelevancia de su origen (para las ciencias sociales), pues a las prácticas culturales que aparentemente han pervivido, se les ha asignado un valor simbólico y arbitrario en el presente, convirtiéndose más bien en una práctica de la política internacional usado para construir imágenes propias y la de los otros. Concluyen los autores que estos fenómenos de lo “tradicional” pueden ser tan genuinas como espurias, dependiendo de la interpretación que se les desee dar.

registro arqueológico a regulaciones y dictámenes que influyen sobre lo que los arqueólogos observan y analizan... consecuentemente sobre lo que pueden, quieren o deben decir.

La tercera forma del cuerpo material aparece al convertirse en un recurso cultural o como lo sugiere Carman (2002) en “patrimonio público”. Este comprende escenarios donde — en unos contextos más que en otros— la arqueología disipa su función como generadora de conocimiento, para convertirse en generadora de información, es decir, invade el campo de la gestión. Allí, reduce su capacidad de acción y solo se limita a establecer discursos que sustenten el interés público por los objeto-sitio. Muchas veces recurre a fundamentos más políticos y económicos que científicos, porque lo importante es la defensa y protección de la materialidad misma, y no necesariamente del conocimiento generado sobre las sociedades que le crearon.

En la misma idea de recurso, Falser y Juneja (2013), han establecido la existencia de una “industria del patrimonio” que estaría aprovechando particularidades locales para empacarlas como mercancías exóticas. No obstante, esta globalización de los localismos despierta controversias, tensiones o conflictos con las identidades a escalas diferentes, a partir de la idealización y socialización de los referentes del pasado para con la humanidad (y nos estamos refiriendo principalmente a la UNESCO); casi a gusto de las intenciones políticas de algunas de las actuales naciones.

Según Bermejo (2006), estos niveles podrían ser producto del sometimiento de nuestra disciplina (así como de la historia y de la historia del arte) para eliminar o al menos disminuir cualquier acción crítica sobre las actuaciones, a fin que sean los objetivos políticos los que las protagonicen; ello a partir de la formulación de una ideología del patrimonio, que procura instaurar “la realidad patrimonial, con el fin de justificar sus intereses profesionales, e incluso

económicos, y contribuir al mantenimiento de las situaciones de hegemonía política del presente” (Bermejo 2006:291).

Los enfoques desde la antropología, la historia y la arqueología para los estudios del patrimonio cultural, siguen marcando una tendencia enfocada más en la gestión del recurso cultural, que su apreciación como fenómeno social articulado a las identidades y a pasados idealizados. No obstante, trabajos como el nuestro, pretende problematizar sobre las intencionalidades de los procesos de activación de los referentes de sociedades pretéritas que, en este caso, refiere a la materialidad.<sup>12</sup>

### **Los Procesos del Patrimonio Cultural**

Para el desarrollo de nuestros fundamentos acerca de las activaciones del pasado, nos valdremos de dos conceptos que resultan complementarios. Por una parte, el de Activación Patrimonial (Prats 1996, 1998, 2004) y como su complemento el de Discurso Patrimonial Autorizado (Smith 2006a). Ambas propuestas pretenden examinar un proceso que hemos descrito como naturalizante y cosificante, pues plantean la elaboración de narrativas que limitan o anulan las posibilidades de establecer críticas a un proceso que sugiere una base social (entendida como de la gente, de las comunidades), cuando realmente se gesta, diseña e

---

<sup>12</sup> Insistimos en enmarcar las posibilidades de las investigaciones, al menos desde la antropología, suscribiendo el enfoque de Prats (1996:299), principalmente el primero de ellos: “La antropología se encuentra pues, respecto al patrimonio, frente a una triple casuística: en primer lugar, el estudio de los procesos de legitimación y activación patrimonial y de los intercambios simbólicos resultantes; en segundo lugar, la contribución, mediante sus propios estudios, a la formalización del conocimiento, lo más amplio y riguroso posible, de la diversidad cultural humana; en tercer lugar, el compromiso que puede adoptar (o no) el antropólogo con determinadas activaciones patrimoniales de carácter identitario”.

implementa desde espacios de poder institucionalizados adosados a los aparatos estatales actuales. Como señala Bernejo (2006:290), el estado:

es propietario de los bienes culturales o bien limita y regula su uso, garantizando su conservación. Lo que es evidente, en cualquier caso, es que sin la existencia del Estado los bienes culturales no tendrían entidad conceptual ni jurídica, limitándose a ser, como ha sucedido a lo largo de la historia, objetos de uso práctico, objetos con valor simbólico (religioso), o bien meras curiosidades que llamaron la atención de nuestros antepasados por salirse del orden de los objetos que configuran el mundo de nuestra vida cotidiana.

En un contexto donde el patrimonio cultural es solo “una” de las formas de articularse con el pasado, hemos convenido en señalar como propuesta la Activación del Pasado, difiriendo un poco de la denominada patrimonial. Sin embargo, el patrimonio se ha posicionado como la más común de las posibilidades, la más nombrada y la que se perfila en ámbitos desde lo legal hasta el doméstico. Pero el detalle es que no se han cuestionado sus límites, lo que termina por confrontar con otras maneras de acercarse, evocar u ordenar el conjunto de referentes materiales (en este caso) que nos acerca a sociedades pretéritas (y, como pensamos, no surge del colectivo, sino de formas políticamente impuestas). Transitemos entonces a definirles.

### ***La Activación Patrimonial***

La *Activación Patrimonial* es un concepto acuñado por el Prats (1996, 1998, 2004) para definir una de las dos etapas de proceso de patrimonialización, es decir, el devenir de un fenómeno que representa al pasado hacia el presente en forma de patrimonio cultural, el cual

resulta en una representación de una o algunas realidades que sirven a sectores de la sociedad para reproducir su contexto de dominación o incluso de subordinación.

Si bien se interpreta este como un constructo social (subjetivo y simbólico), hemos comentado al inicio de este trabajo, que la naturalización del término ha evitado, de maneras conscientes e inconscientes, se extraigan conclusiones pertinentes que den cuenta que, además de ser producto de un proceso —más que una cosa— éste no puede entenderse sin la acción directa de grupos hegemónicos social y culturalmente dominantes que actúan en la extracción y composición de elementos inalterados de su realidad, pero que al ubicarlos en una particularidad del presente, pueden cobrar un significado diferente (Delfino y Rodríguez 1992; Prats 2004). Si bien se le considera social, podemos descender un nivel y explicitarlo más bien como político en dos acepciones: 1) como resultado de pugnas entre grupos con cuotas de poder desiguales y 2) como una construcción normada y legalizada en las regulaciones de los estados nacionales, a través de niveles burocráticos que rigen su práctica.

Así, el sistema de fabricación del patrimonio cultural<sup>13</sup> asume dos etapas que podemos entender de manera general como el de *valoración* y luego el de *activación*.

En la primera etapa de este proceso, menciona Prats (1998, 2004), podemos observar cómo actúa la sacralización de la externalidad cultural, la cual se basa en la sobrenaturalidad como mecanismo que amalgama una serie de elementos que se encuentran fuera de la condición humana actual y de la realidad, y que solo pueden ser explicados por el colectivo a

---

<sup>13</sup> Tal como lo presenta Lowenthal (1998b), el pasado se altera cuando accedemos a él —incluso desde la ciencia—, además se actualiza constantemente de acuerdo a intereses de quienes pueden acceder a su determinación; es decir, se depura. De allí que se fabriquen versiones constantemente.

través de símbolos que habitan en la naturaleza, en el pasado lejano o en la sobrehumanidad (excepcionalidad producto del genio).<sup>14</sup>

Naturaleza como espacio no domado por el hombre, fuera del control de lo social; la historia como pasado o futuro, pero siempre en un tiempo fuera de nuestro tiempo; y la genialidad como producto que trasciende y transgrede la vida de los simples mortales.

Toda la fuerza extracultural de estos elementos, que los sitúa más allá de los confines de la capacidad de la sociedad para controlarlos y sujetarlos, se puede atribuir tanto a fuentes impersonales como a fuerzas personales, en este último caso podremos hablar con propiedad de la sacralidad de tales elementos, del control de los dioses sobre la naturaleza y sobre el tiempo, sobre la historia que discurre por cauces trazados por ellos, aunque incomprensibles para nosotros (Prats 1998).

Estos tres criterios son necesarios para definir los elementos que del pasado serán seleccionados en un momento y espacio particular, pensado y meditado. Su origen “divino” no posee una real importancia para quienes lo fabrican narrativamente, pues es su capacidad de control social es lo que se requiere. Así como significativo es la representación de determinados intereses y valores que no se contentan con vivir en el interior de las personas y los colectivos, sino que debe expresarse públicamente. Los valores responden a intereses muy cambiantes en escalas (Prats 2004, 2005).

Son también estos criterios los que, al menos de forma básica, forjan las identidades políticas y administrativamente definidas, es decir localismos, regionalismos y nacionalismos (Graham 2002; Lowenthal 1997, 1998b). Estas identidades, como espacios, minimizan los

---

<sup>14</sup> En esta misma idea, continúa el autor, que la obsolescencia (en cuanto su historicidad), la escasez (su carácter único) y la nobleza (por su origen) son los supuestos valores con que se han teñido la mayoría de los intentos por patrimonializar.

embates de las situaciones históricas cambiantes, ya sean a largo plazo o coyunturales. Todo este complejo escenario requiere ser sistematizado para poder abordarlo desde la formalidad de la ciencia; de allí que Prats (2004, 2005) proponga este modelo para describir y comprender el fenómeno a partir de la materialización de las intenciones de diversos actores.

Como construcción e invención también se bandea entre procesos conscientes e inconscientes de manipulación, tanto individual como colectiva, que requieren de consenso<sup>15</sup>. Sin embargo, éste no es realmente equitativo ni permite la participación de los actores que deseen hacerlo. La inevitabilidad y el sentido común son fuertes armas para desmovilizar a la mayoría, la cual ya se encuentra bastante contenta con su patrimonio (o simplemente no ha de importarle mucho). Todo esto es resultado de las narraciones expertas que sustentan al patrimonio cultural.

La segunda etapa, la de la activación, resulta en la actuación sobre porciones materiales e inmateriales del pasado, por parte de grupos sociales, principalmente el poder político. Con el apoyo de otros grupos (económico, académico y técnico), el poder político, articula discursos en grados variables de conciencia, discreción y efectividad que estructuran la línea a seguir durante estas actuaciones y que se constituyen en tres pasos generales: la selección de los elementos patrimonializables, su ordenación a manera de frases e ideas que

---

<sup>15</sup> Kingman y Prats (2008) sugieren que una limitación al definir lo que es o no patrimonio, provienen de las múltiples miradas desde espacios, tiempos y fines muy diferentes, específicos a cada sociedad. Por otra, argumentan que sectores de estos grupos aprecian, viven y sufren su legado bajo el manto de la espectacularización, sostenida por algún tipo de fe (una pseudo-religión contemporánea refieren los autores) que les habla de fenómenos que parecen estar ocurriendo fuera de nuestro tiempo, excepcionales y a veces hasta sobrenaturales.

componen en discurso y, por último, la interpretación que resulta el discurso en sí (Prats 2004, 2005).

Sugiere Prats (2004) que diferentes sectores de la sociedad pueden abrazar y apoyar, o contrariar y rechazar una representación sobre el pasado hecha desde los procesos de patrimonialización; sin embargo, esta forma ha sido ya pre-elaborada por alguien en concreto, al servicio de ideas, valores e intereses concretos<sup>16</sup>, que siendo éstos legítimos o ilegítimos, han de considerarse reales. No reconocer estos aspectos, y seguir reproduciendo la idea que es la sociedad quien de manera autónoma y legítima nombra, hace y deshace sobre los referentes de su pasado, es naturalizar y cosificar. Es el poder político quien protagoniza las activaciones (Delfino y Rodríguez 1992; Fowler 1987; Graham 2002; Graham y Howard 2008; Kingman y Prats 2008; Kohl y Fawcett 2000; Smith 2006a).

En palabras de Prats (2004:32): “¿Qué significa, en definitiva, activar un repertorio patrimonial? Pues escoger determinados referentes del *pool* y exponerlos de una u otra forma. Evidentemente, esto equivale a articular un discurso que quedará avalado”. Las estrategias van destinadas a crear un contexto que se produce y se reproduce con la finalidad de mantener la naturalización como protección ante posibles interpretaciones disímiles.

Naturalizar lleva a cosificar, a reducir actuaciones a la recolección, a su gestión y protección. La cosificación permite generar una serie de atributos que “protegen” a los objetos-sitios, evitando cuestionar las razones por las cuales se han convertido en un legado reconocido del pasado; asimismo subsume la posibilidad de profundizar por qué han sido

---

<sup>16</sup> Carman (2002) mencionaba una prevaloración de los elementos a partir de instrumentos legales, los que los coloca —sin mediación— dentro del manejo y propiedad del estado. Delfino y Rodríguez (1992) señalan que, al estatizarlo, se eliminan las abstracciones creadas por las fronteras culturales, persiguiendo la homogeneización.



seleccionados algunos elementos y olvidado otros (Graham 2002; Lowenthal 1998b; Smith 2006a, 2009, 2011)<sup>17</sup>.

La cosificación aporta también rasgos de valoración, de comprensión y de posibilidades de transportar esta materialidad al futuro. Smith (2011) nos señala que es a través del sentido común y de identidades compartidas a diferentes escalas, donde se construye la esencia de las cosas, la cual no puede ser cambiada ni desafiada por generaciones actuales, pues como meros transmisores, su rol es perpetuar el pasado para los habitantes del futuro.

El carácter de cosa descansa también en otro rasgo que asoma Lowenthal (1998a): aprovechando el hecho que la mayoría de la humanidad a lo largo de su historia (sobre todo occidente) ha dejado pasar inadvertidamente a los elementos materiales del pasado, y que solo pocos actores sociales han resguardado sus vestigios físicos (generalmente para darle consecución a procesos con intereses específicos); el pasado material se ha transformado en un vasto campo de interpretaciones, donde se incluyen y excluyen elementos a discreción (Carman 2002; Graham 2002; Smith 2006a; Trouillot 1995).<sup>18</sup>

---

<sup>17</sup> Esta tarea de incluir y excluir, puede abordarse a través de la propuesta de construcción histórica de Trouillot (1995), donde los “silencios” son parte de este proceso en todas sus etapas. Desde el momento de ocurrencia del hecho y la generación de las llamadas fuentes; pasando por la recolección de los hechos y la formación de archivos (podemos asociarlo al registro arqueológico); luego por la construcción de narrativas sobre los hechos, como proceso de recuperación de los mismos; para culminar en el momento de la construcción histórica o de asignar la “significación retrospectiva”. En palabras del autor, esto nos ayudaría a entender “por qué no todos los silencios son iguales y por qué no pueden ser dirigidas o -redirigidos- de la misma manera. Para decirlo de otro modo, cualquier narrativa histórica es un conjunto particular de silencios, el resultado de un proceso único, y la operación requerida para deconstruir estos silencios variará en consecuencia” (Trouillot 1995:27, traducción nuestra).

<sup>18</sup> El caso mexicano parece no haber sido la excepción, así opina Bonfil Batalla (2003:65; comentario nuestro): “La no legitimación de una parte considerable de ese patrimonio [referentes particulares de comunidades particulares] implica fácilmente su devaluación, su estigmatización como objetos culturales que tienen una carga negativa de valor porque son diferentes de los objetos homólogos que sí son reconocidos como integrantes del patrimonio nacional legítimo”.

Cosificar produce un pilar fundamental para el sostenimiento de procesos identitarios y de pertenencia. Al evocar emociones y experiencias, produce también acciones que facilitan los procesos de exclusión y rechazo que sirven a causas concretas en momentos concretos; nos habla —a conveniencia— de un “nosotros” y un “otros”, muchas veces romantizados (Said 2008) y paradójicamente, también de un “todos” universalizados en una serie de tratados sobre los garantes de la identidad: los estados. Su propósito ha sido el procurar escenarios que reproducen la naturalización homogeneizante, propia de las identidades nacionalizantes, a costa de representaciones que limitan el presente (Anderson 1993; Delfino y Rodríguez 1992; Fowler 1987; Graham 2002; Graham y Howard 2008; Kohl y Fawcett 2000; Lowenthal 1998a).

### ***El Discurso Patrimonial Autorizado***

Activar el pasado tiene que ver con un acto comunicativo que se desprende de un proceso basado en la negociación dispar por el control de la memoria, la identidad y el sentido de pertenencia geográfica, los cuales son recreados y renegociados continuamente, de acuerdo a necesidades socioculturales y políticas del presente, inmovilizados y fosilizados en pro de salvar a las sociedades de supuestas degeneraciones culturales (Graham 2002; Smith 2011).

Coinciden Prats (2004) y Smith (2006a) en cuanto a la naturaleza social del proceso de patrimonialización, y a su realización en formas de conocimiento, experiencias, relaciones de poder, valores e ideas. Parte esta propuesta en la comprensión de la materialidad de las relaciones sociales, entendiendo que sus consecuencias son también materiales (Smith 2006a; Waterton et al. 2006). Retomamos parte de lo señalado por Foucault sobre la *gubernamentalidad* (1999) para sostener que los discursos no solo reflejan significados,

relaciones o entes; sino también los crea y los gobierna. La arqueología podría estar reconociendo en el patrimonio cultural, un elemento para, y un producto del ejercicio de su poder; mostrándose como garantes autorizados para la ejecución de prácticas que involucran la negociación y la regulación de valores e ideas sociales y culturales, justificando así aspectos como la gestión, conservación y el turismo (Smith 2006a).

El principal mecanismo para ello, es la propia construcción de narrativas. Las formas de reproducción social y cultural de contextos que permitan la interacción de los colectivos respecto a formas identitarias que, en su mayoría, son interpuestas. No obstante esa imposición, se recurre más a la lógica y al sentido común para prever enfoques consensuados que minimicen los conflictos y las diferencias sociales a través de mensajes conservadores y comprensibles para todos, que llamen a la inclusión (a partir de una forma predeterminada y no necesariamente proveniente de la diversidad). El propósito es construir y sostener identidades racionales, culturales y nacionales lo más definidas posible.

La necesidad de entidades con autoridad supera el papel directo de los estados sobre las sociedades. La legitimación debe provenir de sectores expertos, los cuales han estado reclamando su capacidad científica y profesional sobre la cultura material: arquitectos, arqueólogos e historiadores pugnan por el otorgamiento de la tutela sobre referentes del pasado que los estados pueden otorgarles a partir de la formalización, institucionalización y burocratización de las formas de generación de conocimiento y de gestión sobre el patrimonio cultural.

En la actualidad esta forma institucionalizada es considerada fundamental en la creación de redes de poder, donde son los profesionales los que producen y distribuyen códigos culturales alineados con los discursos de las identidades dominantes, procurando

mensajes tanto para los legatarios o poseedores de los llamados bienes, como para los foráneos (turistas, si gustan llamarles así) (Graham 2002).

En la práctica, el discurso involucra estrategias para negociar y regular no solo los objetos y los sitios patrimoniales, sino también sobre los valores sociales y culturales contenidos estos. Si bien la tutela del pasado pertenece en la mayoría de los casos a los estados, estos deben procurar una serie de regulaciones que legitimen sus actuaciones, considerando además, por una parte, el uso de expertos o custodios comentados en los párrafos anteriores, así como en la adhesión a normas y tratados supranacionales que aumenten la efectividad de la lógica y el sentido común (la naturalización).

Prats (2004) ya nos advertía sobre la condición garante del poder político formalizado, cuando señala que son éstos los que poseen la mayor capacidad (legal y económica) de abrir museos y sitios de tipo histórico-arqueológico, lo que los convierte en la mayor fuerza activadora de referentes del pasado.

Asimismo, la educación formal (regida por la mayoría de los estados en sus niveles básicos), procurará acciones para generar sentimientos de comunidad nacional y responsabilidad ante el patrimonio cultural. Se hacen aparentemente necesarias políticas públicas que ayuden a superar esa “discapacidad intelectual” percibida sobre grupos que no se vinculan “correctamente” con su pasado. Las prácticas inclusivas, pero dentro de procesos de asimilación, son comunes para la persecución de la estabilidad y el control social (Smith 2006a). La ética de la conservación tiene como prioridad educar al público.

Waterton et al. (2006) nos comentan sobre una estrategia que coadyuva a descubrir esta mirada de inevitabilidad: la *intertextualidad*. Señalan que la mayoría de los documentos sobre políticas públicas de las naciones poseen su homólogo a nivel internacional; expresan las autoras que “ciertos marcos discursivos sobre el patrimonio son recurrentes mediante estos

textos internacionales, y colaboran para construir lo que parece ser un acercamiento coherente y consensuado sobre el patrimonio y su gestión” (Waterton et al. 2006:344; traducción nuestra). Esta interacción permite que se diseñen políticas que definirán las acciones y responsabilidades en ambientes que generen y mantengan la racionalidad y las identidades nacionales y culturales, así como las bases para su posible uso económico.

Tanto al público interno como al externo, el patrimonio cultural se le puede empaquetar como producto. Graham (2002) señala al respecto el fenómeno de la *disonancia* como intrínseco a la gestión tradicional de este, pues ayuda a segmentarlo como mercancía para ser multivendido y multiinterpretado. Esta multiplicidad de interpretaciones posee una característica que el autor refiere como de *suma-cero*: si los bienes seleccionados pertenecen a todos, realmente no pertenece a nadie. Con ello deshereda o excluye de plano a quienes no se suscriben bajo los términos discursivos impuestos. Paradójicamente, la disonancia es la base para la construcción de sociedades pluriétnicas y multiculturales; pues despoja el patrimonio cultural de su sentido de propiedad particular y lo otorga al mundo en múltiples interpretaciones.

Las interpretaciones estarían llevando entonces representaciones incompletas o mutables del pasado<sup>19</sup>, pues los referentes de momentos pretéritos requieren ser desarmados para cumplir con las actividades básicas: la investigación, valoración, conservación, restauración y la exhibición. Pensamos este es el momento donde se seleccionan algunas características requeridas o necesarias en detrimento de otras; particularizándose los resultados por cuanto las actuaciones llevan el peso de una práctica profesional específica (pues no es lo

---

<sup>19</sup> Ya trunca de hecho, pues hemos comentado que el pasado, desde ninguna disciplina científica, es recuperable en su totalidad. Mucho menos en la praxis arqueológica, y no solo por lo incompleto del registro arqueológico, sino por las omisiones conscientes e inconscientes de los arqueólogos.

mismo lidere un arquitecto, un arqueólogo, un historiador u otro [Carman 2002; Delfino y Rodríguez 1992]).

Estamos convencidos que, a través del estudio crítico de esta narrativa autorizadora, podríamos —si no superar— minimizar la cosificación a la que ha sido sometido el patrimonio cultural, volcándonos en procesos y usos visibles y comprensibles por la mayoría; considerando que en estos procesos hay que negociar los significados y valores que se presentan para decidir si se conserva un sitio, objeto o manifestaciones intangibles, así como las formas en que se gestionarán. Y van a negociarse no solo las consideraciones y actuaciones sobre los llamados bienes del pasado, sino además el cómo estos definen y resuelven los problemas contemporáneos. Es así como Smith (2006a, 2009, 2011) propone acceder a los estudios críticos en materia patrimonial, apuntando a luchar contra su mayor afrenta como un recolector y protector de cosas.

#### *Paisaje Cultural de la Humanidad: una forma autorizada*

Una consecuencia directa de estos procesos de usos del pasado en formas como el patrimonio cultural, deviene en reconocer los contextos donde este se presenta. En el caso del patrimonio calificado como material o tangible es donde se percibe mejor esta ampliación de los elementos a proteger.

En nuestro caso de estudio, una derivación algo extraña se encuentra en la incorporación del sitio arqueológico Los Guachimontones dentro de una declaratoria de *Paisaje Cultural de la Humanidad* (agregada por la UNESCO en 1992 como categoría de bienes o espacios excepcionales). Pensamos enfocar la mirada igualmente en la determinación de contextos que, si bien no son exclusivos de la arqueología, se articulan con estrategias que

procuran dar soporte a la materialidad del pasado como vestigio de su existencia; lo que señala que el llamado patrimonio cultural genera dinámicas que sirvan para la apropiación de espacios físicos. A partir de ello, categorías como la de paisaje cultural se convierten en también en recursos. Repasamos entonces, para el desarrollo de nuestra investigación, sobre esta concepción de paisaje como emanado desde ciertos espacios de poder, y que pueden estar respondiendo a una dinámica económica, política, social y cultural particular como medio de producción y de reproducción del proyecto de grupos dominantes.

Por ello, es perentorio volcar la mirada sobre el proceso que dio lugar a la categoría de paisaje cultural como espacio de orden<sup>20</sup>, y que podría estar respondiendo a intereses y necesidades muy alejadas de esta idea normalizada de preservación de los ambientes para uso y disfrute de algún “todos”. Insistimos que los intereses reales, de hecho y derecho, son solo de unos pocos.

Un punto de inicio se encuentra en el seguimiento de la estrategia de la intertextualidad que hemos comentado anteriormente. De allí que las fuentes más importantes provienen de las propias definiciones de la UNESCO: la *Lista de Patrimonio Mundial de la Humanidad*

---

<sup>20</sup> Se pueden definir tres aspectos que plasman la manera en que se construye el saber moderno sobre los espacios, lo que redundará significativamente en la consecución de conceptos que sirvan para definir las actuaciones y consideraciones sobre los paisajes: 1) la construcción del espacio es protagónica en el proceso social de construcción de la realidad, siendo compatible con las formas de organización social, económica e individual que le son vigentes a un sistema de saber específico. El espacio es tanto histórico como político; 2) es una construcción social dinámica (no estática), imaginaria y articulada profundamente con la cultura; y 3) el espacio es una categoría con valores determinados por el sistema de saber-poder vigente, lo que implica que no puede mirarse culturalmente bajo las mismas perspectivas, razón por la cual debe contextualizarse a partir de realidades socioculturales disímiles (Criado-Boado 1993).

(*Selection Criteria*), y el *Expediente técnico de Postulación para la Inscripción en la lista de Patrimonio Mundial*.<sup>21</sup>

Para la década de los años de 1960 y 1970, lo que podía ser o no *Patrimonio Mundial*, era objeto de un debate que mostraba no solo el papel principal de la erudición científica-intelectual, sino la primacía de Europa en la componenda de los grupos de expertos que determinaban las líneas de actuación sobre los conceptos y normas referidas a la materia. Al tiempo, se gestaba en un perfil más bajo, programas provenientes de dos actores interesados en participar (pero sin el espacio) en estas discusiones: la Norteamérica anglosajona y los estados poscoloniales de Oceanía (Gfeller 2013).

En 1972, se establece la *Convención del Patrimonio Mundial*, donde se incluirá y se definirá por primera vez la concepción de paisaje dentro de los bienes que procuran protegerse a través de la declaratoria como patrimonio de la humanidad (Se puede ampliar la descripción de este proceso en Gfeller 2013). Citamos:

A los efectos de la presente Convención se considerará “patrimonio cultural”:

- los monumentos: obras arquitectónicas, de escultura o de pinturas monumentales, elementos o estructuras de carácter arqueológico, inscripciones, cavernas y grupos de elementos, que tengan un valor universal excepcional desde el punto de vista de la historia, del arte o de la ciencia,

---

<sup>21</sup> Al respecto Gfeller (2013) comenta que el camino para tal empresa se ha de enfrentar a algunos escollos: los materiales de la UNESCO y la sistematización de las discusiones sobre el tema son escasos. Asimismo, la participación de organizaciones internacionales o de expertos individuales contempla cantidades y calidades de documentos desiguales. En este particular, podemos estar presentes ante otra estrategia que regula, consciente o inconscientemente, mecanismos para mantener la “naturalización” del concepto.



- los conjuntos: grupos de construcciones, aisladas o reunidas, cuya arquitectura, unidad e integración en el paisaje les dé un valor universal excepcional desde el punto de vista de la historia, del arte o de la ciencia,
- los lugares: obras del hombre u obras conjuntas del hombre y la naturaleza así como las zonas, incluidos los lugares arqueológicos que tengan un valor universal excepcional desde el punto de vista histórico, estético, etnológico o antropológico (UNESCO 1972:Art. 1).

Para la siguiente década, las diferencias entre las definiciones de lo cultural y de lo natural, comenzarán a ser cuestionadas por tres grupos de actores que claramente perseguían imponer sus visiones del mundo sobre lo que debería ser un paisaje cultural. De manera concreta: el primero sería el gobierno francés, el cual pretendía se definiera como resultado de un proceso de creación artística (énfasis en jardines y parques). En segundo lugar, la *Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza* (UICN), que buscaba una definición a partir de consideraciones fundamentadas en los aspectos ecológicos y de entorno modificado. Por último, el gobierno inglés, el cual pretendía una visión que diera cuenta del paisaje como un largo proceso producto de la actividad humana, donde el paisaje rural prevalecía (Gfeller 2013)<sup>22</sup>.

Estas discusiones no llegarían a una conclusión material sino hasta 1992 (Rössler 2002, 2008), donde el *Comité del Patrimonio Mundial* reformuló los criterios de la *Guía*

---

<sup>22</sup> Un factor importante, y que descansa en el lado de la política y no necesariamente de la fundamentación científica o intelectual, es la inclusión como secretario general del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS) al canadiense Herb Stovel, el primer no europeo en ocupar un cargo de importancia en los entes supranacionales que “deciden” sobre el patrimonio cultural. Stovel pretendía principios realmente menos eurocéntricos y más globales (Gfeller 2013).

*Operativa para la Implementación de la Convención del Patrimonio Mundial* e incorporó la categoría de Paisajes Culturales, en la cual define que

Los paisajes culturales son bienes culturales y representan las “obras conjuntas del hombre y la naturaleza” mencionadas en el Artículo 1 de la Convención. Ilustran la evolución de la sociedad y de los asentamientos humanos a lo largo de los años, bajo la influencia de las limitaciones y/o de las ventajas que presenta el entorno natural y de fuerzas sociales, económicas y culturales sucesivas, internas y externas (UNESCO 2008:16).

Según Gfeller (2013), tres factores van a rodear esta definición técnica de paisaje cultural, para cerrar el capítulo de la controversia sobre los conceptos y dar paso a enfocar esfuerzos en la gestión: 1) las presiones ejercidas desde los diferentes grupos ambientalistas que basaban sus discursos en una mayor conciencia en la relación entre humanos y la naturaleza; 2) la inclusión de expertos en Patrimonio Cultural con trabajos previos en áreas naturales con poca intervención humana y; 3) considerando los enfoques disímiles entre paisaje que pueden provenir de la misma Europa.

La autora enfatiza en que la pretensión era equilibrar fuerzas entre el grupo de expertos que influían en el tema, así como abrir las posibilidades de incluir las perspectivas de las comunidades tradicionales que se afectaban con estos instrumentos cuasi legales. En este momento, la arqueología será protagonista, pues la interacción de los aborígenes australianos con los investigadores, promoverá alternativas a la hegemonía de eruditos que decidían sobre las formas de ver, entender, mirar y sentir el paisaje. En regiones de Oceanía, las comunidades indígenas no solo exigieron el control sobre los recursos políticos y económicos, sino también sobre el registro material de su pasado, así como de su interpretación; con ello obtuvieron un

doble beneficio: dejaron en evidencia a la arqueología como proyecto de dominación colonial, y posteriormente nacionalista; así como lograron que se establecieran normas concretas para su participación dentro de los proyectos de investigación.

Las relaciones de poder buscaban un equilibrio fundamentado en la reivindicación de las clases dominadas, pero con una agenda pública que apuntaba también a una aparente reconciliación nacional de los grupos étnicos que conforman muchas de las comunidades de los mayores países del continente oceánico. Caso homólogo veremos con las comunidades indígenas de Estados Unidos y Canadá.

Las sumas de estos enfoques van a otorgar otros elementos a la valoración del paisaje cultural, más allá de los otorgados por lo europeos, como la belleza o la dominación-control de la naturaleza, incorporando valores no occidentales que apuntan a valores intangibles, particulares y que van a repartir cuotas de poder entre grupos subalternos. Ciertamente estos escenarios son disímiles en el mundo, pues los equilibrios están lejos de ser la constante.

Si bien la ciencia ha jugado un papel fundamental en la procura de una definición de paisaje cultural que englobe supuestas necesidades de la mayoría en proteger y dar a conocer espacios de una cuantía excepcional, ha sido dentro de instituciones supranacionales donde se ha establecido un concepto que ha tendido a la generalización como parte de una estrategia contra la crítica. Las razones de esta primacía pueden rastrearse desde momentos históricos recientes que han dado cuenta —al menos de manera parcial— de las estrategias con que grupos de poder han validado sus perspectivas respecto a lo que es el paisaje cultural, desde discursos que sustenten formas de reproducción social y cultural de contextos que permitan la interacción de los colectivos respecto a formas identitarias que, en su mayoría, son interpuestas. Se recurre también a la lógica y al sentido común para prever enfoques consensuados que pretendan minimizar o suavizar los conflictos y las diferencias sociales a

través de mensajes conservadores y comprensibles para todos, que llamen a la inclusión y a formas lógicas de entender el paisaje, tales que no puedan ser criticables.

Bajo este escenario, surgen más dudas que afirmaciones sobre cómo se llevan a cabo los procesos de negociación para establecer las formas de participar y de obtener beneficios al declarar paisajes culturales dentro de las naciones del mundo. Las naciones fomentan valores como el orgullo —a raíz de discursos que sustentan estos reconocimientos por parte del mundo entero— pero en la realidad no llegan a ser la voz de todos, sino la de pocos que buscan seguir reproduciendo su contexto de dominación.

En nuestro caso, el llamado paisaje agavero se ha conformado en una forma institucionalizada para actuar sobre el pasado, compartiendo con otras estrategias como la de sitio arqueológico y la de zona arqueológica, todas categorías que se han establecido a un contexto particular para fines particulares (amén puedan separarse unas de otras con finas y difusas líneas).

Nuestra disciplina ha jugado protagonismo en estos procesos a través de formas tradicionales de ejercer su práctica; las cuales no han sido ajenas a la de un contexto-nación. Más bien se ha estado procurando la reproducción de un modelo idóneo (con faltas reconocibles por sus autocríticos) y que puede perfilarse en maneras particulares de hacer arqueología. Con esta idea comenzamos nuestra propuesta sobre parte de los argumentos que estamos esgrimiendo.

### **México: arqueología nacionalista y patrimonialista**

Si hay una característica con la que debemos comenzar para delimitar el contexto mexicano en cuanto a la práctica arqueológica, y de la que hemos padecido (incluyéndome), es

la presencia de un conservadurismo desde el punto de vista teórico que parece sobrevenir en una especie de escudo que procura desmovilizar intentos de teorías alternativas a las ya enquistadas en el quehacer profesional.

Al respecto Vázquez León (2003), nos menciona la conformación de discursos y correlatos que legitiman y ralentizan las teorías, los métodos, formas de acceder a la realidad y hasta la configuración de las instituciones profesionales; las cuales distan de reconocer estas realidades diversas y cambiantes, y apuntan más a intereses que se materializan en un robusta jerarquización institucional que prácticamente apunta más a consolidar funciones de gobierno, en detrimento de las actividades de investigación.

Este conservadurismo teórico es también parcial y selectivamente flexible, pues ocasionalmente se nutre de dos fuentes: la primera son los planes y proyectos de los sexenios presidenciales; y la segunda, unas pocas propuestas foráneas, introducidas por investigadores extranjeros, o mexicanos formados en el exterior. No obstante, este último punto debe observarse detenidamente, pues pensamos que los procesos en que pueden ser asimiladas ideas provenientes de otros espacios, deben ser aceptados por la comunidad científica nacional en sus diferentes niveles; o planteado al tenor de nuestro caso: aceptado en instancias superiores e impuesto a los inferiores. Sugerimos este proceso por cuanto la arqueología mexicana se sustenta, al menos teóricamente, sobre planteamientos externos a su seno; es decir, la teoría es primordialmente importada y, más aún, termina componiéndose de *agregadurías conceptuales* que muchas veces no son compatibles entre sí (Vázquez León 2003).

En esta misma idea, Gándara (1992:22-23) nos señala cierta indiferencia en lo que califica como *arqueología oficial* a motivar cambios al respecto, pues “El ‘crecimiento por aglutinación’, sin rupturas, parece ser el modelo más aceptado para lo que ha sido el desarrollo de la disciplina: los distintos enfoques visibles [...] coexisten más o menos pacíficamente en el

presente, mediante elasticidad y tolerancia”. De esta manera, Litvak (1975) sostiene que la arqueología en México, sin ser muy distinta a las de otros países, puede resumirse en momentos de agregadura, sin que haya confrontaciones entre las diferentes escuelas o posturas.

Si bien estos autores coinciden en la acumulación como forma de mantenimiento teórico (lo que no necesariamente implica progreso), Gándara (1992) señala que el problema va más allá, pues no se ha superado lo que él llama “la arqueología tradicional” (previa a la “oficial”), definida en una manera de práctica que serviría al nacionalismo y a la monumentalización (conservación y restauración) necesaria para sostener al primero. Pensamos ello no ha cambiado mucho, amén que el autor sostiene que a mediados de la década de 1970 las críticas de nuevas generaciones de arqueólogos sobre actuaciones excesivas a los monumentos y el planteamiento de para quién se hace arqueología, transformarían el panorama.

La práctica arqueológica sigue dando resultados acordes con lo presentado, sin que la realidad se haya modificado sustancialmente. Hoy día se sigue prefiriendo y actuando más sobre estructuras y sitios monumentales que en otros menos atractivos. Esta tendencia se ve reforzada en la práctica “tecnicista” (Matos Moctezuma 1979), la cual se desarrolla pasada la mitad del siglo XX<sup>23</sup>, desplazando en protagonismo a los conservadores-reconstructores, donde ahora, “para cumplir sus objetivos de relevancia social se ha considerado, desde su inscripción en el aparato estatal, la necesidad de que la arqueología oficial cumpla con cuatro

---

<sup>23</sup> Según Vázquez León (2003), la materialización de esta etapa podemos observarla en la consecución de legislaciones en la materia desde los años 30 del siglo XX hasta la Ley de Monumentos de 1972 y su reglamento de 1975 (vigentes), donde se consideran a los arqueólogos como “personal técnico de conocimientos científicos” o de “conocimientos especiales”.

tareas básicas: proteger, conservar, investigar y difundir el patrimonio arqueológico” (Gándara 1992:156).

Así, este aspecto apunta además a cuestionarnos sobre el principal objetivo de la arqueología respecto a lo que es prioritario de su práctica. Si bien las actuaciones sobre el pasado material implican una serie de actividades, pensamos que el conocimiento, emanado de la investigación, debe privar sobre cualquier otro uso.

En concreto, la arqueología institucionalizada en México, ha procurado devenir en una estructura burocrática compleja que minimiza o anula las posibilidades de alternativas teóricas y metodológicas que difieran con los objetivos de monopolizar el pasado material y las formas de acceder a este. Estas formas han jugado un papel preponderante no solo en la construcción de la nación y su imaginario simbólico o en la manera de hacer arqueología, sino también en mantener un sistema donde el estado es propietario de los referentes materiales del pasado<sup>24</sup> (eso sí, compartiendo con la arqueología la propiedad simbólica de la misma). La posibilidad de esto pasa por entretejer relaciones articuladas con las pretensiones de los funcionarios encargados de ejercer el gobierno, comenzando por el presidente de la república, hasta aquellos que ostentan cargos regionales o locales (Vázquez León 2003).

En perspectiva, estamos ante la monopolización de la disciplina y de maneras de acceder al pasado, asunto que incide importantemente en la aprehensión de la sociedad civil a

---

<sup>24</sup> Sobre la estatización del pasado y de la identidad, O’Farrill (2010:224) comenta: “El Estado mexicano, concretamente en el siglo XX, se manifiesta como el detentor natural de lo nacional, y habrá de seleccionar entre la amplia gama de expresiones y símbolos culturales de nuestra región para generar un corpus simbólico que diera sustento a los grupos surgidos de la Revolución Mexicana [...] Igualmente, los elementos prehispánicos que se sumarán al discurso indigenista desarrollado en las administraciones post revolucionarias desde el Estado mismo, apoyado como hemos comentado, por políticas educativas, artísticas y culturales”.

eso que llamamos su patrimonio cultural. De alguna manera la arqueología mexicana ha logrado estar equilibradamente en todas las etapas señaladas por Carman (2002) en las primeras secciones: registro arqueológico, recurso arqueológico y recurso cultural<sup>25</sup>.

Según Vázquez León (2003), a pesar del fuerte control estatal, es posible ejercer la disciplina desde dos frentes claramente marcados. El primero, el frente oficialista, conformado por el *Instituto Nacional de Antropología e Historia* (INAH) y su *Escuela Nacional de Antropología e Historia* (ENAH) y el segundo, el de la arqueología universitaria<sup>26</sup>. A groso modo, la primera supera en número al personal técnico autorizado para ejercer; asimismo los recursos y, lo más importante, controla las actividades de ambos frentes (esas que mencionamos antes: proteger, conservar, investigar y difundir), de allí que pensemos en el término “monopolio”.

Pero el punto aquí, radica en algo que hemos considerado una estrategia por parte del grupo dominante, y es la posibilidad de mantener un rival acorde con sus intereses<sup>27</sup>. Si nos permitimos mostrarlo como estratégico, es porque la existencia de un actor alternativo estaría legitimando dos cosas: 1) la posibilidad de competir por méritos y recursos, sin que se

---

<sup>25</sup> Como hemos comentado, Carman (2002) señala que el arqueólogo está en capacidad de mantener cierta primacía sobre la primera, la cual va cediendo a gestores culturales a medida se va adecuando la materialidad del pasado como recurso social o público. No obstante, pensamos que en México la arqueología ha conquistado en las tres etapas, asegurando la custodia del pasado, pero igualmente sometándose -en gran medida- a los propósitos de entes gubernamentales, a manera de “negociaciones”.

<sup>26</sup> Obviamos llamarle académica, pues la que hemos denominado oficial posee su espacio formativo en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). En el grupo universitario ubicamos a todas las demás escuelas de grado y posgrado que comparten actividades de docencia e investigación.

<sup>27</sup> Como extranjero no he padecido las desavenencias entre comunidades científicas locales, ya sea por su origen o adscripción académica, pero los comentarios y las pugnas se dejan ver.



sospeche puedan existir favoritismos sobre áreas o períodos concretos, y 2) la presunción de que la ciencia “evoluciona” a partir de perspectivas diversas.

Sobre el segundo punto, hemos comentado de manera general, cómo se ha manejado la posibilidad de la actualización teórica y metodológica, manteniendo más bien la reproducción de unas pocas teorías foráneas, y el desarrollo de algunas que podemos considerar instrumentales o de rango medio. Sin embargo, el discurso sobre el avance científico es un rasgo que públicamente nadie negaría, ya que atenta contra la supuesta posibilidad del conocimiento a través de la ciencia.

Estos aspectos encierran un proceso histórico y social (interno a la práctica) que merece ampliarse un poco en algunos aspectos concretos —entre otros— que han incidido sobre la hoy sobre la arqueología mexicana.

En primer lugar, la forma en que regulaciones y estructura del estado han moldeado jerárquicamente al INAH, y otorgado jurisdicción total del *Consejo de Arqueología* sobre todos los aspectos de la práctica de la disciplina. Ello ha conllevado a privilegiar recursos y permisos a proyectos (a través de figuras como rescate, salvamento, conservación y otras) que coincidan geográfica, cultural y personalmente con los intereses emanados desde la rígida pirámide que, como hemos mencionado, prefiere desempeñar labores de gobierno antes que de mera investigación.

Esta situación, nos comenta Vázquez León (2003) ha dinamizado un procedimiento común, el cual define como “patrimonialismo”, haciendo alusión al derecho asumido sobre el pasado y su posibilidad de legarlo y administrarlo como única disciplina con posibilidades de decir algo sobre tiempos y sociedades extintas (articulado totalmente con los propósitos nacionalistas del estado). Para asegurar procedimientos —continuamos con Vázquez León— el Consejo otorga una figura sin la cual la dominación jerárquica sería difícil: la de

“autorización”, lo que se traduce, ahora sí directamente, en pugnas por permisos y presupuestos en la búsqueda de la monumentalidad.<sup>28</sup>

Como consecuencia de ello y, en segundo lugar, se ha creado un contexto competitivo por el poder y la gloria, a través de la consecución de grandes descubrimientos que terminan por desplazar la importancia de teorías y métodos reflejados en los objetivos y alcances de las investigaciones. Esta renuncia hace que la investigación se conciba como secundaria, principalmente desde la arqueología gubernamental, y a diferencia de la propuesta desde los espacios universitarios, donde los proyectos con una intensidad menor (presupuestos y permisos), encuentran cabida, pues la posibilidad de convertir sus hallazgos en monumentales, son menores. Al final podemos ver reflejado la reproducción del enfoque histórico cultural y su insistencia en buscar cosas (Vázquez León 2003). No es extraño entonces que se carezca de riqueza interpretativa que pudiera sumar a teorías y métodos; aunque tarde o temprano se enfrenten a lo inevitable: tener que interpretar sus datos.

Es conveniente señalar que no todas las pretensiones de los proyectos arqueológicos desarrollados en México persiguen la monumentalización. Muchos procuran objetivos más modestos<sup>29</sup>, pero igualmente deben competir y enfrentarse con la institucionalización y

---

<sup>28</sup> Colaboramos con la idea señalando que más bien es la monumentalización, por cuanto se crea discursivamente al monumento para generar el otorgamiento de permisos y recursos, en pro de la valía sobre los elementos de la imaginaria nacional.

<sup>29</sup> A diferencia de los “Proyectos Especiales de Arqueología” promovidos por la presidencia de la República a partir de 1992. Vázquez León (2003) refiere a este punto que desde la activación de estos planes o “megraproyectos”, se ha hecho más notoria la disparidad en dedicación de profesionales y financiamiento a proyectos más locales, generados principalmente (no totalmente) del INAH (pues esta institución también ha debido ceder personal y presupuesto a los grandes planes en zonas arqueológicas monumentales). Estos “proyectos normales” generalmente se producen en espacios universitarios, con menos presupuestos y quizás menos intereses.

burocratización de la profesión. Pensamos pueden estar pugnando por encontrar cabida o articularse en propuestas existentes o alternativas, pero habría que medir el alcance real de sus planteamientos y la real influencia sobre la comunidad científica nacional e internacional, a través del aporte a teorías existentes o novedosas vs el conservadurismo teórico-metodológico de la arqueología mexicana (o su forma nacional de hacer las cosas, para mantenernos en el relato). En este cerco donde la praxis profesional se encuentra, acompañamos la crítica de Vázquez León (2003) sobre un límite aun mayor, y es el impuesto a hallazgos e informes, los cuales son de acceso restringido y requieren engorrosos procedimientos para su acceso por parte de otros investigadores, y ni hablar de otros sectores sociales que tienen prácticamente vetados. Ello nos devuelve a una de nuestras ideas iniciales sobre quiénes son los dueños del patrimonio, así como para qué y quién se activa el pasado.

Nos permitimos un comentario en medio que alimenta nuestro punto: la imposibilidad manifiesta y consentida de parte del INAH de poder asumir la detección, registro, salvamento, rescate, conservación, investigación, puesta en valor y cuanta competencia más esté probablemente monopolizando (ver artículo 2º de la Ley Orgánica del INAH y sus 19 apartados, que explayan el alcance de sus funciones). Si bien las intenciones siempre se

---

Comenta Vázquez (2003:222): “No se trata, en suma, de un fenómeno tan simple como distinguir a los ‘arqueólogos del poder’ y a los ‘arqueólogos de la intelectualidad’ (Schondube, 1991: 264), de la ‘corriente del INAH’ y la ‘corriente universitaria’ (Lorenzo en Alonso y Baranda, 1984: 155) o de la ‘arqueología política’ y la ‘arqueología científica’ (Litvak, 1978: 672). Se trata además de que sus proyectos sean funcionales con la estructura de la que devienen. Lo que ya no es tan funcional son las recompensas obtenidas y el modo como se relacionan con sus muy materiales objetos de estudio, sustento de sus más caros anhelos. Aquí residen los ‘pecados’ más azorantes y que sin embargo los mueven”.

presentan como buenas, es paradójico pretenda abarcar prácticamente todo el espectro del trabajo arqueológico si no posee los medios para ello<sup>30</sup>.

Reconociendo que sus recursos humanos y financieros son limitados —y a manera manifiesta de autocrítica— Gándara (1992:161) señala sobre su apuntada *Arqueología Oficial Mexicana*: “resulta difícil justificar que haya aceptado, e incluso propuesto, trabajos que no sólo salen de las normas técnicas aceptadas para la disciplina, sino que requieren de destinar grandes porciones de estos recursos a labores que no eran prioritarias” (de allí que el autor se también se cuestione para qué y para quién se hace arqueología en México). Al respecto, Jiménez (2007:65; énfasis nuestro) señala:

En el caso del patrimonio arqueológico, *el valor de la información habría de ser objeto de atención, y habría de ser más fuerte que cualquier otro, fuera éste estético, simbólico o económico*. La competencia por la puesta en valor define en gran medida el destino físico de los recursos patrimoniales, y es en este sentido que cualquier propuesta de ley o de actuación de otro tipo, debe considerar que lo sustancial a proteger es, por una parte, lo que representa en términos de la información sobre sociedades del pasado; y por la otra, el potencial que guardan éstos y otros espacios o elementos para responder a preguntas presentes y futuras.

Retomando, ya en tercer y último lugar —y no obstante todo lo dicho, que puede interpretarse como la definición de una estructura, robusta e inexpugnable— hay casos donde es posible vulnerar el carácter apropiador y monopolístico de la arqueología gubernamental (y

---

<sup>30</sup> Y cada vez parecen ser menos para otras actividades. Así lo perciben nuestros informantes al sostener que la arqueología en México pierde cada vez más espacio dentro de los planes de los regímenes de turno (en diferentes niveles de gobierno), es decir, menos presupuesto para investigar, para publicar y para intercambios profesionales nacionales e internacionales.

parte de la llamada universitaria). Parte de las supuestas debilidades que se pueden observar hoy, pensamos tienen un carácter histórico, con foco en el aún hoy controvertido centralismo mexicano, el cual se manifiesta en la arqueología mediante la apropiación de signos y fabricación de significados provenientes de las culturas que ocuparon el centro del país, principalmente durante el momento de la conquista europea, es decir, lo azteca, lo nahua (Gándara 1992; López Mestas 2011; Vázquez León 2003; Weigand 1992a, 2007b, 2008a).

Haber accedido a los procesos sobre la formación (fabricación, construcción) de lo que hoy se llama en nuestra disciplina el “Área Maya”, ofrece una serie de argumentos que denotan cómo incluso desde los albores de la arqueología científica mexicana, se iban a mantener algunos elementos que siguen definiéndola hoy día. Aunque ha habido grandes cambios en este devenir, la pervivencia de ciertas prácticas es notoria. Trataremos de ser concisos, pues el cuento es largo.

A través de un relato bastante detallado, Palacios (2012, 2015), nos ofrece una serie de coyunturas que le sirven como argumentos para dar forma al proceso de constitución de un área cultural (arqueológicamente hablando), como lo es la Maya. Además, ofrece algunas tesis que bien han podido considerarse como consecuencias de las acciones u omisiones tanto del estado, como de la arqueología nacional. Aunque inicia con intereses provenientes de actores extranjeros, la consolidación de este coto de investigación no hubiese sido posible si no por el desinterés de las autoridades mexicanas.

El autor comienza por presentar un escenario protagonizado por el auge expansionista de la naciente arqueología estadounidense (segunda mitad del siglo XIX). En un momento donde no se había formado un gremio nacional unificado, un grupo de mecenas e investigadores emprenden la búsqueda de espacios (y argumentos para sostenerlos) que pudiesen competir con la arqueología del Nuevo Mundo, territorio donde los norteamericanos

(estadounidenses) no eran bien vistos y peor tratados. Los *Bostonians* como les denomina Palacios, eran una especie de casta adinerada que compartían una procedencia común (Nueva Inglaterra) e intereses comunes tanto en lo mercantil como en lo científico-académico.

La península de Yucatán ofreció una oportunidad a partir de un trabajo que conllevó exploración, negociaciones formales e informales, saqueos y la construcción discursiva de un contexto monumental para impulsar la científicidad dentro de la arqueología de ese país.

Yucatán y las áreas vecinas, esto es, la cuenca del mar Caribe, tenían que convertirse, metafóricamente, en una especie de “mediterráneo neoinglés”, si bien sólo para efectos pragmáticos de exploración y colecta, no para establecer improbables vínculos históricos y culturales —fuera de los proporcionados por las tendencias expansionistas estadounidenses (Palacios 2012:134).

Estamos ante la apropiación científica y cultural de un territorio, con la indiferencia de un estado y la complicidad de funcionarios de diferentes niveles de gobierno. Los fines, por parte de los estadounidenses, son resumidos por el autor en tres puntos concretos: 1) propiciar el avance del conocimiento científico a través de un espacio de conocimiento reconocido como propio; 2) consolidación de las instituciones académicas y museísticas privadas; y 3) la posibilidad de fines mercantilistas y empresariales asociadas al coleccionismo. Todo ello aprovechando el desprecio de lo americano por parte de la arqueología europea; lo que costó un gran trabajo de estetización para convencer al mundo sobre la valía de estos descubrimientos (Palacios 2012).

Por otra parte, esto no hubiese sido posible sin una serie de circunstancias internas con que Palacios (2012, 2015) describe la dejadez del gobierno mexicano de la época, lo que permitió la actuación libremente de los *Bostonians* hasta casi la tercera década del siglo XX. A

saber: 1) lo extraño que Yucatán representaba para la federación; 2) la lejanía del centro político y cultural; 3) la enorme dificultad de usar “lo maya” como elemento en el proceso de ideologización nacionalista; y 4) algún tipo de resentimiento por el separatismo yucateco, simpatizante además de lo estadounidense (lo primero iría desvaneciéndose a partir de la revolución de 1910).

“Y así, el ‘Egipto mexicano’ se transformó en el ‘Egipto americano’, una especie de versión arqueológica consecuente con los principios de Monroe” (Palacios 2012:58); aprovechando además que el gobierno federal y la clase intelectual del país pusieron poca atención a las antigüedades mayas como objetos valiosos, pues las prioridades del porfiriato estaban ocupadas en legitimarse internacionalmente; de allí que Palacios señala un ambiente de tolerancia y de permisividad legal. No obstante, en momentos de tensión, se tomarían algunas medidas que irían sumando a la larga —y muy lentamente— para conformar una estructura de protección para el pasado material, la cual iría dando forma al llamado patrimonio nacional a través de la institucionalización de la arqueología mexicana.

Si bien la preocupación por la conformación de un contexto de protección sobre los recursos materiales del pasado fue un proceso de larga duración; un asunto no resuelto es el de incorporación de perspectivas teóricas foráneas contra la posibilidad de superar la agregaduría propia de las formas nacionales de la práctica arqueológica (aunque se lleve a cabo en zonas que se distancian en interés al centralismo mencionado).

Mucho más reciente, y específicamente en el occidente del país, Vázquez León (2003) presenta el giro que ha tomado el referido *Proyecto Arqueológico Cañada del Río Bolaños*, desde su concepción como un estudio de baja intensidad, con los problemas burocráticos y de presupuestos a los que están sometidos aquellos proyectos que se desarrollan desde espacios diferentes a los del INAH. En este caso, la investigadora María Teresa Cabrero (adscrita al

Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM), ha comenzado su trabajo desde 1982, caracterizándose, según Vázquez León (2003:288; comentario nuestro):

La introducción de una serie de innovaciones conceptuales que lo distinguen dentro del ambiente teórico-interpretativo general de la historia cultural prevaeciente. A mi juicio, esta actitud abierta es producto de su origen académico [refiere a Cabrero], pero sobre todo al hecho mismo de tratar con un objeto de estudio situado en una región distinta (me resisto a llamarla marginal) a la mesoamericana, cuyas fronteras culturales siempre han representado un problema de ordenación para las teorías difusionistas imperantes.

No obstante, el autor refiere a cambios importantes en sus motivaciones a partir de la primera mitad de la década de 1990, cuando logró acceder a recursos del *Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología* (Conacyt). Pareció entonces dirigir la mirada hacia los grandes descubrimientos que estarían caracterizando a la arqueología mexicana institucionalizada. Para este caso, la conmoción organizada tras el hallazgo de una tumba de tiro sellada podría haber sido la oportunidad, o de acercar a esta área occidental a Mesoamérica, o de renovar la importancia de occidente, con sus particularidades culturales que no requeriría discursivamente ser tan allegada al centro.

Es un intento de recrear una historia cultural, contando en momentos diferentes con diferentes elementos que podrían estar acercándola o alejándola de lo mesoamericano. La autora termina definiendo una cultura híbrida, pero propia, nacida de ciertos mecanismos adaptativos de los habitantes de estas sociedades al interactuar con la que denomina la cultura Teuchitlán-Ahualulco (Tomando rasgos de sus patrones arquitectónicos y funerarios), y la propia de los Chalchiuites (tecnología lítica y cerámica), refiriendo entonces: “Los que



singularizan a la cultura de Bolaños se identifican en la forma de adaptar al medio ambiente (natural y cultural) las formas culturales derivadas de sus antecesores, imprimiéndoles un sello propio” (Cabrero 1992:343).

Vázquez León (2003) interpreta esta odisea como un ejemplo de la forma selectiva en que puede operar la agregadura conceptual fuera de marcos teóricos que pudiesen ser aceptados, al menos transitoriamente (cosa no muy común, como hemos comentado anteriormente). Más adelante nos explica cómo en el caso del Cañon de Bolaños, la “asimilación transteórica es selectiva: se eligen aquellos conceptos pertinentes, so riesgo de que la translación pueda resultar contradictoria, ontológica, metodológica y aun semánticamente” (Vázquez León 2003:307).

Desde una perspectiva amplia, podemos señalar que estos hallazgos monumentales<sup>31</sup> requieren ser ubicados dentro los límites convencionales del área cultural que hubo de señalar Kirchhoff, por una parte. Por otra, deben mantener la coherencia necesaria, desde el sistema teórico-conceptual de la arqueología oficial mexicana, “adoptada de manera habitual desde la socialización educativa profesional” (Vázquez León 2003:289), y articulada con el primer punto que hemos definido, es decir, todo debe indicar, irreductiblemente, siempre, la existencia de rasgos mesoamericanos.

Posterior a presentar el caso, el cual interpretamos como un intento —fallido— de Cabrero, de articularse a las maneras y objetivos de la arqueología oficial, Vázquez León ocupa unas tantas páginas a la confrontación de las arqueologías hechas desde los límites “importantes” de Mesoamérica con la tradición centralista imperante. Una de las cuales recae

---

<sup>31</sup> En el caso presentado, Cabrero (1992) refiere que aun cuando los rasgos arquitectónicos heredados son monumentales, las representaciones en la denominada cultura Bolaños se presentan con menores proporciones; pero sin dejar de utilizar el calificativo para no disminuir en importancia.

también en occidente, al describir la forma en que el INAH ignoró completamente la destrucción de los sitios arqueológicos en la zona de Huitzilapa y el Cerro de las Navajas, posterior a una limitada investigación (por la premura oficial) hecha por Lorenza López y Jorge Ramos; todo ello presuntamente por la urgencia en la construcción de la autopista Guadalajara-Tepic, obra del gobierno federal.

Las actitudes negligentes por parte de los aparatos centralizadores de la arqueología mexicana, estaban acompañadas no solo por las decisiones de quienes se componen como autoridades, sino que reproducidas por un conjunto de marcos que definen su contexto de acción y dominación. Por una parte, y lo hemos comentado, una tradicional manera de establecer un cuerpo teórico y metodológico conservador y riguroso que poco permite la existencia de otras perspectivas, mucho menos cuando pueden atentar contra lo que Vázquez León (2003:392) llama sarcásticamente “Meso-México” (en lugar de Mesoamérica) y que es inducida desde los canales formativos y laborales, lo cual niega la posibilidad de otras interpretaciones de los referentes del pasado material.

Una última idea que puede ayudarnos a concluir esta sección, procede de la mirada dual sobre la arqueología en México por parte de Olivera Toro (1980), el cual propone atender a las posibles razones que realzan la importancia de la disciplina. Por una parte, a la primacía del conocimiento obtenido a través de la ciencia, a partir de las formas discursivas con que esta monumentaliza sus hallazgos. Desde otro enfoque, sobre la responsabilidad oficial de la misma en cuanto a actuar (investigar, proteger, restaurar) sobre la herencia nacional.

En virtud del estereotipo oficial se incrementa un hondo espíritu nacionalista que nos hace superiores en nuestro pasado a cualquier pueblo; se realizan investigaciones, se descubren zonas monumentales, se restauran con mucha imaginación personal piezas y

monumentos y se impulsa al turismo como fuente de captación de divisas, aspecto éste nunca visto en épocas pretéritas (Olivera Toro 1980:122-123).

Si hemos puntualizado sobre algunos fenómenos en particular, que nos refieren a algunas de las características de la praxis arqueológica en México, es porque pensamos guardan algunas similitudes con el proceso de conformación de la hoy (erróneamente llamada) Zona Arqueológica Los Guachimontones, lo cual desembocó, además de investigaciones en el sitio, en su apertura al público como un apreciable fin último (de las políticas públicas, y por qué no, de los arqueólogos).

## EL FENÓMENO GUACHIMONTONES

Mientras menos pueda invertir el Estado en nosotros, lo hará, ya que no le interesa nuestra producción científica —raquítica, por cierto— sino que prestemos nuestra bata blanca de investigadores, para dar una justificación y sanción “científica” a la ideología que hemos ayudado a construir (Gándara 1992:162)

Cuando Trigger (1984) ensayó una clasificación para las formas en que se estaba practicando la arqueología mundial, seguramente se ceñía más a las funciones que a las posibilidades de estas. En las conclusiones de su artículo, coloca a la arqueología mexicana como de tipo “colonialista”, aunque inicialmente la utilice para ejemplificar a la de tipo “nacionalista”. Consideramos que ello no obedece necesariamente a una confusión, sino más bien a los desarrollos y cambios en las escuelas arqueológicas que, como subraya, pueden moverse entre los diferentes tipos propuestos (colonialista, imperialista y nacionalista), respondiendo a los diferentes contextos sociopolíticos e históricos con los que se enfrentan.

Para el caso mexicano, disertaciones más profundas las desarrollan Manuel Gándara (1992) y Luis Vázquez León (2003) perfilando la práctica de la disciplina; y de manera más puntual sobre el occidente López Mestas (2011). Si hay un punto en común entre los autores, es en reconocer las maneras en que la arqueología ha servido en México para crear y sostener identidades (nacionales principalmente, y regionales probablemente). La idea se amplía fundamentada en rasgos que encierran a la arqueología dentro de una forma “nacional” y particular; en palabras llanas: una arqueología “a la mexicana”.

Sobre ello, Gándara (1992) acusa sobre la tendencia de los arqueólogos nacionales a desarrollar y mantener una línea central para mantener su dependencia con el estado, basada en la imperiosa necesidad de conservar el patrimonio arqueológico. Ello conllevó a actuar sobre la selección de sitios arqueológicos y la (reiterada) consecución de zonas monumentales “como fuente de atracción de divisas al país por medio del turismo y como escaparate al mundo de la gloria nacional, a través de museos” (Gándara 1992:152).

Podemos definir aquí una doble perspectiva sobre lo arqueológico: donde la primera, apunta a los propósitos como experto y custodio reconocido sobre el pasado, y a su aporte de enormes cantidades de elementos que han sido utilizados para la fabricación de discursos que sostienen “lo mexicano”. La segunda perspectiva (resultante de su labor protagónica en la primera) le ha permitido desarrollar y reproducir un contexto propicio para su dominio sobre ese pasado material, regulando y normando internamente actuaciones, formas, procedimientos y hasta valores que han resultado en lo que Vázquez León (2003) ha denominado la *Escuela Mexicana de Arqueología*. Se estatiza el pasado y la forma en que se debe acceder a este.

Más que hacer una reconstrucción crítica de la historia de la arqueología en México, nos basta con puntualizar algunos rasgos que pudieron permitir el surgimiento y mantenimiento de fenómenos arqueológicos como el del sitio Los Guachimontones, considerándolo una manifestación real de la particular práctica arqueológica nacional, la cual ha sabido y supo aprovechar el contexto para mostrarse como hoy los conocemos.

Hoy los procesos y contextos son diferentes, pero hemos procurado mirar sobre las últimas décadas del siglo pasado y la primera del reciente; donde las maneras nacionalizantes tenían aún gran influencia y no habían comenzado a sucumbir ante lo que hoy podemos apenas vislumbrar sobre una arqueología que comienza a responder a aspectos de las nuevas

formas de comprender el mundo, donde lo neoliberal y los transnacional dictan pautas para el establecimiento de las valías propuestas para los referentes de la materialidad pretérita.

### **Una posibilidad en el occidente mexicano**

Lo que hoy denominamos sitio arqueológico Los Guachimontones y los intentos por comentar “algo” respecto a sus manifestaciones materiales, aparecieron por primera vez en la literatura arqueológica (y protoarqueológica) en las postrimerías del siglo XIX e inicios de la siguiente centuria. Nombres como los Adela Breton y Carl Lumholtz que refirieron algunos comentarios sobre el sitio arqueológico; y otros como Eduard Seler y Ales Hrdlicka que hicieron lo propio en áreas cercanas, describiendo una materialidad análoga; son considerados por López Mestas (2011) como las bases para los estudios arqueológicos no solo en la zona, sino también en el occidente mexicano<sup>32</sup>.

De ellos, y otros pocos que les siguieron, se comenzaron a esbozar intentos de descripción de tipologías de estructuras y objetos que corrieron con suerte similar a los vestigios encontrados en la ya señalada Área Maya: la destrucción de sitios y el contrabando de piezas para un incipiente mercado regional del mal llamado arte antiguo. Estas actividades fueron posibles por la ya comentada apatía (o tolerancia) del régimen del presidente Díaz para con los investigadores, aventureros e instituciones extranjeras interesadas en nutrir sus colecciones (López Mestas y López Cruz 2002).

---

<sup>32</sup> Para una lectura más amplia sobre el proceso histórico de la arqueología del occidente de México, sugerimos revisar López Mestas y López Cruz (2002), López Mestas (2011), Weigand (1993, 1995) y Weigand y García de Weigand (2005), Williams y Weigand (1997).

En décadas siguientes se continuarán las investigaciones en diferentes áreas de lo que hoy conocemos en arqueología como el occidente de México, área que si bien fue concebida por el mismo Kirchhoff (2000) como perteneciente a su proposición sobre Mesoamérica, fue tratada como una región —erróneamente— homogénea y pobremente desarrollada desde el punto de vista social, político y cultural.

Pero el auge en investigar en la región, se registró para las décadas de 1980 y 1990, donde tanto nacionales como extranjeros propondrán algunas explicaciones, generalmente bajo miradas nacidas de la *Nueva Arqueología* (en adelante NA) estadounidense (López Mestas 2011); reproduciendo el mismo contexto de las investigaciones arqueológicas que ya se venía haciendo en México: la procura de encajar datos e interpretaciones en lo que se consideraba mesoamericano, intentando resaltar más las coincidencias que las diferencias (Bernal 1968; López Aguilar 2000; López Mestas 2011). Una carrera por no quedar fuera del centralismo académico y presupuestario que no culmina aún. Así lo concibe López Aguilar (2000:109):

No existe en la arqueología mexicana la posibilidad de discernimiento entre propuestas teóricas que constituyan cierto nivel de incompatibilidad y que deriven en dos o más conjuntos de teorías entre las que debemos decidir: todas hablan de lo mismo y se construyen desde los datos duros de la historia cultural.

Cerrando filas sobre nuestra zona de interés, hay que permitirse mirar sobre las investigaciones que incluyen, principalmente, el estado de Jalisco (entendemos el occidente se compone de un área más amplia, pero a nuestros efectos, nos interesa mirar incluso hacia la zona central del estado). Allí se ha suscitado, en palabras de López Mestas (2011), una pugna por establecer preponderancia sobre su manera de relacionamiento con los rasgos definitorios

de lo que se considera mesoamericano por una parte, y las formas sociopolíticas de organización por otra.

En el primer caso, podemos considerar tres aportes esenciales: 1) la ampliación de su frontera para sumar más territorios (Braniff 1989); 2) la fragmentación del occidente en regiones culturales menos heterogéneas y particulares (Oliveros 2006); y 3) los intentos por relacionar la región con zonas de centro y Suramérica (Mountjoy 2000, 2012). A partir de sus alcances en la literatura e investigación, podemos coincidir en que estas ideas no han logrado hasta ahora arraigarse en los estudios occidentalistas y mesoamericanistas, pues atentan contra la unidad que representa Mesoamérica. Asumamos parcialmente que, si este sigue siendo un concepto válido para explicar lo mexicano, pretérito y actual, es porque ha procurado ser poco alterado, logro de una naturalización como estrategia.<sup>33</sup>

Por otra parte, viendo sobre algunas conclusiones que se han establecido sobre las formas de organización social y política de las sociedades que habitaron la región antes del contacto europeo, podemos fijar la mirada en algunas propuestas que nos hablan de cacicazgos y de estados.

La primera de ellas es la de Otto Schöndube (1974, 1980) quien plantea la ocupación del territorio por un grupo desarticulado y aislado de sociedades de tipo cacical y que denominó como “sencillas”. Las mismas respondían a las condiciones y posibilidades

---

<sup>33</sup> Sobre este punto, López Aguilar (2000:114-115) comenta: “El concepto de Mesoamérica, después de una primera fase de gran utilidad para la antropología, ha alcanzado ya, en lo general, su propio límite: más que resultar el punto de partida para la creación de conocimiento, es el punto de llegada; y la respuesta de la comunidad académica para cubrir ese límite es científicar el discurso con palabrería científicista: estadísticas, muestreos, tipologías y variantes tipológicas que llenan la literatura arqueológica”. O concretamente: “Como la serpiente que se muerde la cola, Mesoamérica es una noción cerrada” (López Aguilar 2000:109).



ambientales y, en un mosaico variopinto como el occidente, el ambiente sería un factor delimitante entre ellas. El investigador manejó una postura determinista ambiental, señalando que los procesos internos desarrollaron dinámicas que no permitieron o no motivaron un intercambio suficiente como para inferir, a través del registro arqueológico, algún tipo de unidad cultural que abarcara varias sociedades en un amplio espacio del territorio. Asimismo, con una cronología incompleta, propone que la aparición de rasgos vinculados a sociedades complejas se apreciará solo a partir de las influencias y anexión del occidente a Mesoamérica por grupos provenientes del centro de México (prácticamente en el período Posclásico).

Otra propuesta, es la de Weigand (1985, 1991, 1993, 1996, 2004, 2007a, 2008a, 2009a, Weigand y Beekman 2000), el cual señala la existencia de formaciones estatales (arcaico, segmentario-unitario) propiciadas por la también diversidad de nichos ecológicos explotables y por el control de un recurso estratégico como la obsidiana. Sus fundamentos descansan sobre la definición de cierta especialización en la arquitectura y en la manufactura de objetos cotidianos y suntuarios. Así como en la existencia de una zona nuclear (donde el centro es el hoy sitio arqueológico en cuestión) y una periférica que mantenía relaciones asimétricas de control de la producción y el intercambio. De este punto, ampliaremos en el siguiente apartado a través de su propuesta teórica: la tradición Teuchitlán.

Más recientemente, la arqueóloga mexicana Lorenza López Mestas (2011) nos presenta una alternativa diferente, haciendo énfasis en la crítica a la propuesta de Weigand. Nos habla sobre la posibilidad de pequeños y medianos cacicazgos, sin que se existan pruebas de una integración sociopolítica entre ellos denotado en un mando único centralizado; esto sustentado en: las pautas de distribución de los asentamientos (dispersos), en elementos constructivos y espacios públicos restringidos, prácticas socioeconómicas heterogéneas, pero que señalan alta homogeneidad a lo local (innovaciones en manufactura y actividad agrícola,

intercambio material de objetos cotidianos y suntuosos). Potencialmente, la autora propone que los vestigios de las actividades relacionadas con cultos y rituales, señalan una serie de estrategias hegemónicas (característica de una élite pequeña y compacta) para mantener su dominio local e intrasocietal.

López Mestas (2011) incluye no solo nuevos datos e interpretaciones sobre las formas de organización sociopolítica, sino explora en sus comentarios finales, una serie de aspectos de orden discursivo que apuntan a la manera en que se han interpretado los datos por parte de otros investigadores (principalmente Weigand) para articular forzosamente su propuesta con los procesos de formación identitaria oficial, tanto regional como nacional, conectado de manera muy directa al occidente con Mesoamérica. Todo ello en una mezcla de intereses políticos, culturales y económicos que se han visto reflejados en el apoyo y fomento a fenómenos como el paisaje agavero y a la —indefinida— zona arqueológica Los Guachimontones; como lo expresa en la siguiente cita:

En este caso de Jalisco, con la monumentalidad arquitectónica exaltada en los vestigios arqueológicos, así como el “diseño” de un paisaje y ruta del agave, lo que se está generando es un proceso de reidentificación y reificación cultural, un intento de reconstruir identidades y tradiciones locales, apoyado en huellas, indicios y artilugios de reconstrucción o extraídos del pasado. Todo en la lógica de la idealización de ese pasado prehispánico y antiguo (López Mestas 2011:499).

De lo comentado podemos coincidir, hasta ahora, en algunos puntos claves articulados al perfil de la arqueología mexicana: el primero, y más obvio, es que las nuevas propuestas solo serían aceptadas (en diferentes escalas de interés) en tanto no contravengan la monolítica Mesoamérica, lo que da cuenta del conservadurismo teórico de la disciplina y de su tolerancia

(solo en caso de aportar nuevos datos o procedimientos para mantener lo mesoamericano donde está y como está); siendo el segundo, la importancia fundamental de la monumentalidad, aspecto que a primera vista es sumamente difícil de explotar en occidente, a menos que pueda valerse de un discurso efectivo para elevar los supuestos monumentos a una escala apreciable.

Un tercer punto acusa directamente a lo tardío y pobre que han sido las investigaciones en el occidente respecto a otras áreas de México. Ello reflejado también en la poca producción científica y en el apoyo a los proyectos de investigación; lo cual ha sido mencionado por quienes han realizado trabajos en la zona, siendo el más insistente en ello el mismo Weigand, quien lo reitera en muchas de sus publicaciones como preámbulo, así como deja entreverlo como una especie de justificación para otorgar valía a sus hallazgos, a manera de oportunidad ante una pugna dispareja por recursos e intereses con lo mexicano.

Al respecto, hemos comentado cómo, ante el desinterés de la arqueología centralista y nacionalista, algunas regiones consideradas marginales del área mesoamericana, pueden atraer intereses alejados de los primeros o simplemente foráneos que, articulándose a la peculiar forma de la arqueología mexicana, reproduce en escala menor las dinámicas que hemos descrito. En este caso, se juega con la ventaja del desinterés, es decir, al minimizar la mirada hacia estos personajes y sus trabajos, la posibilidad de ver en la crisis una oportunidad —con apoyos regionales y locales— es bastante alta.

Especulamos este es el caso para Los Guachimontones, donde se estuvieron sumando algunos aspectos que coadyuvaron (y aún lo hacen) como: 1) el conservadurismo teórico (con su marcada influencia neoevolutiva y determinista); 2) la preferencia por la monumentalidad; 3) la poca prioridad por la explicación a costa del “descubricionismo”; 4) los intereses

identitarios y económicos de particulares; y 5) la marginalización del occidente en un contexto centralizador en arqueología.

Proponemos, para el sitio arqueológico, que el origen de su valía o importancia, de su posibilidad de ser activado como porción de un pasado y ser mostrado al público, debería provenir primeramente de su fundamentación teórica y metodológica, de su potencial para explicar formas socioculturales del pasado, y posteriormente, de su posibilidad de *uso público*<sup>34</sup>. De allí que es perentorio revisar estos aspectos para posteriormente definir si son suficientes para contener y sostener la excepcionalidad con la que ha sido premiado a través de sus clasificaciones como las de Zona Arqueológica (abierta al público), las de Patrimonio de la Humanidad o algo más difuso como patrimonio local y regional.

### ***El sustento del fenómeno: la tradición Teuchitlán***

El hoy sitio arqueológico Los Guachimontones, se ubica en el municipio de Teuchitlán, en el estado de Jalisco (zona Valles, sur del Volcán de Tequila, ver figura #1). El mismo ha sido considerado arqueológicamente como la zona nuclear de antiguas sociedades

---

<sup>34</sup> Empleamos el término *uso público*, para demarcar fronteras claras con los fines concretos del llamado *uso social*, ya este último que refiere generalmente a reivindicaciones de actores particulares clasificados generalmente como legatarios y los contrapone en un plano de positivo/negativo delante otros agentes que le estarían impidiendo el acceso al bien. Nuestra propuesta permite situarnos en diferentes planos temporales (antes, durante, después de la activación, es decir, todo el proceso) y en diversas posturas de los grupos sociales involucrados (quienes los poseen, quienes se benefician, quienes aprehenden los elementos patrimonializables) sin juicios de valor. Le definimos entonces como: “atributo que posee el bien —tangible o intangible— de poder ser utilizado por el colectivo —o por algunas partes de él— para transmitir una porción de su naturaleza simbólica —o alguna versión de ella—, de acuerdo con convenios —conscientes o no— y sujeto a intenciones previas, organizadas según algunas prioridades (su eficacia simbólica: ostentación o ascenso de estatus), y midiendo su funcionalidad a partir de la carga que es capaz de soportar antes de perder su condición de público o su posibilidad de uso” (Cardona Machado 2012:196).

prehispánicas que habitaron la zona y que radiaron su influencia a los actuales estados, además de Jalisco, al norte de Michoacán, Colima y gran parte de Nayarit principalmente, de allí que ha sido objeto de la mayoría de estudios arqueológicos sobre dichas sociedades entre el 300 a.C.-450/500 d.C. (periodos Formativo al Clásico Temprano).

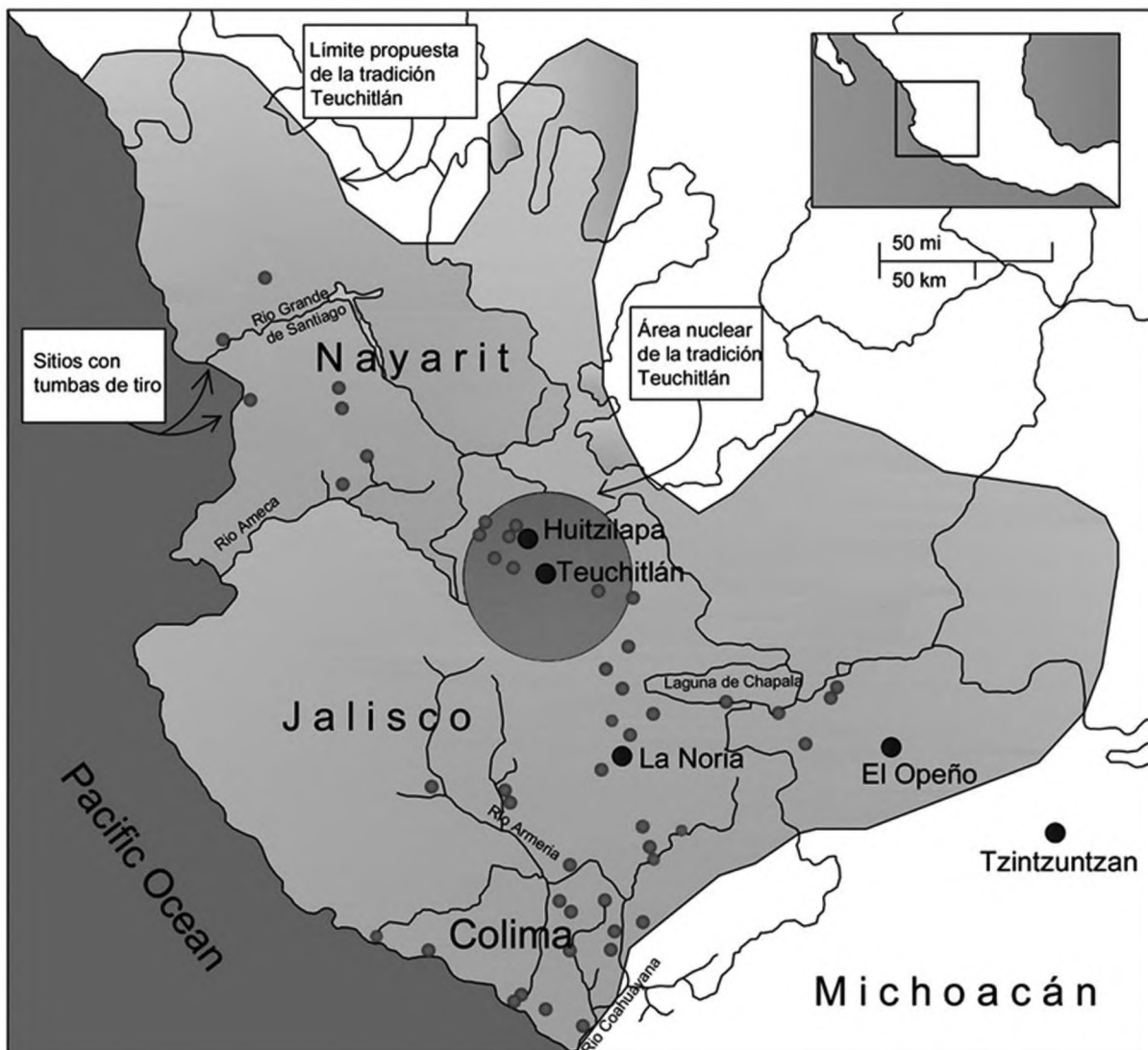


Figura 1. Área establecida para la tradición Teuchitlán en el occidente mesoamericano (gris claro), área nuclear (gris oscuro) y otros sitios principales (fuente: elaboración de Martha Soto López. CEQ-COLMICH).

Dichas sociedades han sido definidas a partir de una serie de rasgos que se describen principalmente por el uso de arquitectura pública en forma circular, denominada *guachimontones*, estos se componen de altares y patios circulares contenidos en número variable de plataformas rectangulares, resultando en una serie de círculos concéntricos (Weigand 1992b, 1993, 2004). Asimismo, se pueden ubicar gran número de estructuras que responden a la descripción de terrazas, unidades habitacionales y otros tipos de plataformas. Otros elementos arquitectónicos asociados son los juegos de pelota (Weigand y García de Weigand 2005) y las tumbas de tiro (Weigand y Beekman 2000). Los principales rasgos definitorios, tendientes a actividades económicas, son la extracción y transformación de la obsidiana y la manufactura de cerámica, descritas como de alta calidad; las cuales aparentemente formaron parte en procesos de intercambio regional de larga distancia (Weigand 1993). Todos ellos eran considerados como elementos que permitirían una cohesión social a través de formas que apuntan a cierto dominio ritual-ideológico (Weigand 1996).

Desde un visión aparentemente holística, Weigand definirá a la tradición Teuchitlán como un “sistema social [que] fue extremadamente complejo, tal vez llegó hasta el nivel de un Estado arcaico y probablemente estaba organizado como Estado segmentario (Weigand 2009b:3); caracterizándose a partir de evidencias materiales que el investigador ha señalado como “una expresión única de arquitectura monumental, grandes asentamientos y sistemas de irrigación, altos perfiles demográficos, un posible sistema de escritura ideográfica y otros marcadores seguros de civilización en algunas partes del Occidente de México” (Weigand 1996:185).

A la par, la presencia de las tumbas de tiro se señala como indicador de esta sociedad compleja (Weigand 1991, 1992a, 1993, 2008a). Sumando otros conceptos, el mismo investigador determina la existencia de un caso de Área Económica Clave (en adelante AEC)

(*Key Economic Area*, tomado de Ch'ao-ting Chi, 1936), interpretándola como “una región económicamente desarrollada a expensas de sus vecinos, usualmente a través de decisiones de tipo político por lo que se desarrolla diferencialmente del contexto más generalizado de sus alrededores” (Weigand 2008a:30).

Basándonos en las conjeturas del investigador, las sociedades descritas se organizaron en formas consideradas complejas, mostrando rasgos que les insertan en categorías como *estado y civilización*. Aunque en sus primeras obras sobre la complejidad social en la región y posteriormente sobre la tradición Teuchitlán, no fundamenta ni profundiza en conceptos como el de estado, hubo de remediar ello parcialmente —prácticamente a partir de inicios de la década de los 2000— con referencias a Aidan Southall (1988) y rescatadas de un solo texto de este autor (Weigand 2000, 2004, 2007a, 2009b, 2010). Por ejemplo,

En resumen, para las zonas fuera del área nuclear parece apropiado el modelo de Southall (1988) de “Estados segmentarios” como elemento explicativo: usando el poder del ceremonialismo del área nuclear, se establecieron elites secundarias en áreas ya fuera de recursos deseables (Colima, Sinaloa, Nayarit) o bien a lo largo de rutas de comercio hacia las primeras (el Bajío, Zacatecas). *Fue una presencia ceremonial hegemónica más que algo basado en la fuerza de las armas; simbiosis y colaboración más que dominio*. En otras palabras, se trataba de un “Estado unitario” (Weigand 2010:17; énfasis nuestro).

A la par, describe algunas consideraciones sobre lo que es un estado, tomando como base —y no citando— a Morton Fried (1967), Jonathan Haas (1982) y a Gary Feinmann (1998)<sup>35</sup>. Esto quizás encerraría a Weigand en lo que Yoffee (1993) refirió como el problema

---

<sup>35</sup> Ampliar en Weigand 2000, 2007a, 2010.

de los supuestos etnológicos, donde la arqueología había permanecido al tanto de las modas antropológicas, que la había llevado a excluir e incluir conceptos al pie de la letra; olvidando que la etnografía solo ha accedido a la historia de las sociedades en una corta duración, mientras que la arqueología requiere ver cambios y transformaciones en un tiempo mucho más prolongado.

A partir de listas de atributos emanados de la mirada etnográfica, insistió en mostrar sociedades evolucionadas y civilizadas al mismo nivel de otras en Mesoamérica —pero separadas— pues sostuvo firmemente que en sus orígenes, la tradición Teuchitlán no tuvo influencias ni Olmecas ni Teotihuacanas (Bernal 1968; Weigand 1991, 1993, 2004, 2007a, 2008a, 2008b, 2009a, Williams y Weigand 2011).<sup>36</sup>

En este tenor, pensamos que Weigand propone dos miradas, una pretendidamente epistemológica y otra más ideológica para articular y justificar la interrelación entre las sociedades de la tradición Teuchitlán con otros centros de importancia en Mesoamérica. En primer lugar, señalando la existencia de una *Ecúmene Mesoamericana* (Weigand 2000), procurando un contexto más amplio para caracterizar Mesoamérica de manera tal que el Occidente se comprenda a partir de rasgos análogos (pero propios) con otras tradiciones o culturas de la región. Asocia además elementos que ha propuesto como parte de las causas de la debacle o colapso de la tradición Teuchitlán: el arco y la flecha, así como la metalurgia. “Estas dos nuevas tecnologías, introducidas en un tiempo reducido, probablemente arrollaron

---

<sup>36</sup> Respecto a lo anterior, López Aguilar (2000:115) llama la atención a la trampa de caer frecuentemente en procurar igualar datos e interpretaciones en lo mesoamericano: “Cualquier noción que llevara a definir un proceso lineal o multilineal que culminara con la civilización, el estado o las clases sociales, debería reflexionarse profundamente, pues los cambios, los colapsos y las alternativas de cambio responderían, como en los sistemas alejados del equilibrio, a un olvido de las condiciones iniciales y a una creatividad local y global irreversible y singular”.



a la tradición Teuchitlán, que después de 1500 años se encontraba frágil y en decline (sic)” (Weigand 2008a:54); asimismo extiende estos factores para argumentar posibles relaciones con el colapso de las grandes civilizaciones del periodo clásico mesoamericano,

Ya que la metalurgia estaba establecida en la orilla norte de Mesoamérica, los metales estuvieron en constante uso en el frente de la América Central y el arco y flecha habían estado presentes durante varios milenios en la frontera norte de la ecúmene, ... Cuando dichas tecnologías penetraron por fin en las tierras centrales de la ecúmene, ¿tuvieron alguna relación con el colapso del sistema Clásico, alrededor de 700 d.C.? (Weigand 2000:52).

Nunca descuidó el resaltar las particularidades de su propuesta, principalmente la de su arquitectura monumental: “Uno de los juegos de pelota fue el más grande de todo Mesoamérica hasta que fue superado por el de Chichén Itzá mil años después; el segundo juego también es grande” (Weigand 2008a:34). Así mismo señala:

Hay que subrayar que los círculos concéntricos están organizados en familias, establecidos a partir de radios centrales. Había estrictas reglas formales que rigen proporcionalidades entre los componentes... El efecto final es uno de *gracia y elegancia*, un logro “clásico” en la arquitectura que no se duplica en otras partes de Mesoamérica, ni en el mundo (Weigand 1991:23; énfasis nuestro).

Apelará a calificativos para describir una producción artesanal de calidad, “en el caso de la *sofisticada* tradición de joyería de concha y obsidiana, así como de ciertos tipos de vasijas y de figurillas de cerámica, *es completamente claro que los responsables fueron especialistas*” (Weigand 2010:13; énfasis nuestro).

Pero la tradición Teuchitlán y los rasgos que le componen, no resultarían únicamente en una propuesta científica para la academia; pues parte de su idea era motorizar procesos para acercarse a un mayor público interesado, especialista o no, en la arqueología de la región. Para ello, sugiere también críticamente contrarrestar la centralización arqueológica (financiera y regulatoria) tan evidente para él en el caso mexicano. He aquí su segunda mirada, la que apunta a un contexto ideológico-político actual que señalaría como profundamente centralista a la práctica arqueológica mexicana (con ello acusa la falta de estudios serios sobre la existencia de estas sociedades en esta área). Presentó entonces lo que llamó, el *Complejo de la Simplicidad*. Citamos:

1. El occidente de Mesoamérica se hallaba dominado por un complejo tarasco.
2. Los rasgos culturales tempranos del área se originaron indefectiblemente en el México central, se difundieron de ahí al occidente y por eso siempre aparecían más tarde en el oeste.
3. Una buena parte del occidente se hallaba ligado en una confederación mística llamada Chimalhuacán (que al parecer era más el producto del romanticismo decimonónico que de la realidad) (Weigand 1985:47-48; 1993:70).

Más tarde diría sobre ello: “Quizá fue el ascenso de Lázaro Cárdenas y el interés respecto a la primacía política del centro de México” (Weigand y Beekman 2008:17); y así habría de dedicar un buen espacio de su producción escrita al cómo la importancia del occidente de México ha sido opacada por el desvío de interés, investigaciones y fondos hacia el centro de México (Weigand 1992a, 2002, 2007a).

En esta línea, Weigand (Weigand 2007b) decreta el año de 1972 como negativo para la práctica arqueológica mexicana, pues él mismo señala la reafirmación de un proceso de

centralización excesiva sobre el quehacer arqueológico con la aprobación de la *Ley Federal de Zonas y Monumentos Arqueológicos, Artísticos e Históricos*. Señalaba que el aumento de una burocracia que ya era fuerte, así como la incapacidad del sistema por proteger al patrimonio arqueológico, van a ser consecuencias de décadas de centralización política y cultural que buscaban mantener un nacionalismo basado en la preminencia de símbolos del centro de México (lo nahua, lo azteca).

Para él, se estaba ante la reproducción de un sistema que nubla al resto de país y a su diversidad histórica y cultural. “Así, afectando el patrimonio arqueológico del occidente de México, se institucionalizó, e incluso se edificó, un dogma que sostiene que la supuesta marginalidad cultural del área era de hecho una realidad física” (Weigand 2007b:50).

En este panorama, Weigand presagiaba un contexto para la investigación arqueológica que iba a depender de estamentos alejados de las realidades locales y regionales, por lo que las decisiones se tomarían más en la esfera política que en la académica. Asimismo, asoció este centralismo al contexto de reproducción de barreras para establecer políticas definitivas para la salvaguarda de los referentes materiales del pasado, amenazados ya no solo por el saqueo, sino por otras fuerzas como la construcción y la agricultura extensiva (Weigand 1992a, 2007b, 2008a).

Como una idea última, argumentamos que no queda libre este contexto de afectarse por los procesos que mencionamos al inicio de este capítulo sobre los efectos de la burocratización en el trabajo arqueológico. Como menciona Carman (2002), el complejo hecho que los investigadores tengan que convivir con objetos y sitios que son a la vez contexto y recurso; o como refiere Smith (2001, 2006a, 2012) sobre las formas en que las diferentes autoridades del pasado han reclamado y negociado su capacidad sobre los referentes materiales (y actuado en consecuencia).

### ***Sitio, zona, patrimonio y paisaje: la cuadratura del círculo***

Anteriormente procuramos una revisión sobre la conformación de una de las formas institucionalizadas de activar el pasado, los llamados paisajes culturales. Ello resultó indispensable para este paso siguiente, mostrar las supuestas vinculaciones entre nuestro objeto de estudio y el bien definido *Paisaje Agavero y Antiguas Instalaciones Industriales de Tequila*.

Sorprenderá al lector que nuestros resultados han sido cortos pero precisos, pues las supuestas vinculaciones esperadas para este caso, entre la sociedad y su entorno legado, son muy pobres... realmente nulas. De allí que hemos estado confirmando lo que comentábamos desde el principio sobre la apropiación del pasado y sus referentes materiales, donde el paisaje no se excluye, pues es soporte esencial de este.

Para llegar a este punto, comenzamos por el documento base de esta iniciativa, el *Expediente Técnico de Postulación para la Lista de Patrimonio Mundial de la UNESCO* (INAH, Gobierno de Jalisco 2004). En el mismo, las referencias a la zona arqueológica y otros sitios relacionado con la tradición Teuchitlán resultan muy pocas y bastantes sucintas<sup>37</sup>, considerando el aporte esperado para legitimar la declaratoria del Paisaje Agavero en 2006.

Tomando en cuenta las 3.978 páginas que compone este documento (considérese que algunas secciones poseen traducciones del castellano a los otros dos idiomas oficiales de la UNESCO, inglés y francés), es notorio el poco espacio dedicado a la justificación

---

<sup>37</sup> Además de Los Guachimontones, se consideraron los siguientes sitios arqueológicos: Huitzilapa, municipio de Magdalena; Santa Quiteria y Las Pilas, municipio de El Arenal. Estos no se encuentran protegidos, conservados ni abiertos a visitantes, estando algunos en franco y consecuente deterioro precisamente por la siembra del agave.

arqueológica de los usos del territorio y sus elementos en formas que hoy sostendrían a este paisaje cultural. Aún más, las referencias a las fuentes científicas de donde se obtuvieron los datos e interpretaciones resultan prácticamente tomadas de unos pocos textos (con propósitos dirigidos más a la divulgación pública que a la difusión científica), donde la mayoría se encuentran compilados en Townsend (2000)<sup>38</sup>. Aclaremos que en el Expediente pueden ubicarse otras referencias, pero pertenecen además al nunca activado *Plan de Manejo de El Paisaje Agavero y las Antiguas Instalaciones Industriales de Tequila*.<sup>39</sup>

En la página web del INAH, hay una corta referencia de la zona arqueológica<sup>40</sup>, que no aporta mayores datos, pero que desconocemos si fue referida en el expediente, pues no hay información al respecto, pero tampoco de dónde el instituto obtiene esta información (cosa extraña siendo la misma institución quien encabezó la comisión para presentar la postulación).

---

<sup>38</sup> Kristi Butterwick “Comida para los Muertos: el Arte de los Banquetes en el Occidente”; Joseph Mountjoy, “La Evolución de Sociedades Complejas en el Occidente: una Perspectiva Comparada.”; Otto Schöndube, “Recursos Naturales y Asentamientos Humanos en el Antiguo Occidente”; Phil Weigand y Christopher Beekman, “La Tradición Teuchitlán: Surgimiento de una Sociedad Parecida al Estado”.

<sup>39</sup> Cabe destacar que dicho plan fue incluido en el expediente de manera innovadora (según la coordinación del equipo encargado de realizar el expediente técnico, en entrevista personal), pues ninguna otra candidatura hasta la fecha hubo de presentarlo sino hasta después de su inclusión en la lista del patrimonio mundial. No obstante, nunca se conformó la unidad técnica que lo ejecutaría. Una década después de la declaratoria, el plan permanece solo en papel. Esta información fue confirmada por parte de nuestros informantes, vinculados con la candidatura del Paisaje Agavero y la unidad en cuestión.

<sup>40</sup> La cual realmente no es tal, pues la figura de Zona de Monumentos Arqueológicos solo la aprueba el presidente de la república; acto que ha traído en el pasado bastantes problemas por la adjudicación de “intocable” a tierras definidos como tal, traducándose en la merma del rédito de los actores políticos. Para acceder a la descripción: <http://www.inah.gob.mx/es/zonas/176-zona-arqueologica-teuchitlan-o-guachimontones> (consultado en 23 de mayo de 2016).

Consideremos además que solo hay mínimas referencias a comunicados personales con los arqueólogos y su participación dentro de elaboración del expediente, aspecto que además nos fue confirmado a través de nuestras entrevistas (más adelante desarrollamos este punto).

Nos preguntamos entonces dónde residen, si no es en el conocimiento emanado de la ciencia (con todo lo parcializado que pudiese resultar), los argumentos para sostener la excepcionalidad histórica de este paisaje cultural. Pensamos —y proponemos— que descansan en intereses y motivaciones que superan a las de la academia e instituciones vinculadas con la activación del pasado material, sosteniéndose más en las económicas y políticas. Ello sin considerar que ningún otro agente (amén de los fabricantes de tequila) participó en la suma de conocimientos para fortalecer el expediente.

En ese mismo tenor, señala Hernández (2013:202; comentario nuestro) que la creación del paisaje agavero fue mediado por el poder político y económico, principalmente de Jalisco, y definido por “procesos actuales [que] señalan un momento en el cual en el desarrollo regional se entrelazan los factores tecnoeconómico e ideológico, ambos controlados por determinados agentes”. Dichos procesos estarían conformando una estrategia de valoración que le otorga un carácter distintivo a un producto como el tequila y a una región, fundamentados y protegidos en una estructura legal (como la denominación de origen de esta bebida) y en una certificación internacional como el de la UNESCO.

Esto además corresponde perfectamente con lo que plantean Prats (1996, 2004) y Smith (2006a, 2011, 2012) respecto a los elementos necesarios para activar el pasado en formas como el patrimonio cultural. Partiendo de una selección de supuestos referentes como una actividad tradicional-ancestral y un territorio único, ambos símbolos de la mexicanidad; se someten a una ordenación territorial, política y económica donde se termina visibilizando al agave e invisibilizando a la gente a través de un discurso con propósitos ideológicos para dar

más peso a lo estético y menos a los procesos sociohistóricos que produjeron el paisaje (Hernández 2013).

Todo ello produjo una nueva interpretación de la historia, del territorio y de la identidad, a través de nuevos referentes ideológicos, donde el valor ya no está ni en la tierra, ni en el agave, ni en la mano de obra, sino que radica en todo aquello que suma al precio final de la bebida, al capital de las empresas o a la reproducción de consumidores. Desarrollo y progreso son términos que vuelcan sus encantos en esta historia.

Ahora encontramos que es la cúpula empresarial que se suma a la exaltación del valor de la mexicanidad representado en el mestizaje que da vida al destilado alcohólico [...] esta valoración ideológica de la bebida aunque no fue un plan trazado desde su origen, plena y conscientemente, ha propiciado la inversión estatal en la creación de una zona protegida con modernos instrumentos (legales, mercadológicos, signados en acuerdos comerciales internacionales) y atractiva para inversionistas, viajeros y turistas, cuyos provechos van a dar a unas cuantas manos (Hernández 2013:289).

Nos interesa principalmente observar dos fenómenos que este último autor aduce: 1) la *privatización* y no la *patrimonialización*, y 2) la *estetización* como estrategia ideológica para ocultar la realidad (o mejor, las realidades como la pobreza, el racismo) (Hernández 2013). Ambos apuntan a una consecuencia lógica en este momento, cuya respuesta parcial hemos esgrimido en el capítulo anterior, y que tiene que ver con las restricciones sociales que se perciben en los procesos de activación patrimonial, es decir, el asunto de la vinculación y la participación como una falsa fuente de legitimidad.

Un acercamiento a estos temas, lo propone Yael Dansac (2012) al ensayar nexos entre lo que ha llamado un pasado oficial y las apreciaciones que sobre la materialidad pretérita

poseen los habitantes de Teuchitlán. Utiliza la concepción de *etnografía del patrimonio arqueológico* para recopilar y analizar elementos materiales (muebles e inmuebles), considerados “expresiones culturales colectivas del pasado”, para discernir sobre su valoración social y hasta qué punto son consideradas como restos del pasado (o de algún otro pasado) de sus informantes.

Puntos interesantes de su investigación apuntan a la heterogeneidad social, no solo efectiva por grupos etarios, sino por su proximidad al trabajo arqueológico en la zona. De ello que nos presenta herramientas para romper con la idea (naturalizada) que la gente se articula positiva y fuertemente a su patrimonio; y bajo parámetros que la citada intertextualidad, la legislación y el uso social del conocimiento determine.

El punto que queremos denotar es que los llamados conocimientos son variados y tienen diferentes niveles de efectividad sobre la vinculación con la materialidad pasada. La autora se mueve entre diferentes estratos discursivos donde obtiene de sus informantes posibilidades de producir conocimientos que el poder político institucionalizado y la academia excluyen por ser conocimientos ingenuos que se trasforman en “saberes sometidos”, los cuales no llegan al nivel esperado por su falta de científicidad (Foucault 2002b); siendo ese desconocimiento y esa negación una forma de violencia (Dansac 2012).

Empero, estas formas de negación estarían representando una estrategia bastante común en la práctica de consolidar una supuesta cultura nacional en México. Bonfil Batalla (2003:65) señala sobre ello,

la cultura nacional dominante ha legitimado exclusivamente cierto tipo de conocimientos y prácticas que es el único que se reconoce válido y deseable para cada una de esas actividades: lo diferente se estigmatiza como inferior. Así, de la riqueza y



variedad de opciones culturales que la historia ha dejado como herencia a los mexicanos y que se expresa en la diversidad de patrimonios culturales, se elige sólo una parcela discreta y se niega la posibilidad de manejar otras opciones.

En estas formas de conocer y articularse al pasado, hay que reconocer necesariamente los vínculos que ciertos grupos forjan con la materialidad que consideran como legado de sus antepasados; pues al procurar homogeneizar bajo los estandartes selectivos de la ciencia como autoridad sobre el conocimiento, damos un puntapié a la diversidad cultural y, aún más, a las maneras de reproducción sociohistórica de estos grupos. Con ello no solo se irrumpe sobre una dinámica social —aunque se considere destructiva—, sino se impone un discurso delineado conscientemente por supuestos expertos, que muchas veces obvian las necesidades priorizadas por las poblaciones, trayendo más problemas que soluciones. Ello además bajo el manto de las legislaciones vigentes.

Durante los procesos de conformación de la supuesta Zona Arqueológica —que nunca ha sido tal— comienzan a desencadenarse algunos impactos no tan positivos y que de alguna manera contradicen las bondades inherentes y naturales del patrimonio.

Nos ilustra Lira (2013)<sup>41</sup> que para mayo de 2005 comienzan las negociaciones con los ejidatarios afectados por la delimitación del sitio arqueológico, en pro de convertirse en Zona Arqueológica, como se le mal conoce hoy día. Aunque la mayoría de los involucrados estuvieron de acuerdo con iniciar el proceso de expropiación, unos pocos mantienen hasta la

---

<sup>41</sup> El Mtro. José Juan Lira formó parte del equipo responsable por *la Dirección General de Asuntos Agrarios* de la Gobernación de Jalisco en el proceso de delimitación de la poligonal de la supuesta Zona Arqueológica y de la posterior expropiación de tierras; conjuntamente con arqueólogos del INAH y del COLMICH (2004 y 2005). Se recomienda leer su trabajo de maestría para conocer los detalles del proceso de apropiación del sitio arqueológico como recurso arqueológico y cultural.

actualidad un proceso abierto para hacer respetar lo que consideran su derecho a propiedad. El investigador citado nos refiere un extracto del oficio que recibieron, por parte del INAH, para notificarles las acciones legales procedentes. Citamos:

Informo que su parcela se encuentra dentro de una zona de monumentos arqueológicos denominada Guachimontones, de conformidad con el artículo 39 de la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas [...] *A pesar de que la fecha no existe Declaratoria de Zona Arqueológica publicada en el Diario Oficial de la Federación, dicha zona se encuentra protegida por los artículos 5 y 28 de la Ley [...] No es la declaratoria en sí, la que hace al monumento arqueológico, sino la existencia misma de tales bienes [...]* Por todo lo anterior, le informo que existen restricciones de uso en su parcela en la realización de cualquier tipo de obra dentro de ella o en su colindancia y que de acuerdo a los artículos 42, 43 y 44 de su reglamento se requieren contar con previa autorización del INAH para llevar a cabo cualquier tipo de obra (Oficio no. 206/VII/262/Dirección, enviado el 14 de julio de 2006 a los ejidatarios afectados por la poligonal de protección de los ejidos de Teuchitlán y La Estanzuela, en el municipio de Teuchitlán, Jalisco [Lira 2013:128-130; énfasis nuestro]).

Acciones como estas no causaron buena impresión entre los afectados y, según nos comentan nuestros informantes, no fueron considerados los impactos sociales causados por el proyecto arqueológico, las instituciones que le respaldan y mucho menos por los entes que se encuentran más arriba de la jerarquía piramidal de la arqueología mexicana; pues de alguna manera se asume que esto es “por el bien de la comunidad” (aunque no aclaran cual comunidad), reproduciendo el mismo proceso naturalizante y cosificante que hemos explicado desde el principio de nuestro trabajo.

Nos permitimos un par de citas algo extensas del trabajo de Lira (2013), pues consideramos que, en su posición, ha sido una fuente importante para reconocer versiones diferentes a las de la arqueología.

Fue con esta acción [la entrega del oficio arriba referenciado] que se realizó el primer impacto social y territorial directo con la población local, de alguna manera los ejidatarios asumieron la pérdida inevitable de su parcela pero por otro lado se generó inconformidad, por la forma en la que se realizó la expropiación, algunos se sintieron forzados y frustrados a pesar de haber sido liquidados. Meses más tarde, después de haber concluido con las pláticas de negociación los ejidatarios empezaron a manifestar su inconformidad ante diferentes instancias (Lira 2013:130).

Más tarde, el investigador recogerá el impacto de esos primeros momentos, tarea con la que aparentemente no cumplió el proyecto. Tras entrevistar a la mayoría de los afectados, señala:

La pérdida de la parcela vino a dejar en evidencia una doble faceta del patrimonio arqueológico, una negativa porque afectó la propiedad y el estatus de los ejidatarios, ubicándolos como perdedores, y otra positiva, porque prometía recuperar la riqueza cultural y con ello beneficios económicos a través del turismo, ubicando a los prestadores de servicios como los ganadores del proceso (Lira 2013:131-132).

Aunque su apuesta es promover la relación patrimonio-desarrollo, Lira (2013) es consciente del difícil camino y de la multiplicidad de miradas y “comprensiones” que hay que concebir. Punto importante que cuesta introducir en la praxis arqueológica que decide comprometerse con ciertas activaciones del pasado; siendo interesante que otros profesionales

problematicen al respecto, mientras que nuestra disciplina sigue negándose algunos a la autocrítica<sup>42</sup> (al menos en México), aceptando su participación en procesos que van desde el sostenimiento de fenómenos como el nacionalismo, el patrimonio y las identidades, hasta el impacto en la cotidianidad de personas y grupos que obviamos porque no se articulan a una particularmente impuesta forma de proteger y conservar su pasado material.

Pero estas acciones requieren igualmente un conjunto de disposiciones legales y regulatorias que permitan sus actuaciones, que aun no dejando de lado el enfoque patrimonialista, se debate entre lo que la arqueología oficial (remedando a los políticos) piensa es bueno para la gente y lo que puede argumentarse desde una concepción más amplia del patrimonio arqueológico y su protección, que en muchas oportunidades se interpreta como una obligación que no debe ser cuestionada.

### *El Alegato Jurídico*

La principal normativa mexicana referida al patrimonio cultural de la Nación se plasma en la denominada *Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas* (LFMZAAH, 1972) y en su respectivo *Reglamento* (1975). Estos documentos, de carácter federal, provienen de una larga tradición jurídica que puede rastrearse, según algunos investigadores, desde los tiempos de la dominación europea, con sus respectivas repercusiones

---

<sup>42</sup> Sobre ello, Vázquez León (2003:114) señala: “Es revelador, a propósito del comportamiento social de los arqueólogos mexicanos actuales, que a diferencia de los historiadores, aquellos sean tan reacios a admitir la mítica política que precede (y garantiza) sus trabajos... beneficiarios de estos mitos de la nacionalidad, a los que en todo caso confieren algo tan apreciable como es la materialidad, la objetividad, lo que tiene el tremendo mérito de hacerlos más verosímiles por estar científicamente validados y por tanto ser más creíbles como voliciones del poder político”.

durante el período republicano (Cottom 2001; Gertz 1976, 1980; Jiménez 2007; López Camacho 2008; Negrete y Cottom 1997; Schroeder 1984). Para nuestro propósito es necesario recurrir a las motivaciones que dieron lugar a la esencia de las mencionadas legislaciones, así como otras que se han diseñado de manera más reciente en otros niveles políticos administrativos. Deseamos comenzar la discusión desde dos puntos relevantes que han estado presenta prácticamente como problemas a resolver (siendo justificaciones del andamiaje legal pasado y actual): 1) la minimización del tráfico ilegal y su relación con el saqueo de piezas arqueológicas y; 2) la centralización y control estatal sobre la materialidad pretérita.

Sobre el primer punto, plantea Cottom (2001), que la fuerza de empuje de las actuales regulaciones se origina en el reconocimiento de una problemática percibida formalmente hasta la década de 1960 (aunque se evidenció desde mucho antes). Era entonces perentorio legislar a fin de minimizar (o erradicar) el saqueo y tráfico ilegal de piezas arqueológicas, pues ello, además de la secuela lógica del comercio ilícito, conlleva la destrucción de sitios para su obtención.<sup>43</sup>

En consecución a esto, se señala una causa anterior a las señaladas, el problema educativo. Con ello se pretendía reconocer, a nuestro parecer, que la causa primera y primaria del saqueo y el tráfico ilícito se debía a la ignorancia o desconocimiento —eternos comodines para legitimar cualquier actuación sobre el pasado—, por parte de muchos actores sociales, sobre una serie de aspectos importantes que vivían o permanecían *per se* en los objetos y los sitios (pero que claramente respondían a intereses y necesidades del estado), señalando

---

<sup>43</sup> No es raro, comenta el autor, que hayan sido los coleccionistas privados quienes hayan hecho senda oposición a una regulación que definiera la propiedad de los referentes materiales, así como los procesos para su manejo (Cottom 2001).

particularmente a su historia pasada, a sus nexos con las sociedades pretéritas, con los hechos, y que obviamente son la base de la identidad mexicana (y así se plantea en la legislación).

Así, se pretende plantear una consecución de disposiciones ante la gran cantidad de objetos y sitios que representan aparentemente lo mexicano y, en algunos casos, ciertas identidades de tipo más local. Sin embargo, todas conducen a un punto, el sostenimiento de la esencia de la monumentalidad. En este caso, apegándonos a la definición legal, la LFMZAAH, clasifica como *monumentos arqueológicos* a los objetos y sitios que se supone forman parte del patrimonio cultural de la Nación<sup>44</sup>, y nos permitimos citar:

Artículo 28.- Son monumentos arqueológicos los bienes muebles e inmuebles, producto de culturas anteriores al establecimiento de la hispánica en el territorio nacional, así como los restos humanos, de la flora y de la fauna, relacionados con esas culturas.

Artículo 28 BIS.- Para los efectos de esta Ley y de su Reglamento, las disposiciones sobre monumentos y zonas arqueológicas serán aplicables a los vestigios o restos fósiles de seres orgánicos que habitaron el territorio nacional en épocas pretéritas y cuya investigación, conservación, restauración, recuperación o utilización revistan interés paleontológico, circunstancia que deberá consignarse en la respectiva declaratoria que expedirá el Presidente de la República (Artículo adicionado en 13 de enero de 1986) (LFMZAAH 1972).

---

<sup>44</sup> Entendemos hay otros tipos de patrimonios, referidos más a la propiedad de elementos que pertenecen a la nación en carácter administrativo, de allí que se diferencie al que referimos como “cultural” (aunque hemos visto que este también es altamente administrable). Valga la aclaratoria para comentar que en este universo, lo cultural-inmaterial no posee una legislación federal, amén se aborde en normativas perteneciente a estados o municipios.

Pensamos esta única referencia no es lo bastante clara para articular lo que se establece como *monumentos* y su inserción dentro del denominado patrimonio cultural de la Nación.<sup>45</sup> Sin embargo, es importante destacar que resulta significativo el uso del término *monumento*; y en ello queremos fijar algunos puntos en el orden de su uso discursivo.

En su etimología, procede del latín *monumentum*; y en su definición castellana, refiere —entre otras cosas— a elementos materiales que denotan cierta singularidad o excepcionalidad histórica o artística, lo que a su vez le asigna una valía reconocida (Real Academia Española de la Lengua 2014). En ello no se diferencia importantemente del concepto naturalizado de patrimonio cultural.

A partir de esto, denotamos un punto ya discutido: el hecho de la cosificación; de extender supuestas valías sobre objetos o sitios sin definir claramente los rasgos que le otorgan este carácter. Esto se relaciona indudablemente con la problemática también discutida entre reconocer las posibilidades entre un *contexto arqueológico*, un *recurso arqueológico* y un *recurso cultural* como la continuidad requerida para un uso público del pasado (Carman 2002).

En todo esto, la arqueología mexicana cuenta con los nexos suficientes para mantener control sobre sus objetos (cosas) de estudio. De allí que se le asigne a su principal institución, el INAH, las facultades expresadas la Ley Orgánica del Instituto Nacional de Antropología e Historia (LO-INAH, del 3 de febrero de 1939, reformada en 23 de enero de 1998), a saber:

---

<sup>45</sup> En este punto, dificulta a nuestro entender la posibilidad de vincular esta ley y su reglamentación con los documentos suscritos por la Federación en materia de patrimonio cultural. Claramente nos debatimos entre el aspecto legal, el cual a través de la jurisprudencia puede lograr una concatenación de la normativa; y lo que suponemos puede lograrse bajo la sombra de esta “naturalización” y “cosificación” que hemos discutido en el capítulo anterior. Así, entendemos, se logra comprometer en la intertextualidad la normativa nacional mexicana con documentos internacionales.

Artículo 2°. Son objetivos generales del Instituto Nacional de Antropología e Historia la investigación científica sobre Antropología e Historia relacionada principalmente con la población del país y con la conservación y restauración del patrimonio cultural arqueológico e histórico, así como el paleontológico; la protección, conservación, restauración y recuperación de ese patrimonio y la promoción y difusión de las materias y actividades que son de la competencia del Instituto.

En articulación clara con la LFMZAA (1972), “Artículo 2°. Es de utilidad pública, la investigación, protección, conservación, restauración y recuperación de los monumentos arqueológicos, artísticos e históricos y de las zonas de monumentos”.

Hasta este punto, podemos acompañar la idea del compromiso público de la arqueología mexicana institucionalizada. Pero veamos un par de artículos más que complementa esta idea al establecer las formas en que dicho compromiso puede desarrollarse, principalmente a través de otros actores sociales:

Artículo 2° (párrafo 3°): El Instituto Nacional de Antropología e Historia y el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, de acuerdo con lo que establezca el reglamento de esta Ley, organizarán o autorizarán asociaciones civiles, juntas vecinales, y uniones de campesinos como órganos auxiliares para impedir el saqueo arqueológico y preservar el patrimonio cultural de la Nación. Además se establecerán museos regionales (LFMZAAH 1972).

Consecuentemente, y como parte de la ampliación de este aspecto de la norma, en el Reglamento de dicha ley, se establece:



Artículo 1. El Instituto competente organizará o autorizará asociaciones civiles, juntas vecinales o uniones de campesinos, que tendrán por objeto:

II.- Efectuar una labor educativa entre los miembros de la comunidad, sobre *la importancia de la conservación y acrecentamiento del patrimonio cultural de la Nación* (Reglamento de LFMZAAH 1975; en última reforma del 05 de enero de 1993. Énfasis nuestro).

Pensamos ante lo citado en las últimas páginas, que reducir las motivaciones que dieron nacimiento y mantenimiento de las legislaciones actuales —a casusas como el saqueo o la destrucción de sitios por ignorancia— conlleva no solo a justificar la centralización institucional en unas pocas causas, obviando otra serie de dinámicas económicas y sociales (y sus referentes políticos, ideológicos, históricos) dentro de la heterogeneidad que conforma la nación. En pocas palabras, se selecciona o se desprecia sobre su potencial uso económico (directo o indirecto). Sobre ello, Bonfil Batalla (2003:63) señala:

El conjunto de objetos culturales que los grupos dominantes han legitimado como patrimonio común de los mexicanos no abarca la totalidad de los objetos culturales que integran los diversos patrimonios que realmente existen, ni tiene el mismo significado para quienes participan de grupos culturalmente diferenciados dentro de la sociedad mexicana. El rango de significación común de los objetos culturales privilegiado como integrantes del patrimonio nacional varía considerablemente.

Ello podría ponernos a pensar en la posibilidad de la arqueología y los arqueólogos mexicanos en percibir, definir o interesarse en las particularidades sociales y culturales de los contextos donde desarrollan sus proyectos (asumiendo su capacidad respecto al trabajo antropológico). Aunque realmente parecen no tener muy claro ese aspecto público de la arqueología denotada en la supuesta propiedad de la materialidad pasada.

Mientras que para el arqueólogo ésta ha ido variando [la definición de arqueología pública], desde el objeto hasta el contexto de éste, en la legislación el concepto ha sido mantenido como una idea anticuada. El objeto mismo, su valor estético, su valor como testimonio por sí mismo del pasado, su valor monetario inclusive, es lo que trata de protegerse por el Estado (Litvak 1980:48; comentario nuestro).

Y he allí el punto principal que acusa a tal justificación que pretende la homogeneización cultural y la inevitable centralización de las actuaciones sobre el patrimonio cultural de la nación. Bajo esta perspectiva, autores como Litvak (1980), López Mestas (2011), Vázquez León (2003), Weigand (2004) reclaman sobre la posición de la práctica de la arqueología mexicana en la consecución de una perspectiva centralista al servicio, más que de la nación, del estado; bajo el amparo de estas legislaciones que ya pueden considerarse obsoletas.

¿Qué queda entonces? Asumir lo que las legislaciones expresan. Educar directamente o disponer de comunidades organizadas para que lo hagan; onviando claramente la promoción de la participación social en todas las etapas de los proyectos arqueológicos (se permite participar, pero no es obligación de las autoridades estimular a ello). Habría que superar los simplistas motivos de defender y educar, como si no existieran otras formas de usar públicamente lo que consideren sus referentes del pasado.<sup>46</sup> Aquí es necesario hacer una acotación importante desde nuestro parecer: el arqueólogo no requiere establecer ese vínculo social de manera obligatoria en cualquier momento o parte del desarrollo de su proyecto; pero la arqueología, sí... o al menos así lo estipula la ley.

---

<sup>46</sup> Ver artículos 2 de la LFMZAAH y 1, 2, 3, 5, 6 y 8 de su Reglamento.

Otro aspecto no mencionado en la legislación, y que suponemos afecta directamente a las poblaciones cercanas a los sitios, es la falta de estudios de impacto social. Ello se debe a los efectos mismos de la naturalización del concepto de patrimonio cultural; ya que, al actuar sobre este, nos justificamos en lo que pensamos es mejor para las comunidades.

Podemos observar que en nuestro caso de estudio, las cosas no resultaron necesariamente bien (ver trabajos de Dansac 2012 y Lira 2013 citados en este documento); ya que no se previó absolutamente ninguna acción —desde el proyecto arqueológico— para con actores sociales y el reconocimiento sus dinámicas socioculturales. Se dejó de lado cualquier intento sostenido de proceder de manera más cónsona con una población que si bien no perviviente, estaría afectada por el desarrollo del proyecto y la apertura del sitio arqueológico (ello puede ser confirmado al revisar la documentación de dicho proyecto, y expresado a demás por nuestros informantes).

### **Crisis = oportunidad**

Transando la mirada desde lo más general hacia lo particular podemos acercarnos a perfilar un contexto donde lo aparentemente positivo y negativo pueden estar moviéndose uno en la parcela del otro; dificultando una apreciación que supere esa dualidad valorativa radical y que nos lleva a un punto para argumentar que las activaciones del pasado, en tanto se articulen con procesos de patrimonialización, resultan sencillamente en la capitalización de oportunidades. Pero más allá de eso, es el “quien” puede capitalizar dichas circunstancias, y “quien” las tiene más oscuras.

Considerando algunos aspectos críticos sobre la arqueología mexicana, o más bien, sobre las maneras en que se manifiesta esa práctica, podemos adelantarnos a establecer su

relación con el patrimonio cultural (como fenómeno social) desde dos niveles: por una parte como generadora de una especie de ficción cognitiva, al ayudar a crear y recrear identidades que deben vincularse a la materialidad del pasado en formas preestablecidas desde le presente, contraviniendo la supuesta diversidad sociocultural (que legitima su existencia como dadora de respuesta sobre cambios y transformaciones desde el pasado); y por otra parte, sirviendo a otros propósitos, como sugiere Gándara (1992:212), “el de la producción de ideología y el de la generación de atractivos que atraigan divisas mediante el turismo”.<sup>47</sup>

Loa arqueólogos no se deslastran de su condición de fabricantes de “mitos de origen” (Vázquez León 2003); sino más bien la refuerzan a través de comprometer los datos y tratar de encasillar sus interpretaciones en formas establecidas, legitimando ideas como las de *patria*, *nación* o, ya en su terreno, *Mesoamérica*, por ejemplo. Estas conductas son reiteradas, y lo argumentamos ante el evidente mantenimiento del conservadurismo teórico.

Así, no existe una verdadera acción comunitaria, social o colectiva sobre los referentes del pasado para definir su legado. Esa selección, ordenación e interpretación vienen prefabricadas y solo requieren naturalizarse bajo el manto de la defensa y protección del patrimonio cultural.

La arqueología desestima a aprender de sus experiencias, consecuencia de la cada vez más quebrantada relación con la antropología; haciendo formal la renuncia de método y articulando sus agendas y programas de investigación a los tiempos de las gestiones administrativas de los gobiernos, produciendo resultados que sirven más a sus patrones que a

---

<sup>47</sup> A continuación argumenta el autor: “El problema es que, en el caso de la arqueología oficial, a partir de una propuesta inicialmente presentada al Estado sobre la utilidad de la arqueología, se ha caído en la subordinación de los proyectos de investigación a esas formas de usufructo del patrimonio” (Gándara 1992:212).

sus clientes. Parte de ese divorcio con la antropología ha concluido a su vez en dos aspectos:

1) renuncia al uso de métodos etnográficos y a la etnología como forma de reconocer necesidades reales en los grupos donde va a impactar, así como a usar esta información sistematizada para mejorar sus métodos de interacción con dichos grupos; y 2) no logra apreciar al patrimonio cultural como fenómeno social, político (ideológico) y económico (Cardona Machado 2012), y con ello abandona toda posibilidad de sumar a la teoría antropológica, ejerciendo desde la patrimonialización como técnico o gestor.

En suma, la arqueología mexicana ha procurado un contexto que lo coloca como acaparador de las posibilidades, obviamente con la bendición de una estructura rígida, jerárquica que aparentemente lucha cada vez más por no perder su primacía dentro del aparato estatal y que le ha permitido diseñar su propia praxis de una manera particular, idea que hemos adoptado de Vázquez León (2003) y que el investigador refiere como una *arqueología nacionalista*, no solo por su propósito, también por sus maneras.

Tras esa cualidad “a la mexicana”, existen formas de adaptarse y sacar provecho para quienes pueden encontrarse inicialmente fuera de contexto. Esto es parte de los que deseamos plantear a partir de elementos que dieron y siguen dando forma al fenómeno Guachimontones.

Pensamos que en este caso, el sustento de lo que representa el sitio puede ser resultado del aprovechamiento de las marcadas deficiencias de la arqueología nacional (según Gándara, Litvak y Vázquez León, entre otros ya mencionados); pues no es raro aprovechar un espacio marginado por los intereses investigativos y, por consiguiente, estático teóricamente (una buena oportunidad para no profundizar en conceptos, modelos o métodos... pues a los pioneros se les puede perdonar algunas deficiencias). Súmese un rasgo que Gándara (1992) atribuye a la arqueología tradicional y que pensamos está muy presente en nuestro caso: el de justificar proyectos en declaraciones de buenas intenciones y promesas de logros importantes.

Veremos en los siguientes capítulos, como la propuesta de la tradición Teuchitlán supera las fundamentaciones científicas y se sostiene con el sempiterno discurso de la importancia del estudio y salvaguarda del patrimonio arqueológico para la sociedad, ello desde un discurso que descansará principalmente en la excepcionalidad de su “descubrimiento” (y menos mostrar sus datos).<sup>48</sup>

Suma además el haber delimitado un espacio para pugnar contra el centralismo político, arqueológico, presupuestario e histórico del centro de México (permitiendo esta redundancia); pero no con la intención de hacerse una alternativa del todo dispareja, sino más bien un representante de la magnificencia mesoamericana donde no la había (en el occidente). Ello además en un contexto investigativo poco competitivo, producto precisamente del desinterés de una arqueología centralista, que no miraba donde no hubiese posibilidad de seguir reafirmando “lo mexicano”, como lo había sido desde los albores de la arqueología científica a finales del siglo XIX (recordemos cómo el Área Maya tuvo una oportunidad bastante similar).

Estamos ante la persistencia en reproducir un modelo que adopta las estrategias del “monumentalismo” y del “descubricionismo”; donde los intereses empujan a actuar sobre el pasado en pro de elementos que sumen a agendas bien definidas de la comunidad científica, del gremio y de los principales financistas y contratistas (en este caso, el estado) y quizás en algún sector de la localidad —alineado y alienado— que sirva para rellenar la casilla burocrática de la responsabilidad o vinculación social.

---

<sup>48</sup> Ante los cambios suscitados a partir de la reforma legislativa de 1972 y subsiguientes, patrimonializar fue una estrategia discursiva para no perder el control sobre el contexto arqueológico, transformándolo en recurso cultural para un supuesto uso y disfrute de las comunidades locales y foráneas; lo cual hemos asumido no ha resultado hasta los momentos en ello.

Hemos estado abriendo el camino para definir algunas dinámicas que la activación sobre el pasado ha producido en el sitio. Si bien los impactos han sido pocos o nulos en contexto nacional e internacional, niveles regionales o locales han aprovechado la coyuntura y el impulso del investigador estadounidense para establecer y motorizar usos posibles a su pasado (suyo por su ubicación en el territorio político-administrativo actual, y seguimos con dudas sobre qué otras razones existan).

Aunque a escala menor, se siguen forzando vínculos de acuerdo a cánones impuestos y minimizando posibilidades de reconocer formas alternativas de relacionarse con el pasado material (que pueden mejorar y hacer más efectivo el trabajo con el posible patrimonio). Hemos escuchado en nuestros espacios académicos, cómo “la gente no cuida su patrimonio porque simplemente no lo conoce... hay que educarla”.

De ello que las posibilidades de identificarse con la materialidad del pasado —en nuestro caso— no sean las esperadas o necesitadas por la autoridad patrimonialista, pues al ignorar relaciones particulares entre pasado y presente, estamos creando una manera homogénea de vínculo, el cual, según Bonfil Batalla (2003:65-66), resulta “ajeno y hasta contrario a su auténtico interés colectivo, a su proyecto cultural propio, en tanto significa —el círculo se cierra— la negación de los objetos culturales que forman su verdadero patrimonio”.

El problema es que no hemos llegado a comprender (o aceptar) que no hay formas únicas de conocimiento ni tampoco posibilidades únicas de ligarse con la materialidad pretérita. Nos imponemos como autoridad sobre el pasado que somos... y ello es un acto de violencia.

## ENTRE FICCIÓN Y VERDAD (lo que se nos fue por la criba)

Any search for eternity condemns us to the impossible choice between fiction  
and positivist truth, between nihilism and fundamentalism, which are two  
sides of the same coin  
(Trouillot 1995:253)

*Timeo hominem unius libri*  
(Temo al hombre de un solo libro)  
Tomás de Aquino

### **La tradición Teuchitlán: ¿autoridad efectiva sobre el pasado?**

Como hemos mencionado a lo largo de nuestro trabajo, la arqueología, más allá de su propósito primordial: generar conocimiento, responde al requerimiento primero y primario de ofrecer argumentos que denoten la valía de los sitios y los objetos pretéritos para procurar una serie de actuaciones sobre estos; todo ello justificado en su utilidad pública. Dichas actuaciones deambulan entre lo histórico, lo educativo, lo político y lo económico; pero también entre lo científico, lo cual pensamos es el punto de partida para que estos procesos se lleven a cabo (cuando referimos al patrimonio cultural arqueológico-histórico, claro está).

El desarrollo de este capítulo se enmarcará en tres escenarios coadyuvantes en tanto la relación de los arqueólogos con los usos y abusos de los referentes materiales del pasado: 1) ejercicio de la autoridad, individual y colectiva, para posicionar sus propuestas, haciendo uso de su calidad como custodio sobre el pasado; 2) uso de argumentos fuera de los científicos



para legitimar sus propósitos y resultados —diferenciados de objetivos e hipótesis de una investigación científica— apoyándose en el actor político-institucional, lo cual requiere compartir también intenciones comunes; y 3) un contexto académico nacional y regional particular con la posibilidad de desmovilizar posibles críticas.

Bajo este esquema, debatimos sobre la validez del término tradición dentro de las investigaciones arqueológicas, con lo cual articulamos para mostrar las posibilidades explicativas y argumentativas de la tradición Teuchitlán. La misma fue esbozada dentro de un marco teórico poco desarrollado, pero alimentada de conceptos y términos —producto de una narrativa lógica lineal— que permitió un posicionamiento en las investigaciones del pasado prehispánico del occidente de México. No obstante los vacíos, el modelo de Weigand se sustentó sobre una base conformada más por el apoyo de la función política y por el desvío de la mirada crítica de la academia. En pocas palabras, estamos ante la reproducción de un sistema que se articula con las maneras descritas anteriormente sobre los quehaceres de una arqueología nacionalista, patrimonialista y, en este caso, personalista.

### ***Tradición como concepto arqueológico***

El término *tradición arqueológica* ha resultado bastante polémico, tanto que el uso propuesto por Willey y Phillips (1958) ha sido abandonado por la poca claridad explicativa que por sí solo es capaz de ofrecer. Sin embargo, ello no ha hecho desistir a la arqueología de observar el asunto de las tradiciones desde otro enfoque, menos operativo y más explicativo, como es el del cambio cultural; concediendo características que lo articulan más con dinámicas sociales como la acción humana y la contingencia histórica (Lightfoot 2001).

Para nuestros propósitos actuales, bastará con enfocarnos en la coherencia del término para referir a la propuesta de Weigand sobre la tradición Teuchitlán como modelo para describir a las sociedades que habitaron la actual zona central de Jalisco, a los pies del volcán de Tequila.

El inicio de todo análisis requiere textualizar y contextualizar lo que los autores definieron. En nuestro caso hay dos problemas de base para ello: no se publicó ni las fuentes ni el proceso por el cual se eligió el término tradición; dejando a la posteridad una contradictoria razón en el uso del mismo para referir una consecución de fases (arqueológicas) y de elementos materiales la cual es vista,

como un proceso de intensificación, que resultó con el surgimiento de un tipo diferente de sociedad, aunque retuvo una continuidad de expresión dentro de la misma herencia cultural. Es por esta razón que hemos usado el término tradición, en lugar de cultura para caracterizar su continuidad. Al mismo tiempo, deseamos enfatizar las dramáticas diferencias en las características socioculturales entre los periodos Formativo y Clásico. Las causas de esta intensificación de sistemas sociales siguen siendo oscuras, pero podrían incluir el crecimiento de tradiciones vecinas como las del Bajío y de Chalchihuites, lo que intensificó la competencia por los escasos recursos para marcar el status; la expansión del sistema teotihuacano hacia el norte y el oeste, que necesitó de mayor complejidad para poder sobrevivir culturalmente; y finalmente, las presiones competitivas enteramente locales para obtener recursos limitados y estratégicos (Weigand y Beekman 2000:44)

Una primera observación obligatoria se enfoca en los problemas del uso del término, asociado con el problema de la continuidad, principalmente con la determinación e interpretación de elementos aparecidos regularmente en el registro arqueológico. Para ello es

necesario considerar la premisa de Trigger (1984) que cada arqueólogo es producto de su contexto histórico y, desde allí, aproximarnos a la tradición Teuchitlán.

El concepto de tradición parece ser marca de nacimiento de la arqueología histórico-cultural, la cual definió el inicio de una tendencia a partir de la primera mitad del siglo XX, principalmente en la arqueología estadounidense. Sus características más notorias resaltan el establecimiento de etapas temporales a partir del cambio en los rasgos formales de la cultura material presente en el registro, y considerando las estrategias adaptativas de estos grupos a su ambiente. En concreto se pretendía observar recurrencias y ausencias en la materialidad para definir etapas en el tiempo que, en sus diferencias, sugerían el cambio de una cultura a otra. Como menciona Trigger (1992), además de una serie de cualidades compartidas en la manufactura y técnica de los objetos, se esperaba una similitud cuantitativa en la cantidad de estos dentro del registro. Desde una perspectiva espacial, se asumía que los objetos de diferentes contextos, pero con similitudes morfológicas, provenían de un origen compartido.

Obviamente las explicaciones de rasgos no comunes obedecían a interacciones que, considerando su recurrencia, definían cuán importante había sido este contacto; llevando a determinar el cambio en la materialidad a presiones externas a los grupos, resultado de procesos considerados principalmente de difusión.

Esta perspectiva supone, en nuestro caso, una doble mirada. La primera, el sostenimiento de tradiciones materiales y técnicas que validan la continuidad de al menos un núcleo cultural o étnico; aspecto que estaría homogeneizando a los grupos sociales involucrados, con la requerida argumentación que la permanencia de rasgos se debía a imposiciones desde esferas dominantes. No obstante, ello elimina la posibilidad de acceder a las tradiciones alternativas posibilitadas por la acción humana y la contingencia histórica (Lightfoot 2001; Matthews 2002). La segunda, desestima la posibilidad de acceder a tipos de

negociaciones que pudieron estarse desarrollando en escalas más particulares (fuera de las élites). Con ello queremos denotar posibilidades dentro de los grupos, es decir, cambios negociados que pudieron haber sido estimulados por las relaciones sociales mantenidas bajo ciertas condiciones históricas particulares; o que habían de ser reacciones a diferentes niveles de interacción —no solo entre élites— dentro de la heterogeneidad social y cultural de los habitantes de estas regiones.

Al respecto, un cambio notorio se estaba gestando en pro de eliminar concepciones particularistas, mirando más allá de los sitios y de los propios artefactos. Se levantó la vista a la consecución de espacios regionales y a la obtención de datos a partir de restos de flora y fauna que dieran pautas para la definición reiteraciones en la consecución de técnicas para la explotación del medio. Ya las “fuerzas de cambio” superaban la simple entelequia humana, pero seguían sin superar el enfoque centralista en las regulaciones del poder político. La denominada “gente común” seguía interpretándose como autómatas sin criterio.

Pensamos que estas ideas están profundamente arraigadas en las explicaciones que sustentan a la tradición Teuchitlán, donde dichas fuerzas solo hubieron de ser medidas por la capacidad de las élites por mantener alguna forma de vida, tanto que sucumbiría solo en una especie de colapso que a bien considera Weigand (2000) en su idea de *ecímene*, al asociar el fin de la tradición Teuchitlán a partir de influencias externas, principalmente de tipo tecnológico, y que para no romper con la tendencia mesoamericanista, asoció con el derrumbe de las también formas de vida que florecieron durante el Clásico.

Esta visión histórico-cultural seguiría reproduciéndose en la arqueología por unas décadas más; donde el término tradición estará acompañado de otros conceptos de tipo operativo (instrumentales) y que pretendían una visión heurística no solo sobre el tiempo, sino además sobre el espacio; aspecto que además sería retomada por la siguiente oleada de

arqueólogos estadounidenses de la NA<sup>49</sup>. Tanto que esta visión, ya filtrada por esta última escuela, comenzaría a dar explicaciones sobre la complejidad social, superando las propuestas fundamentadas casi exclusivamente en el análisis estilístico —y muy subjetivo— de los materiales.

La visión histórica se arraigó también a los llamados horizontes arqueológicos, a manera de dar cuenta de las amplitudes geográficas donde la difusión seguiría jugando un papel fundamental para delimitar la “continuidad espacial principalmente representada por los rasgos y los conjuntos culturales cuya naturaleza y modo de ocurrencia permiten la asunción de una amplia y rápida difusión” (Willey y Phillips 1958:33; traducción nuestra). La sucesión histórica era el objetivo (aspecto que sí sería rechazado por la NA), vista principalmente en larga data, y considerada en un primer momento desde los rasgos morfológicos de los artefactos.

Suponemos que estos aspectos fueron retomados para definir a la tradición Teuchitlán. Y hacemos énfasis en la suposición, pues Weigand no señala en ninguna de sus publicaciones el modelo pretendido para definir el concepto. Solo permaneció el uso de nociones, sin un marco teórico, o mínimamente referencial sobre su autoría, para seguirle la pista a sus fundamentos teórico-metodológicos. Ello nos hace definir que su enfoque se basó en las premisas de la evolución social pretendidos por el neoevolucionismo característico de la arqueología en la década de 1960 y 1970, considerando además las propuestas funcionalistas arraigadas en las teorías de sistemas.

---

<sup>49</sup> Considerando las críticas a lugar, Willey amplió el rango del contexto arqueológico más allá de la temporalidad percibida verticalmente. Este aspecto se refleja consecuentemente en las teorías de sistemas para definir y explicar los cambios estructurales en los asentamientos.

Para estos momentos, la NA ya habría de considerar como importante la acción de los seres humanos, solo que dentro de un esquema conservador (Trigger 1992); con lo cual los grupos pretendían la consecución de sus formas de vida a menos que fuerzas fuera de su control les obligaran a cambiar. Las mismas suponían igualmente la evolución como una forma de adaptación, precisamente para poder mantener su *status quo*.

Es en esta etapa donde se profundizaría la búsqueda en los orígenes del cambio. Por una parte, White (1943, 1982) con su determinismo tecnológico; y por otra Steward (1979) con su también determinismo, pero ambiental. De alguna manera, ambas seguían reproduciendo las ideas de la evolución social, las cuales se refinarían en la propuesta de Sahlins y Service (1960) sobre progreso y adaptación, construido a partir de datos etnográficos y apropiados por la arqueología. A este modelo, se le sumaría el de Fried (1967) de evolución política. Unos años más tarde Harris (1982) propondría un modelo mucho más refinado, que aglomeró una serie de aspectos culturales (materiales) como la presión demográfica, la tecnología y la relación que estos tenían con las formas sociales; ello considerando la teoría del mínimo esfuerzo y la conquista de estrategias alternativas.

Amén de todo esto, había un vacío percibido por otros investigadores sobre la conducta y las relaciones humanas. Como señala Trigger (1992:275): “Esto sugería que cualquier arqueólogo que fuese capaz de reconstruir la tecnología y el medio ambiente de una cultura prehistórica, a partir de esa información también podía determinar cómo eran el resto de rasgos claves de la cultura”.

A falta de claridad en la construcción de la tradición Teuchitlán, encontramos coincidencias con los procedimientos de Weigand al proponer una reconstrucción de las formas de vida de las sociedades (y evita llamarles culturas), a partir de la descripción de la materialidad y de la interpretación del medio ecológico de la zona de investigación.

Posiblemente estaría valiéndose de lo que refiere Trigger (1992) sobre Meggers (1995) y, por otro lado a Yoffee (1993), acerca de la ventaja que representaba el tratamiento de la cultura material separado de los seres humanos, fundamentada en las analogías etnográficas. O como menciona Fahlander (2004:189; traducción nuestra): “Parece que tienen el hábito de transformar en ilustraciones, tanto el *status* como los hechos al mismo tiempo en que prohíben otros, quizá más relevantes, modelos para ser explorados”.

Dando continuidad cronológica a nuestra propuesta de un contexto científico que explique el uso de los modelos teóricos presentes en la tradición Teuchitlán, deseamos retomar algunos aspectos que parecieron influir en Weigand desde la NA. Si bien esta escuela de pensamiento significó un momento de ruptura con viejos esquemas y la proliferación de algunos otros precedentes —a partir de las críticas a ellas—, podemos señalar que estamos ante un universo de influencias percibidas que se bandean entre enfoques particulares de tradiciones científicas señaladas como disímiles. Este aspecto nos conduce a suponer un tipo de eclecticismo que, más que teórico, culminará por ser una acumulación de términos y conceptos, sin que ello suponga una lógica secuencial que dé cuenta de algún modelo específico que abrace la mayoría de lo pretendido con la tradición Teuchitlán como interpretación. Cuando abordemos el problema de la agregaduría conceptual, volveremos sobre ello.

De la NA, la influencia más notoria en Weigand parece estar en la consideración de las culturas como sistemas que responden a fuerzas ocurridas en el medio natural o de otras sociedades competidoras. Ello lo fundamentamos a partir de definición misma de tradición como un concepto que abraza la idea de equilibrio, demostrada en la reiteración de supuestos rasgos muy particulares que definieron estas sociedades, y del mantenimiento de estas (vista en la larga duración). Sin embargo, Weigand (1992a, 1993, 2007a 2009) no rehúye de la

interacción directa como fenómeno, más bien lo asumió como no significativo en la formación de esta civilización (con este hecho, la acepta formalmente); salvo, como hemos indicado ya, en el momento del colapso, donde las razones las aducen directamente a la aparición de nuevas tecnologías asociadas a la metalurgia (Weigand 1996, 2000, 2009).

Un aspecto significativo que retomó la NA, fue la validez de la analogía y su carácter deductivo. Binford (1988), como máximo representante de esta corriente, colocó en la palestra un punto que rompería con el manejo de esta estrategia: las analogías solo son útiles para formular hipótesis que deben ser comprobadas a través de la investigación (con ello, se reforzó la pretensión de mermar la subjetividad en la arqueología).

Pero la cosa se complica aquí. Weigand parece no formular hipótesis estructuradas para sus investigaciones, pues la manera en que nos presenta sus publicaciones, tiende más a dar por sentado lo que ha ocurrido en el pasado y, posteriormente, solo lo valida mediante la construcción de interpretaciones personales sobre lo que observa en el registro arqueológico. Haciendo uso de analogías sobre rasgos mesoamericanos (los cuales fueron constituidos en una gruesa parte con el uso de la analogía etnográfica), los tiñe con una gama de excepcionalidad. Los rasgos funcionales son análogos a los de Mesoamérica (y probablemente a otros contextos), pero morfológicamente diferenciables, lo que estaría justificando la supuesta no influencia con el resto de la gran área. Por ejemplo,

La intensificación como respuesta significaba que para permanecer diferente de Teotihuacán, la tradición de Teuchitlán tenía que cambiar de manera radical. Esta paradoja aparente tenía su propia lógica. *En el occidente existieron varios ejemplos de sociedades que intensificaron sus tradiciones culturales, por medio de una respuesta a circunstancias políticas, económicas y sociales cambiantes, para mantener la independencia. La nayarita* (término que incluye tecuales, coras, huicholes y



tepecanos, Weigand, 1985b) sobrevivió la primera oleada de la conquista española de inicios del siglo XVI y, mediante incursiones, guerra abierta, abigeo y aceptación de refugiados, se mantuvo independiente hasta principios del siglo XVIII (Weigand 1993:173; énfasis nuestro).

Aunque superar la dimensión de lo que podemos considerar como una tradición arqueológica, la principal falla es que el investigador no parece percatarse de la poca capacidad explicativa de la tradición Teuchitlán, procurando más explicaciones de las que el concepto puede otorgar, y alargando estos a lo que podemos definir más cercano al de “cultura”. Esto complejiza el análisis, puesto que no parece haber límites claros dentro de un modelo de análisis, propio de la condición de eclecticismo que hemos mencionado y del problema de la utilización de conceptos sueltos que no ofrecen una articulación argumentada con objetivos claros.

Es obvio preguntarnos si la delimitación de una tradición arqueológica, nos es suficiente para definir una forma de organización política o un sistema económico particular; es por ello que deseamos señalar algunos enfoques más recientes que dirigen su mirada al estudio de las tradiciones dentro de una sociedad (y no una tradición como sociedad o sociedades).

Partiendo de lo esgrimido, podemos hacernos de un concepto básico de tradición para nuestros fines (arqueológicos). Definimos lo tradicional como un conjunto de elementos culturales que se perpetúan en el tiempo sin cambios sustanciales (de allí que podamos rastrearlos). Ahora bien, hay que plantear un aspecto fundamental, y es la posibilidad de esa supervivencia en el tiempo-espacio, la cual nos habla de prácticas comunes y reiteradas, es decir, con algún nivel de aceptación general por parte de las sociedades que invirtieron para darle continuidad a dichas prácticas.

Un aspecto interesante a considerar, fueron las posibilidades que se abrieron a partir de las críticas a la arqueología procesual de parte de algunas tendencias más de tipo interpretativo, considerando la idea de tradición para referir precisamente a las prácticas humanas, en contextos culturales e históricos específicos, que darían lugar a los cambios culturales (sin los matices de evolución, transformación o cortes cronológicos tajantes) (Pauketat 2001).

A partir de esto, se nos plantean otra serie de aspectos: el primero tiene que ver con las decisiones sociales para hacerlo “tradicional” y las posibilidades científicas para definirle. Handler y Linnekin (1984:273; traducción nuestra) señalan:

Como concepto científico, la tradición falla cuando aquellos que lo utilizan son incapaces de separarla de las implicaciones de sentido común occidental, lo que supone que un núcleo inmutable de las ideas y costumbres siempre se entrega a nosotros desde el pasado.<sup>50</sup>

Para los autores, ello va a reproducir dos problemas sustanciales. El primero, el concebir lo tradicional —y la cultura que representada— como entidades cerradas, con rasgos tan particulares que le encierran en ellas mismas, limitando las posibilidades explicativas de contacto con otras entidades. El segundo problema resulta en la limitación de poder decir algo que no sea desde formas que pueden ser peligrosamente particularistas (sobre todo al negar posibles influencias). Es necesario, como plantean estos autores, romper con el presupuesto de organicidad que señala un proceso hereditario de rasgos dominantes a través de generaciones;

---

<sup>50</sup> En este caso desde el pasado de las sociedades aparentemente descritas en la tradición Teuchitlán.

y pensamos que la alternativa está en explicar los cambios a pesar de la determinación de esos supuestos rasgos tradicionales.

Pauketat (2001, 2007) señala la inevitabilidad en el uso del término dentro de la arqueología. No obstante, es necesario superar la visión utilitaria dada por los procesualistas y su definición como formas que nos hablan de estrategias de supervivencia o reproducción cultural (enfoque conservador). La mirada debe volcarse en la consideración de la tradición como un proceso dinámico y contingente de la construcción cultural que va y vuelve sobre el pasado para promover una constante reactualización.

Con ello queremos señalar que parte del esfuerzo de la arqueología debe enfocarse precisamente en los procesos —contemporáneos a las sociedades que estudiamos— que originaron y permitieron diferentes prácticas, vistas en escalas diferentes, dentro de la heterogeneidad social y no simplemente, en los vestigios de las élites.<sup>51</sup>

Esto claramente es el escenario tripartito que hemos venido considerando: en primer lugar, una muestra más de la vigencia del enfoque neoevolucionista (de la definición de complejidades que apuntan a la evolución social); por otra, una muestra de los objetivos manifiestos en la práctica arqueológica mexicana en la búsqueda de grandes civilizaciones.

En tercer lugar, hacemos un señalamiento a intereses más particulares, contenidos en las narrativas sobre la excepcionalidad de la tradición Teuchitlán, y es el peso otorgado a reflejado en su monumentalidad arquitectónica, en su calidad artesanal y en la valoración de los grupos de control sobre los bienes y recursos de la zona. Así, Weigand accede a una serie

---

<sup>51</sup> Pauketat (2007) menciona sobre la gran herencia del neoevolucionismo, a la creencia que el cambio solo puede estudiarse científicamente a través de leyes que den cuenta de regularidades como: la inevitabilidad de la desigualdad social, los procesos de captación y mantenimiento de energía o el tipo de respuestas a presiones exógenas; todos desde las decisiones de la élite.

de conceptos que cabrían más dentro de una definición de cultura, vista desde una perspectiva neoevolucionista (sin que pretendamos que esta debe ser la categoría a seleccionar, mucho menos la mirada teórica a seguir). Esto pues procura que se haga hincapié exclusivamente en aspectos como la organización sociopolítica y la estructura económica; dejando pobremente referida temas como las variadas formas de vida de las sociedades pretéritas contenidas en esta unidad temporo-espacial.

### ***El problema de la agregaduría conceptual***

Podemos partir de la premisa que las investigaciones que dieron cuerpo a la tradición Teuchitlán, tal como se nos presentan, supusieron el establecimiento de un modelo teórico-metodológico *a priori* por parte de Weigand. Ello lo fundamentamos por las diversas publicaciones aparecidas previa a la formalización del proyecto de investigación en el año 1999<sup>52</sup>; donde al menos quince años antes, ya se comenzó a diseñar un corpus de explicaciones sobre los vestigios de las sociedades de la zona, los cuales iban a mantenerse prácticamente intactos hasta tiempos recientes, salvo excepciones de forma (y no de fondo), que comentaremos más adelante.

Como sugerimos, el modelo señala una influencia neoevolucionista, fundamentada en una serie de rasgos que, dependiendo de su aparición o no, describen un proceso hacia la complejidad social. A partir de esto —y con la retórica necesaria— se justificó la existencia de una antigua civilización para el occidente de México, anterior por mucho a la única que había sido reconocida tiempos atrás, con el arribo de la conquista hispana. Veremos pocos cambios

---

<sup>52</sup> Ver Weigand 1976, 1979, 1985, 1990, 1991, 1992b, 1993, 1996.

comparativos desde las primeras conclusiones, establecidas ya a mediados de los años 80 del siglo XX, hasta sus últimas publicaciones.

Además de la consecución de atributos necesarios para determinar una civilización, se denota el uso de fundamentaciones que apuntan al descuido e ignorancia de la arqueología mexicana en mirar a esta región; siendo el principal de ellos el *Complejo de Simplicidad* (Weigand 1985, 1990, 1992a, 1993, 1995a). Esta estrategia, acompañada por una justificación basada en la necesidad de urgentes estudios ante a la destrucción de contextos, debido al saqueo y a la agricultura extensiva, permitieron sostener el interés de actores locales para respaldar los estudios en la zona. No obstante, más que una narrativa victimizante y fatalista, era necesario establecer resultados interesantes y definitivos que justificasen el esfuerzo de la comunidad científica y la función pública. Pensamos estos dos escenarios generales materializarían la propuesta de la tradición Teuchitlán.<sup>53</sup>

Es importante volver sobre un asunto ya discutido. Como hemos referido anteriormente, Vázquez León (2003) menciona como característica de la práctica arqueológica en México, no solo la importación de modelos teóricos (que en el caso de Weigand asumimos propio de su formación extranjera), sino la agregaduría conceptual como estrategia para actualizar y reactualizar conclusiones cuando dichos modelos no cumplen completamente su función (que no solo es científica, también incluso política) al dar respuestas sobre sociedades y procesos pretéritos. Este fenómeno no es exclusivo de la arqueología nacional, ya Pauketat

---

<sup>53</sup> Establecer una civilización en el occidente, y más en el centro de Jalisco (como límites perfilados para el sostenimiento de intereses más que académicos), requiere enfocar la mirada en lo que se pretende como tal. El término no es vacío desde el punto de vista de la comunidad científica y de la función política actual, pues la demostración de su existencia otorga ciertas ganancias medibles en la procura de generarse como espacio de producción y reproducción de autoridad (científica), así como el rédito político y la derrama económica.

(2007:208; traducción nuestra) lo señalaba dentro de la arqueología estadounidense actual: “La pregunta es si una generación más joven e incierta, ¿propone más que modificaciones mínimas a modelos sociales evolutivos, dejando intactas las ilusiones sofisticadas?”.

Sostenemos que Weigand reprodujo esta práctica, pues en su obra poco extiende la disertación para argumentar el uso de modelos o conceptos y, aún más, los presenta muchas veces sin referencias precisas (lo que significa rastrear los orígenes de estos, como hechos hecho con el de tradición). Casos concretos como el de civilización, estado o área económica clave. Pasemos a desarrollar algunos puntos sobre estos, y otras concepciones clave.

### *Civilización*

Aunque Weigand no retoma una definición concedida a otros autores, proporciona una secuencia lógica para llevar al lector a inferir que el proceso civilizatorio había sido un hecho en el occidente durante el período Clásico. Parte de la premisa que ciertos rasgos —muy bien articulados en su narrativa— pueden estar señalando que las sociedades de la tradición Teuchitlán habían conformado un núcleo de civilización para el período Clásico; y que como tal, había irradiado su influencia a zonas periféricas. Incluso esto es un rasgo definitorio para el investigador:

El desarrollo diferencial de un núcleo dentro de una región es *una circunstancia natural en todo el mundo*, durante la evolución de civilizaciones tempranas. El área de Teuchitlán en Jalisco parece ser tal zona nuclear de desarrollo diferencial, para una amplia parte del Occidente durante el período Clásico (Weigand 1992a:22-23; énfasis nuestro).

El desarrollo sociológico diferencial es una señal del proceso mismo de civilización: la formación de centros regionales y periferias, de áreas metropolitana en el centro de una civilización (cf. Braudel, 1972, 1982; Wallerstein 1974; Weigand, 1982; Diehl, 1983 y muchos otros) (Weigand 1992b:207).

Retomemos entonces de una de sus primeras publicaciones significativas<sup>54</sup> (Weigand 1985) en cuanto a establecer la existencia de una civilización prehispánica para occidente, para así dar cuenta además del sostenimiento en el tiempo de sus premisas, reseñando algunas posteriores para completar sus ideas. El investigador determinará, a partir de algunos recorridos por la que pensó era una zona nuclear, una serie de rasgos para sostener la existencia de sociedades civilizadas, citamos:

Este claro criterio para civilización es evidente en la mayoría de los lugares durante el periodo Clásico. Más explícitamente, ¿qué características urbanas aparecen en los sitios de vivienda en la zona Teuchitlán-El Refugio? De las muchas definiciones de urbanismo, hay algunos criterios de aceptación general: 1) indicaciones de distancias sociales, expresadas como órdenes institucionalizados; 2) indicaciones de una clase dirigente; 3) indicaciones de especializaciones sociales y artesanales; 4) una implosión y una crítica masa demográfica capaz de sostener el régimen económico y político; y 5) evidencias para el control y modificación de los recursos estratégicos y raros suficientes para sostener el régimen (Weigand 1985:88; traducción nuestra).

---

<sup>54</sup> Si bien es más temprana su idea de la existencia de sociedades complejas o civilizaciones en la zona, hemos considerado esta publicación como la primera en que hace el compendio completo de lo que consecuente definirá como la tradición Teuchitlán, incorporando no solo los rasgos de la misma, sino el complejo de simplicidad como justificación. No obstante, ya señalaba algunas particularidades civilizatorias en publicaciones anteriores: Mountjoy y Weigand (1975); Weigand (1976, 1979).

Y si miramos en una de sus últimas publicaciones, nos muestra ese mismo proceso lógico que, fundamentado en rasgos evidentes para él, hace inminente la existencia de una civilización. Basta hacernos imaginar una extensa área construida bajo un sistema político planificador y controlador, con dominio sobre los recursos del medio (escaso, pero abundante, toda una paradoja) y una arquitectura monumental, no por sus volúmenes, sino por un complejo diseño propio de estos planificadores expertos. A saber:

Al combinar el análisis de paisajes culturales, ya sean vernáculos o políticos, con el examen de la evidencia de la existencia de un AEC en la región Valles, con especial referencia a la tradición Teuchitlán, y al considerar las ideas sobre la formalidad de la arquitectura como se relaciona con la organización social, hemos obtenido las herramientas necesarias para definir y describir sistemáticamente el área nuclear de una civilización antigua dentro de la ecúmene mesoamericana (Weigand 2011:258).

Ahora bien, el paso siguiente requiere establecer cómo se definen estos atributos en el registro arqueológico. Iremos paso a paso discuriendo sobre su narrativa y sobre las posibilidades en que sus pocos datos puedan realmente articularse con sus “complejas” conclusiones. Para ello hemos agrupado nuestro análisis en tres grandes grupos de rasgos que, aunque categorías diferentes, se articulan fuertemente unos con otros. En primer lugar, urbanismo y ciudad como “pruebas” de civilización; en segundo, la economía como motor de la misma; y por último estado y control, como medio y fin para su cohesión.

La intención de esta revisión es reconocer cuanto sustento es posible encontrar en la narrativa de la autoridad arqueológica como para proponer cualidades o valías que impacten en la sociedad actual, a manera de esa supuesta vinculación y responsabilidad social de nuestra



disciplina. Pero el ejercicio es sencillo: si la propuesta es débil, sus “usos” se moverán en terrenos de la ficción, *ergo*, de la irresponsabilidad.

### *Urbanismo y Ciudad*

Aunque Weigand no señala un concepto o modelo preciso para lograr describir el término, desde lo publicado podemos notar claramente que sus direcciones sobre el tema versan más sobre la capacidad (¿o posibilidad?) que tenga a bien cada investigador, cosa que deja en claro reiteradamente, y desde los inicios:

El que Teuchitlán se defina o no como una verdadera ciudad depende sobre todo de las perspectivas teóricas de uno (Weigand 1985:89; traducción nuestra).

Esta misma precisión se repite en castellano en la siguiente cita (sin que se haga la debida referencia a su publicación anterior):

El que Teuchitlán se defina o no como una verdadera ciudad depende sobre todo de las perspectivas teóricas de uno (Weigand 1993:105).

Sea o no esta zona de habitación, o parte de ella, constitutiva de un centro urbano depende en gran medida de cómo se define el urbanismo (Weigand 2008c:278; traducción nuestra).

Ello además se acompaña con una falta de concreción sobre este asunto; pues procura no comprometerse con aseveraciones innecesarias; podemos preguntarnos entonces, si el investigador podía puntualizar o no la existencia de *urbanismo* y a qué escala o en qué

momento del proceso que menciona se encontraba la tradición Teuchitlán, considerando además la amplia temporalidad que está considerando desde sus albores hasta el aparente colapso. De allí que reitere también otra serie de puntos:

Además, si fue una ciudad real o no, Teuchitlán claramente estuvo experimentando los procesos de urbanización, por lo que por lo menos una proto-ciudad se había realizado durante el periodo A.D. 400-700, en la fase Teuchitlán I (Weigand 1985:89; traducción nuestra).

La pregunta sobre el nivel de urbanización que se alcanzó en el área de Teuchitlán sigue sin resolverse, aunque parece claro que los procesos de urbanización ya se habían iniciado (Weigand 1996:204).

La zona habitacional centrada en torno a Teuchitlán tuvo características urbanas; sin importar si alcanza o no el estatus urbano, en la región ya estaba en marcha el proceso de urbanización (Weigand 2008b:588).

Estas citas solo están reflejando una lejanía con cualquier argumentación basada en teorías o modelos, y más bien cede mucho espacio a la especulación.

Sin embargo, Weigand procuró limitadamente inyectar ciertas dosis de “teoría” en algunas publicaciones; pero lamentablemente con referencias muy burdas y sin justificar, para este caso, la existencia de ciudades que superen la perspectiva de “núcleo” o agrupamientos densos para definirles. Si bien no ha sido posible encontrar estos sitios en el área de la tradición Teuchitlán —densos o no—, el investigador acude a nombrar ciertos autores para estimular una mirada diferente sobre lo que quiere decir con “densidad”:

Como lo ha señalado Gottman (1964), las ciudades de todos tipos deberían de conceptualizarse como regiones económicas, en lugar de solamente como sitios; el sitio es sólo una sección pequeña, nucleada o semi nucleada, de una ciudad-región. El paisaje cultural dentro y alrededor de una ciudad de cualquier tipo es parte de su construcción (Cattaneo 1956) (Weigand 1996:204-205).

En seguida, nos señala:

Arensberg (1968) señala que las ciudades en la historia deben de definirse empíricamente, sin usar suposiciones a priori o derivativas. Posiblemente la peor variedad de suposiciones se refiere a la centralización: “considerada como algo sagrado en la escala... está la noción de que la ciudad es un agregado denso y grande de población” (Arensberg 1968:39) (Weigand 1996:205).

Más recientemente, Fischer (1976) también ha señalado la influencia que los conceptos unilineales de urbanización tienen en las ciencias sociales, y que éstos son el resultado de teorías determinísticas acerca de la urbanización y del urbanismo. Como ya ha sido mencionado, el tipo semi nucleado de experimento urbano fue muy difundido en la antigua Mesoamérica, y debería de evaluarse bajo sus propios términos, más que tratar de encasillarlo dentro de conceptos unilineales (Weigand 1996:205).

Pensamos que Weigand solo podía invitarnos a considerar otras posibilidades, pero no determina a partir de datos las características precisas que definan la conformación de ciudades dentro de la tradición Teuchitlán; tanto que, como hemos mencionado, la viabilidad de una definición concreta será a criterio de cada investigador. Cosa que además señala párrafos antes de los citados, y que reiteramos:

La pregunta sobre el nivel de urbanización que se alcanzó en el área de Teuchitlán sigue sin resolverse, aunque parece claro que los procesos de urbanización ya se habían iniciado, si bien no sabemos hasta qué punto ya había una sociedad urbana.

Obviamente, en su mayor parte esta discusión dependerá de cómo se definan las ciudades para empezar (Weigand 1996:204).

En concreto, Weigand nos lleva a definir ciudad basándonos en analogías posibles, las cuales podrían sugerirnos hipótesis (y con eso estamos de acuerdo), pero insistimos en que no ofrece datos provenientes del contexto. Ya lo menciona él mismo: el asunto seguía (y siguió) sin resolverse. Una cita final ejemplifica lo que pensamos usa para legitimar, y cerrar, su concreción de la presencia de ciudades, una estrategia por descarte:

Basándonos en una impresión general [¡justamente!, y no en datos], la gran zona habitacional de Teuchitlán (alrededor de 240 km<sup>2</sup> de recintos y conjuntos habitacionales, más de 30 km<sup>2</sup> de chinampas, más de 300 km. de campos abiertos terrazados) se asemeja a las “nuevas ciudades” polinucleadas que se reparten sobre el paisaje de Norteamérica. En la antigua Mesoamérica, el sistema de asentamientos presente en la zona de Teuchitlán se parece más a la experiencia de los mayas de las tierras bajas durante el Clásico... que a los sitios urbanos mononucleados como Teotihuacán.... Sin embargo, como han señalado historiadores del fenómeno urbano como Lewis Mumford (1938, 1961), Handlin y Burchard (1963) y Wheatley (1971), el formato altamente centralizado y mononucleado no es el único que puede existir. Igualmente antiguas, y tal vez más dispersas en la Mesoamérica prehispánica, eran las “ciudades verdes” o sea ciudades abiertas semi dispersas o semi nucleadas, con una densidad demográfica de alrededor de 800-900 personas por km<sup>2</sup>. El utilizar un tipo excepcional de forma urbana, por ejemplo el de Teotihuacán o de Tenochtitlán (con densidades de alrededor de 2000 por km<sup>2</sup>) para caracterizar todo el experimento de urbanización en Mesoamérica, obedece a una lógica equivocada (Weigand 1996:204; comentario nuestro).

### Demografía: alta densidad poblacional

Aunado a lo anterior, debemos considerar un importante aspecto que complementa la idea de ciudad como materialización de dichos procesos de civilización, y es el asunto de la población y su interpretación desde la demografía. Para ello, perfila dos frentes: el primero asociado a las posibilidades reales de grandes agrupamientos humanos a partir de analogías etnográficas con sociedades más tardías, es decir, si habrían de haberlo en el momento de contacto, para Weigand pudieron haber existido también antes (pues alguien tuvo que haber construido y vivido los espacios monumentales que describe). El segundo frente, lo estipula desde la existencia de rasgos materiales y los cálculos poblacionales que han desarrollado para la zona otros investigadores (Beekman 1996, 1998; Ohnersorgen y Varien 1996), pero en este caso, solo se limita a citarlos, sin cualificar la valía de sus resultados y su aplicabilidad formal a la tradición Teuchitlán.

Pero retomando el primer punto —al cual resulta el más representativo— Weigand (1993) sugiere la posibilidad de que las sociedades complejas cercanas al contacto europeo, con densa tasa poblacional, hayan sido obviadas a partir de haber malinterpretado las crónicas hispanas sobre el occidente y claro, por el mencionado centralismo al que se ha sometido la arqueología mexicana. A partir de trabajos arqueológicos en el valle de Etzatlán (salvamentos arqueológicos hechos por otros investigadores), refiere la existencia de asentamientos y objetos arqueológicos de los periodos Formativo medio y tardío, Clásico temprano y Postclásico temprano que pueden demostrar:

Con facilidad más de 10.000 habitantes. Una población de ese tamaño a menudo es llamada “urbana” en otros puntos de Mesoamérica, pero el complejo de simplicidad

sostiene que ese término no puede ser utilizado en el occidente mesoamericano más que para la capital tarasca en Tzintzuntzan (Weigand 1993:73).

Sin embargo, aun cuando su artículo versa sobre la tradición Teuchitlán, no termina su disertación refiriendo a datos que apliquen para las sociedades en cuestión. Tomando en cuenta la perspectiva de la *larga duración* de Braudel (1979) (y sin ningún desarrollo de la idea), deja a las posibilidades del lector el asumir las posibilidades de núcleos urbanos y amplias zonas densamente pobladas antes del posterior estado tarasco. Nos comenta que debido a que dicho complejo de la simplicidad “se caracteriza por una falta de perspectiva sociológica, curiosamente, [nos lleva] al grado de interpretar las tradiciones arqueológicas del occidente mesoamericano desde un marco ahistórico” (Weigand 1993:74) De allí el ejercicio imaginativo de suponer que, si hubo grandes asentamientos humanos en periodos anteriores a la conquista, tendremos que suponer que también existieron en momentos anteriores, aunque fuesen algunos siglos antes. Esto resulta un notable ejercicio de analogía etnográfica y lógica lineal.

Pero, aunque no llega a aclararse con el tema de las densidades, sí que las considera selectivamente importante. Weigand (1996) refiere a una zona de unos 240 Km<sup>2</sup> para la zona comprendida entre Ahualulco-San Juan de los Arcos, habitada aparentemente por unas 200.000 personas (600-800 habitantes en las áreas más densas). Pero hay dos detalles que no señala: el primero es que no define lo que plantea como conjunto residencial o de habitación, el segundo es que obvia las cronologías de los mismos, amalgamando los vestigios en una sola escala temporal, amplia, correspondiente con el nacimiento y la debacle de su tradición Teuchitlán.

Sin embargo, la manera en que parece asumir esta alta densidad, no es solamente por cálculos propios o ajenos sobre los sitios; sino también por la presencia de arquitectura circular monumental y de campos de cultivos que define como chinampas (más adelante desarrollamos este punto). Sin embargo, recorridos y cálculos hechos por otros investigadores, como Beekman (1998) y Heredia Espinoza (2014, 2017), debaten la propuesta de Weigand, la cual prescinde de datos confiables para ser considerada y, como hemos insistido, son más producto de supuestos alineados lógicamente, por ejemplo:

En la zona de habitación contamos cerca de dos mil ochocientos conjuntos residenciales, la mitad de los cuales se localizan en el conjunto Teuchitlán-El Refugio. Los conjuntos residenciales parecen organizados en cuatro capas. Prorrateándolas según la complejidad del tamaño con la población estimada y usando una conservadora cifra de contemporaneidad del 60%, creemos que la zona de habitación de Teuchitlán-El Refugio tenía entre 20 000 y 25 000 habitantes y otros tantos en las otras cinco zonas de habitación y en los asentamientos y círculos colindantes. A la sombra del volcán, se había juntado una masa crítica de 40 000 a 50 000 habitaciones, la mitad de las cuales, como se mencionó, se concentraba en 3 500 hectáreas contiguas. De las aproximadamente 250 000 hectáreas de superficie del área central (i.e., cerca de 25 km. de radio partiendo del volcán), más del 3% se halla cubierta de ruinas arquitectónicas del Clásico (Weigand 1993:93).

La gran concentración de habitaciones y de conjuntos circulares sugiere fuertemente la existencia de una gran población, pero la mejor evidencia de masa demográfica está en el ámbito de la intensificación arquitectónica; sólo puede esperarse encontrar sistemas altamente organizados y geométricos de huertos en pantanos (se han identificado hasta la fecha cerca de 3.000 hectáreas) donde *la densa demografía los hace necesarios* (Weigand y García de Weigand 2005:55; énfasis nuestro).

De sus conclusiones, articula además el carácter monumental de una supuesta arquitectura residencial de élite en el núcleo Teuchitlán-El Refugio, acompañado de una narrativa atractiva que promueva la excepcionalidad de otro rasgo que define a la tradición Teuchitlán, su carácter urbano

*La arquitectura residencial de élite también se vuelve monumental en esta zona, tanto en los grandes conjuntos rectangulares como en los palacios. Se atisba una estructura social muy hierática. No se ha registrado en el occidente de México ninguna otra concentración arquitectónica tan grande como la zona habitacional de Teuchitlán-El Refugio. Esto, en mi opinión, tal vez indique que existía en el occidente, en el Clásico, una ciudad primitiva, exótica y probablemente no formada por completo (Weigand 1993:28; énfasis nuestro).*

Para conocer la insistencia de Weigand en una propuesta fundamentada prácticamente en la arquitectura, pensamos que basta referir a una nota al pie del investigador, donde deja claro la suficiencia de esta para inferir sobre otros rasgos. La arquitectura monumental era el epítome de un todo:

La arquitectura, en especial en las sociedades complejas, constituye una inversión económica y social que, en términos materiales, superó todo lo demás en el ámbito cultural. La arquitectura como un acto social puede ser vista en calidad de teatro de la actividad cultural humana. Las formas geométricas y estructurales de la tradición arquitectónica dentro de una entidad política y/o una sociedad marca más que ninguna otra cosa la ideología, mucho más que los motivos cerámicos o formas de las vasijas. La cultura, la política, la ideología y la tecnología se hallan incorporadas en forma arquitectónica. Los conjuntos circulares de cinco elementos de la tradición de Teuchitlán son monumentos prístinos, cuya continuidad física y temporal refuerza el



carácter especial desempeñado en hacer más sólidas y en identificar las sociedades involucradas (Weigand 1993:63).

Así, partiendo solo de la materialidad inmueble y de patrones que podía leer en sus recorridos, definirá la existencia de una civilización organizada bajo cierto modelo de sistemas núcleo-periferia, fundamentando la cohesión de esta sociedad en estrategias para la consecución del control político y económico por parte de la que ya había nombrado anteriormente (Weigand 1985:88) como “managerial elite”:

Dado que sabemos que las expresiones regionales de una civilización tienen centros y periferias propios, dentro del sistema de la estructura global metrópolis/periferia, no está por demás buscar los símbolos que les dan cohesión. En otras palabras, ¿cuáles son sus rasgos unificadores? En el pasado he examinado la arquitectura circular como la “firma” de la tradición Teuchitlán (Weigand, 1974, 1977, 1985, 1989, 1990). Otro estudio (1991) trata de los juegos de pelota y de las funciones que desempeñaban en tanto factores de integración y competencia regional e interregional (Weigand 1992b:209).

Pero dicha cohesión no solo se hubo de procurar por la presencia de grandes espacios y estructuras. Un sistema económico fuerte era necesario.

### *Economía*

Weigand señala otra relación lógica entre una densa población y la consecución de recursos para el mantenimiento y reproducción de esta civilización, señalando “una implosión y crítica masa demográfica capaz de sostener el régimen económico y político” (Weigand 1985:88; traducción nuestra).

A causa de esta alta concentración demográfica, *se hizo manifiesta la presión sobre la tierra y sobre algunos recursos* —terrenos fértiles, sistemas agrícolas en los pantanos, obsidiana, etc. Igualmente, se hizo sentir una creciente complejidad en el ceremonialismo, así como la necesidad de atraer elementos exóticos para marcar el estatus: *Es seguro que se generaron situaciones de conflicto y de competencia estructurados* (Weigand y García de Weigand 2005:56; énfasis nuestro).

Así, propone la existencia de un *área económica clave*, como modelo para describir las interacciones materiales en una relación núcleo-periferia. Este concepto es manejado por Weigand en muchas de sus publicaciones (ver Weigand 1985, 1993, 1996, 2008a, 2009a, 2010).

#### Área Económica Clave en un Paisaje Político

Este concepto en específico nos ha llamado la atención, pues podemos encontrarlo en pocas oportunidades en contexto mexicano, principalmente en ideas de su maestro, Pedro Armillas<sup>55</sup> (Rojas 1991). No obstante, Weigand no ensancha la idea ni los argumentos. Asumimos que es una propuesta con visos evolucionistas y quizás algo desactualizada, incluso

---

<sup>55</sup> Armillas usa el concepto, sin referir a Chi: “En realidad se sabe, que la provincia de Coatlalpan, en donde se localiza el valle de Nexapa, y la vecina provincia de Amilpas (cuyo nombre se deriva de *amilli*, que significa tierras de riego) eran distritos de riego provilegiados que conformaban un área económica clave” (Rojas 1991:124). Texto original referido por Rojas: Armillas, 1961. *El Uso de la Tierra en la América Precolombina*, publicado en *A History of Land in Arid Regions*, pp. 255-276. Arid Zone Research-XVII, UNESCO, París. Traducido por Paloma Bonfil).

para los momentos en que el investigador la acoge (aunque su primera edición es de 1936, fue reimpresso en 1963)<sup>56</sup>. En ideas híbridas, procura tejer sus explicaciones:

Un área económica clave se define como una región económicamente desarrollada a expensas de sus vecinos, usualmente a través de decisiones de tipo político, por lo que se desarrolla diferencialmente del contexto más generalizado de sus alrededores. El resultado de esto es un “paisaje político”, en vez de un “paisaje vernáculo” El área que resulta de este proceso en general se conoce como “región nuclear” (Weigand. 1993; fr. Chi, 1936) (Weigand 2008a:30; 2008b:558).<sup>57</sup>

Los factores que definen un AEC se refieren a la capacidad de un área bien definida para diferenciarse socialmente de sus vecinos y de desarrollar sistemas políticos y económicos que son mucho más complejos que cualquiera otro en el entorno regional. Estas sociedades con frecuencia tienen obras hidráulicas como las ya mencionadas chinampas (Weigand 2009b:4).

Sugiriendo nuevamente una conclusión lógica causal, impulsada por la supuesta implosión demográfica (ver Weigand 1985, 1991, 1993, 1996, 2007b, 2008a, 2008c, 2009a, 2010). Solo un par de ejemplos:

Pero la implosión en favor de los núcleos dejó cuencas lacustres enteras casi desocupadas, al menos en términos de una arquitectura ceremonial elaborada y áreas habitacionales amplias. Parece como si hubiera comenzado a gestarse un área

---

<sup>56</sup> La misma plantea el desarrollo evolutivo de sociedades chinas a partir del control hidráulico por parte del Estado, y aparentemente fue obra de referencia en la década de los 50s y 60s para el estudio del desarrollo económico y sociopolítico (Klein 1964).

<sup>57</sup> Texto duplicado parcialmente. El más reciente no hace referencia a que ya había sido publicado en otro espacio.

económica clave en la cuenca Ahualulco Teuchitlán-Tala y en las zonas aledañas de Santa Quiteria (Weigand 1993:28).

Los proyectos de obras monumentales (recintos, juegos de pelota, tumbas de tiro, chinampas, etc.) aparentemente requerían de implosión demográfica hacia el área nuclear para sostener estas actividades. En palabras de Chi (1936), se había desarrollado un área económica clave (AEC) (Weigand 2009a:60; 2010:14).<sup>58</sup>

Retomando el tema de las AEC, cabe señalar que solo llegó a citar las desusadas palabras de Chi en un solo artículo, muy reciente (Weigand 2011); pero sin llegar a mostrar un concepto preciso, y más bien procura resaltar parte de la utilidad del modelo (en el contexto de la tradición Teuchitlán):

En cada periodo de la historia de China ciertas regiones recibieron más atención que otras. Cada región de este tipo fue un área favorecida desarrollada por las autoridades *a expensas* de otras regiones con el propósito de mantener o aumentar lo que puede llamarse una “*Área Económica Clave*” ... Al usar el concepto de Área Económica Clave, es posible analizar la función de la base económica como algo que proporciona el fulcro para el control político de las áreas económicas subordinadas en China. Entonces se hace posible estudiar un aspecto importante de la historia económica de China, acercándose a él desde el punto de vista del poder político con referencia a las relaciones regionales, y formularlo en términos del desarrollo de la productividad agrícola... Ningún otro método revela tan claramente la relación del poder político a las regiones geográficas de China, el dominio recurrente de una región sobre otras, y los medios por los que se logró la unidad política en un gran territorio de marcada diversidad regional (Chi 1936: 2; las cursivas de la primera frase son mías, las segundas son del original) (Weigand 2011:254).

---

<sup>58</sup> Texto duplicado parcialmente. El más reciente no hace referencia al que ya había sido publicado en otro texto en 2010.

En el mismo texto, refiere a las motivaciones que le llevaron a usarlo:

A pesar de ser el principal antecedente intelectual y empírico del concepto de “despotismo oriental” (que no es oriental ni déspota) de Wittfogel (1957), la obra de Chi ha recibido poca atención en la historia del pensamiento antropológico e histórico. Las citas de este importante estudio son escasas, aunque su claridad de lenguaje y nitidez de presentación ofrecen un sorprendente contraste con la obra sitiada de manera verbal y demasiado dogmática de Wittfogel. Además, la obra de Chi ofrece más utilidad al analizar situaciones estrictamente arqueológicas, sin la enorme superestructura teórica que Wittfogel añadió a sus escritos (Weigand 2011:253).

Posteriormente engloba en un párrafo la relación del modelo de AEC con el de la tradición Teuchitlán, partiendo de señalar cómo fueron interpretados los datos (propios y ajenos), para construir una narrativa que diera coherencia a su propuesta:

El área central caracterizada como AEC puede llamarse zona nuclear. Para la tradición Teuchitlán del Formativo tardío y Clásico temprano el resultado neto fue un caso de desarrollo socioeconómico diferencial observable en los contrastes entre la presencia (en el núcleo) y la ausencia (en los valles vecinos) de arquitectura monumental y de un sistema de asentamiento de múltiples niveles que refleja la existencia de sitios especializados (Weigand 1993; Ohnersorgen y Varíen 2008: Fig. 2); asimismo, la presencia o ausencia de ceremonialismo funerario de varios niveles, de obras hidráulicas (en este caso “chinampas”; Weigand 1994; Stuart 2005), de tipos especializados de edificios, como juegos de pelota monumentales (Weigand 2005; Blanco s.f.), de complejos mineros a gran escala (Weigand et al. 2004), etcétera. No hay ninguna duda de que la región Valles experimentó la “presencia”, mientras que los valles vecinos vivieron la “ausencia” del fenómeno arriba mencionado.

Además, para la región Valles existe fuerte evidencia de una implosión demográfica a expensas de los valles circundantes, así como un ritmo extremadamente rápido de desarrollo, después de un lento crecimiento (desde ca. 800-350 a.C.) que culminó de manera rápida después de 350 a.C. y duró hasta ca. 400-450 d.C. (Weigand y Beekman en prensa). La especialización en la producción de artesanías se define mejor no por el trillado (y casi imposible de probar) argumento de si fue o no de tiempo completo, sino más bien por la complejidad necesaria para producir el artefacto final... *Entonces, los criterios de Chi para la presencia de una antigua AEC: se han cumplido en espíritu para la tradición Teuchitlán, localizada en la región Valles de Jalisco, durante los periodos Formativo tardío y Clásico temprano* (Weigand 2011:254-256; énfasis nuestro).

Como rasgos definitorios, el investigador interpreta la presencia de algunos elementos del registro arqueológico como funcionalmente articulados. Alguno de ellos vistos como productos propios de la zona y otros como resultado de intercambio interregional, estructurados en rutas claramente definidas por él. Asimismo, asume la presencia lógica de medios y modos productivos que debieron sustentar el gran número de habitantes de la región.

Como parte del uso que dio a la propuesta de la AEC, Weigand articuló este con una mirada en escala más amplia, por lo que incluyó el concepto de *paisaje político* (contraponiéndolo al de *paisaje vernáculo*, el cual se define como no planificado) para procurar algunas conclusiones sobre el control de la élite y su dominio político y económico. Si bien utiliza posteriormente (apenas en la década de los 90) los conceptos propuestos por Jackson (1984), es para complementar en parte con el modelo de las AEC propuestas por Chi en 1936. Revisemos el uso dado a este agregado conceptual y las propuestas para la tradición Teuchitlán:

El paisaje de la Tradición Teuchitlán dentro de la región nuclear fue un logro impresionante. Los paisajes, definidos como organizaciones a gran escala de espacios hechos por el hombre, diseñados y creados como elementos de la sociedad, pueden ser vernáculos o políticos (c.f. Jackson 1984). Un paisaje político se constituye de “espacios y estructuras diseñados para imponer o preservar una unidad y orden en el terreno; o ajustándose a un plan a gran escala y largo plazo”, mientras que el paisaje vernáculo consiste de espacios que son “... usualmente pequeños, de forma irregular, sujetos a cambios rápidos en uso, propiedad [y] dimensiones” (Jackson 1984:150-151) (Weigand 1996:201).

Mencionamos que hace las mismas referencias, palabras más, palabras menos en posteriores publicaciones (Weigand 2007, 2008a, 2009a, 2010, Weigand y Beekman 2000; Weigand y García de Weigand 2005; Weigand et al 2005), pero bajo el mismo procedimiento de no dedicar más que unas cuantas líneas a definir someramente la apropiación de estos conceptos.

Sin embargo, utiliza las —no explicitadas— propiedades que la obra de Jackson puede conferirle a su trabajo:

Durante el período Clásico en el área bajo discusión estamos evidentemente tratando con un paisaje político. Resultó obvio desde temprano en nuestras investigaciones de campo que el tamaño de las zonas habitacionales dentro del área nuclear era algo impresionante (Weigand 1996:201; Weigand y Beekman 2000:51).

El paisaje cultural fue claramente de tipo político (cf Jackson 1984). En otras palabras, habíamos descubierto un nuevo núcleo de la civilización temprana dentro del ecúmene Mesoamericano (Weigand 2008c:270; traducción nuestra).

Claramente no podía dejar a tras la oportunidad de introducir el carácter excepcional en este rasgo: “existen pocos paisajes meramente políticos en el mundo, pues la mayoría contienen vestigios de las organizaciones de paisaje vernáculo que precedieron su formación, o que simplemente coexistieron con ellos” (Weigand 2009b:4-5). En publicación posterior también se sirve resaltar la valía de su propuesta: “los edificios circulares son tan balanceados y simétricos que resulta claro que fueron ejecutados por Arquitectos, usando reglas estrictas de composición; la arquitectura de diseño formal existió en abundancia en el área bajo discusión (Weigand 2010:6).

Como mencionamos, Weigand percibe la complementariedad de estos dos modelos:

Los conceptos formulados por Jackson son útiles para definir el tipo de paisaje cultural que existió dentro de una región específica, ya sea vernáculo, político o algún punto intermedio, estableciendo así la naturaleza y nivel de complejidad social existente ahí. El principal concepto de Chi, la AEC: es útil para definir la complejidad comparativa entre regiones vecinas, establecer una jerarquía zonal y de esa manera ayudar a definir el carácter de las relaciones económicas y políticas dentro de una zona más amplia, definiendo la naturaleza social contrastante, o hierática, al interior de ella. Estos son conceptos comparativos que definen de manera implícita metodologías que pueden describir, explicar y delimitar estas características; obviamente son complementarios entre sí (Weigand 2011:256).

### Control de recursos

Como parte de esta perspectiva política y económica de un “paisaje civilizado”, Weigand tomó e incluyó la presencia de ciertos elementos que, bajo su interpretación, sumarían a la definición de la complejidad social en la tradición Teuchitlán. Los más importantes están relacionados a supuestas unidades de producción agrícola (chinampas,



presas de control y terrazas), al control de recursos naturales (obsidiana principalmente) y a la manufactura de cerámica

La presencia de un sistema agrícola complejo y articulado a la supuesta AEC y al paisaje político está asociada además al proceso de implosión demográfica que hemos mencionado anteriormente. En sentido estricto, ello se interpreta como una causa (motor) de sistemas civilizados (desde la sostenida perspectiva neoevolucionista).

Las características agrícolas que marcan la intensificación de un sistema de cuadro interior son muy frecuentes en las zonas habitacionales —restos de chinampas a lo largo de la orilla del lago, amplias terrazas en algunas de las laderas superiores, terrazas estrechas en los círculos y diques de contención. Puesto que la buena tierra agrícola abunda en la región de los lagos del norte, la intensificación de la agricultura en todo Teuchitlán fue un proceso relacionado con la implosión de la población y, en forma concomitante, el desarrollo de un AEC (Weigand 1985:82; traducción nuestra).

No obstante, la discusión sobre la presencia de estas chinampas sigue dándose, pues los datos y sus interpretaciones, cuestionan la existencia de estas. Nótese que para la fecha, los únicos estudios realizados eran de superficie —a través de recorridos— sin que se haga referencia a investigaciones de tipo histórico para procurar definir la temporalidad de estos campos. El único estudio formal sobre el tema, lo realiza Glenn Stuart (2003), y no fueron concluyentes sus resultados.

Aunque la primera evidencia es referida por la presencia de surcos, los estudios realizados por Stuart (2003) en la Laguna de Magdalena y la presa de La Vega no arrojaron resultados contundentes. La cerámica fue muy escasa y refieren a varios períodos, los cuales abarcan desde el paleoindio hasta ya entrado la época colonial (Stuart 2003, 2005). Estos

fechamientos en radiocarbono (solo uno realmente) establecieron que algunas de estas supuestas chinampas pudieron ser elaboradas en el último siglo definido para la tradición Teuchitlán, señalando más bien su uso intensivo para una fase posterior (El Grillo, 450-500 al 900 d.C.). Además de ello, estos campos se ubican en zonas lejanas al núcleo establecido por Weigand como “administrativo”, así como las zonas de vivienda que le sirvieron. Un estudio más reciente permite cuestionar la relación de estas unidades productivas con las sociedades de la tradición Teuchitlán. Anderson et al. (2013) señalan que los niveles de la laguna de Magdalena eran más bajos que los esperados por Weigand, por lo que estos campos —de existir— debieron ubicarse en tierra seca.

Con estos datos, habría que establecer en un primer momento si realmente existió algún proceso de intensificación agrícola y, posteriormente, caracterizar su relación con las sociedades pretéritas que hicieron vida en Los Guachimontones.

Pero la relación económica entre control de recursos y comercio a larga distancia, como marcadores de civilización se fijaría en un elemento protagónico: la obsidiana como recurso estratégico. Ya desde sus publicaciones tempranas en la primera mitad de la década de 1980 (ver Weigand 1985), había hecho uso de esta propuesta para inferir rasgos artesanales especializados en el tratamiento del material, con su respectiva relación a las formas de organización sociopolítica necesarias para establecer el orden que presenta como conclusión (y que mantendrá a lo largo de su trabajo con la tradición Teuchitlán). En otra explicación causal, hila los siguientes argumentos:

Las evidencias de un intrincado patrón de especialización se observan mejor con la obsidiana, especialmente en la zona de vivienda Teuchitlán-El Refugio. La minería de obsidiana se llevó a cabo en el afloramiento de La Mora / Teuchitlán, a 3 km al oeste y

el noroeste del complejo Guachimontón ... Este complejo patrón de adquisición hasta el taller, sólo puede explicarse por referencia a una jerarquía de gestión que ha sistematizado los controles sobre este crítico recurso escaso ... creo que estamos examinando las fuerzas de una antigua urbanización trabajando (Weigand 1985:88-89; traducción nuestra).

La extracción de ésta fue una actividad llevada a cabo a una muy gran escala; como ya se mencionó, la gran cantidad de yacimientos de alta calidad alrededor del volcán de Tequila hizo de la obtención y procesamiento de la obsidiana una actividad “natural” dentro del área nuclear. De hecho, la presencia de tanta obsidiana de alta calidad, así como su relativa ausencia en el resto del Occidente de Mesoamérica, probablemente explica en parte el desarrollo del área nuclear de Teuchitlán (Weigand 2010:12).

Una referencia interesante, que reconoce la falta de profundización en las investigaciones sobre la relación obsidiana-organización social, se destaca en tiempos más recientes:

En las excavaciones de complejos ceremoniales y residenciales cerca y en los alrededores de Teuchitlán, por ejemplo, se han encontrado decenas de miles de objetos de obsidiana (Weigand y Weigand 2001). Es evidente que la región estaba bien organizada desde el punto de vista social, político, económico y cultural. Sin duda esta región constituye otro núcleo de civilización dentro de la ecúmene mesoamericana. *Si bien no puede haber duda de que la riqueza de fuentes naturales de obsidiana fue un factor importante en la evolución diferencial de esta zona, sigue todavía sin determinarse hasta qué punto este recurso pudo haber sido un “factor explicador” para el centro-oeste de Jalisco* (Weigand et al. 2004:116; énfasis nuestro).

¿Puede explicar entonces la presencia de obsidiana y una manufactura de “calidad”, una relación directa con formas complejas de organización sociopolítica? Aquí hay que

considerar algunos puntos. El primero es la presencia del mineral y su potencialidad explicativa desde el punto de vista teórico, de formaciones civilizatorias, estatales o complejas (sin polemizar en este momento). En segundo lugar, el problema de la manufactura, lo cual lleva también a bajar la escala para dar cuenta de las técnicas y tecnologías (¿prístinas o importadas?); pues ello nos coloca en otro plano, el de definir si hubo o no interacción, o si hubo movimientos de artesanos especializados o de información (técnica); pues si la obsidiana es un recurso abundante en la zona, estaríamos planteando el control más bien sobre las técnicas, y no sobre la materia prima.

Es probable existan otras escalas hacia dónde dirigir investigaciones, pero lo que está ausente en la fundamentación de la tradición Teuchitlán es el desarrollo de modelos que nos expliquen por qué o cómo se llega a “ser complejos”, en contextos históricamente contingentes. Y no rechazamos la posibilidad, pero es la operación mental y no el dato duro lo que se muestra en las publicaciones de Weigand. De allí que pensamos en el uso de una narrativa llena de adjetivos —abusando de la subjetividad— para blindar su idea sobre la excepcionalidad de los rasgos esgrimidos, principalmente en el tema de la especialización artesanal (no solo de la obsidiana), por ejemplo:

El cuidadoso trabajo de la obsidiana, junto con la presencia de navajas prismáticas, indica que la obtención de materias primas de alta calidad era una actividad económica importante, y que existía cierto grado de especialización para producir tal gama de artefactos, tan variados y finamente manufacturados (Weigand 1996:192).

Uno de los principales marcadores de la complejidad social es la especialización artesanal. Dentro del núcleo de la tradición, podemos documentar directamente tres tipos de especialización artesanal: obsidiana, figurillas y cerámica de prestigio.

También se infiere de manera indirecta que el trabajo en concha fue especializado (Weigand 2008c:275; traducción nuestra).

También la cerámica hallada en la zona padece de calificativos que le alejan de una fundamentación científica, retomando más bien los discursos que le otorgan valía desde percepciones decimonónicas (cuando su consideración como “arte” y su calidad reflejada en rasgos meramente morfológicos despuntaban hacia la concepción de alguna sociedad evolucionada). De ello, podemos observar algunas consideraciones de Weigand: “Una cerámica de buena calidad y trabajos de obsidiana elaborados indican la presencia de artesanos expertos” (Weigand 1993:25); en el mismo texto señala igualmente: “Esta bonita cerámica, junto con los murales y trabajos elaborados de obsidiana, indican la presencia de artesanos especializados” (Weigand 1993:84).

No obstante, los trabajos sobre la relación cerámica-complejidad social para la tradición Teuchitlán son bastante escasos<sup>59</sup>. Cabe mencionar el trabajo sobre el carácter especializado realizado por López Mestas (2005) sobre el tipo Oconahua Rojo sobre Blanco y en un contexto arqueológico definido en una tumba de tiro; el cual es prácticamente la púnica investigación que supera el formato descriptivo e intenta decirnos algo sobre las sociedades referidas, más allá de lo que debemos suponer como especialización. Pero caemos de vuelta en el mismo problema, en la definición y en los argumentos que definen dicha distinción; dejando de lado los aspectos socioculturales que implica tal condición, desde la presencia de los medios para producirla, las técnicas y su presencia (y sus influencias), sus contextos de uso y

---

<sup>59</sup> Otras investigaciones, pero de tipo descriptivo, pueden consultarse en Aronson (1993), Beekman y Weigand (2000), Blanco (2009). No obstante quedamos en el punto de lo que puede considerarse como especializado y no, lo cual no es definido por los autores.

principalmente quiénes eran esos actores que ocupaban el escenario en la cadena operativa (más que la cadena en sí).

Ello no frenó que se traspasara la delgada línea que concebía Weigand respecto a ir de la hipótesis a los resultados:

Los diferentes estilos de objetos de barro, de obsidiana y de concha también son prueba de la existencia de cierto nivel de especialización artesanal. Es bastante claro, entonces, que lejos de ser atrasados, los desarrollos socioculturales del Occidente estaban progresando al mismo ritmo que otras civilizaciones complejas que surgieron en Mesoamérica (Weigand y Beekman 2000:44).

De la presencia de estos objetos, de estos llamados monumentos y otros vestigios arqueológicos, Weigand igualmente echa manos para proponer la existencia de comercio a larga distancia, principalmente de objetos manufacturados en obsidiana. Si bien es posible haya existido algún tipo de interacción entre la denominada zona nuclear, su periferia y otras áreas de Mesoamérica, en la fundamentación de la tradición Teuchitlán no se explicita la naturaleza de estas relaciones; bastando con la, otra vez lógica, insinuación que la presencia implica comercio externo (veremos ejemplos con la obsidiana y la turquesa). Veremos más operaciones lógicas al respecto (amén de la reiteración):

De hecho, la presencia de tanta obsidiana de alta calidad, así como su relativa ausencia en el resto del Occidente de Mesoamérica, probablemente explica en parte el desarrollo del área nuclear de Teuchitlán (Weigand 2007a:109; traducción nuestra).

Los abundantes afloramientos de obsidiana de buena calidad ofrecían inigualables oportunidades tanto para la especialización como para el comercio regional y a larga distancia (Weigand 2008a:30).

De hecho, la presencia de tanta obsidiana de alta calidad, así como su relativa ausencia en el resto del Occidente de Mesoamérica, probablemente explica en parte el desarrollo del área nuclear de Teuchitlán (Weigand 2010:12).

Asimismo, otros investigadores, dentro de la misma línea de Weigand, retomarán sus ideas para asociar el hecho de la existencia de extracción y trabajo de la obsidiana para alinearla con relaciones comerciales a larga distancia:

Además de la producción para satisfacer la demanda interna, la obsidiana de esta región ha aparecido en lugares distantes (Weigand y Esparza, comunicación personal). De esta manera, se sabe que existió un comercio regularizado y en ocasiones a larga distancia, el cual necesariamente debió estar controlado y mantenido por una estructura social que requirió cierto grado de complejidad (Herrejón Villicaña 2008:73).

Debemos suponer que el flujo a larga distancia de la obsidiana tuvo que estar apegado a ciertos controles de la elite que tenía el poder de intercambiar y recibir productos de partes lejanas. Sin embargo, dentro de este núcleo de desarrollo probablemente había redes regionales que contribuían a un equilibrio entre las áreas que tal vez se vinculaban con los yacimientos menores (Esparza 2009:123).

Ante los ejemplos presentados, pretendemos demostrar la derivación narrativa que sustenta una clara intencionalidad de llevar al lector a un proceso causa-efecto, lineal y lógico sobre cómo la idealización de tipos económicos culmina en una organización estatal y cómo el considerarla como una civilización, es inevitable.

Ojos puestos sobre procesos que responden a la necesidad de una estructura de control que nuevamente minimiza o anula posibilidades de interacciones endógenas, entre otros aspectos, y que percibe a la sociedad como homogénea, en una especie de orden natural:

Los “monopolios” (el término implica acceso preferencial a la obtención de bienes para uso regional e intercambio) sobre la adquisición de obsidiana de alta calidad y sal, pueden haber ayudado a la formación de las bases económicas de los sistemas políticos evidentes en la zona nuclear (Weigand 1996:199).

Los fértiles suelos y la disponibilidad de recursos limitados, hacen de ésta, un área superior a las de la mayoría de las civilizaciones tempranas de Mesoamérica. Obsidiana, piedra verde, varios tipos de cristales, cobre, plata y sal, todos de alta calidad, están entre los minerales fácilmente obtenidos en esta región... la combinación de recursos de alta calidad, a la vez escasos y estratégicos, y la abundante tierra arable formaron un entorno excelente para el desarrollo de sociedades complejas (Weigand y Beekman 2000:41).

En un contundente ovillado de los rasgos utilizados por Weigand para definir la relación economía y política, Lameiras Olivera (1993:16) plasma en un párrafo la secuencia (neo)evolutiva que motorizó la complejidad social desde los aspectos económicos:

La cuestión de los recursos escasos requeridos por áreas donde son inexistentes, el comercio a mediana y gran distancia y las configuraciones económicas de gran magnitud o regiones macroeconómicas, constituyen, por así decirlo, el hilo conductor que permite describir y comprender procesos de urbanización, formación y complejización del Estado, concentraciones poblacionales, estratificación, la existencia de un comercio suntuario, artes y estilos importados.

Tras la influencia neoevolucionista, comenta Pauketat (2001), la antropología y la arqueología redujeron sus explicaciones sobre las convenciones que podían establecer la cohesión de las sociedades, considerándolas entes homogéneos y que compartían rasgos



comunes observables desde formas de gobernabilidad y de los sistemas económicos. Esto a la larga limitaría las conclusiones de las investigaciones a definir formas de control y división del trabajo como relaciones causales que llevarían inevitablemente a considerar a la estratificación social, por tanto, a la desigualdad; siendo “demostrable” entonces la existencia de estrategias para mantener contextos de reproducción cultural que mantienen formas de vidas planeadas por grupos dominantes. Se minimizaría o eliminaría cualquier evidencia de la acción humana no-élite, explicando así una completa hegemonía cultural (“ceremonial” acusa Weigand [2010:17] para la tradición Teuchitlán).

En este sentido, habría que mirar sobre un concepto que acompaña reiteradamente al de civilización, y que materializa a nuestro entender la estructura de las sociedades contenidas en la tradición Teuchitlán: el de estado. Por demás polémico dentro de la antropología y la arqueología de las últimas décadas, Weigand lo utiliza como forma organizativa sociopolítica sin mayores esfuerzos por definirlo. Lo que salta a la vista, es un uso explicativo causal para fundamentar el nivel alcanzado por “su civilización”, siendo incluso confuso en la separación de ambos, pues no discrimina entre este último como fenómeno evolutivo o como proceso histórico.

### *Estado y Control*

Weigand (1992a, 1993, 2007a, 2010), retomando principalmente a Fried (1967) hará uso —como acusa Pauketat (2001) con otros casos de neoevolucionismo declarado— de relaciones causa-efecto que estaban explicando la evolución social como cambios que obedecían un orden natural de “arriba hacia abajo”, donde el estado se mostraba como la cúspide. No obstante, atribuye este último autor, que esos fundamentos solo dan cuenta de

tipos o categorías sociales idealizadas, resultado de la influencia de los trabajos etnográficos de los que emanaban muchas de las explicaciones, supuestamente antropológicas en arqueología, a partir de la década de 1960.

Pero, el concepto más usado por Weigand para describir la forma de organización estatal será del tipo segmentario, retomando a Aidan Southall en *The Segmentary State in Africa and Asia. Comparative Studies*, de 1988:

Para las zonas fuera del área nuclear parece apropiado el modelo de Southall (1988) de “Estados segmentarios” como elemento explicativo: *usando el poder del ceremonialismo del área nuclear*, se establecieron elites secundarias en áreas ya fuera de recursos deseables (Colima, Sinaloa, Nayarit) o bien a lo largo de rutas de comercio hacia las primeras (el Bajío, Zacatecas). *Fue una presencia ceremonial hegemónica más que algo basado en la fuerza de las armas; simbiosis y colaboración más que dominio* (Weigand 2010:17; énfasis nuestro).

Constantemente, y sin hacer referencias, le definiría sencillamente como: “un sistema que tiene un núcleo bastante compacto y una zona de influencia extensa, donde la presencia del núcleo se manifiesta por hegemonía y ceremonialismo ritual más que por poder político” (Weigand y Beekman 2000:52). Inclusive, son pocas las precisiones conceptuales cuando le menciona en otras publicaciones, pues lo hace a manera de resaltar sus bondades como forma de organización. Pensamos que le fue más cómoda esta categoría por cuanto no poseía evidencias de algún tipo de control coercitivo o del uso directo de la fuerza. Por ejemplo:

*Los Estados segmentarios funcionan en gran medida a través de atracción ceremonial más que de la conquista o de otros medios de coerción; mantienen su cohesión*

*mediante jerarquías de sofisticada hegemonía ritual*, expresada en su forma más elevada dentro de “paisajes políticos” culturalmente muy modificados (e/ Jackson 1984). En el caso de Teuchitlán, lo anterior significa sistemas de cultivo en pantanos, canales y terrazas (Weigand 1994, Stuart 2002), aparte de sistemas de asentamiento jerárquicos muy estructurados... Si el modelo del Estado segmentario se puede aplicar al caso bajo discusión, es decir, si el núcleo de Teuchitlán no estuvo organizado a través de instituciones coercitivas ni dependía de ellas, entonces debió de haber tenido algún medio sistemático y regularizado de resolver conflictos (Weigand y García de Weigand 2005:55-56; énfasis nuestro).

Puede caracterizarse como un “Estado segmentario”, en el cual fue *el prestigio del ceremonialismo, más que la fuerza directa*, lo que se utilizó para cimentar el sistema social y para su expansión hacia las regiones vecinas (Weigand 2008a:52; énfasis nuestro).

Incluso con datos preliminares de asentamiento y de paisaje, un AEC —ya sea incipiente o completamente desarrollada— es visible casi de inmediato. Estas regiones nucleares, de manera especial en su condición prístina o primaria, por lo general eran muy pequeñas y compactas, aunque estaban rodeadas de áreas de apoyo más grandes. Estas fueron las tierras natales tempranas de los Estados arcaicos, ya sean segmentarios o unitarios (cf Southall 1988; 1991) (Weigand 2011:256).

Weigand consideró que los principales marcadores de adhesión social, como parte del control político, emanaron de procesos de ideologización ritual o ceremonialistas materializados en los conjuntos de guachimontones y su articulación con los juegos de pelota. Asimismo, conviene a definir que el rasgo segmentario era notorio en la relación del núcleo con su periferia, pero que dentro del primero, la forma más precisa de organización era de tipo unitario (aunque no explícita en lo absoluto esta tipología). Retomamos parcialmente una cita referida anteriormente,

¿Cuáles son sus rasgos unificadores? En el pasado he examinado la arquitectura circular como la “firma” de la tradición Teuchitlán (Weigand, 1974, 1977, 1985, 1989, 1990). Otro estudio (1991) trata de los juegos de pelota y de las funciones que desempeñaban en tanto factores de integración y competencia regional e interregional (Weigand 1992b:209).

En el apartado inmediato anterior, hemos hecho énfasis en algunas citas del autor donde propone formas de control hegemónicas, aparentemente bien estructuradas y basadas en estrategias rituales. De allí que considere estos conjuntos (con todas las características que les atañe), como centros principales del poder político y administrativo.

Pero dichos conjuntos no solo serán usados narrativamente por Weigand como hitos para delimitar espacialmente a la tradición Teuchitlán, sino temporalmente. Incluso para sumar elementos que justifican los cambios sociopolíticos, centralización económica y de actividades productivas, y hasta momentos de implosión demográfica.

La denominada arquitectura circular (Weigand 1992b, 1993, 1996, 2000; Weigand y Beekman 2000; Weigand y García de Weigand 2005), la cual es adjetivada como monumental, representa en la obra de Weigand y de otros investigadores contemporáneos a él, la evidencia principal para delimitar un grupo social de alto rango que, junto con otras supuestas capas sociales, desarrollaron su forma de vida en estos núcleos ceremoniales. Nos permitimos la consecución de las propuestas, hiladas en una narrativa causal y con fines “naturales”:

Durante esta fase [Ahuatlulco] se logró la máxima expansión de la arquitectura circular de cinco elementos. Dado que este tipo memorable de arquitectura es tan único y

exótico, resulta tentador ver algo más allá de la simple difusión geográfica de una serie de ideas ceremoniales conexas puesto que esa diseminación sigue una lógica de distribución de los recursos... Pero la existencia de diferentes capas de complejidad en diversas áreas indican que se había echado a andar una dinámica política y económica... Los núcleos son más o menos iguales, pero la distancia social y cultural, medida en complejidad arquitectónica, ha aumentado en lo que parece ser una escala logarítmica... El núcleo, representado en las figuras 3.3 y 3.4, había dado un paso hacia la civilización... Si el núcleo del periodo Clásico puede percibirse como un Estado o una serie de estados relacionados de manera muy estrecha, en ese caso la distribución, orientada de acuerdo con los recursos, de la arquitectura circular fuera del núcleo puede ser considerada como periferia... la elaboración arquitectónica visible en el núcleo y, a su vez, sus jerarquías de asentamiento internas indican un alto grado de independencia en las instituciones políticas y económicas durante el Clásico (Weigand 1993:89-90).

En el mismo artículo, genera una correspondencia entre otro marcador usado para definir la tradición Teuchitlán, las tumbas de tiro, para relacionarlo dentro de una explicación causal y evolutiva de cambio social,

Otras características de la fase Ahualulco merecen ser examinadas, en especial por la luz que arrojan sobre la creciente complejidad de la sociedad en el distrito lacustre septentrional. A medida que la arquitectura de superficie, como los círculos y las pirámides, se vuelve más monumental, las tumbas de tiro se hicieron más sobrias. *La covarianza de la decadencia incipiente del culto funerario con la monumentalidad creciente de los conjuntos circulares, probablemente indica que estaba en marcha una dramática reorganización política de la zona, por ejemplo, la formación del Estado* (Weigand 1993:84; énfasis nuestro).

El punto aquí genera una gran pregunta: ¿cómo se relaciona la des-complejización de una única forma material, a costa de otra muy diferente, para generar una propuesta de complejidad social, señalada como de tipo estatal? ¿es la única explicación posible? Considérese que las tumbas de tiro, como rasgo, han sido datadas en su mayoría para fases anteriores a las que comprenden la tradición Teuchitlán, y las que se ubican cronológicamente en este periodo, no se encuentran en la denominada zona nuclear. Sobre esta relación, reitera en otras publicaciones:

En gran medida la arquitectura monumental de superficie en este momento reemplazó a las tumbas de tiro como símbolo de poder sociopolítico y de prestigio dentro de la región... La concentración de la población en áreas pequeñas y los cambios contemporáneos de arquitectura funeraria monumental a formas monumentales en la superficie probablemente significa que se había llegado a un orden social estratificado dentro del área nuclear, similar al estado segmentario (Weigand y Beekman 2000:45-46).

Si acompañamos esta propuesta de Weigand, aunada a otros cambios en el registro arqueológico que menciona (cerámica y conjuntos habitacionales), nos encontramos ante el obligado ejercicio de preguntarnos si la diferenciación en fases cronológicas (según el modelo de tradición arqueológica retomada de Willey y Phillips 1958) nos permite dar continuidad a una tradición, o a una transformación que implica la consideración de una cultura arqueológica diferente (ello no se separa de la idea evolucionista, por cierto). De allí que habría que considerar cómo se fundamentaron las ideas de pervivencia de una etapa a otra (convenidas y a criterio del investigador) para definir un cambio social (y no cultural), superando el hecho que comparten un territorio similar. Es decir, los cambios propuestos —porque no se

profundiza, solo se refiere a “mudanzas” materiales— obvia influencias y dinámicas internas sobre alguno o algunos, de los estratos sociales de estas colectividades.

En la misma línea, se complementa la idea del paso de una fase a otra con supuestos que decantan en el mismo discurso de la complejidad social:

Las figuras de barro cocido también cambiaron: se volvieron más formales, perdiendo sus características de retrato. Este cambio probablemente señaló la importancia de los cargos políticos, más que la de las personas que tenían esos puestos dentro del orden social (Weigand y Beekman 2000:46).

Habría que cuestionar si es posible considerar este último aspecto, de tipo más morfológico, como un indicador en la concepción sobre la importancia de grupos sociales hacia sus gobernantes; tomando en cuenta además las formas de relación interna entre estratos. Cabría también preguntar sobre las formas de relacionamiento interno, donde podamos acercarnos a un tema de intencionalidades, es decir, sobre la posibilidad de los artesanos para realizar supuestos retratos sobre su élite, más aún si estos son o no parte de los mecanismos de control. Hubiésemos esperado otras investigaciones (en otros contextos culturales, como ejemplos de casos) que respaldaran la experiencia descrita por Weigand, y así no asumirlo como figuraciones vacías.

Pensamos que la práctica arqueológica no debe contentarse con describir los cambios en la materialidad a partir de hipótesis que no logre decantar en resultados<sup>60</sup>; por lo que en las

---

<sup>60</sup> Aunque puedan formularse miles de hipótesis, la arqueología debe procurar dar respuestas a aquellas que se asocian a los objetivos de las investigaciones, así como resguardar de difundir o divulgar aquellas que no logra corroborar. Esto es un aspecto muy íntimo de la práctica científica, pero a partir

narrativas, hay que mantener cierta coherencia. Referimos este punto, puesto que hemos encontrado una cita de Weigand, de data más reciente, donde señala algunos puntos que podrían entrar en conflicto con sus aseveraciones. Ciertamente hay una clara diferencia en las formas de organizar un discurso, lo cual nos lleva a discernir entre lo que se infiere y lo que trata de darse por hecho. Por ejemplo,

*La transición de simples plataformas y tumbas de tiro modestas en el Formativo medio a los círculos concéntricos de estilo guachimontón y tumbas monumentales sigue siendo algo inexplicable. En otras áreas del mundo antiguo sabemos que un periodo de mayor complejidad social frecuentemente no se refleja por completo en el registro cultural hasta que se llega a cierto nivel, en el cual las sociedades se transforman de grupos de rango a una verdadera estratificación. En este momento el registro cultural muestra completamente la intensificación social... Los estudios de la cultura material están mucho menos avanzados que los del sistema de asentamiento, pero también son más rudimentarios los usos que se da a la cultura material para resolver preguntas antropológicas. (Weigand y Beekman 2008: 19-20; énfasis nuestro).*

Notamos que Weigand está interpretando el registro como una operación matemática, pero enfatizando en los resultados y no describiendo los procesos. Otro ejemplo:

Sabemos que, dentro de la experiencia general de la humanidad, los grandes monumentos son producto de sociedades bien organizadas. El gran juego de pelota del recinto de Guachimontón es uno de los más grandes de Mesoamérica, mostrándonos nuevamente que partes del occidente tuvieron una evolución sociocultural diferencial y

---

de la responsabilidad con las sociedades actuales, debe ocuparse de difundir propuestas que posean una relativamente sólida argumentación, basada en los datos y modelos teórico-metodológicos claros.



que *esa experiencia, como siempre ha pasado en la historia humana*, tuvo un alcance regional amplio (Weigand y García de Weigand 2005:56; énfasis nuestro).

Cabe una pregunta más amplia sobre los objetivos de Weigand en los estudios sobre su propuesta de la tradición Teuchitlán: ¿Era su fin último demostrar la existencia de una civilización? Creemos que la arqueología debe ir mucho más allá de categorizar la materialidad y decirnos —a partir de datos claros, teorías y métodos actualizables— sobre procesos de sociedades y personas, aun cuando deba prescindir o no comprometerse realmente con categorías, conceptos o modelos que puedan ir encajando parcialmente, de acuerdo a como vayan sugiriendo los hallazgos. El ¿quiénes eran? no debería responderse sencillamente con “una civilización parecida al estado”.

Ahora bien, ¿cómo asumimos el resto de los conceptos con los que Weigand pretende describir un conjunto de sociedades particulares y, más aun, definir las como civilización? Podemos concluir que no podemos echar mano del concepto de tradición arqueológica de las corrientes neoevolucionistas, ni tampoco de las posprocesuales. El investigador estaba consciente de ello, y en sus propias palabras denota la importancia del trabajo científico sistemático (y donde paradójicamente señala la insuficiencia de datos para una propuesta que ya había consensado una década antes):

Los fenómenos sociales mencionados anteriormente, que implican la existencia de comercio organizado, y la difusión de casi todo el inventario ideológico de una civilización, no pueden ser razonablemente deducidos solamente a partir de la aparición y difusión de un estilo cerámico. *Tales deducciones deberán de esperar reconocimientos de campo sistemáticos, la evaluación de paisajes culturales y patrones de asentamiento, estudios detallados de organización comunitaria, arquitectura, etc.* (Weigand 1995:19).

Si bien nuestra intención no es, por los momentos, presentar propuestas alternativas diferentes a las que actualmente siguen definiendo a la tradición Teuchitlán (aunque hay investigadores trabajando en ello); sí pretendemos demostrar que las bases científicas que otorgan la valía al sitio arqueológico Los Guachimontones, como supuesta zona nuclear de una antigua civilización, y que de manera directa fundamentan su activación como referente del pasado, no cumplen con el rigor teórico y metodológico necesario. De ello que las narrativas que se desprendan en cuanto a la difusión y la divulgación de estos trabajos carecen de validez por los momentos.

Solo nos quedan concluir en ideas que llaman más a las interrogantes que, de manera general o particular, procuran desempacar la información que se nos trasmite, seamos un público especializado o no. Ello podemos concretarlo como una secuencia de planteamientos que fungen de activadores para reclamar una relación más honesta entre investigadores y esta masa nebulosa que definimos como el público.<sup>61</sup>

Si bien las categorías y modelos sugieren cierta convención entre la comunidad científica, hay que cuestionar el límite explicativo de “tradición arqueológica”, respecto a lo que puede decirnos sobre estas sociedades pretéritas. Haber comenzado por proponer un modelo (neoevolucionista/funcionalista), para luego ubicar una serie de rasgos y acomodar datos e interpretaciones no parece una salida válida.

Haber observado sobre elementos catalogados como monumentales y de élite, ¿son suficientes para definir la existencia de formas de organización como un estado? ¿Solo estos

---

<sup>61</sup> Este punto es importante si los arqueólogos se comprometen a divulgar. Hasta los momentos, y de manera formal, rigurosa y científica, no hemos adelantada prácticamente nada en profundizar teóricamente (como fenómeno), qué significa y cómo comprendemos esto de “el público”.

grupos de élite y sus supuestas estrategias pueden acercarnos a respuestas veraces? ¿Qué ocurrió con el resto de los niveles o estratos sociales?

En otro orden, ¿cómo se procede —metodológicamente— a plantear interacciones sociales sin discernir sobre su naturaleza?, más aún, ¿Cómo es que se explica algún proceso de cambio sociopolítico a través de transformaciones de un tipo particular de arquitectura privada, como las tumbas de tiro, a otra de carácter público?, recordemos: “En gran medida la arquitectura monumental de superficie en este momento reemplazó a las tumbas de tiro como símbolo de poder sociopolítico y de prestigio” (Weigand y Beekman 2000:45).

Si bien la arqueología, queramos verla o no articulada en cierta medida con la antropología, procuró espacios de nuevas propuestas, de revisión o consecución de otras; seguimos con la incertidumbre sobre los motivos por los cuales no se intentó al menos probar con otras teorías y modelos que pudiesen enriquecer los fundamentos de la tradición Teuchitlán, no en la somera práctica de la agregaduría de conceptos, sin profundización en ellos, sino como un reconocimiento a las intenciones que el mismo Weigand (1993:70-71; énfasis nuestro) declaró:

El propósito que me guía es plantear la idea de que examinar los datos en contexto antropológico nos ofrece *el potencial de llegar a interpretaciones sociológicas que trasciendan la obsesión por los “cultos funerarios”, o las descripciones clínicas de estructuras o pruebas de trincheras sencillas*; y que este potencial se ve fomentado exponencialmente mediante la investigación sistematizada, ecológica, paisajística y de asentamiento, que a su vez se coordina con el registro sistemático de los cortes verticales expuestos por los saqueadores y por excavaciones experimentales bien elegidas.

La mirada entonces se vuelca, aunque sea para obtener pequeños rastros, sobre los objetivos, intencionalidades y posibilidades que se desarrollaron dentro del proyecto de investigación que sostuvo y sigue parcialmente sosteniendo la propuesta de la tradición Teuchitlán como fundamento explicativo del pasado que, ante los vacíos teóricos y metodológicos, nos deja una evidente apariencia de prédica como estrategia para activarlo.

### **La prédica como estrategia**

Vistos los fundamentos del fenómeno arqueológico, se generan nuevas interrogantes a las que podemos aproximar algunas respuestas. Si bien la fuente primaria de valor, la tradición Teuchitlán, se sostiene sobre bases muy débiles, ello compromete el resto de las actuaciones consecuentes y los posibles usos que se han generado desde su propuesta. Desde ser una visión alternativa sobre porciones del pasado occidental y mesoamericano generado por la ciencia, pasando por lo difundido y lo divulgado como interpretación en un discurso que culminó oficializándose, hasta los abusos históricos, políticos y económicos que encontraron su cima en el embargo por parte de la función pública; podemos apreciar un paisaje lleno de tantas encrucijadas que encontrar una salida (tal vez veraz, convenida y hasta algo ética) resulta una tarea “monumental”.

Al definir los parámetros de validez del fenómeno Guachimontones, podemos señalar consecuentemente que los argumentos científicos, además de poco sustentados dentro de la misma propuesta de la tradición Teuchitlán, se retomaron de manera escueta para respaldar aspectos fundamentales como la importancia de las sociedades pretéritas que habitaron la zona, así como algunas formas válidas de articulación con formas institucionalizadas de activación del pasado, una supuesta zona arqueológica o una inclusión en una declaratoria de

paisaje cultural de la humanidad; todos estos, convenciones prefabricadas por la academia y la política para regular los usos de lo pretérito, sin la inclusión de otros agentes sociales que, olímpicamente, fueron y son ignorados.

Pero probablemente lo más obviado fue la coherencia interna y el rigor sobre lo difundido a la comunidad científica (y en consecuencia lo divulgado). Este aspecto fue sustituido, en primer lugar, por una ininterrumpida cascada de publicaciones que carecieron de una evaluación profunda. Ello denotado en la reiteración y repetición de los mismos argumentos y conclusiones a lo largo de tres décadas, sin mostrar un esfuerzo por incorporar correctamente nuevas perspectivas emanadas de la falsación o el surgimiento de nuevas miradas teóricas sobre la abundante práctica arqueológica que pululó en el mundo dentro de los movimientos que irían abandonando al neoevolucionismo, primeramente; y luego como reacción dentro de las posturas encontradas entre procesualistas y posprocesualistas. Es notorio que ni siquiera hubo la intención de aportar nuevos datos (o nuevas miradas con lentes distintos) que al menos mantuvieran con vigencia a la tradición Teuchitlán.

En segundo lugar, subyace otra explicación a la que podemos llegar para justificar el carácter monolítico de la propuesta de Weigand, y tiene que ver con razones y motivos — desconocidos— por los cuales las comunidades científicas no reaccionaron ante las escuetas propuestas y su reiteración. En este caso nos referimos a varios niveles, siendo el principal el contexto cercano de los investigadores del sitio y del fenómeno; siendo lógico extrapolar a los llamados “occidentalistas”, luego a los “mesoamericanistas” y, por qué no, a la arqueología en general (provenga de donde provenga).

Con ello presenciamos el problema de la crítica interna y de las discusiones entre pares, lo cual genera una sola interrogante: ¿por qué no fue cuestionada consecuentemente y efectivamente la propuesta de la tradición Teuchitlán? Las respuestas deben encontrarse y

producirse en los diferentes niveles señalados en el párrafo anterior; pero lo único que nos queda claro es la poca evaluación interna, adosado a un desinterés por —al menos— lo concerniente a este tema en específico. Otra presunta causa puede hallarse en cierta intolerancia a la recepción de críticas externas a los proyectos de investigación; pero como mencionamos, los motivos ante estos aspectos de ceguera selectiva descansan en los actores que debieron alzar la mano, pero que sencillamente no lo hicieron.

Para acercarnos a dirimir alguna respuesta, hemos de dirigirnos a las palabras que hemos recuperado de boca de algunos actores académicos que estuvieron en contacto con el sitio arqueológico, así como otros tantos del ámbito políticos que coadyuvaron con el sostenimiento y perpetuidad del fenómeno. Ello pertenece al siguiente capítulo.

## **LA PALABRA REDIMIDA: un contexto (de lo) arqueológico**

Words are not concepts and concepts are not words: between the two are the layers of theory accumulated throughout the ages. But theories are built on words and with words  
(Trouillot 1995:4)

Hemos mostrado en el capítulo anterior las narrativas formales y vigentes con las que se nos ha presentado la mayor fuente de valía que se ha utilizado para activar el sitio arqueológico Los Guachimontones como referente del pasado: la propuesta de la tradición Teuchitlán. Como señalamos, esta posee una serie de vacíos que no logran explicar por sí solos el hecho de considerar al sitio y los objetos como representación de un pasado que ha procurado hacerse como una versión oficial de la historia pretérita.

Si bien la narrativa científica no es suficiente para lograr estas activaciones, es importante zanjar sobre los procesos por los cuales se ha privilegiado el sitio y las investigaciones realizadas en él, así como los usos actuales, que superan el de la investigación arqueológica, colocando a esta en un lugar secundario, ante las posibilidades manifiestas como recurso cultural.

De allí, y retomando la propuesta del DPA y del análisis crítico del discurso, pretendemos fijarnos sobre la posibilidad de establecer pautas para definir el proceso de negociación que se ha descrito dentro de los pasos para la selección, ordenación e interpretación (Prats 1996, 2004) de los elementos del pasado que conforman el discurso

fundamental de la tradición Teuchitlán y de las formas (oficiales y no) que resultan de la explotación de este modelo.

Una primera parte ha sido mostrada en la sección inmediatamente anterior, pero cabe la necesidad de considerar estas propuestas y las visiones desde los actores que han participado en la formulación y consecución del uso de estas informaciones e interpretaciones a manera de escudriñar en las narrativas actuales la posibilidad de otorgar soportes para el uso académico, político, identitario y económico. De allí que presentaremos una serie de testimonios<sup>62</sup> que han servido para hilar lo publicado con las posibilidades de interpretación de un contexto que superó el registro arqueológico y se volcó sobre otros aspectos más actuales.

### **“Los Guachis”: un ejercicio de (re)creación del pasado**

Como primera parte, hemos establecido ahondar sobre mecanismos que dieron forma al sitio arqueológico, considerándolo además como una forma de activación del pasado, el cual definimos como no oficial, respecto a que su conformación no se regula bajo normativas legales, a diferencia de las denominadas Zona Arqueológica o Paisaje Cultural (UNESCO).

---

<sup>62</sup> Metodológicamente hemos establecido una serie de códigos para identificar los testimonios, a manera de separar entre la práctica arqueológica-académica y la función pública; así como las secciones parcialmente transcritas que mostramos. Así, hemos utilizado las claves “Ar” para referir a los arqueólogos, “Ac” para otros académicos y “F” para funcionarios públicos (activos o no) que fungieron como enlace para la activación del sitio arqueológico. Posteriormente hemos dotado de un número para señalar a cada uno de los entrevistados (p.ej. Ar-01) (sin que ello suponga alguna importancia o jerarquía entre estos); y finalmente hemos demarcado el tiempo que corresponde a su testimonio dentro de las grabaciones (p.ej. Ac-03, min 57.55-1.05.03). Asimismo, para comodidad del lector, hemos colocado en formato de cursivas las transcripciones.

Es importante acotar que se han respetado los diálogos en cuanto a las transcripciones, por lo que el lector apreciará que las citas no necesariamente se adecúan a la manera formal de escritura científica.



Sabemos que la denominación como sitio proviene principalmente de criterios definitorios dentro de lo que puede ser un contexto arqueológico, sin embargo, hemos ampliado esta categoría pues los cánones establecidos superan también el papel netamente científico de la arqueología. En nuestro caso, no solo se limitó a una simple definición sobre el este, sino como veremos, su establecimiento se vio permeado por diferentes causas y produjo también una serie de consecuencias, responsabilidad en gran parte de dichos criterios.

El punto que establecimos como inicial refiere a los momentos de “descubrimiento” y establecimiento del sitio. Estimamos para ello hacer ciertas connotaciones sobre el término entrecomillado, pues las diversas miradas dan pie a considerar una serie de aspectos que, si bien no redundan necesariamente sobre el trabajo de investigación arqueológico, sí que resulta en actuaciones que afectan la cotidianidad de la misma, asunto que como mostramos, fueron poco considerados, o bien, obviados.

Una respuesta cónsona de nuestros entrevistados ha sido sobre el conocimiento previo del área por los habitantes de la población de Teuchitlán; es decir, ya se reconocía la existencia de la misma, con algunos usos concretos y otros más bien referenciados, pero no estimados por el proyecto a partir de su formalización en 1999 (ni posteriormente).

*Acelia, la esposa de Phil comentaba que yendo de día de campo al poblado de Teuchitlán, a ella le gustaba ir al balneario de El Rincón, y este iba con sus sobrinos, sus primos... no recuerdo cómo iba. Allí hay unas piletas naturales... dice que en alguna ocasión, en el año de 1967, no recuerdo bien, estando nadando en la pileta se corta el pie con un vidrio, supuestamente ... no era un vidrio, era una obsidiana... eso le llamó la atención a la maestra y le dijo a sus sobrinos: “oigan, a ver, dónde hay más de estos materiales y demás”. Entonces empezaron a ver que alrededor de donde estaba este manantial, empezaron a ver algunos materiales de obsidiana por todos lados. Los puso en una bolsa y se los llevó a la casa. Dice, según Acelia de que*

*llegando a la casa Phil, le comentó: “oye, me encontré unas piedras raras, debería de verlas” ... y Phil le dijo: “oh si, después las veo” ... supuestamente pasaron casi dos años y esas piedras ahí guardadas. Hasta después...de repente el Dr. Phil se encontró las bolsas: “ah caray, y esto de dónde es... Acelia: “te las estoy enseñando desde hace dos años”. Dijo: “estas son obsidianas que están trabajadas, ¿dónde las encontraste?... allí supuestamente es donde Acelia lleva a Phil, al balneario y comienzan a hacer una especie de recorrido y encuentran al parecer este famoso taller de obsidiana que después fue trabajado por Dolores Soto en los años 80... ese no fue el único descubrimiento. La gente de El rincón les dijo: “es que acá arriba está lo que llamamos los Guachimontones” ... a Phil se le hizo curioso y se fueron caminando por el camino de las vacas hasta donde está el gran guachi... obviamente fue algo así, asombroso, pues no sabían que prácticamente cerca de su casa —ellos vivían en Etzatlán— existían estas ruinas. Fue algo que cambió completamente su visión: “esto hay que estudiarlo, hay que ver qué tan grande es, empezarlo a investigar”. Y bueno, esa es la historia romántica... la historia que ya puedes ver en la guía (Ar-03, min 2.22-6.01).*

*¿Quién descubrió el sitio?, la gente. Siempre supo que el sitio estaba allí, no como lo entendemos nosotros, como sitio arqueológico. En la literatura se habla de Weigand. Pero él no lo descubrió, lo trabajó, y lo dio a conocer al mundo científico y al mundo político más que nada. De hecho, ya se había hablado del sitio en el mundo académico, Andrea Breton (Ar-01, min 1.55-3.03).*

*Durante uno de sus recorridos llegan a la población de Teuchitlán, y su esposa, la maestra Acelia, encuentra unas piezas de obsidiana interesantes en el arroyo de Teuchitlán, y bueno, recorriendo un poco la zona, descubren el taller de obsidiana. Pues a Phil le entra la curiosidad, recorren más en conciencia el lugar y encuentran el sitio arqueológico de Guachimontones... mediados o finales de los 70s, algo así, no recuerdo muy bien. A raíz del descubrimiento, Phil decide reorientar su proyecto a un recorrido más extenso y más detallado en la zona Valles de Jalisco (Ar-05, min 4.40.5.30).*

Además del uso productivo (siembra de maíz principalmente y cría de ganado vacuno) de los espacios que hoy ocupan el sitio, se nos ha señalado algún tipo de uso ritual y recreativo desde temprano el siglo XX, inclusive las ilícitas actividades del saqueo,

*Según los que nos comentaba Phil, la gente iba muy seguido a ese lugar a depositar ofrendas. No sé si todavía tenían ese sincretismo entre lo profano y lo religioso, y que les llamaba la atención esos lugares. Obviamente sabían que esa gente eran sus antepasados, y les empezaron a nombrar: el círculo uno, “el gran guachi”, el círculo dos, “la iguana”, el círculo tres, “el azquelito”. Esos nombres, aunque hay más Guachimontones, se pusieron esos tres porque son los más visibles. Según cuentan, es que el gran guachi era referido a las personas mayores, entonces depositaban ofrendas... la iguana, era referido a las señoras embarazadas, y se ponían ofrendas... y el azquelito, por pequeño, entonces era referido por lo niños; allí depositaban las ofrendas... curiosamente uno podría dudar de la reutilización de esos espacios, pero cuando se hicieron las exploraciones salieron carritos de metal y soldados de plomo en los derrumbes y los contextos de esto. Eso te habla de que posiblemente si, si hubiera sido utilizado de esa forma... si me tocó ver monedas, juguetes, carritos, soldados, un montón de canicas. Esos materiales deben estar todavía en el laboratorio. Si había una reutilización, no tal cual como era en la época prehispánica, pero te hablaba de usos más ritual, de celebración, de tener un lugar donde se pudieran conjugar algunas cuestiones tradicionales del pueblo con cuestiones religiosas más modernas (Ar-03, min 10.53-14.55).*

*La gente local ya lo conocía, desde antes... 80, 90 años atrás que Lumholtz pasó por la zona; la gente ya conocía las tumbas de tiro, ya sabía de la existencia del arte cerámico de la región, ya comerciaban con las piezas arqueológicas. Si tenían conocimiento de la zona. Hasta donde yo sé, no tenían un conocimiento más preciso, obviamente no había investigaciones. Solo sabían que eran restos de hace mucho tiempo, de los antepasados, de los indios... actividades en el sitio, lo principal era la*

*agricultura. Ocasionalmente, tengo entendido, organizaban algún tipo de eventos, carreras de caballo, días de campo (Ar-05, min 7.23-8.35).*

*Era completamente agrícola, más agave actualmente, pero sobre todo maicera... verificando con algunas personas de la localidad dicen que ciertamente sí había muchos manantiales cerca del gran guachi, y uno de esos manantiales se utilizaban para bautizar a las personas hace menos de 80, 100 años atrás... bajo la iglesia católica. Hay personas que me lo han confirmado, bajo la iglesia católica... el saqueo, para que negarlo (Ar-04, min. 4.20-5.15).*

*Me platicó Weigand que había una fuente ahí, que se había secado, y le platicaron los de Tecuhtlán, que 100 años atrás o menos, 50, 60 años, nacía un niño, lo subían, lo sumergían en la fuente y lo bajaban rápidamente para que le quitara el demonio (F-02, min. 49.38-50.06).*

*Hasta donde sé el sitio se usaba para cultivo y seguramente también para saqueo. Pero de otra manera, no sé... pero ningún otro que sepa (Ar-01, min 3.53-4.20).*

*No tenía un valor simbólico muy espacial. De hecho, incluso cuando ya estábamos trabajando, toda la gente ubicaba “el guachi”, “vamos a trabajar al guachi” ... todavía en la primera temporada, cuando escuchaba las personas en el pueblo, entre ellos decían “oye, ¿y qué hace en el guachi?, limpio piedras” así contestaban. Eso era como veía la gente, incluso los mismos trabajadores... para contestar como muy puntual, era un referente en su geografía, muy importante, pero solo como eso, un referente (Ar-02, min 12.30-13.20).*

Si bien se habían reconocido estos usos alternativos, los mismo fueron considerados de tipo más bien anecdóticos, sin que se apreciara la consecución de estas prácticas dentro de la cotidianidad, siendo finalmente desplazadas por la delimitación del sitio arqueológico a inicios del trabajo del PAT, rompiendo con cualquier posibilidad de continuar con estas dinámicas.

Por otra parte, la labor de socialización de la práctica arqueológica, frente a una colectividad que puede considerarse “invadida”, se atendió de manera personal y nada sistemática (no hay datos que demuestren lo contrario). No obstante, las relaciones de Weigand fueron descritas como muy cordiales con los ejidatarios y dueños de las parcelas que hoy conforman el sitio, así como con los habitantes de Teuchitlán,

*Él siempre hizo lo posible por mantener una relación de cordialidad con la gente de la población... y con el arranque de la excavación, lo primero que él hace, le da prioridad a los dueños de los terrenos y les da trabajo como excavadores. De hecho, el dueño del terreno principal, que es donde están las estructuras más grandes, ese señor estuvo trabajando muchos años en el proyecto como velador, y sus hijos también. Era una manera que Phil buscaba para —en cierta forma— compensar que ellos ya no pudieran sembrar en estas tierras... ese fue más o menos el tipo de relación que mantuvo a lo largo de los años (Ar-05, min 8.59-10.01).*

Las mismas no subsanaron la falta de una articulación formal con el proyecto a través de objetivos o planes incluidos en el mismo. Ello conllevó al deterioro de las relaciones con algunos grupos a partir de los procesos de expropiación de los terrenos, tal como señalan dos de nuestros informantes:

*Con Guachimontones, al ser el primero, iba a haber problemas, porque bueno, todos tenemos derecho a salvaguardar lo que nos fue dado por nuestros padres y bueno, la mayoría de las personas que no habían querido vender en su momento... ellos decían que habían heredado algo de sus padres y que no se querían deshacer de ello, y que si tenían que sembrar con burros, pues que seguirían sembrando con burros, pero que ellos querían seguir conservando la propiedad de su tierra. Advertido de ello, se marcaron las poligonales por el INAH... aunque hay que reconocer que algunos*

*vendieron, también hay que reconocer que algunos y sus antepasados fueron los que destruyeron las pirámides y los edificios monumentales para hacer bardas de mediación o lo que fuera (F-03, min 54.18-55.30).*

*Cuando se comenzó a deteriorar esta relación fue cuando el gobierno del estado comenzó la gestión para la compra de los terrenos. Ahí fue cuando en realidad comenzó a haber roces. Los dueños, los propietarios pusieron un precio, el gobierno se atenía a los avalúos (Ar-05, min 10.04-10.20).*

*Luego de la delimitación y de la zonificación interna, no pensamos tanto en la gente, en las propiedades, excepto en el área donde pensábamos como trabajar más intensamente, el área nuclear; pero en la colindancia siempre había habido muchos problemas con los que plantaban agave, porque pelaban y sembraban...siempre hubo un conflicto ahí con los productores de agave (Ar-02, min 9.30-10.13).*

Ello no dejó por fuera que la retórica de progreso y el bienestar formaran parte de algunos de los argumentos utilizados para aproximarse a actuar sobre el sitio, amén de las consecuencias directas de las que padecerían los ejidatarios, y otros actores, por el establecimiento del proyecto:

*A nivel estado, creo que Phil convenció a la gente de que era importante, y a nivel local, yo creo que, especialmente la gente como el presidente municipal en turno, cuando el 2000... fue decisivo porque él veía que si ya tiene restaurantes, si ya tiene La Vega, Teuchitlán no es un potencial más allá del turismo, no va a poder tener una planta de generación de electricidad, no va a tener algún uso industrial; entonces su vocación turística es algo en que coincidió Phil y seguramente le vendió, y seguramente el presidente municipal en turno y las autoridades estatales pensaron que este es un buen argumento, y la zona arqueológica viene a embonar perfecto con los restaurantes con el balneario, y con ya traer al turismo (Ar-02, min 22.38-24.00).*

*Por parte de sentimentalismo, totalmente válidos, “oye esta tierra fue de mi padre, yo no la voy a vender” ... decíamos: “pero sabes qué, en este terreno ni siquiera puedes sembrar porque el INAH te lo va a restringir, pero mira, va a haber beneficios porque está un sitio arqueológico como Guachimontones, se van a meter caminos” ... la gente lo entendía. Pero al decirseles que no podían ni fincar, ni sembrar, terminaban cediendo porque se les mostraba las bondades (F-03, min 53.25-54.05).*

*Inicialmente se comenzó con las pláticas con los ejidatarios, se cita a las personas para decirles en que consiste el proyecto de rescate arqueológico, que traería beneficios a la comunidad y que entra en un plan estatal de desarrollo y que en el futuro se preveían muchos beneficios... luego se realizan pláticas individuales para hacerles el ofrecimiento sobre los avalúos, y si, hubo inconformidad, es obvia, los valores eran muy bajos. Los precios no alcanzaron, en este caso, para que adquirieran una parcela de las mismas condiciones, de la misma calidad... no favorecieron el bolsillo de la gente... hubo un convencimiento grupal para que el proyecto caminara, el proyecto dependía de eso, que la mayoría cedieran sus parcelas (F-01, min 15.50-17.52).*

*Fueron dos los tipos de argumentos que se ofrecieron para tratar de integrar gobierno y comunidad al proyecto. El primero fue dirigido a la población en general, con la idea de que, bueno, a lo largo del tiempo la atracción del sitio iba a crecer, se iba a hacer más conocido, iba a llegar más turismo, entonces iba a ver un desarrollo local, y bueno, más oportunidades de empleo y más oportunidades de trabajo para la población local. Fue, como digamos, el primer gancho. El segundo, fue tratar de ilustrarlos un poco en cuanto a la importancia académica y científica del sitio (Ar-05, min 13.14-14.03).*

Amén de estas primeras relaciones, desde el punto de vista académico, el develamiento del sitio se le ha otorgado a Weigand, quien comienza sus recorridos informales a finales de la década de 1960. No obstante, otros investigadores ya habían referido la existencia de vestigios

arqueológicos en la zona, sin que ello hubiese repercutido en la arqueología nacional o internacional con el mismo impacto con que sí lo haría Weigand; principalmente Adela Breton y Karl Lumholtz, en los últimos años del Siglo XIX y primeros del siglo XX (Williams y Weigand 1997). Respecto a ello, algunos de nuestros entrevistados señalan que, dentro de las investigaciones de los pioneros de la arqueología del occidente, Breton tienen un peso importante:

*Yo le doy el crédito al descubrimiento de Guachimontones a Adela Breton. Llega a principios del Siglo XX, y ella, en sus relatos, comenta en sus cartas de exploración: “llegué al pueblo de Teuchitlán y me llevaron a un lugar que se llamaba ‘huachi montón’, es un lugar antiguo, hay estructuras circulares”. Prácticamente estamos diciendo que es la primera descripción de lo que después sería Guachimontones... si queremos decir quiénes fueron los descubridores, quien lo pone sobre papel, pues la misma gente de Tecuhtlán ya lo conocía desde siglos antes... pero viéndolo desde el punto de vista científico, histórico, yo le daría su crédito... no solo describe guachimontones, sino que también los yacimientos de obsidiana y la gran cantidad de obsidiana que hay en la región... ella llega primero a Tequila... ve que está trabajada y posteriormente va a Etzatlán y encuentra esta famosa tumba de tiro... entonces, ya tenía tres cosas prácticamente descubiertas de lo que sería posteriormente, en lo que se basaba la tradición Teuchitlán: guachimontones, la obsidiana y las tumbas de tiro... por ahí es donde debería darle ese crédito... Phil llega a reinterpretar, a regenerar esta idea de una nueva civilización (Ar-03, min 6.20-9.04).*

Esta última apreciación resulta interesante, por cuanto siempre hubo una crítica abierta por parte de Weigand al trabajo arqueológico con objetivos descriptivos, sobre todo al que llamó “ceremocentrismo” (Weigand 1992a, 1993, 1995, 1996). No obstante, no dio la importancia relativa a la definición de rasgos considerado vitales por la propuesta de la



tradición Teuchitlán (ni se percató que estaría reproduciendo el modelo, solo que desde la arquitectura).

Una vez “descubierto”, nos aproximamos a reconocer las maneras en que se le dio orden al sitio actual; lo cual iba a repercutir no solo en las investigaciones, sino como mencionamos, en dinámicas de la población cercana. El testimonio más elocuente considera que, a partir de los recorridos, los límites se establecerían desde el considerado ya núcleo hasta donde se determinaran había vestigios sustanciales,

*No recuerdo específicamente cómo delimitaron, me parece que no pusieron una poligonal fija... lo que recuerdo es que se caminó y donde dejaron de ver cosas, hasta aquí llega el sitio (Ar-01, min 8.57-9.22).*

*Usamos foto aérea, topografía con curvas de nivel... se seleccionaron los edificios de mayor volumen para pensar en el área nuclear y las áreas periféricas. Se incluía Loma Alta y Teuchitlán como un solo sitio... Phil pensó que podría estar incurriendo en alguna falta si hacíamos algo en Loma Alta y habló al Consejo de Arqueología a ver si tenía que meter algún proyecto. Finalmente mandó una propuesta, avalando a Chris, y el proyecto fue rechazado, diciendo que no puede haber dos proyectos en el mismo sitio. Esa es una cosa muy interesante. El argumento de que es un solo sitio, que teníamos en un principio, lo respaldó el Consejo de Arqueología, al negarle el permiso a un segundo proyecto (Ar-02, min 6.58-8.10).*

*Nosotros llegamos a discutir si Loma Alta era un sitio arqueológico aparte o si realmente formaba parte integral de los Guachimontones. La discusión digamos permanece allí, abierta. Pero en términos de delimitación para poder proceder a comprar los terrenos y demás, se decidió tratar todo como un solo sitio. Lo que se integró fueron los edificios, o círculos monumentales, como Phil les llamaba y las zonas de habitación más próximas, creo que ese fue el criterio principal, la proximidad de los vestigios hacia esta zona monumental, o a la zona de círculos. En*

*realidad, cualquiera que haya recorrido la zona se asombra, porque sigues caminando, caminando y los vestigios de habitación no dejan de aparecer en todos lados. Eventualmente se tuvo que llegar a una decisión de “pos hasta aquí”, ya no podemos integrar más (Ar-05, min 11.30-12.24).*

*Viendo esa posibilidad y como no alcanzaba para todo, se pensó que la zona de mejor protección era Loma Alta, estaba igual o mejor preservada que Guachimontones, principalmente por todas las unidades habitacionales... toda esta zona era ideal de preservación, tanto natural como arqueológica. Ese es el criterio que se manejó en ese momento. Mucha gente: “¿por qué no se conectó la poligonal con el pueblo, el balneario” ... entre más uno bajaba, más costaban los terrenos; la correlación de los sitios y la mejor preservación de Loma Alta es lo que le dio peso para poder comprar. Así se manejó... aunque algunos están todavía en litigio, algunos no quisieron vender (Ar-03, min 38.30-39.55).*

No obstante, no se consideraría una definición de sitio arqueológico,

*Jamás he encontrado ninguna definición de qué es un sitio, ni cómo se delimito. Más bien se habla de las zonas monumentales y lo que está alrededor, entonces no hay una definición de sitio, formal... Refiere a sitios y sus zonas aledañas, como si fuera una especie de algo continuo, donde la densidad sube y baja, pero en realidad nunca se corta, nunca se divide, nunca se separa... siempre es una continuidad de material, de arquitectura, de todo... muchos de los sitios que él registró, son grandes, se ven en fotos aéreas... seguramente fue a los sitios, dibujar la arquitectura y después caminar hacia afuera... pero lo que no dice es si todo es de una sola temporalidad o si es de múltiples temporalidades... simplifica los vestigios... se enfoca solo en arquitectura monumental (Ar-01, min 11.40-13.56).*

En este mismo tenor, se denota la poca importancia en cuanto a la propiedad de la tierra. Ello claramente se articula con lo que hemos discutido sobre las maneras de apropiación de la arqueología en México, donde las actuaciones procuran mediar lo menos posible con estos aspectos, amparados en el discurso sobre un pasado material que es imperativo salvaguardar, incluso a costa de otras dinámicas sociales más actuales, *“Primero pensamos en la ubicación de los edificios, la extensión del sitio y después zonificamos dentro del sitio, y la verdad que lo último que pensamos fue en tenencia de la tierra (Ar-02, min 8.59-9.15).*

Como comentamos, el impacto sobre la cotidianidad no fue medida, y más allá, el movimiento de curiosos sobre lo que en el sitio ocurría. Posterior y formalmente se les denominará “visitantes”, pero su consideración no fue medida por el PAT al inicio,

*El proyecto llegó a un punto en el que en realidad tomó vida propia, en el sentido de que como proyecto arqueológico nosotros nunca estuvimos preparados para nada de lo que vendría después de la apertura al público: planeación del centro interpretativo, guiones museográficos, programa de concientización con la población. Todo este tipo de cosas nunca fueron, creo yo, prioridad de Phil. Él siempre puso en primer lugar la parte académica, se preocupaba después o nos dejaba a nosotros la tarea de los demás. Viene la apertura del sitio, viene la delimitación, comienza la negociación con los ejidatarios. De hecho, cuando comenzó eso, Phil se salió de esa parte del proyecto, la delegó, porque en realidad no le gustaba, y pos nos tocó a nosotros echarnos la bronca (Ar-05, min 23.15-24.10).*

Por otra parte, sobre los propósitos y sus consecuencias relacionadas a ámbitos más difusos y cuestionablemente difíciles de precisar, fueron las establecidas dentro de los aportes a la historia que se pretendía formalizar. Si bien este aspecto permite realzar la valía del trabajo arqueológico, no se percibe entre los entrevistados un impacto importante a aquellos

ámbitos fuera del científico. La historia a nivel local, regional o nacional ciertamente se pretende permeada por la propuesta de la tradición Teuchitlán en cuanto a sus resultados, pero no por ello se proyectaron y planificaron posibles usos para los datos en cuanto a la divulgación a otras esferas más públicas. Sobre este punto se requirió el testimonio de los entrevistados, planteándolo por la existencia de objetivos, ya sea de Weigand, del PAT y de otros actores.

En este caso la narrativa histórica cumple doble función: justificar la investigación en primer lugar (y los fondos); así como también la de crear cierta vinculación o sensibilización hacia las selecciones del pasado que concatenen con intereses de la misma arqueología, de quienes financian y de las imágenes que se desean establecer sobre lo pretérito para el público (que al fin de cuentas subyace a los intereses políticos e identitarios). Hay quienes no ven tan claros esto, primero porque no fue algo que el PAT atendiera en primera instancia,

*Quizás la precepción no es tan clara. En el pueblo la percepción es que ahí hay algo interesante... “están sacando tesoros”, eso siempre... llamaba mucho la atención cómo era el trabajo del arqueólogo... la gente se intrigaba mucho, qué era lo que sacábamos. Mucha gente pensaba que lo que encontrábamos y poníamos en esas famosas bolsas negras era oro (Ar-03, min 42.25-49.30).*

*Quería impactar más bien a la arqueología mexicana. Por lo que se lee en sus escritos sobre el complejo de simplicidad. Su mayor móvil era dar a conocer al país la tradición Teuchitlán: “miren, aquí hay grandes cosas, y son tan grandes como lo que ustedes tienen”, comparando con el centro de México, con el área maya, con Oaxaca quizás... creo va de lo macro, quizás a lo estatal —obviamente te están dando lana— ... en cuanto a lo local, no veo mucho impacto... hubo un beneficio en cuanto a la infraestructura. Lo cambió para siempre, porque ahora va un montón de gente... pero si quería buscar un impacto para que la gente se identificara con el sitio, no lo veo por*

*ahí yo... cuando hablas con gente del pueblo y te dicen “es que este es nuestro pasado”, tiene tintes económicos. De aquí puedo vivir... no lo ven como algo meramente cultural. Ellos saben cuánta gente viene, la derrama económica (que no les queda). No sé si dijeron lo mismo si no fuera un sitio abierto al público, a lo mejor dijeran “esas cosas ahí abandonadas, ¿qué valor tienen?”, pero ahora ven que sí hay... el interés es más económico que identitario, y si es identitario es porque hay otros intereses de por medio (Ar-01, min 18.40-22.07).*

*Creo que nunca se puso a considerar cómo iba a influir la apertura del sitio arqueológico en este sentido, en el sentido de la identidad del pueblo, qué significa para Jalisco, qué significa para el estado tener a los Guachimontones, o tener a la tradición Teuchitlán. Él siempre se enfocó en la parte académica... pero en el sentido actual, con la población actual, no percibo en él que haya pensado demasiado en este sentido (Ar-05, min 24.12-24.51).*

*Hay una tesis, no recuerdo si es de Arizona, de un antropólogo, que hace 30, 35 años... hizo una investigación en Teuchitlán y Phil quería como hacer un análisis en retrospectiva de lo que vio este cuate, cómo hizo su etnografía, que elementos están detectados en su trabajo etnografía... y de qué manera la presencia de gente, de académicos, de arqueólogos, antropólogos impactó en la comunidad. Qué pasó después de esta tesis, este escenario etnográfico; qué pasa durante el proyecto y tomar el pulso a qué pasaba después del proyecto. Esa era la parte más antropológica que Phil había fijado, lo tenía muy claro, era uno de “sus objetivos”, no era algo que estuviese puesto en el proyecto para el Consejo de Arqueología, sino era como el análisis profundo, del análisis que quieres hacer en los momentos en que tengas la paciencia entre los tepalcates, las pirámides, la gente, los factores administrativos que te quitan un chorro de tiempo. Quería al final ver esta transformación y estos cambios en la población... publicado no, pero estoy seguro que en sus anotaciones, debió tener a los personajes claves de la comunidad, o situaciones muy especiales, en términos de organización social, en términos de las fiestas... de la espacialidad. Phil le daba mucho peso esto, yo creo que también estaba pensando detectar si los guachis formaban parte de alguna serie de rituales o de prácticas culturales, que permitieran*

*trazar esta vinculación espacial entre la zona, el poblado actual y la presa... pero eso no está publicado, eso más bien hay que buscarlo en sus anotaciones (Ar-02, min 14.48-17.37).*

*Si no les estas informando qué es lo que acontece, qué es lo que se encuentra, cómo va... No lo hizo el municipio, no lo hacen los arqueólogos, aunque estos están en contacto con alguna gente, que son algunos trabajadores en el sitio. Algunos se enteran, otros no. Pero no había una institución formal que estuviese informándoles, que estuviera haciendo ese contacto social... ¿qué onda con la construcción social del patrimonio?... ¿realmente se hace?, hay muchas deficiencias, en ese sentido se encontraron muchas deficiencias (F-01, min 30.20-31.07).*

Considerando estos aspectos, y sobre todo la posibilidad de un supuesto interés en dinámicas actuales y el impacto en la cotidianidad, el asunto quedó en su no atención. Sin embargo, no fue sino hasta que el proyecto estaba en marcha, cuando “ya se les había venido encima le paquete”, que se atendieron de manera efímera algunas cuestiones,

*Cuando se empezó a trabajar toda esta cuestión fue cuando se decidió la construcción del centro interpretativo... con la creación de este centro fue que Phil específicamente y el proyecto en general, fue cuando empezamos a preocuparnos por todas estas cuestiones, pero no fue hasta que el museo estuvo pre-aprobado. Fue cuando caímos en la cuenta de que se nos venía todo el paquete encima. Yo creo que nunca estuvo planeado... en este sentido de responsabilidad social y divulgación y todo lo demás, el proyecto marchó al revés. Fue hasta que el sitio estuvo excavado, fue hasta que estuvo restaurado, hasta que el camino estuvo hecho que se empezó a preocupar el proyecto por lo demás, en vez de hacerlo a la inversa, pudiera haber sido la planeación en un principio; y el resultado de eso es que tuvimos infinidad de problemas para echar a andar esta parte del proyecto, la parte de educación y divulgación, porque en realidad no formó parte tal cual de los objetivos del proyecto (Ar-05, min 26.00-27.21).*

*Pero era una primera mirada para entender de qué se trataban estos trabajos. Lo que si tratamos de hacer eran charlas, tanto para los mismos trabajadores como para la gente... se hacían en la casa de la cultura y decíamos: “en esta primera temporada se hizo esto”. Aunque no fue tan numeroso el público para la gente que hay en Teuchitlán y por el supuesto interés que había por los guachis, fue muy poca gente a esas charlas... fue una política del proyecto que desgraciadamente después desapareció, porque ya cada uno tenía tantas obligaciones que se desatendió la cuestión con el pueblo. Sin embargo, ahí es donde le dimos más importancia al impacto que pudo tener fuera de Tecuhtitlán, y en ese sentido, a la misma historia de Jalisco, que ahí es donde —gracias a los contactos con un presidente municipal y gobierno del estado— se puede incluir un texto en los libros de texto, de secundaria, donde se habla de la tradición Teuchitlán, sobre la importancia de este lugar y sobre todo en actividades “de ir” a Guachimontones, eso fue por 2007... eso también marcó la diferencia... ha sido uno de los mejores goles que ha tenido el proyecto, insertar a Guachimontones en la historia de Jalisco... supongo se ha ido actualizando (Ar-03, min 49.50-53.35).*

En momentos posteriores, se trataría de encauzar esta difusa relación social, pensamos, a través del centro interpretativo, el cual conlleva un componente de divulgación tanto para uso educativo como para otros tipos de visitante (turistas principalmente). Aunado a esto, se abre un proceso de institucionalización, medida por la influencia de los actores políticos de niveles estatales y locales, los cuales comienzan a fijar su interés. Se desplaza un poco la importancia histórica-científica para dar paso a la concebida como patrimonial que, como hemos discutido desde el inicio de nuestra investigación, se va desvinculando a gotas del rigor científico para dar paso a la procura de otro tipo de articulación con la cotidianidad de sectores de la sociedad, donde se suman otros intereses,

*Yo creo que aquí impactó, más que a nivel histórico, a nivel de patrimonio; es decir, el patrimonio une y hace que las comunidades sintamos que somos parte de una misma historia, de una historia común; sobre todo el patrimonio histórico y arqueológico. No había un sitio arqueológico que representara a la comunidad de Jalisco, y los que habían, repugnaban a la sociedad de Jalisco... yo no soy parte del pasado de un sitio que está sucio, que está lleno de grafitis... quien sabe quiénes vivían ahí, se me hacen que si eran esos cazadores-recolectores que tanto dijeron, pero cuando llegas a Guachimontones, ahí si te ves reflejado... y tu buscas que alguien se refleje con tu vida bien, bonita, positiva... cumplió dos partes: en el nivel histórico, y en el arqueológico puso en el mapa a una región o a un estado que no tenía todavía mucho que aportar... Movi6 a muchos investigadores a que empezaran a trabajar, porque finalmente lo hacían de una manera muy light, y además en el patrimonio invitó a la comunidad de Jalisco a tener un pasado, que aparte cumplió con algo importante, no era el centro de México, era Jalisco... y no solo es Guachimontones... la historia de occidente en época prehispánica es más de seis tradiciones en las que coinciden la mayoría de los investigadores, aunque en suma hay más, según cada propuesta... estamos hablando de seis características culturales que van a definir a Jalisco, que no solo se resume en Guachimontones (Ar-03, min 14.55-16.57).*

*La principal obligación es con la población... aplicando los principios de la “apropiación social del patrimonio” ... sugiero que vayamos haciendo una colección de libros que apoye la difusión de toda esta riqueza. Se abrió la colección, se publicaron 11 títulos... tratando de subsanar esos equívocos, la marginación del antiguo occidente de México (F-02, min 5.20-7.00).*

La divulgación de esta “riqueza” es otra actividad que arranca prácticamente con el proyecto, aspecto que no es negativo por sí solo, sino que depende del contenido y las maneras en que se presenta. Si bien el uso de este, ahora recurso cultural, estaba iniciando poco después del arranque del proyecto en 1999, cabe la pregunta obligada sobre qué cuestiones se



estaban divulgando. Los datos apenas se estaban procurando, y debían recorrer el camino de la interpretación, la validación, la contrastación y otros, para llegar al final a la adecuación para dicha divulgación. Y reiteramos ¿qué se estaba diciendo? Los trabajos en la zona, los hallazgos o interpretaciones ya acabadas, producto del anticipo discursivo que Weigand ya había elaborado.

En este mismo campo se ha movido el mayor ente divulgador de los trabajos en el sitio y la región (articulados a la tradición Teuchitlán): el Centro Interpretativo Guachimontones (en adelante CIG; hoy nombrado “Phil Weigand”).

No obstante, este presenta una actual desarticulación con el PAT, ello debido aparentemente a la separación administrativa de ambos entes, pues mientras el CIG depende de los proyectos y financiamiento del gobierno estatal de Jalisco, el PAT responde al Colegio de Michoacán. Si bien este motivo no debería privar sobre un trabajo mancomunado, la principal causa se establece a partir de los contenidos que se manejan a nivel de la difusión.

Si bien el CIG logra su apertura luego del fallecimiento de Weigand en 2011 (aunque en su proyección participó el investigador), los nuevos derroteros marcados por el PAT han llevado a establecer la importancia de nuevas perspectivas teóricas y metodológicas que se separan de la propuesta original de Weigand (por ejemplo, Heredia Espinoza 2017). Esta falta de acuerdos sobre lo que debe o no divulgarse permea, en primer lugar, los vacíos investigativos rellenos con conjeturas; lo que conlleva en segundo término a que los contenidos, errados o desactualizados, sigan utilizándose por considerarse un legado de Weigand en función de su rol de autoridad.

## **Entidades con autoridad**

En nuestro capítulo *La Activación del Pasado* hemos delineado un marco en el que argumentamos las posibilidades —de las más generales hasta en contexto— de constitución de la autoridad en arqueología como la suma de ciertos factores que incluyen desde agendas públicas de los gobiernos, hasta las características puntuales que definen la práctica arqueológica en México. Todo ello nos ha servido de preámbulo para indagar, a partir de los testimonios recogidos, cómo este componente de la autoridad jugó un papel fundamental para establecer una narrativa que, en presencia de grandes vacantes teóricas, permitió fijar la valía del sitio arqueológico (como mecanismo de control sobre el pasado) a través de la incorporación de conceptos vacíos, pero sostenidos por la influencia institucional pública (de este punto abordaremos hasta la siguiente sección, pero lo mencionamos para procurar la coherencia de nuestros argumentos).

Partimos de comprender en contexto la elaboración del discurso científico, a partir de las formas en que se usaron los marcos teóricos y conceptuales, las posibilidades de articularse a la arqueología nacional (y oficial), para culminar en las maneras en que se difundió dentro de la comunidad académica, y su repercusión en esta. Si bien hemos debatido sobre ello a partir de los mecanismos de difusión científica, es interesante reconocer las diferentes miradas de los actores que interactuaron en diferentes momentos con el sitio. En otras palabras, la autoridad se ejerce tras la fijación de una narrativa, con argumentos que le sostengan y, en caso de estos tambalearse, la reiteración y la consecución de otros apoyos son necesarios.

Una primera serie de preguntas nos llevó a indagar sobre los objetivos públicos y privados de las investigaciones en la zona, a manera de reconocer los alcances y las estrategias pretendidas (para intentar mirar sobre las intenciones). De allí que conversamos con nuestros

entrevistados sobre su conocimiento y manejos de los objetivos formales de las diferentes temporadas o momentos del proyecto de investigación. Lo que pudimos recolectar en un primer momento (junto con la revisión de la documentación), es que existió una gran falta de objetivar y plantear los problemas de investigación:

*Phil en realidad, al menos en sus primeros años, no recuerdo yo que nos haya reunido en una junta y nos haya dicho: “el plan del proyecto para este año es este, nuestros objetivos son estos, nos interesa delinear una estrategia de trabajo, vamos a excavar aquí, vamos a excavar allá, nos interesa este tipo de contexto”. Él se desvinculó en ese sentido de cada uno de nosotros y cada arqueólogo trabajaba, digamos a su método (Ar-05, min 37.02-37.34).*

*Las estrategias iban a la excavación, de los círculos más grandes... lo que se hizo fueron excavaciones, salvamentos y cuestiones de ese tipo y el proyecto adquirió responsabilidades que quizás no le competían, y se tuvieron de encargar de ello... el proyecto de campo iba más rápido que el análisis de materiales, nunca fue a la par y así se perdió mucha información... en los informes, los objetivos son “excavar la plaza 4, excavar el círculo 3”, esos realmente no son objetivos, son métodos, o qué voy a hacer... y hasta donde sé, el proyecto nunca tuvo una pregunta de investigación global... Muchas veces se recolectaban datos así como para que alguien algún día los analice, pero un “por qué”, no... las preguntas de investigación son, o muy amplias, muy vagas y no tienen congruencia como se espera de un proyecto importante (Ar-01, min 23.38-31.25).*

*No recuerdo exactamente cuáles eran, pero imagino que eran reconocer la arquitectura de esta tradición, principalmente; caracterizarla de diferentes formas, desde el punto de vista de la cerámica, de otros elementos como la obsidiana. Sin embargo, creo que el objetivo iba compuesto por los objetivos del propio gobierno del estado, en el sentido del potencial del sitio para posteriormente abrirse al público. Por un lado, Phil quería reconocer mejor esta tradición, pero por otro lado tenía el*

*compromiso con el gobierno de restaurar y que se viera bonito, digamos, para potencializar el lugar y se empezara a conocer... a conseguir más fondos para que fuera un lugar totalmente turístico (Ar-03, min 31.30-32.54).<sup>63</sup>*

Pensamos que esta falta de formalidad en el trabajo de investigación repercutió en la metodología de campo y laboratorio, pues la aparente autonomía dada a los investigadores resultará en la homologación directa de datos e interpretaciones —prefabricadas— de los mismos, y no entre los nuevos hallazgos:

*Era evidente que no había lineamientos generales para nada de lo que se hacía en el sitio... o si existen, jamás los vi, y juzgando la manera en que se encuentran los materiales, nunca hubo lineamientos de así se excava, así se etiqueta, así se analiza... Se trabajaba de manera independiente, y las cosas más bien se hacían conforme se iban encontrando cosas (Ar-01, min 28.20-30.44).*

*Cada arqueólogo trabajaba, digamos a su método. Obviamente estábamos obligados a, lo mejor dicho, teníamos la responsabilidad de presentar informes; pero “que la retícula se hace así”, pos cada quien, “que los pozos se enumeran así” pues cada quien... posteriormente esto resultó ser un problema, porque a la hora de tratar de reunir toda la información y homogeneizar la información, fue, por decirlo de una manera educada “un auténtico desmadre”. Los informes estaban en formatos distintos, las técnicas de excavación de cada quien fueron distintas, la manera de registro de material fue distinto. Hablando por ejemplo del análisis de materiales, cada arqueólogo era responsable de analizar los materiales de su frente de trabajo (Ar-05, min 37.31-38.24).*

---

<sup>63</sup> No en vano los informes técnicos presentados por el PAT durante la conducción de Weigand comienzan señalando el número de visitantes recibidos anualmente.

Y en esta particular forma de trabajo, se trató de indagar sobre la condición en que la información obtenida, era interpretada y considerada como fuente para las publicaciones sobre el sitio y la tradición Teuchitlán,

*Phil no analizó [materiales de laboratorio], más bien digamos, contabilizó o pre-conteó los materiales, por decirlo de alguna manera. Según me di cuenta mucho después (Ar-05, min 38.32-38.42).*

*Durante los trabajos de excavación él supervisaba, se daba sus vueltas en todos sus frentes de trabajo, y él tomaba sus propias notas, tomaba sus propias fotografías. Cuando estabas analizando, le mostrabas algún material interesante y le tomaba sus fotos. Él para la elaboración de su discurso no se basaba tanto en los informes que se le entregaban, sino más bien en las notas que él mismo tomaba visitando la excavación, de sus propias impresiones, de algunos comentarios que tenía contigo. Lo que realmente él recuperaba de los informes de los demás, era el dato duro, “esto mide tanto, está orientado de esta manera” ... todos los detalles técnicos los toma de los informes, pero el discurso y la interpretación era “él” ... parece que algunos de sus argumentos van a estar muy bien sostenidos desde esta perspectiva (Ar-05, min 43.45-44.46).*

Ello además en un momento donde la renuncia de método fue un hecho por los compromisos adquiridos con los entes que financiaban parte del trabajo,

*El trabajo no era solamente de campo, y después hacer lo análisis de laboratorio. Al final sí se nos quedó atrás, porque era tal la cantidad de trabajo y también el compromiso con el gobierno del estado, de poner bonito el sitio, que nos ocupó en*

*seguir consolidando las estructuras que atacar todo el laboratorio (Ar-03, min 55.10-55.52).*

Ante ello, y aunado a lo que hemos comentado en el apartado anterior, parece que se ha colocado la carreta delante del caballo. Atendiendo a las propuestas sobre sociedades complejas formuladas por Weigand desde la primera mitad de la década de 1980 (década y media antes del trabajo de campo formal). Podemos asegurar que su modelo estaba ya definido, procurando el acomodo de los datos —escogidos cuidadosamente, articulado con el primer paso de la activación patrimonial, la selección— para fundamentar sus ideas. Este punto es referido también por algunos de nuestros entrevistados:

*La definición de la tradición Teuchitlán no tiene que ver solo con los Guachimontones, tiene que ver con el recorrido de Phil. Donde encontró todos los sitios con Guachimontones, donde encontró sus chinampas, donde habló de especialización en obsidiana, hablo de especialización en cerámica; pero un poco asumiendo que si hubo obsidiana, seguramente fue muy importante y fue algo estratégico que le dio empuje a la complejidad social. Que si la cerámica es muy fina, es bonita, debió haber una especie de especialización, pero nunca con datos científicos atrás. Yo creo entonces que la tradición Teuchitlán se define a partir de su recorrido, y el sitio de los Guachimontones es el más extenso, el más vistoso, el más importante, el que tienen más círculos y se escoge como el ejemplo de la tradición Teuchitlán (Ar-01, min 32.35-33.47).*

*Phil como persona fue extremadamente necio y casado con sus ideas. Que yo recuerde los datos definitorios de la tradición Teuchitlán él los planteó, incluso desde antes de comenzar la excavación. Ya estaba esta idea principal de tradición Teuchitlán, de arquitectura circular, usos de chinampas. Todos estos puntos que él definió ya estaban planteados antes de la excavación. Y con la excavación yo creo que lo que él buscó fue tratar de amarrar o de reafirmar todas estas características que ya había planteado.*

*Era muy resistente él a cambiar cualquier parte de su discurso (Ar-05, min 41.39-42.23).*

En ese mismo orden, y retomando la propuesta de la tradición Teuchitlán, preguntamos a nuestros informantes sobre el manejo de los conceptos más característicos de esta, los cuales igualmente ya se habían planteado antes de los trabajos formales mientras que otros surgirían sobre la marcha.

Civilización, tradición, estado y ecúmene, así como la definición de rasgos para definirles, son la base del discurso que autoriza la narrativa arqueológica para dar una versión de gran peso sobre la consideración de los referentes del pasado, no solo dentro de la academia, sino como parte de los procesos de divulgación al público. Reiteramos, pues seguimos obteniendo datos: si partimos de interpretaciones espurias, bajo enfoques teóricos no explicitados suficientemente, la divulgación corre el riesgo de proceder con contenidos incorrectos que, a pesar de una buena metodología divulgativa (y no es el caso tampoco), estamos siendo responsables de fabricar ficciones desde el inicio. Así, en nuestro caso, todos los argumentos científicos para activar el pasado resultan en soportes débiles que debieron recurrir, como mencionamos y seguiremos desarrollando, a otras instancias que apuntalen los discursos... pero ello no elimina las ausencias, solo las naturaliza.

Así, el término tradición no resultaría tan polémico, pues como mostramos, nuestros entrevistados lo señalan como utilizado frecuentemente en la arqueología del occidente de México.

*Como que es algo de arqueología regional, no sé, podría ser (Ar-03, min 1.01.05-1.05.08).*

*Más que un problema de la tradición Teuchitlán. Si lo queremos ver como problema, es una tendencia de occidente. No es sentar a “los Phil”, es sentar a todo el gremio de occidente que ha manejado el término tradición y que los sigue manejando, y lo sigue repitiendo: tradición tumba de tiro, tradición El Opeño, tradición Atemajac, tradición Grillo, tradición Aztatlán. Es decir, no es Phil quien trae esa tendencia, es todo el occidente. Phil trae la tendencia norteamericana, si, y le queda muy, muy bien aplicarla en un lugar donde ya se estaba aplicando... es cuestión de todo el gremio de occidente, de los occidentalistas sentarse y decir: “vamos a continuar con el término tradición, o todos vamos a optar por hacer un cambio, otro pie de página que diga cultura material” ... es cuestión de occidente (Ar-04, min 39.20-40.25).*

Como también hemos referido, Weigand no acusa las causas para utilizarlo, más que no comprometerse con otros, como el de cultura, por ejemplo. De allí que indagamos para reconocer las motivaciones y la pertinencia del mismo. No obstante, los testimonios apuntan a una variedad de puntos de vistas que reafirman la idea que presentamos, el vacío explicativo y la ausencia de debate:

*Siempre fue un problema más que una solución para el mejor entendimiento de lo que pasaba ahí. Pero es como estas cosas que si las repites mil veces, ya es un hecho, en el sentido de que la gente no entendía qué era una tradición y por qué no se le había puesto cultura... arqueólogos y gente en general... siempre me llamó la atención, bueno ¿no será cultura Teuchitlán? ... ya decía Phil: “es que es una serie de culturas en el tiempo que se transmite la información” ... y todo el mundo: “ah, con razón” y hasta allí se quedaba (Ar-03, min 57.14-58.12).*

*Es una tradición de hacer círculos, una tradición de hacer cerámica bonita, una tradición de hacer navajillas prismáticas... creo que es un término bastante rígido y que una tradición debe ser de larga duración, pero hubo momentos de corte (Ar-01, min 36.33-37.00).*



*Hay que mantener en mente que fue muy flojo la manera en que usaba el término “tradición”, porque a veces la presencia, por ejemplo, de pseudo-cloisonné... básicamente pertenece al epiclásico, pero la cerámica cloisonné, pero también la otra cerámica epiclásica, para Phil todo fue parte de su tradición. Mucho sale de su trabajo de superficie. Cuando no se puede separar la cerámica del epiclásico, del clásico temprano... diciendo que pues que todas están en el sitio Los Guachimontones, entonces todos pertenecen a su tradición. Pensando en la falta de detalle en su pensamiento, porque realmente no hizo esas conexiones de manera muy sistemática... Para Phil los márgenes fueron los sitios tempranos y la concentración demográfica que ocurrió en el centro ... él tenía razón en los datos, el problema fue en sus interpretaciones, el problema es casi siempre cronológico (Ar-06, min 41.56-48.48).*

*[¿Por qué tradición? y no cultura]... Phil pensaba que el término cómo se maneja, como lo manejan los antropólogos, es demasiado complejo ¿qué es cultura? Es todo, es nada. Entonces, encimarlo un concepto tan trabajado en la antropología social a una serie de rasgos materiales no era de lo más adecuado. Si bien desde la arqueología, donde más nos interesa es el estudio de los contextos, y dentro de los contextos la asociación de elementos, rasgos de cultura material. Lo que nos permite hablar con menos imprecisión, es hablar de rasgos materiales y de la tradición de cerámica. De la tradición funeraria... y lo que queremos decir los que hablamos de tradición, desde Braniff... es tan laxo el término, que te permite hablar así, en ese nivel tan grande como a niveles de rasgos sobre la cultura material... es un debate que persiste entre arqueólogos y antropólogos... otro argumento: Pedro Armillas decía muy fuertemente en sus críticas que no podemos o no debemos asignarles nombres étnicos a los materiales arqueológicos. Teuchitlán no podría ser una denominación antigua, por esta ruptura, porque no hay continuidad. No solo por los problemas sociales que pueden generarse por la posible “apropiación” ... es la apropiación de un valor cultural para apropiarse de otros valores como el económico, el territorio, espacio, muchas cosas. Si le quitas el nombre étnico, te ahorras muchos problemas (Ar-03, min 1.02.07-1.05.54).*

*Para mí el concepto de tradición ya tiene una historia y una definición en arqueología basada en la idea de una sola categoría de cultura material, por ejemplo cerámica, y como se sigue en el curso del tiempo... Phil tenía más o menos ese sentido, yo creo, pero él enfatizaba mucho en la arquitectura, pero el término tradición no es correcto y no podemos enfatizar la arquitectura cuando la mayoría de sitios residenciales no tienen arquitectura de esa forma [circular]. Él tenía un énfasis en la arquitectura para todas las categorías de análisis: social, cronológico, etc. Y eso no funciona muy bien en otros tipos de sitios (Ar-06, min 7.38-9.00).*

Otros dos términos polémicos, civilización y estado, fueron también propósito de nuestras preguntas, pues a falta de un desarrollo en sus publicaciones, quedaba la duda al respecto. Pero los testimonios se definen en una variedad de miradas que van desde presumir su justificación, hasta comprender lo que motivaba a Weigand a usarlos, así como consecuencias apreciables:

*Siempre fue una capa algo delgada en el uso de esos conceptos, para él fue más una idea guiándole. En mi opinión, Phil hablaba más, pensaba más como historiador, y en sus conceptos algo distintivos, muchos hablan de los historiadores clásicos como Oswald Spengler; pero yo creo que con el tiempo él se estuvo acercando más a la antropología, con conceptos como estado segmentario. Realmente es un cambio grande para él... hablando de civilizaciones —lo cual es un concepto más histórico para mí—, hasta estados segmentarios, originados en África, lo cual fue una evolución en su pensamiento (Ar-06, min 17.30-18.56).*

*Phil nunca entraba en tantos detalles. Él hablaba con la idea de que es un estado con variación en su control. Fuera de un control directo en áreas más lejanas, es un tipo de control más ritual, pero él no definió cuál era un núcleo, para él era una zona “más controlada” que era la zona sur del volcán de Tequila... hay problemas empíricos hoy día con eso, sobre todo con sitios de fronteras, que pueden ser lugares*

*independientes... ¿cómo él hizo sus argumentos? Él pensaba ciertas cosas, el problema fue muchas veces que cada punto fue muy débil y muy criticable... sobre todo la cronología. Él pensaba que había alta densidad habitacional en la zona, y sí, el problema es que nunca separaba los restos por su fase cronológica; fue muy flojo como manejaba su cronología (Ar-06, min 38.16-41.51).*

*Obviamente fue uno de los golpes más duros que recibió Phil, y no solamente él, sino todos los que estábamos en el proyecto, porque fue quizás el punto más atacado de la estructura que quería conformar Phil acerca de la tradición Teuchitlán, el estado... el estado del occidente. Pero que más allá de entender si era estado no era estado y demás, sirvió de alguna forma para catapultar a esta cultura o tradición al mismo nivel de otras culturas de Mesoamérica... yo creo que en su momento se dio perfectamente, porque básicamente yo lo veía como la pieza del rompecabezas que faltaba para entender la evolución multicultural que hubo en esta parte del occidente... pero ¿qué pasaba en el occidente de México? ... se tenía que haber llegado a un estado. Si uno hablaba de estado en el occidente de México, se refería a los tarascos y punto... y entonces es donde todo el mundo volteó y dijo: “¿un estado en el occidente de México?, ah sí, pero un estado segmentario... vamos entendiendo primero que es esto. Allí es donde todos los arqueólogos se le vinieron encima a Phil por usar cuestiones más antropológicas que arqueológicas en sociedades ya muertas (Ar-03, min 1.02.53-1.05.13).*

De esta manera, ecúmene sería un concepto propuesto para intentar incorporar a la tradición Teuchitlán dentro del mundo mesoamericano y legitimar la existencia de una gran civilización, organizada en “algo parecido al estado” (Weigand y Beekman, 2000). Ello hay que verlo, a la luz de los testimonios, desde la persecución de valor sobre la tradición Teuchitlán, irrumpiendo sobre las ideas del complejo de simplicidad; pues la mirada sobre occidente aseguraba su posición como investigador y claro, la obtención de recursos y apoyo para la investigación.

*Esto es algo que él me comentó. Él estaba interesado en la arqueología clásica, en muchos de sus escritos se ve que está tratando de introducir conceptos de esa tradición arqueológica, digamos, del viejo mundo. Parte es eso, y parte es tratar de hablar de algo más grande, de algo más importante, de cómo esta tradición es parte de una gran civilización mesoamericana. Yo creo que el uso de esos términos tiene que ver de su pasado, de sus intereses... también habla en otros artículos sobre acueductos y usa un término mediterráneo, siempre usó términos de otras disciplinas quizás, de otras latitudes para explicar algo de acá... ¿por qué no profundizó más?, solo en la tradición Teuchitlán, que ya la tenía bien establecida... pues nunca profundizaba mucho en estas cuestiones... solo “así es” (Ar-01, min 40.40-43.49).*

*Insistió mucho en hablar de ecúmene, y lo veía igual que lo veía Kirchhoff y otros investigadores, es decir, en términos generales el sustrato cultural de Mesoamérica... la ecúmene es igual que ese sustrato cultural común... y tiene implicaciones: si estamos o no dentro de la Mesoamérica nuclear, por ejemplo... estaría pensando en eso. Y lo pervertido de ese asunto es que, estar o no en los procesos mesoamericanos, implicaba un acceso a determinados fondos, a que eres más o menos importante en el universo mesoamericano, en el universo de los presupuestos para estudiar en Mesoamérica como uno de los seis casos ejemplares de la arqueología mundial... eso significa Mesoamérica... estar dentro de Mesoamérica tiene implicaciones políticas... “yo debo estar ahí”... yo creo que Phil lo tenía perfectamente claro, aunque no lo digamos, todos vamos a actuar, todos decimos: la arquitectura monumental, la civilización, la primera evidencia de tumbas de tiro... todas esas frases que decimos los arqueólogos, o muchos, tienen esa connotación. Vas a buscar tu sello, tu parte importante, te quieres ver, porque si te ves te genera más recursos, te dan presupuestos... en el caso de Phil ecúmene era estar dentro del mundo mesoamericano... yo creo que Phil quería enmarcar de lo general a lo particular y su referente fue ese; y no hablar de Mesoamérica, sino de cómo todos los elementos que están en este ecúmene, están relacionados, están interactuando como focos distintos*

*de desarrollo cultural, social, etc. y no los puedes separar, punto (Ar-02, min 1.09.40-1.13.03).*

*Lo toma precisamente de la cultura mediterránea... de las expresiones griegas de que es su espacio, el espacio donde cohabitan con otras culturas. Yo la veo como una de sus mejores aportaciones como un cambio en la manera de ver la Mesoamérica antigua... él lo llamaba como la ecúmene del occidente... sus estudios de historia clásica que lo ayudaba a interpretarlo de esta forma... ganó un premio internacional sobre historia regional; y esto catapultó nuevamente a Phil en el occidente de México (Ar-03, min 1.11.55-1.13.35).*

*Phil trabajó más que con hipótesis, supuestos. La ecúmene no es ese caso, él pensaba en una ecúmene, y de hecho lo que encontró más bien fue el modelo idóneo para darle el nombre a lo que él estaba describiendo desde 1993 en su libro. Yo lo que creo más bien, es que encontró el nombre adecuado y el modelo teórico, al revés de cómo —en teoría— debe de funcionar... pero él ya lo venía definiendo desde antes. No creo que le hayan faltado argumentos, más bien el concepto lo utilizó tarde, y lo dejó de utilizar, sí es cierto... él buscaba encontrarse con Mesoamérica, buscaba esta contraparte de “somos mesoamericanos, pero ¿qué creen?, volteen acá, porque de acá viene todo, no de allá”. Más que pensar que él quería tener algo único en el mundo, “es algo único en el mundo mesoamericano, y el error de todos es que están buscando los rasgos allá, cuando están aquí”. Creo que era esa su tendencia (Ar-04, min 41.10-44.30).*

*Es un concepto griego. Yo estaría de acuerdo a mitad de camino... el término como lo definía es lo que manejan ahorita como la teoría de sistemas mundiales... pero hay muchos otros que no les gustan los términos extranjeros. No llegamos a nada claro (Ar-05, min 55.40-56.04).*

*La intención de presentarlo era presentar a la academia que occidente no era una zona marginal en su opinión y que compartía rasgos con el resto de Mesoamérica. Claro que en algún punto podríamos decir que él cayó —si se le puede llamar de esta manera— en un centralismo occidental (Ar-05, min 57.57-58.14).*

Pero tradición Teuchitlán, y todo lo que le define, permanece. A pesar de lo escueto que resultan los usos de los conceptos. Weigand, insistimos, no consideró ni intentó mirar sobre otras categorías que se gestaron en el seno de la misma arqueología. Las razones de esta continuidad parecen descansar en un grupo de factores como la reiteración y la excepcionalidad. Pero también en otros más personales, al no percibir la necesidad de profundizar o una actitud radical sobre la consideración de otras perspectivas.

*En algunos términos él fue muy idiosincrático, no le gustaba seguir reglas en ningún sentido, pero a la misma vez, fue muy carismático... cualquier problema sobre su uso de términos o sus problemas en hacer análisis sistemáticos, creo es importante su legado, va a estar mucho más en término de inspirar interés en la arqueología de occidente. Por ejemplo podemos mirar publicaciones de los 70 y 80, y Phil fue casi el único en hablar de la teoría... “para haber estado incorrecto, no fue tan malo”... y eso pasa en etapas pioneras, como la de Phil... gente que trabaja en otras áreas, podemos ver los trabajos de Phil, hablando de estados segmentarios y podemos decir “ah, yo estudio estados segmentario también y veré este estudio de caso a ver qué puedo aprender”... un legado muy importante fue hablar en términos que cruzaran términos locales, atraer gente con intereses distintos, para establecer la posibilidad de hacer trabajos más interesantes... pero como hemos dicho “sistemas mundiales”, “estados segmentario”, “áreas económicas claves”, “ecúmene”, todos son capas y capas, y varios intentos de interpretar los restos arqueológicos sin entrar en suficientes detalles. Claro que no había mucho detalle para usar... Phil tenía que poner sus datos en una manera comparable con lo que había en el resto de Mesoamérica (Ar-06, min 49.24-1.01.54).*

*Ahora sí, de lo que tanto se quejaba Phil acerca de los dogmas, se volvió un dogma para el proyecto. Algo que no podíamos, de alguna forma, discutirlo, cambiarlo a cultura. Primero pos era un respeto al jefe, pero por otro lado no había un mejor*

*entendimiento acerca de cuál era tradición y cuál era cultura, en sí la diferencia. Ahora sí creo que por tradición se quedó tradición (Ar-03, min 58.15-58.53).*

*Este constante desacuerdo académico, me parece que en cierto modo obligó a Phil a centrarse cada día más en sus propias ideas. Mientras más lo atacaban, más se cerraba, más se centraba en su discurso y un poco menos de atención al dato duro, al dato arqueológico... después de años y años de estar batallando, y de que nadie le hacía caso; y cuando le hacían caso le discutían todos sus puntos, creo que llegó a esta situación en que ya no aceptaba ninguna crítica y ninguna propuesta alternativa, nada de nada... en algunas de nuestras tesis, por ahí, aparece que no estamos todos de acuerdo con el estado segmentario que él propone, no estamos todos de acuerdo con el área económica clave... y nos dejaba publicarlo, pero simplemente no estaba abierto a discusión. “publicalo, pero a mí no me trates de convencer, ese es tu trabajo, yo voy a respetar tu trabajo, publicalo; pero vengan para acá los datos duros de tu excavación y este es mi discurso” (Ar-05, min 49.15-50.20).*

*Uno de los cambios importantes fue de Phil... de lo que dijo de 2006 para atrás a lo que se dijo del 2006 para acá, hay una controversia bastante importante, sobre todo porque uno de los íconos que definían a la tradición Teuchitlán como es esta olla con el Ehécatl al frente —las fechas que eran 200-600 dc— al 2006 que toca cambiar todo eso, gracias al radiocarbono 14, y las pruebas que hizo Phil con Christopher Beekman, nos dan un panorama completamente diferente a lo que fue la tradición Teuchitlán. Pero viene otro fenómeno personal de Phil: no creo que estaba dispuesto a aceptarlo, o por lo menos al final, lo aceptó; pero lo aceptó difícil para él después de haber escrito 200mil artículos respecto a lo que él pensaba... y estos cambios venían abajo muchas propuestas. Y él más que decir “es una nueva oportunidad de volver a proponer” ... siento que tuvo unos años de colapso o de crisis... “¿y ahora qué hago?”, y dejó de escribir. Incluso cuando escribía le dio una nueva tendencia a alargar las fechas, decía “esto inició en 1100ac y terminó hasta el 800dc”. Creo era como el afán de tratar de que no caducara la versión que él en algún momento escribió. Esto lo notó la demás gente, y la responsabilidad quedó para los que estábamos trabajando con Phil, que éramos los que estábamos defendiendo las nuevas*

*propuestas, y que incluso el mismo Phil, le decíamos: “es muchísimo más interesante, que sea más antiguo”, y se notaba de verdad la resistencia. Ponencias que nosotros — invitados por él— dábamos las fechas; y estábamos dando las ponencias y él, al final o al principio, daba la suya y contradecía lo que nosotros decíamos porque no estaba de acuerdo con que nos apegáramos a esas nuevas fechas... ¿qué pasó? Hubo falta de credibilidad, pero para nosotros, los que ya estábamos dando la cara a ese error, que fue finalmente a los que nos tocó hacerlo (Ar-04, min 8.42-10.51).*

*No hay coherencia. Creo que muchas de las cuestiones de la tradición Teuchitlán se establecieron, se dijeron una vez, se aceptaron tal cual y se trabajó sobre lo que se dice es la tradición Teuchitlán. Entonces, vamos a buscar especialización artesanal, o ni siquiera, ya sabíamos que hay especialización artesanal... nunca es en el sentido de poner a prueba, sino que se establecen las cosas (Ar-01, min 1.16.51-1.17.28).*

*Phil nunca llegó a ese nivel de análisis, de detalle... él nunca pensaba en términos de aplicar la teoría en los detalles. En muchos sentidos le gustaba el hecho que tenía la palabra “estado” (Ar-06, min 19.50-20.17).*

La prédica constante fue parte de la manera en que se afianzaría la idea de una civilización para el occidente de México. Además, era importante el mantenerse firme en esa idea, fijarla en la memoria, nunca abandonarla... aun cuando se le contravenía, incluso dentro de su propio proyecto,

*Eso es lo que de alguna forma me gustaba de Phil, lo ponía tan bonito, lo ponía tan claro, que no había forma de decir que no era esto.... Y eso es lo que además, a los propios arqueólogos les chocaba; no podían cortar esa idea porque no tenían algo mejor que explicara. Actualmente ya se está entendiendo que ya no era tan esto (Ar-03, min 1.05.20-1.05.25).*



*Algo que se pasó toda su vida atacando y finalmente cayó un poco haciendo lo mismo, pero en occidente, entonces empezó a manejar ideas como “las primeras chinampas de Mesoamérica fueron en esta zona, el juego del volador se originó en esta zona” ... empezó a caer en varios enunciados de este tipo, tratar de enfilarse a esta zona de occidente como precursora de muchos rasgos que después serían mesoamericanos. Creo yo que eso responde en parte a esta intención suya de ser aceptado, sino personalmente, al menos en su discurso académico en el resto de la comunidad mesoamericana (Ar-05, min 58.15-59.12).*

*Phil siempre llegaba a todos los eventos con el texto y con los documentos y con el mismo discurso de Teuchitlán como núcleo de civilización... era tratar de ver que no hay un solo centro sino varios centros. Era combatir el discurso centralista, generando otro discurso de poder, también centralista (Ar-02, min 22.00-22.25).*

*Hay muchas cosas que él discutía en conferencias, en comunicaciones personales que nunca llegaron a publicaciones; y eso afecta en algo su legado. Creo que algunos de sus críticos, a veces están criticando cosas que Phil dijo en vivo, y no en sus publicaciones. Realmente su uso del término estado es muy esporádico, aparece solo en algunos lugares, aislada y pronto cambia a estado segmentario; para mí él no estaba muy cómodo con la palabra estado, ya sabía que no era exactamente lo que él quería usar (Ar-06, min 33.30-34.35).*

*Fue más bien una pelea interna que él tenía con los discursos oficiales, y que él rompió el discurso oficial. Esta estrategia fue bien o mal, como parte de justificar ¿por qué estoy haciendo esto? ¿por qué la tradición Teuchitlán es el primer estado occidental? ... estaba trabajando en legitimizarse, porque sabía que la crítica siempre iba a existir al no ser parte del discurso oficial... él tenía que legitimizar lo que había puesto en sus artículos, desgraciadamente nunca dejó de hacerlo, había un momento en que era trillado ya... “ya ok, ya sabemos” (Ar-05, min 46.04-47.15).*

*Hay que tener en mente que Phil estaba frecuentemente definiéndose en oposición a otros arqueólogos... en algunos momentos se le criticó el uso de su término “civilización” porque ese término es anticuado, no explica qué estás pensando. La*

*respuesta de Phil fue que hay que usar los términos que ellos usan [los arqueólogos] para comunicarse con ellos. Tal vez hay que mantener en mente quienes fueron su audiencia... mucho tiempo él estaba hablando a la gente de Jalisco que a los arqueólogos... los arqueólogos que él tenía en mente hablaban en esos términos también, arqueólogos de otra generación (Ar-05, min 22.05-23.31).*

La reiteración de sus ideas en todo espacio disponible, coadyuvó a cimentar su rol como autoridad, amén de disímiles escalas en que se pudo haber aplicado el rigor científico a sus propuestas,

*Sobre todo, que también tenía el apoyo de la comunidad académica extranjera. Si bien tenía algún frente que no aceptaba estas ideas, pero afuera eran realmente aceptadas, sino, muchos de sus artículos no hubiesen sido publicados. Sobre todo también, la gran diferencia que tuvo Phil es que él publicaba, y los demás arqueólogos no publicaban... por eso te digo, muchos de los arqueólogos que tenían conocimiento de esto, nunca se atrevieron, o les dio hueva, no entendían qué estaba pasando en los valles centrales de Jalisco; y en ese caso Phil, era un máquina de hacer libros, de publicar artículos... cuestión que se publicaba en un año, en medio año. Eso es un impacto muy fuerte... si algo defiende a tus investigaciones son las publicaciones y donde los estás publicando... donde llegaba Phil, ya llegaba con un libro nuevo (Ar-03, min 1.20.00-1.21.50).*

*Si creemos todos los puntos que él hizo, la presencia de agricultura intensiva, la cual no creo, no en términos de chinampas... pero él estaba en lo correcto, exportación de obsidiana, una élite dirigente, etc., pero para mí todavía no le sirve el término civilización, porque eso es un término de otra época, de otra disciplina. Entonces hay que distinguir entre evidencia y los términos. En cierto sentido yo creo que él veía que la evidencia para algunas de las cosas que él hablaba, ya no existían, pero a él le gustaba todavía seguir con los mismos términos (Ar-06, min 30.08-31.56).*

*Las publicaciones hasta ahora no han pasado por un rigor académico muy fuerte, son tesis de maestría, publicaciones de capítulos de libro, editados, compilados. El rigor científico pasa por tres o cuatro dictaminadores, eso no lo hay... creo que lo publicado es muy laxo y que puedes encontrar hoyos y tirar muy fácilmente los argumentos... los argumentos no se plantean como preguntas, se plantean como “voy a demostrar que esto es una casa de alto estatus versus ¿qué otra cosa?”, no hay alternativas, no hay hipótesis alternas... es corroborar mi idea... hay que corregir (Ar-01, min 1.17.36-1.18.52).*

*Cuando tú lees cuatro o cinco, seis artículos de Phil comienzas a notar cierto núcleo, empiezas a notar que la caracterización es la misma siempre, la cronología siempre es la misma, las fases siempre son las mismas. Los puntos principales permanecen a lo largo de todos sus escritos (Ar-05, min 51.0-51.17).*

Sobre la validez actual y las posibilidades a mejorar la comprensión de la arqueología de la zona en términos de mirar bajo otras perspectivas,

*Estamos en un momento donde las ideas originales que fueron publicadas, por Phil más que nada, pero cuando se miran los datos en el campo yo empecé a ir en contra. Y creo que estamos en un momento cuando esas ideas ya han más o menos colapsado, pero hay gente que están publicando, que siguen esas ideas. Hubo participantes en el proyecto que están repitiendo los argumentos de Phil. Realmente no están publicando, están “participando” en el mundo académico. Sí están comunicando a la población de la región. Las ideas y términos de Phil se van a seguir transmitiendo a la gente a los pueblos donde hay esos restos arqueológicos. En el mundo académico va a seguir por unos años más, pero si empezamos a usar otros términos ahora, yo creo que el cambio puede ser más o menos rápido (Ar-06, min 26.10-27.44).*

*Ya no es vigente estar como un poco lloriqueando, así como “somos los niños feos de Mesoamérica” ... me parece que debemos hablar de cosas más teóricas, tener una*

*presencia más fuerte en la arqueología mexicana, y en la arqueología, pero con investigaciones bien plantadas, bien establecidas (Ar-01, min 1.00.13-1.01.00).*

Pero este *status* no hubiese sido viable sin la incorporación de la función pública. Desde distintos escenarios y en diferentes momentos, la dependencia del PAT y las posibilidades de Weigand se medían de acuerdo a los intereses de los políticos de turno, y a las maneras en que el investigador se alineaba a los propósitos que estos tenían. Ello significaría claramente fijarse como autoridad sobre el pasado en esta zona.

La negociación de valores e ideas para justificar la aprehensión del pasado y sus usos, fue una dinámica constante en los tiempos de la activación de los referentes materiales del pasado. Weigand debió lidiar con diferentes actores, unos por obligación de acatar las normativas para la práctica arqueológica, otros para el asegurar sustento principalmente económico; pero también como apoyo para mediar ante instancias públicas que podían o no interponerse en su trabajo, eso trajo como la principal consecuencia la posibilidad de permitir que el sitio (una vez abierto al público, fuese administrado bajo cánones particulares y poco frecuentes). Son pocos los casos donde la administración de sitios arqueológicos no cuenta con la función directa del INAH, y Los Guachimontones resultan bajo esta forma, gracias a la acción de Weigand y la influencia de la Gobernación del estado de Jalisco, a través de la Secretaría de Cultura.

### **Institucionalización: negociación y regulación de valores e ideas**

Un punto de acuerdo entre la mayoría de los entrevistados, ha sido el gran apoyo político que recibió Weigand para sus investigaciones en la zona central de Jalisco. Sin

embargo, los intentos del investigador por estudiar en la zona comienzan unas décadas antes, con estudios informales que, resultaron de esta manera, ante la negativa de algunas instituciones estadounidenses por apoyar económicamente su proyecto.

*Él lo intentaba, pero en los Estados Unidos a los dictaminadores nunca le gustaron las palabras, la evocación muy dramática que hizo Phil sobre una civilización en el occidente... No fue suficientemente científica su terminología. Phil mantenía un archivo de comentarios por dictaminadores; me leí algunos a veces, [un caso]: “no es muy interesante si no es olmeca o maya” ... Phil tenía que poner sus datos, comunicarlos de una manera comparable con lo que había con el resto de Mesoamérica... (Ar-06, min 1.00.45-1.01.54).*

Ello no resultaría tan mal, pues Weigand encontrará aliados más consecuentes de este lado de la frontera. Este apoyo se vio materializado principalmente por dos actores públicos: la Gobernación del Estado de Jalisco y su comunidad académica nuclear, El Colegio de Michoacán.

Así, los intereses del mismo Weigand, los difusos objetivos del PAT y los propósitos de los factores políticos que le apoyaron, delinearon el escenario actual que —no desembarazado de problemas desde su inicio formal en 1999 a la actualidad— consideramos la base que justifica a las formas en que se ha intervenido formalmente sobre el pasado, así como a las ideas y valores que se forjaron en este crisol de intereses, donde el protagonismo de unos, mermó aparentemente la posibilidad de participación de otros.

*Él tuvo un respaldo político bastante fuerte, con el gobernador del estado, el secretario de cultura para su proyecto; eso tuvo mucho que ver en la gestión de dinero, qué se iba a hacer y básicamente él fue el actor principal de toda esta obra y*

*manejó todo de manera que el INAH no tenía tanto poder... el respaldo siempre fue más a Weigand, incluso más que al COLMICH (Ar-01, min 49.28-51.19).*

*Phil creo que vio que no había fuentes norteamericanas para excavación y empezó a comunicarse directamente con gente en Jalisco, no fue por parte de Conacyt, sino del gobierno del estado de Jalisco, lo que fue una solución interesante. No se puede separar de la política moderna (ellos decidieron dónde poner su dinero) ... él tenía muchas conexiones con el PAN... Phil tenía la idea de oposición al centralismo de México del occidente que otra parte del país, pero eso fue una perspectiva de Phil, no creo que haya sido del gobierno del estado de Jalisco... salvo el interés de traer turismo a la zona (Ar-06, min 1.10.21-1.13.40).*

La Gobernación de Jalisco es considerada por nuestros entrevistados como un gran actor en este contexto. Esta, a través de la Secretaría de Cultura y de la Dirección General de Patrimonio. Su participación suma algunas actuaciones donde el otorgamiento de recursos financieros —propios y encausados del gobierno federal— han valido para definirlo como decisor en muchos ámbitos del proyecto de investigación, más al consolidarse el proyecto del CIG. Este punto es vital para comprender parte de los derroteros que llevaron al PAT a la mencionada renuncia de método, pues los mencionados compromisos políticos definieron no solo la consecución de fondos, sino el establecimiento de la forma de administración de parte de los servicios que hoy sostienen parte del sitio arqueológico.

Parte de las tareas para obtener un mayor apoyo pasaron por trabajar en paralelo sobre algunos asuntos que debieron tener un orden diferente. Sabemos que la investigación es paso previo a cualquier otro tipo de actuación física sobre lo material, pero este no fue el caso. Para la obtención de apoyos financieros, el trabajo de conservación y restauración debieron hacerse al unísono,

*Phil ya tenía su libro, ya tenía sus primeras hipótesis, pero a los ojos de los políticos y demás esto era una cosa así... en palabras de Alberto Cárdenas [Gobernador de turno] —que por medio de algunos amigos de Phil se puedo entrevistar con él—: “a ver arqueólogo, la verdad es que yo solo veo un chingo de piedras, y es lo único que te puedo decir, pero te vamos a dar la posibilidad de que compruebes esta cuestión” ... Toda esta parte en estos años se empezó a consolidar... ahí es donde hubo un cambio brusco. Un día va A. Cárdenas y ve puras piedras, va al final de la primera temporada y empieza a ver formas, alineamientos, básicamente la restauración del guachi (Ar-03, min 25.30-26.43 / 30.24-31.00).*

*A Phil le metían a fuerza... el pobre venía de sus conversaciones cuando tenía que hacerlas en el INAH Jalisco: “me dijo la delegada que no podemos llamarle restauración a lo que estamos haciendo” ... le voy a regalar un diccionario a la delegada del INAH. Estamos investigando y restaurando al mismo tiempo... se consolidó el guachimontón mayor, la iguana se dejó impecable... eso es una restauración... esa que no sabe español y mucho menos de antropología, eso es restauración (F-02, min 34.13-35.08).*

*En realidad, nunca tuvo permisos para abrir al público [al inicio del PAT en 1999], eran permisos para hacer investigaciones, excavaciones y en su caso, en otro momento restaurar. Lo que se hizo fue llevar esa reglamentación al límite, tratando de restaurar porciones que estaban derrumbadas de muros y que, si las dejábamos así, expuestas, se iban a venir abajo. Entonces se restauraron parcialmente con fines estructurales... pero eso le dio otra imagen al sitio... eso era parte de los diagnósticos de los primeros años... anastilosis fue un poco lo que hicimos allí... En el caso de Phil, fuimos dejando todo allí, pues ya tenía en visto bueno del propietario para dejar allí los muros o las partes consolidadas y allí es cuando la gente comienza a venir y comienza a ver un poco más de forma (Ar-02, min 43.49-48.40).*

Otro actor, el INAH, principal ente en materia de arqueología y del patrimonio cultural en México, interviene en las primeras etapas; pero su abandono a continuar fue evidente. Las causas de ello se debaten entre las propuestas de Weigand sobre la tradición Teuchitlán (de tipo académico) y a razones que pueden entrar en el plano de lo personal con algunos actores individuales de dicha institución. Parte de lo que señalamos es percibido no solo por los testimonios recogidos, sino por las limitadas actuaciones del instituto en cuanto la administración del sitio.

Nuestros entrevistados coinciden en una clara falta de interés en participar, así como en ocasiones actuaron en pro de la demora en el otorgamiento de algunos permisos, donde las percepciones varían entre consecuencias propias de la burocracia hasta razones más personales, cristalizadas en alguna oposición a Weigand que, en algunos casos, se consideraron como respuesta a su falta también de apearse a las normas. *El INAH y Weigand siempre estuvieron en una especie de “conflicto”* (Ar-01, min 47.30).

*Otros actores que pudieran haber entorpecido el proyecto serían los propios colegas. Como Phil tenía alguna diferencia con Otto Schöndube, muy fuerte de repente, pero en mi percepción, Otto hubiese podido haber hecho más si hubiese querido boicotear ese proyecto. La visión de Phil era que sí fue boicoteado durante muchos años. Pero ya en 1999-2000, yo no vi ninguna actitud de boicotear... no se tuvo apoyo, pero tampoco ninguna mala voluntad desde el 2000 hacia adelante. Algunas cosas Phil percibía, yo no te digo, en los primeros años algún intento de oponerse... si bien no hubo tanto acompañamiento, hubo más bien esa distancia, pero esa distancia significó que te dejaban hacer ese trabajo* (Ar-05, min 29.19-32.32).

*El INAH Jalisco —tratando de ser lo más objetivo posible— se dedicó bastante a poner trabas, a poner obstáculos al proyecto* (Ar-05, min 1.01.50).



[Weigand comentaba] *“nuestro interés es que nos apoye el gobierno de Jalisco porque el INAH nos ha rechazado sistemáticamente, de hecho, me han perdido, extraviado, dos expedientes completos sobre mi trabajo, aquí en el INAH Jalisco. En particular tengo una persona allí que me ha estado bloqueando, que es el maestro Otto Schöndube”* (F-02, min 3.02-3.19).

*Si sabía yo que había muchas diferencias de Phil Weigand con las instituciones, también sabía que había muchos arqueólogos que no querían a Phil Weigand en tanto que no compartían su modo de hacer las cosas, uno; y sus posibles teorías. Muchos arqueólogos del INAH a nivel nacional y a nivel estatal, no estaban de acuerdo con él* (F-03, min 30.48-31.36).

Si bien el instituto fue llamado a participar, su presencia fue desvaneciéndose por razones supuestamente internas y externas a este,

*El proyecto, a pesar de todos los esfuerzos, se politizó. Creo ya de manera realista que es imposible no llegar a eso... creo yo que finalmente, hasta cierto punto, el INAH lo permitió porque ya había un montón de intereses integrados... Phil conocía gente de peso en la política, si el proyecto inició, si el proyecto consiguió presupuesto, si perduró y si el sitio arqueológico se abrió, fue gracias, sin duda, a la personalidad de Phil y a sus contactos... fue gracias a él y a la gente que él conocía. De hecho, ya no estuvo él, ya no hubo el presupuesto del que se gozaba. Esas épocas doradas de 50 trabajadores, 5 arqueólogos, etc. (Ar-05, min 1.06.42-1.08.04).*

*Phil ayudó de alguna forma para que el propio gobierno del estado tuviera fuerzas para enfrentar al propio INAH. Acá en un principio se había integrado al INAH en el Comité Técnico de Guachimontones... llegó un momento en que Phil, enfrente de cualquier gente del INAH, les echaba tierra: “que no pelan a las denuncias, que no*

*hacen caso a esto otro, no nos dejan hacer esto, que los informes, que esto que lo otro” ... el INAH se fue cansando, cansando hasta que desapareció del comité, aunque se le invitaba y demás... allí fue donde hubo una separación con el centro regional (Ar-03, min 1.23.58-1.26.05).*

Pero eso no impedía que se percibieran algunas acciones como contrarias a los intereses del proyecto; así como mecanismos para “solventar” los supuestos perjuicios

*En su momento, lo único que les importaba es que se entregaran los informes, que de hecho dos veces hasta nos cerraron las excavaciones porque no había permiso, entonces nos suspendieron las excavaciones porque no se había entregados esto y esto (Ar-03, min 1.26.20-1.26.40).*

*Este centralismo que veía en la academia, también lo percibía a nivel institucional. No le gustaba. En esta relación mutua de ponerse trabas los unos a los otros, pues el proyecto era el que salía sufriendo porque se nos retrasaban los permisos. No sabría decirte si de manera intencional o no, pero llegaban retrasados. El INAH siempre se puso, por ejemplo, a la apertura del sitio arqueológico. De hecho, es una discusión que ya rebasó el ámbito de Jalisco... el INAH ya no quiere abrir más sitios arqueológicos, pero a la vez tiene que investigar y proteger, no quieren —entre comillas— “privatizar el patrimonio”. Sé por experiencia personal que algunos miembros del INAH sienten que, si se les deja la gestión de un sitio arqueológico a los gobiernos estatales, estarían privatizando patrimonio. Se opusieron a que el gobierno del estado lo manejara, se opusieron a la creación de un museo. De hecho, el museo no se llama museo por esta cuestión técnica-legal. El museo se llama centro interpretativo para no caer bajo la jurisdicción de CONACULTA... por eso se le nombró centro interpretativo. No se pudo hacer en la poligonal del sitio, se tuvo que hacer afuera. Fue un duelo de lagunas y requisitos legales, entre Phil específicamente e INAH (Ar-05, min 1.02.20-1.03.59).*

Aunque para ello también se ha de considerar algunas cuestiones consideradas como extralimitaciones:

*Varias veces el mismo Phil decía: “ah no, este permiso, ¿Cuándo lo sacamos?, vamos a seguir trabajando otros seis meses y después ya pedimos permiso al INAH”. Y le llegaban los del INAH, y ahí sí no había de otra... si hubo un buen retraso por eso mismo, Phil decía: “¿para qué necesitamos permisos?” (Ar-03, min 1.26.50-1.27.27).*

*El INAH Jalisco —tratando de ser lo más objetivo posible— se dedicó bastante a poner trabas, a poner obstáculos al proyecto, y de igual forma debo de decir que también a Phil le encantaba pasarse las reglas por el sobaco... no sé si plantearlo de esta manera, pero medio despreciaba al INAH por ser una entidad que no cumplía desde su punto de vista (Ar-05, min 1.01.40-1.02.17).*

Así, la apertura del sitio al público formó parte de las agendas comunes de Weigand y la gobernación de Jalisco, siendo una buena base para la excelente relación que siempre tuvieron.

*En el pensamiento interior o planeación de Phil, obviamente iba camino a abrirlo. Pero los primeros años van, implícitamente, ves una investigación que lleva la posibilidad de apertura al público. Eso sí es muy categórico. Una primera temporada de investigación te permite valorar si vale la pena o no, pero Phil no pensaba si sí o si no, para él era “si” (Ar-02, min 43.08-43.45).*

*Sí era objetivo del Proyecto abrir el sitio al público (Ar-01, min 47.05).*

*Se escuchaba a Acelia: “imagina cuando todo esto ya esté excavado y todo bonito, y la gente paseando y toda la cosa” ... Desde el principio ya se veía como un lugar con ese potencial para poder abrir al público (Ar-03, min 33.20-33.48).*

Aunque, como veremos, esta acción no estuvo medida en todas sus dimensiones por Weigand. Las consecuencias de la apertura del sitio al público, informal en un primer momento, impactaron en diversas dinámicas que no estuvieron medidas: atención al visitante e infraestructura, pros y contras de las comunidades cercanas, posibilidades laborales...

*No estábamos persiguiendo el turismo, que inclusive ya sabemos es un riesgo mayor, y más cuando está en el arranque de la investigación. Van a estorbar. La difusión que se le hizo es para valorar socialmente al patrimonio... yo preveía ahí un riesgo... “están hablando ya de hacer un estacionamiento, el ayuntamiento, yo no estoy de acuerdo, que lo hagan en el río... no hay necesidad de inventar... no alteremos, no sabemos que hay” ... arreglaron el camino. En la siguiente administración, contra mis temores y los temores de Phil, aprobaron el proyecto —en 2001, cambio de gobierno— no sabemos que hay ahí, podemos apostar que al menos cerámica hay... hicieron el camino muy angosto (F-02, min 41.05-44.34).*

*Sobre los guías existen las dos versiones: que no se les consideró para integrarse al proyecto, y existe la versión de los que administran, que claro que sí se les invitó, que fue en los primeros en que se pensó, pero que obviamente —monetariamente— no les convenía porque iban a tener un sueldo y bueno, ellos viven de las propinas, de las cuotas que fijan. Si entiendes que hay una conveniencia. Entonces, no se integran, pero siguen siendo competencia... también se refleja como ese grupo se siente desplazado (F-01, min 01.14.20-01.15.15).*

*Lo que siempre a Phil Weigand como a un servidor peleó, fue que, primero la gente de la localidad fuera a la que se le diera trabajo. Número dos, sabíamos que al detonar*

*este sitio arqueológico iba a ver una derrama económica importante por el turismo que se iba a generar (F-03, min 13.22-13.42).*

En este contexto, surgen algunos problemas percibidos con otros entes de gobierno; nos referimos a la presidencia municipal de Teuchitlán. Su participación fue apreciada a través del interés económico (de parte y parte), más que por cualquier otro valor.

*Entiendo perfectamente cuál es el disgusto del municipio; sin embargo el municipio lo está viendo como administración y no como localidad... y lo que ellos quieren es lograr administrativamente el control... será un peligro o no, eso no lo sé... lo que si es que no debería con sus discursos aplicar a lo local, que lo ha dicho, que Guachimontones no le sirve de nada... pero si yo lo administrara, Guachimontones si me serviría... y lo que le preocupa al estado [Jalisco] es que sea una fuente de corrupción (Ar-04, min 22.49-23.49).*

*¿Qué pasa cuando se abre el centro interpretativo?, y este es el parteaguas. Hay una nueva fuente de empleo... hay más derrama... se abren una serie de empleos, pero se abre con el estado, entonces se vuelve algo político... el municipio siempre ha querido tener el manejo de Guachimontones desde todo punto de vista. Antes estaba Phil, pero era Phil, era el investigador... ¿antes qué perfil podía cubrir el de Phil?, nadie. Ahora que esto se vuelve político, cualquiera puede cubrir el perfil de las personas que laboran en el centro interpretativo... es muy fácil para el municipio decir “esta es mi lista de personas ¿cuándo las metes a trabajar?” ... el estado les dice “espérate, aquí es estatal y tú no te vas a meter” ... ¿qué empieza?, pues la estrategia política: “el sitio no me sirve de nada, así no lo quiero” ... así se sepa que el sitio si le sirve a la localidad [comunidad]. Ellos quisieran tener una injerencia económica del sitio... ¿por qué lo administra el estado? Porque es la figura que abrió el fideicomiso (Ar-04, min 19.42-22.15).*

Empero, esta relación con el gobierno municipal (no solo de Teuchitlán), y el apoyo de otros actores, permitió generar una dinámica donde los roles se contravenían, permitiéndose la generación de un contexto que podemos claramente identificar como autoritario,

*Todos sabíamos que era la Secretaría de Cultura la que apoyaba, pero quien llevaba la batuta finalmente era Phil Weigand. Entonces, Phil Weigand incorporaba a la localidad [refiriendo al gobierno municipal], pero también decidía cuando la localidad no se va a incorporar... era algo fuerte, pero era Phil, no había problema. El municipio podía hacer uso del sitio siempre y cuando recibiera el PAT los apoyos suficientes en cuestión de administración adecuada... además, que cuando no hubiera dinero hicieran un préstamo. Hubo municipios que no prestaron, y hubo quienes sí prestaron, y en cuanto volvía a llegar el dinero se les devolvía... en medida que estas negociaciones que Phil lograba con los presidentes, era el acceso o no que ellos podían tener en el sitio. Se volvía algo relativamente curioso, porque de repente era “todo lo que ellos quieran” y de repente era “hasta aquí”, pero lo decidía Phil... [Refiriendo a los primeros guías del sitio, antes del funcionamiento del CIG] Phil decidía si entras o no entras (Ar-04, min 18.44-19.58).*

Las relaciones con los entes de gobierno no son un aspecto que deba ser manejada necesariamente por los arqueólogos (aunque una arqueología tan burocratizada debe estimarla), pero pensamos representó una coyuntura que permitió asegurar menos decisores sobre las actuaciones. Ello implicaría un contexto más cómodo para el ejercicio de la autoridad. Sin embargo, ante el gran peso decisor del gobierno regional, poco pudo hacerse para mediar la participación del PAT y de Weigand en la declaratoria del *Paisaje Agavero y Antiguas Instalaciones Industriales de Tequila* como patrimonio de la humanidad.

### ***Patrimonio y agave: uso y abuso político del pasado***

El apoyo político recibido en primer momento, y esperado por los arqueólogos como beneficio a la declaratoria, tuvo un revés, y nada se pudo hacer para evitarlo. Dentro de esta sección, y ante la institucionalización del sitio como complemento de un discurso autorizado (que superó su control), veremos que en los procesos de activación de los referentes materiales del pasado, la economía y la política desfasan a la ciencia como proveedor de valía, al punto de tergiversar los argumentos de esta última, o simplemente ignorarlos. Como señala Gándara (1992:162): “para los fines de relevancia social propuestos por la arqueología y reconocidos por el Estado, no es necesario cumplir los objetivos científicos de la disciplina: para los usos ideológicos-turísticos a los que estamos sirviendo, no somos en realidad indispensables”; de ello que insistimos en lo planteado en la primera parte de nuestro trabajo sobre cómo el patrimonio cultural se convierte en una alternativa para la historia, aunque haga aparentemente uso (y un enorme abuso) de ella.

Sobre la base que planteamos, se puede desdoblar la proposición de un uso pobre, directo y sin probatoria rigurosa de la poca información legítima desarrollada por las investigaciones en el sitio arqueológico Los Guachimontones. Basta con mirar sobre los comentarios ya expuestos del expediente técnico presentado a la UNESCO.

Sobre las bases de las entrevistas a involucrados en el proceso y lo ilegítimo que puede estar resultando la inclusión del sitio, a través de su sustento la tradición Teuchitlán, no se estaría cumpliendo con la validación científica ni social que se presume debe acompañar estas postulaciones; ello sin desestimar el silencio del PAT y Weigand sobre el tema.

A partir de algunas preguntas hechas a nuestros entrevistados, requerimos el conocer cómo se llevó a cabo el proceso de reconocer la valía del sitio y su articulación con el paisaje agavero, así como las relaciones con los investigadores y su papel en este proceso.

Unas primeras interrogantes surgen de la manera en que se plantaron las bases para esta declaratoria, la cual surge por impulso, según los testimonios recogidos, desde el INAH, con el apoyo de la Gobernación de Jalisco, y a través de la Secretaría de Cultura,

*Desde 2001, que fue cuando se presentó a la UNESCO lo que se llama la Lista Indicativa, de candidatos, de potencialmente factibles. Se hizo un breve expediente donde se planteó un territorio que no estaba perfectamente definido. También aprovechando un poco una coyuntura que estaba planteándose en el Comité de Patrimonio Mundial, donde en el año 2000 se planteó que ya no se iban a recibir con tanto agrado candidaturas para ciudades históricas, para monumentos o para sitios arqueológicos... estaban sobrerrepresentados estos temas en la lista de patrimonio mundial. Lo que planteó la UNESCO es que se daría privilegio a las candidaturas que cubrieran las otras categorías patrimoniales, algunas recientemente identificadas entre las que se encontraba el paisaje cultural... bajo esa coyuntura, en un ejercicio que se hizo en el INAH, comenzamos a ver que no podíamos inscribir ciudades históricas, porque ya teníamos bastantes, que es lo que sí se podría inscribir. Se hizo una nueva lista indicativa, tratando de abarcar las categorías que la UNESCO estaba recibiendo... lo que había más probabilidad de que pasara. En ese ejercicio encontramos que el paisaje agavero de Tequila reunía todas las características que la UNESCO en su documento Las Directrices Operativas de la Convención del Patrimonio Mundial, planteaba de la figura del paisaje cultural. Leíamos la definición y decíamos “palomita, palomita, esto es realmente los que nos puede facilitar la inscripción”. Empezamos a trabajar desde el 2002 intensamente hasta el 2004, y en enero de 2005 se mandó oficialmente la postulación al Centro de Patrimonio Mundial. Durante este período hubo un proceso largo de análisis de abarcar mucho y después recortar. El objetivo era presentar un paisaje cultural productivo, pero en el análisis*



*que estábamos haciendo, encontramos que aquí en el territorio que ya se delimitó, había una serie de elementos que para nuestro gusto tenía un gran valor y planteamos algo que fue innovador —hay que decirlo ... algo integral y holístico, tomamos todo el territorio, y en este territorio había un pasado prehispánico muy importante, que ya en entrevistas con muchos arqueólogos, nos dieron muchas pautas, porque había muchos elementos del pasado prehispánico presentes en el territorio, y que de alguna manera, que la candidatura planteara como uno de sus apartados el patrimonio arqueológico, nos daría la posibilidad de proteger algo que, de alguna otra manera, no hubiese podido pasar, ni ser, como está ahorita, patrimonio mundial (F-01, min 0.40-5.08)*

Vemos que las necesidades percibidas de postular el paisaje agavero a Patrimonio de la Humanidad, no surgen de sectores sociales reconocidos como comunitarios (del ámbito que sea), sino más bien de una necesidad ya establecida de impulsar más y más bienes con reconocimiento mundial para el estado de Jalisco y obviamente para el estado mexicano; pero no necesariamente para la nación.

Pero al final del testimonio anterior podemos dar cuenta de un punto importante. La percepción que una declaratoria de este tipo supone protección. Ciertamente podría estar sumando ojos vigilantes sobre lo que allí ocurre, pero de la manera en que se plantea estaría dejando de lado este aspecto y, más aún, habla de una institucionalidad poco competente en la defensa de sus referentes del pasado. Cabría la prerrogativa sobre los accionares de diferentes entes estatales en la protección del patrimonio arqueológico, así como las posibilidades de un reconocimiento basado en otras miradas y no en la etiqueta de un ente supranacional que, a fin de cuentas, no debería poseer mayor injerencia directa en estos temas.

De ello que las motivaciones no solo pueden quedarse en una placa alusiva, y habría que buscarlas en otros espacios. Al inicio mostramos la considerada versión oficial, pero habría que mirar sobre otros testimonios,

*En algún momento estuve en una charla donde se comentó esta situación... salió en esta charla cómo había sido este acuerdo... parece ser un acuerdo entre algunos académicos y el coordinador del proyecto, y algunos industriales tequileros que les vendieron esta idea en el periodo en que la derecha mexicana estaba como reconstruyendo las alternativas turísticas y detonar el desarrollo regional por diferentes estrategias... el proyecto presentado a Alberto Cárdenas fue del volcán de Tequila, por parte de un funcionario de la Secretaría de Cultura... él estuvo con Phil Weigand impulsando el reconocimiento de Los Guachimontones, y por otro lado estaba la industria tequilera y la barranca del río Santiago, y las plantaciones de caña... “todo esto hay que detonarlo”... este funcionario vende la idea y en algún momento lo que les interesa nada más es lo del tequila. Allí entra el INAH Jalisco con la idea de paisajes culturales, y haciendo mancuerna con el gobierno del estado, hacen la negociación y los tequileros se interesan... se dan cuenta que pueden recibir ingresos por la producción de las bebidas, como por el turismo, y esa es la vía que estaban siguiendo muchas economías, ya no la producción, sino la tercerización, turismo, sector servicios... [sobre funcionario INAH Jalisco] me dijo alguna vez que hicimos un recorrido, fue que al siguiente gobernador de Jalisco, le urgía que eso se hiciera en su sexenio. Que se agilizara el proceso para que antes que él saliera de gobernador, se reconociera la declaratoria (Ac-01, min 11.35-15.25).*

Pero desde la arqueología, los intereses requeridos apuntaban a “sumar años” a la existencia del paisaje agavero:

*El paisaje agavero necesita este soporte de antigüedad y de originalidad, todo lo que decía Phil, metido en el expediente, eso le da como un antecedente a este paisaje de producción. Si contribuye en cierta medida que se consolide ese paisaje agavero como área de conservación... cuando vienen el paisaje agavero lo ve como posibilidad, el área de Teuchi y sus 33 sitios. Ahí la relación cambia y entonces el INAH y los tequileros ven como posibilidad para sus fines que haya zonas, no es una cosa en*

*contra, es una cosa a favor de su paisaje y de sus estrategias de producción y de mercadotecnia. Mundialización del tequila, “hay que proteger ese patrimonio” (Ar-02, min 1.51.12-1.52.51).*

*Sí hubo acercamiento con PAT, pero ya los resultados no fueron lo que se esperaba... nos invitó el coordinador del expediente para hacer la declaratoria...habían puesto los de la UNESCO que hubiese una raíz más antigua del uso del agave en la región... “¿dónde están esas raíces tan antiguas en el uso que pueden verse en otras partes de México?, ahí es donde dicen “necesitamos de su ayuda... “nosotros necesitamos que se note el uso del agave desde la época prehispánica”, y dijo Phil: “momento, pero ¿y eso qué? ¿cuál es la ganancia con el sitio arqueológico y lo que se ha hecho de investigación?, responden, “no es que la idea es que Guachimontones quede incluido dentro del paisaje agavero como parte de la historia más antigua, y que también el plan de manejo se protejan los sitios arqueológicos dentro del paisaje agavero”; y ahí es donde le vendieron la idea a Phil. Dijo Phil “cuenta conmigo” (Ar-03, min 1.31.58-1.33.49).*

*Creo que he visto la publicación de una figurilla que parece estar cargando una piña de agave, una figurilla que cae en el tiempo que estamos hablando, la tradición Teuchitlán; en la tumba de tiro de Huitzilapa se encontraron fibras de maguey. Una cosa es la concepción del paisaje agavero y su conexión con el tequila, y con una bebida; y no tanto con el maguey para hacer muchos productos. Creo que solo pensamos en el tequila... pero no se han hecho estudios, nadie ha hecho un estudio de la relación de la gente de la tradición Teuchitlán con el maguey, “¿la gente de la tradición Teuchitlán explotaba el maguey?, ¿a qué escala?, ¿para qué?, no hay un estudio... el problema de la arqueología de Jalisco es que siempre se habla de muchas cosas como intensificación agrícola, especialización artesanal, y se reduce a que esto estaba en la tradición Teuchitlán... no hay un estudio enfocado en si la gente de Guachimontones explotaban el maguey. Yo creo que el argumento mayor sería “es un sitio importante, está dentro de una zona, vamos a provechar para protegerlo, vamos a aprovechar esta coyuntura para proteger este espacio; sin hacer la conexión con cosas que no conocemos (Ar-01, min 1.11.10-1.14.26).*

Punto crucial es esa supuesta idea de alguna destilación del agave desde tiempos de la tradición Teuchitlán que, a pesar de no haber nada concluyente, fue incluida como una gran posibilidad. Visto este dato, desde las formas narrativas y con el ejercicio de la autoridad por parte de otros actores de la arqueología (externos al sitio, por cierto), bastó para hacer el *match* que requería la postulación. Weigand jamás afirmó públicamente ello, por lo que los encargados del expediente, mudaron su interés sobre quienes sí desarrollaban la tesis de la destilación antes de la conquista... pero vale decir que ese asunto no procuró ninguna corroboración, ni desde la UNESCO ni desde otros espacios que pudieron haber puesto en duda dicha aseveración,

*Mari Carmen Sierra Puche, y vuelvo, es lo que la gente quiere oír. Mari Carmen Serra Puche es la única arqueóloga que se ha atrevido a decir que existe la destilación, es un dios para la zona norte del volcán, y eso que nadie la conoce, y eso que no es occidentalista... ¿cómo se les ocurre contradecir a Mari Carmen Serra Puche?... ¿tú la conoces?, “no, pero la vi en el video” ... dentro de este paisaje agavero, Guachimontones tiene que representar la historia del tequila desde época antigua... solo hay evidencia del uso del corazón del agave y no la destilación como tal... ellos necesitan que haya una historia relacionada con el tequila en época prehispánica. ¿para qué a fuerzas quieren la destilación? (Ar-04, min 1.10.32-1.11.37).*

No obstante, Serra Puche y Lazcano Arce (2009) han publicado sus resultados, confirmando un posible proceso de destilación prehispánica, solo que no ha considerado para sus investigaciones al occidente de México. Sus trabajos se han enfocado, desde la arqueología y la etnoarqueología, principalmente en el sitio de Xochitécatl Cacaxtla, en el estado de Tlaxcala, así como en otras zonas de Oaxaca, San Luis Potosí y Morelos (si bien

durante períodos que encajan con la tradición Teuchitlán). Sus hipótesis surgen de vestigios de hornos que no habían sido utilizados para la cocción de cerámica, así como artefactos supuestamente usados para la jima (Serra Puche y Lazcano Arce 2009). Pero habría que mirar sobre sus publicaciones:

Nuestras conclusiones para esa etapa de nuestro estudio son: a) los hornos utilizados en casi todas las comunidades y estados del país presentaron una gran semejanza con los encontrados en el sitio arqueológico de Nativitas, principalmente en su forma y en los residuos que se encuentran después de la cocción de las piñas, b) La opinión de algunos mezcaleros actuales en varios lugares del país permitía avalar la posibilidad de que en ellos (hornos 1 y 2) se pudo haber producido mezcal, c) hay coincidencia con los hornos actuales: la forma constructiva y el recubrimiento de las paredes con piedras permite conservar el calor y lograr una mejor cocción, aunque hay otros en que las paredes sólo tienen aplanados de la misma tierra (Serra Puche y Lazcano Arce 2009:181-182).

Detenidamente, y en cuanto a sus conclusiones, señalamos que los mismos están fundamentados sobre analogías etnográficas directas, contando con el aval de productores actuales que dieron algún tipo de “visto bueno” al respecto. Empero, la investigadora coloca en párrafo siguiente:

*Es necesario ahondar y realizar otros estudios (químicos, etnográficos, arqueológicos y etnohistóricos) adicionales que permitan en el futuro conocer la posibilidad de la existencia —que llegaría a tener una antigüedad de 400 años antes de nuestra era— de la producción del mezcal en algunos sitios importantes de Mesoamérica, donde los rituales religiosos podrían ser acompañados por el uso y el goce de esta significativa y deliciosa bebida (Serra Puche y Lazcano Arce 2009:182; énfasis nuestro).*

Pero, para una publicación posterior, parece —narrativamente— haber resuelto este punto, pues señala:

Con base en las investigaciones de carácter etnoarqueológico y en los análisis físico-químicos de laboratorio fue posible establecer que alrededor de 400 A.C. los pobladores de Xochitécatl-Cacaxtla conocían el proceso de fermentación y destilación para la realización del mezcal como bebida ritual (Serra Puche 2012:42).

Con toda esta declaración se da por sentado el uso de la destilación prehispánica, pero en ningún momento apunta ni hacia el occidente de México, y mucho menos hacia algún elemento relacionado con la tradición Teuchitlán. Pero ello no tendría mayor importancia para nuestro caso de estudio, si no fuese parte del discurso para legitimar la conexión temporal del paisaje agavero con las sociedades que hicieron uso de los Guachimontones; discurso que enarbolan los productores de tequila y que, podemos mostrar como ejemplo, las publicaciones que aparecen en la web del *Museo del Tequila*, específicamente en la sección *Publicaciones* (<http://www.historiadeltequila.com/publicaciones.html>, consultado 15/junio/2016) donde algunas de estas contienen textos que incorporan principalmente las referencias hechas por Serra Puche y otros investigadores sobre la polémica de la destilación<sup>64</sup>. Pero el punto en concreto es, que no hay informes, ni trabajos, ni datos para la zona de los Valles de Jalisco, ni para el estado, ni para el occidente sobre esta materia; lo que nos coloca en una especie de narrativa lógicamente articulada con ese abuso que hemos hecho de otros rasgos

---

<sup>64</sup> Ver otras publicaciones: Serra Puche, M. y J. Lazcano (2016) *El mezcal, una bebida prehispánica*. Estudios etnoarqueológicos. IIA-UNAM, México; Jiménez, Miguel (2013) *El vino mezcal, tequila y la polémica sobre la destilación prehispánica*. Benemérita Sociedad de Geografía y Estadística del Estado de Jalisco, Guadalajara; Zizumbo-Villareal et al. (2009) “Distillation in Western Mesoamerica before European Contact”, *Economic Botany* XX(X):1-14.

mesoamericanos, es decir, si se sugiere la existencia en alguna zona, debió existir en el occidente (*p.ej.* sacrificios humanos, ceremonia del volador, perros como guías al inframundo).

En otro orden, y bajo supuestas promesas de protección y de acceso a otros beneficios, es que nuestros entrevistados encausan la relación del sitio arqueológico y de Weigand en este tema. Si bien hemos señalado que en el expediente de postulación los argumentos para insertar al sitio dentro del paisaje agavero son muy ligeros, hay que mirar sobre los pros y contras que los arqueólogos, en especial Weigand, aparentemente estimaron, o desestimaron.

*Phil fue muy reservado en ese sentido. Yo creo que él lo manejó de manera reservada de acuerdo a sus intereses. Él sabe que la declaratoria tiene interés económico muy fuerte detrás. Y el INAH también participó y dio su visto bueno... el decidió mejor no involucrarse en el asunto para evitar complicar más la relación... vinculación formal, no hubo por parte del proyecto y el coité que hizo esta declaratoria (Ar-05, min 31.14-31.56).*

*Phil muy contento cuando declararon, porque dentro de ello [supuestos beneficios de la declaratoria al proyecto] estaba realizar las poligonales, cuidar la parte de los yacimientos de obsidiana y seguir las exploraciones. Cosa que pasaron los primeros años del paisaje agavero y no se hizo nada; y ahí es donde hubo también una destrucción muy fuerte... al final de cuentas, no le trajo ningún beneficio al proyecto... la verdad es que sí le dolió a Phil esa cuestión... a la mera hora habría que ver si esos sitios arqueológicos están protegidos o no, y la verdad lo dudo muchísimo. Al final de cuentas sí nos vendieron la píldora muy bonita y no sirvió de nada (Ar-03, min 1.34.53-1.38.31).*

*No estoy seguro si se le solicitó información formal al PAT... que yo sepa el PAT no tuvo injerencia, a pesar que Phil, no estaba a favor en contra, creo que estaba a favor si los sitios se iban a conservar, pero en contra porque el paisaje agavero básicamente*

*es responsable del desastre arqueológico que hay en Jalisco, no el único, pero en gran parte lo es, el cultivo mecanizado no deja nada. Creo que es realmente una contradicción lo de la arqueología y el paisaje agavero (Ar-01, min 1.09.03-1.10.13).*

*Una primera reacción de Phil fue tener esta reserva con trabajar con los agaveros por todo lo que había pasado... la segunda fue verle la parte más amigable... y lejos de ser un problema, conviertes al enemigo como aliado, y el aliado ve al otro enemigo —que éramos nosotros los arqueólogos— ya no como un problema, sino como un aliado. Eso es el paisaje agavero... ventajas, redondeas un proyecto de turismo, más que de conservación del ambiente, más que de conservación de los vestigios... más fuertemente es un proyecto de atracción turística (Ar-02, min 1.58.18-2.00.28).*

Pero en este caso, los mentados procesos llamados de vinculación social o de apropiación del patrimonio, distan mucho de ser comprendidos como tales. Veremos en algunos primeros testimonios el vacío percibido sobre la incorporación de sectores sociocomunitarios (organizados o no), donde lo más notorio se dirige al beneficio económico en un primer lugar, y en el rédito político en segundo.

Posteriormente quisimos indagar sobre lo que nuestros entrevistados distinguen como un proceso de activación del pasado a través de esta forma institucionalizada que hemos nombrado patrimonio cultural (en el caso, arqueológico, y que se presenta en términos que van desde lo local hasta lo supranacional).

*En términos sociales, la gente no fue consultada para lo del paisaje, la gente no vio que se desparramaran los beneficios... al contrario, sangran los ayuntamientos, porque tienen que hacer una inversión pública para beneficios privados (Ac-01, min 51.45-53.18).*



*La incorporación al paisaje agavero, al parecer no tiene gran impacto ni en la población local ni en el sitio [Guachimontones], ni siquiera con recurso; digamos que por ser paisaje agavero, un recurso... parece que sí hay un recurso, pero que nada más llega al municipio, donde este lo que piensa es mejorar sus instalaciones, construyeron los portales. Es lo que se decía. No fue tan notorio, y no lo fue ni en 2006 que fue su incorporación, ni en 2007, 2008; quizás después de 2010... la vinculación con el turista, este hace el recorrido en la fábricas de tequila, y está la otra opción que es el sitio arqueológico, y con convenios con algún restaurantero, luego a comer... si hay beneficios, por dios, si le preguntas al restaurantero, si le convino que se integrara Guachimontones al paisaje agavero porque me están integrando en su ruta... beneficio en el ámbito cultural, no tanto (F-01, min 1.04.20-1.06.05).*

*Aquí cuando nos dieron la declaratoria, que fue otra zancadilla del INAH... no pasó nada. Da una tristeza enorme, porque la población misma se lo pierde, no participó (F-02, min 51.20-51.48).*

En todo este proceso, el mismo paisaje agavero no quedó exento de problemas internos. Si bien la declaratoria había sido obtenida, y complacidos los actores involucrados, los aspectos relativos a la gestión muestran una serie de fallas que, más allá de su posible (des)vinculación social, impacta en la consecución de la valía por la cual se fundamentó su candidatura y posterior inclusión. Como señala el siguiente testimonio, tomado de un funcionario público profundamente articulado al tema, el paisaje está más vacío que nunca, aunque ello no afecte las actividades de los tequileros, los grandes ganadores en esta causa.

*Ahora que se cumplen los diez años, hicimos una especie de evaluación, de decir que han sucedido en estos diez años... ha habido casos de abuso. Podría decirte en particular la trasnacional mexicana que se llama José Cuervo ha ido adquiriendo medio pueblo de Tequila, y está haciendo una cosa que es contraria a lo que nosotros*

*planteamos. Los dos valores que pide la UNESCO es integridad y autenticidad. En el caso de lo que está haciendo esta empresa —que afortunadamente solo es una— es una especie de centro, una especie de Disneylandia, donde lo auténtico lo están transformando en algo que no es auténtico... la calle que se “robaron” literalmente, que se llama José Cuervo precisamente, todo eso lo compraron y están haciendo una especie de parque de atracciones, que no es la idea del patrimonio mundial... sin embargo ellos están como viendo el nicho de negocio. Hace falta, y eso es una crítica importante... la UNESCO, a partir del 2005, y a nosotros nos tocó ser los primeros en el campo de los paisajes culturales, exigió, simultáneamente a la presentación de la candidatura, la presentación de un plan de manejo... “plan de manejo o si no, no entra la candidatura”, nosotros lo elaboramos, que fue —ahora sí literalmente— inventar. No existía ninguna metodología de planes de manejo para paisaje culturales... en México se usa para zonas naturales, donde ya tienen estructurada la idea. En este caso era plan de manejo para patrimonio, empezar a inventar... se planteó allí una instancia descentralizada de gobierno que se encargara del manejo, se comprometió con la UNESCO. Todavía, a los diez años no la tenemos... ahora ya se le puso un nombre “Unidad de Gestión” ... no la tenemos. Lo que tenemos es una comisión de manejo, divulgación, difusión, tal, tal del paisaje agavero donde convergen diferentes dependencias del gobierno federal, regional y municipal, iniciativa privada y sociedad civil; que en principio se oye muy bien, y sí nos juntamos. El problema está en que no tiene carácter ejecutivo, es una especie de consejo, se toman acuerdos, los apunta alguien, llegas a la siguiente reunión y preguntas, y nadie le dio seguimiento. Porque no hay una unidad de gestión dedicada a hacer el trabajo. Eso nos genera problemas... acá son funcionarios que le dedican una vez cada tres meses a ese tema... ese es uno de los percances que tenemos... siempre te está “saltando la liebre”, porque es un territorio amplio y hay muchos intereses (F-01, min 46.25-52.50).*

*Es un problema estructural del estado mexicano... aquí las administraciones municipales duran tres años, no reelegibles; las estatales cada seis años y no son reelegibles. Lo que tenemos al paso de los años es que sale una administración, entra otra administración. Si le llama la atención el proyecto, lo toman, si no lo ignora, si no*

*le conviene, dice que no sabe nada... y te lo digo, todo el proyecto del paisaje agavero se hizo con dos administraciones panistas. Esta nueva administración es priista, entonces, lo primero que dicen “al paisaje agavero no le vamos a dar seguimiento porque es un proyecto panista”, dije “no puede ser, es un proyecto de patrimonio mundial, está obligado el estado mexicano a desarrollarlo” ... todos los ayuntamientos, cuando se hizo todo esto, tuvimos muchísimas reuniones, les entregamos toda la información. Pasó una administración, se llevaron lo que se llevaron, no dejaron nada; llega la siguiente administración, no sabe de qué se trata, llega la siguiente... y ahora estamos nuevamente empezando... esta nueva administración priista entró hace tres años y sabes cuánto le han invertido al paisaje agavero, cero... cosas que no van a tener un rédito político inmediato... no podemos avanzar, porque también, de acuerdo a la legislación todos los convenios que haga cada administración, deben renovarse con la siguiente... en México no hay proyectos de continuidad, de larga duración... este plan de manejo es a veinte años, y van diez, y no es posible institucionalmente darle seguimiento... es un problema serio (F-01, min 53.47-57.18).*

*Te podría decir que, en el tema de arqueología tenemos un gran problema, porque al no tener claro, la autoridad municipal sobre las poligonales... cómo han arrasado sitios arqueológicos... es un factor que tiene que ver con la globalización, antes la siembra del agave era por medios tradicionales. A partir de la declaratoria... muchos empresarios meten maquinaria pesada, muy diferente al trabajo de coa... de hecho pasa con el maíz y con la caña de azúcar, que están más mecanizados. El valor del sitio no es que esté sembrado de agave, es de usos, costumbres, tradiciones, que genera que esa planta se siembre de esa manera. Si se mecaniza, ya no tiene nada de valor universal excepcional (F-01, min 57.25-1.00.05).*

Entonces nos preguntamos, ¿dónde queda esto del patrimonio cultural?, además de los documentos regulatorios en materia, la intertextualidad o de las escasas líneas que debe

cumplimentar un proyecto de investigación que considere algún tipo —impuesto por la estructura burocrática— de responsabilidad social.

*¿Patrimonio de quién?, del turismo... habrá gente que diga que es “su” pasado, aunque no lo sea y eso qué importa, porque al final es quién se identifica o no (Ar-01, min 1.02.26-1.02.50).*

*No lo percibimos así, a diferencia de otros lugares, con legislaciones diferentes, las personas piensan que ir a la UNESCO, y a este régimen de protección y de obligación del estado frente a instancias globales, permiten recursos, protección y salvaguarda, y todas esas vainas. La realidad es otra, la UNESCO recibe, pero no da, te reconoce, pero no te fomenta; entonces, la pregunta es ¿en qué momento debemos trabajar para mantener esta estructura global, y no nacional o no local?... es un fracaso en algunas cosas... en la vida práctica no sirve para detonar proyectos, y si no sirve para detonar proyectos, entonces, ¿para qué carajo quieres una instancia internacional? (Ar-03, min 1.25.06-1.27.27).*

*Es un discurso que se me hace curioso... es muy fácil para nosotros, fuera de la estructura, “es que el patrimonio es de la localidad”, pero a la hora de que la localidad quiere hacer uso del patrimonio, entra el INAH, entra el estado, entra el municipio; y en realidad, no es de la localidad, es un discurso, incluso desde mi punto de vista, un discurso un poco “trillado”, porque lo único que haces es crear expectativas con la sociedad que al final, no va a alcanzar. Me preocupa mucho que los que trabajamos en esto, lo usemos como argumento, “exígelo, es tuyo”, pero por qué no le decimos “va a llegar el INAH, y si es tuyo, pero primero debes ir al INAH y pedir un permiso de uso”. Es bastante contradictorio el término de “el patrimonio es tuyo”. Yo sugeriría cuidar esos términos porque no son reales, y al contrario, es lo que causa un descontento de las localidades... creo que deberíamos llegar con un argumento “el patrimonio conócelo, la historia es tuya, pero hay una serie de elementos que manejan ese patrimonio” ... aquí se vuelve un poco complicado, porque está primero la poligonal comprada por el estado [Jalisco], es decir, es dueño de*

*todos los predios... sin embargo hay que apearse a la ley federal; allí ya hay dos dueños... y está además el municipio, que no ha encontrado la manera de vincularse... entonces ya tienes tres actores, ¿y la localidad dónde queda? (Ar-04, min 26.32-29.50)*

*La inclusión de Guachimontones en el paisaje agavero era una necesidad de estado... yo ahí me di cuenta del trasfondo del término patrimonio, que es más una iniciativa de organización más que un concepto cultural real, porque yo creo que la gente nunca le dijo “mi patrimonio” a ese montón de guajes allá arriba. El patrimonio tiene realmente un concepto diferente en la cultura, pero a nivel organizativo es cuando toma una realidad (Ar-04, min 1.14.57-1.15.42).*

*En realidad es una estrategia de privatización... el patrimonio... “eso es de todos, hay que conservarlo”, pero en la práctica es “eso es para que unos cuantos se aprovechen” (Ac-01, min 5.23-6.47).*

## **En el sedimento**

Palabras más, palabras menos... en los testimonios recogidos en este capítulo hemos procurado definir un contexto, un hilo que nos acerque a explicitar lo que no se muestra en las publicaciones científicas, y pocas veces en los eventos de intercambio profesional.

Hemos mostrado un cuerpo de testimonios que continúan dando fuerza a los propósitos de este trabajo, no solo al reconstruir un contexto de lo arqueológico, sino mirando más allá en la consecución de motivaciones colectivas y particulares que perfilaron lo que hoy se compone en una aparente valía científica de un sitio arqueológico activado desde el pasado, pero con los aspectos positivos o negativos (sea usted el juez) que subyacen a la práctica de nuestra disciplina en las particularidades de un momento y de un espacio.

La prédica y la reiteración son aspectos fundamentales para subsanar las deficiencias de la poca formalidad con que se desarrolló el proyecto en Los Guachimontones. La mencionada renuncia de método, por endeudamiento provocado por el apoyo de actores políticos y académicos, dio como resultado la poca participación del rigor y la definición de narrativas coherentes, las cuales deberían materializarse en la prosecución de objetivos científicos, amén de las posibilidades de una divulgación al público o cualquier otro uso, acorde con la mentada responsabilidad social de la arqueología.

Mostramos además que, en efecto, la carreta estaba delante del caballo en muchas oportunidades, pues la forma selectiva en que se manejaron los datos apuntaron prácticamente a una serie de actuaciones en pro de un objetivo que supera la producción de conocimiento, tendiendo en este caso a componer un sitio arqueológico con objetivos más políticos y económicos.

Pero estos propósitos no son los únicos que quedan en el fondo de la criba. La motivación por la obtención de un estatus como “autoridad” privó no solo desde las definiciones de un proyecto y un programa de investigación, sino que sirvió como andamiaje a la constitución de una figura que pretendió destacar en un nicho donde la arqueología, en general, no miraba mucho (occidente). Como habíamos comentado, en este espacio de supuesta crisis por intereses vacíos, surgió y se mantuvo la oportunidad de hacerse con un nombre.

Pero la deuda contraída iba saberse cobrar con la declaratoria de un paisaje para la humanidad. El haber dejado de lado a los arqueólogos y el seleccionar una serie de elementos del pasado material bajo criterios nada científicos, trajo como consecuencia un efecto contrario al esperado: una más feroz destrucción de sitios por causa de la siembra del agave; y tal como refirió una de los entrevistados, la valía es (era) para un paisaje, no para el agave, y

menos para una bebida. Esto nos demuestra que no importa las buenas intenciones, debemos saber medir las consecuencias de nuestras actuaciones.

Aquí, el contexto arqueológico se amplió, incluyendo a la praxis política-económica como detentor de la autoridad, y más poderosa que la académica; aunque esta última no prejuzgó el hacerse de beneficios ante esta simbiosis. El ganar una especie de facultad decisora, ejercida en el plano de quien participa y quien no, en quienes usarían el sitio y quien no, contraría enormemente esa falacia del sujeto colectivo que reclama su patrimonio. Más bien es usado como discurso legitimador por cuanto se piensa representado en quienes desde la experticia dicen tomar su palabra, por cuanto estos últimos, son los que supuestamente saben sobre el pasado.

Los estratos están claros, y solo queda por ver si somos capaces, si realmente deseamos ver con detalle que los discursos autorizadores se mueven en los recovecos de la misma materialidad pretérita; esa que nos confina.

## **LA AUTORIDAD EN SU LABERINTO: síntesis interpretativa**

No son los sistemas sino sus excesos los que deshumanizan la historia  
(García Márquez 1989:173)

Si bien hemos procurado detallar de manera clara los vacíos constitutivos de una propuesta o modelo de base científica, ello no ha implicado que la misma no sea considerada como valiosa desde algunos puntos de vista, eso sí, unos más apuntalados por la ciencia que otros.

Como se estableció en base al análisis de las publicaciones y los testimonios dirimidos, la tradición Teuchitlán tiene una serie de puntos que le permitieron su sostenimiento hasta nuestros días, a saber: 1) como modelo fue pionero en incluir un marco teórico emanado de otros contextos y con posibilidades de poder aplicarse en la zona; 2) fue también pionero en el establecimiento de trabajos sistemáticos y continuados en larga data sobre estas sociedades pretéritas; 3) movilizó a otros investigadores a superar la arqueología de tipo descriptiva, incluyendo perspectivas más antropológicas (o sociológicas, ver Weigand 1992b, 1993); y 4) fijó como foco de atención al centro de Jalisco y al occidente de México en el contexto de estudios mesoamericanos precontacto.

Pero habría que mirar profundamente sobre estos puntos —como se ha hecho a lo largo de esta investigación— tratando a su vez de precisar los argumentos sobre los que se sostienen. En primer lugar, es cierto que la inclusión de aparentes desarrollos teóricos en la



propuesta de la tradición Teuchitlán es su rasgo más valioso; sin embargo, resulta el más débil de todos. Hemos dedicado algunas cuartillas a establecer no solo la pobreza teórica, aproximándonos a qué se quiere decir con cada uno de sus términos, pasando por la adecuación de los mismos —concebidos en otros contextos— a sus casos de estudio, hasta la articulación de estos conceptos con los datos obtenidos en campo. No basta agregar términos al saco. Empero, también es consecuente el no mostrar estos datos en sus publicaciones, más cuando fueron obtenidos por los mismos arqueólogos que desarrollaron la propuesta.

En cuanto al segundo punto, recordemos que Weigand sustenta su idea principalmente en recorridos superficiales y otro tanto en conjeturas sobre materiales arqueológicos (incluso antes de haber formalizado un proyecto de investigación hasta 1999). Desde el inicio del PAT, su dedicación parece claramente enfocarse en el acomodo de datos sobre una lista de rasgos predefinidos; observación que establecemos no solo al haber revisado su vasta obra, sino a través de algunos testimonios de investigadores que laboraron con él, así como de otros actores políticos y académicos.

Para el tercer punto, es claro que los trabajos en el occidente de México muestran un repunte para los momentos en que Weigand inicia sus investigaciones formales. Muchos de estos serán desarrollados dentro del mismo proyecto que él lideró, otros tendrán un foco y orígenes diferentes, coincidiendo en un punto interesante: el establecimiento de algún tipo de complejidad social o de organización sociopolítica de estas sociedades del pasado; las cuales entran en competencia con otras explicaciones que no obtuvieron la misma relevancia (y como se denota en las mismas publicaciones de Weigand y en algunos testimonios, serán parte de las no tan buenas relaciones de este primero con otros investigadores de la zona). Pero el foco en este punto es sobre su supuesto alcance antropológico; pues partiendo de lo que él mismo denomina tradición y separándose de cultura, no queda claro cómo se logran conclusiones

sobre estas sociedades que conlleven los denominadores de civilización, estado; o pueda establecerse un nivel definitorio de organización política y social a partir de tradiciones arqueológicas. Sobre este punto presentamos ya las limitantes de uso en arqueología.

En cuarto lugar, también es una realidad que la arqueología de occidente comenzó a ganar espacios en la literatura arqueológica mexicana, pero este hecho no es proporcional a su consideración o aceptación, más si en muchos preámbulos reitera, casi dogmáticamente, sobre lo injusto que ha sido tratada por culpa del centralismo investigativo y recursivo (económicamente hablando).

El Complejo de Simplicidad es abreboca en muchos de sus publicaciones, como si de justicia se tratara el hecho de fijar espacios de estudios. Más peligroso es, narrativamente, que se argumente algún tipo de desprecio sobre la base que no había nada importante que ver en esta región. Eso nos hace pensar si Weigand hubiese actuado igualmente si lo “monumental” no hubiese sido establecido; eso lleva a pensar en la posibilidad de un desinterés de su parte si Los Guachimontones no hubiesen llenado los volúmenes físicos necesarios para atraer su atención, o si no pudiesen haberse interpretado los vestigios para llamarle civilizados. Se reproduce el modelo de arqueología monumentalista y centralista (a escala regional) que otrora él mismo criticaba.

Ante estos intentos argumentativos, lo señalado nos lleva a definir un contexto donde la narrativa, construida de manera lógica, constituye una estrategia para el logro de su posicionamiento. Sin embargo, ello por sí solo no basta, ni bastó en este caso, pues recordemos que su apoyo sustancial para las investigaciones no había sido muy fructífero en espacios académicos de su país de origen; y solo hasta que hizo mancuerna con actores de la función pública regional, es que pudo concretarse. Ello nos lleva a recordar el rol fundamental que ya ha señalado Prats (1996, 2004) del actor político en las activaciones del patrimonio

cultural. En caso mexicano, la realidad no parece ser muy diferente, así lo señala Vázquez León (2003:317):

Cómo la inyección de recursos económicos —que han hecho paladear a estos arqueólogos las bondades de gran arqueología— motiva aparentemente una respuesta análoga de comportamiento predispuesta a la consecución de grandes hallazgos... ciencia y política no parecen entonces estar indispuestas en lo que se refiere a premiar a la arqueología.

Es en este punto donde los intereses políticos y económicos desestimaron y abusaron de las limitadas conclusiones hechas por la arqueología. Hemos obtenido una serie de testimonios que puedan acercarnos al contexto donde se desarrollaron estos procesos, tanto de consolidación, negociación y usos de la narrativa arqueológica para formalizar una serie de formas institucionalizadas de activación del pasado.

Ello estaría corroborando nuestras hipótesis planteadas, donde intereses más allá de los científicos, y sobre todo de actores políticos y económicos. Privaron estos para activar algunos referentes materiales del pasado, un poco alejados de su valor para la ciencia y considerando otras “calidades” que se consolidaron en valores estéticos, turísticos e identitarios.

Pensamos que el apoyo prestado por funcionarios de la Gobernación de Jalisco en diferentes momentos, pasó una factura que fue en detrimento parcialmente con los propósitos de las investigaciones en el sitio arqueológico. De ello que denotamos cómo fue el manejo dado a la información arqueológica para ser acomodada a intereses de otros sectores del poder político y económico para establecer unos nexos pasado-presente que no están comprobados, y ni siquiera posibilitados. Pero realmente ello parece poco importante y muy común, pues así ha venido trabajando en algunos casos la arqueología mexicana respecto a la fabricación de

argumentos para activar el pasado. De hecho, así ya lo han desarrollado Bonfil Batalla (2003), López Aguilar (2002), Gándara (1992) y Vázquez León (2003).<sup>65</sup>

Pero esto además irrumpió con uno de los preceptos de las activaciones del pasado —ese que se nos presenta como básico—, y es en la apropiación del patrimonio cultural por parte de sectores sociales que se engloban en esa masa difusa que tendemos a llamar “comunidad”. No solo queda manifiesta su no consideración dentro de los proyectos de apertura del sitio o de la inclusión del sitio arqueológico en el paisaje agavero (consecuentemente); sino que menos preciso ha resultado la definición de beneficiarios sociales de esas comunidades, ya sean locales, regionales o nacionales. Y ello no solo ha sido conclusión en este espacio, pues en una investigación ya referida, se había atisbado. Nos referimos a lo que señala Lira (2013:174):

El caso de Guachimontones tiene un buen nivel de significación para la población local pero la participación se ha visto limitada, lo que demerita la apropiación del patrimonio. De acuerdo a comentarios recogidos, reconocen cierto patrimonio arqueológico pero lo sienten ajenos por la intervención que han tenido otras instituciones y por la forma en que se ha gestionado, argumentando que Guachimontones es un negocio sólo del gobierno. Es decir existe una contradicción en el significado del patrimonio entre la comunidad y quienes asumen la activación patrimonial.

---

<sup>65</sup> Ampliando esta idea, López Aguilar propone una génesis: “Durante el siglo XX cada arqueología de vertiente nacionalista [refiriendo a la arqueología patrimonialista mexicana], asociada con el patrimonialismo, hizo suya la teoría difusionista con sus variantes ligeras como la historia cultural y difícilmente pudo separarse la meta cognitiva del patrimonialismo y del nacionalismo. El concepto de Mesoamérica, para el caso mexicano y la construcción del programa académico y político que de él se deriva, son un ejemplo claro de esta circunstancia” (López Aguilar 2002:161, comentario nuestro).

Una interrogante reiterada, no solo en nuestras entrevistas, sino desde inicio de esta investigación ha sido sobre el establecimiento del patrimonio cultural como fundamento para estas activaciones sobre el pasado material. De ella se ha generado otras dudas, donde la principal ha sido sobre la propiedad de estos valores. Múltiples pueden resultar las respuestas: de lo locales, de los jaliscienses o de la nación; pero salvo lo estipulado en las normativas legales —que precisamente señalan la nación—, ha sido imposible definir a quiénes pertenece, quiénes pueden hacer uso o quiénes reciben los beneficios por este proceso de otorgar valía. Solo la naturalización nos presenta una respuesta sesgada por los discursos que señalan que es de todos, pero hemos debatido al respecto y coincidido en que, siendo así, no es de nadie.

Si bien dirigimos la respuesta a eso denominado “la gente”, estos no tienen la capacidad real de actuar sobre los referentes del pasado, más que en esas supuestas formas de apropiación que señala el *Reglamento de la Ley Federal de Zonas y Monumentos Arqueológicos, Artísticos e Históricos*, las cuales se establecen como algún tipo de organización impuesta, las cuales no fueron estimuladas para su conformación respecto a Los Guachimontones, cosa que contraviene la misma regulación. Pero este problema tiene un origen que hemos detectado —en este caso al menos—, y es que el órgano rector en materia, el INAH a través de su centro regional, limita al mínimo su articulación con investigadores y autoridades locales y regionales. Caso claro de abandono de funciones que, si bien se critica la imposición, tampoco estaría estimulando la participación de actores sociales.

Ahora bien, surge un problema al tratar materializar esto tan nebuloso que llamamos “la gente” o “la comunidad” dentro de nuestro caso de estudio, asunto por el cual es sumamente difícil establecer o precisar niveles de apropiación, de vinculación o de uso sobre el patrimonio arqueológico. Empero, ello no limita la posibilidad de retomar los datos presentados y argumentar el tratamiento que se ha estimado para éstos. De allí que solo

podamos generalizarlo en “el público”, es decir, quien supuestamente estaría recibiendo algún tipo de información (¿beneficio?) sobre los resultados de las investigaciones, así como alguna posibilidad de uso sobre la nunca realmente declarada zona arqueológica (ya sea por sí misma o por su relación con el paisaje agavero).

Si bien no acudimos a estas instancias directamente, ha sido por lo señalado anteriormente y su imposibilidad de establecer quiénes son. Esto además refuerza nuestra idea de naturalización, por cuanto sigue sin considerarse de todos y de nadie. No obstante, los trabajos realizados por Dansac (2012) y Lira (2013) permiten acercarse a algunas realidades actuales sobre la relación entre los referentes del pasado y sectores de las poblaciones cercanas.

Planteamos entonces que las posibilidades de uso por estos actores sociales se ven limitadas por formas institucionalizadas que han cercenado espacios de vinculación. Nuestro mejor dato es que no existen tales vínculos de manera formal. Desde lo divulgado hasta el manejo de los espacios, todo está articulado principalmente al poder político formal y a los expertos que éste ha destinado para ser custodio del pasado: los arqueólogos. Muestra de ello se aprecia en parte de los testimonios recogidos y en el silencio de los investigadores plasmado en las publicaciones; lo cual fue un buen contexto para que las narrativas provenientes desde la autoridad no sean confrontadas... claramente se nos ha disciplinado con el hecho que solo pocos pueden decir y hacer sobre el pasado material en Los Guachimontones.

Pero ello ha hecho, bajo enfoques críticos, que la autoridad (arqueológica, política y económica) se encierre en un laberinto construido por argumentos disímiles e irreconciliables entre estos y algunas nuevas perspectivas sobre lo que se comprende como patrimonio cultural, definido este como una forma de activar el pasado.

## CONCLUSIONES

Cuando presenté por primera vez el proyecto de investigación que daría lugar al desarrollo de este trabajo, se me hizo un comentario que resultó bastante curioso; el mismo apuntaba a señalar que, para ese momento, ya se conocían las respuestas a mis preguntas de investigación, así como la valía de mis hipótesis.

Lo interesante de dicho comentario es que se adelantaba a cualquier resolución; y de manera apriorística, suponía que no haría falta definir, establecer o identificar los contextos, variables o indicadores necesarios para establecer mis conclusiones. Mi respuesta, concreta y en forma interrogativa fue: ¿y dónde quedan los datos duros?... vale mencionar que no hubo contra-respuesta.

Pensamos que la raíz que subyace a todo este trabajo de más de un año, tiene que ver precisamente con ello, con la ausencia de datos para establecer un discurso científico que avale —limitada y temporalmente— lo que somos capaces de plasmar en el papel y de poder explicar sobre un fenómeno complejo, que se evapora ante la reacción de formas narrativas que tienden a naturalizarlo; pero también a disfrazar una serie de elementos considerados no indispensables. Esto se contrapone con la que pensamos es la principal función de la ciencia: generar conocimiento válido y, en nuestro caso de estudio, estamos ante algunas formas diseñadas para no ser cuestionadas.

Patrimonio cultural, un término institucionalizado, categorizado, construido desde la política y normalizado para hacerlo pasar como “social” (la mirada sociocomunitaria). Desde la política se potencia un discurso de apropiación, de reclamo, lo que genera que cuando se intenta la activación de “su” pasado, lo político esté allí, limitando las formas de aprehenderle. Se conjugan las causas en factores que van desde su propiedad material, las actuaciones estipuladas en regulaciones, las formas en que deben organizarse y conducirse los actores sociales, los beneficios de su uso y disfrute y, quizás lo más importante en nuestro caso, las recomendaciones de los sectores expertos.

En este sentido, evocan una trama que, superando la validación de los contenidos que se nos inducen, se vale de la experticia de agentes orgánicos —altamente institucionalizados— para tomar y retomar porciones del pasado y activarlas como respuestas a necesidades del presente. El problema surge, y en nuestro caso es muy notorio, cuando estos mecanismos actúan obviando al que ellos mismos consideran el actor principal: los legatarios; quienes se esfuman en una maraña de conceptos que se contradicen, como el de “propiedad” y “uso”, “nación” y “comunidad”.

### **Evaluación de la hipótesis**

El tratamiento dado a Los Guachimontones como patrimonio en sus acepciones cultural y arqueológico deviene de ciertos espacios que hemos analizado y explicado en este trabajo. Desde las fuentes originarias de su valía, las investigaciones arqueológicas, condensadas en un concepto como el de tradición Teuchitlán, han provisto un sustento experto que no ha sido cuestionado profunda y sistemáticamente en más de tres décadas.



Hemos mostrado de manera detallada los vacíos principales de esta propuesta, los cuales podemos concretar en una pobre base teórica, la ausencia de datos y su articulación con los supuestos teóricos. Todo ello puede apreciarse en dos niveles de correspondencia: la primera, la desarticulación con los mismos conceptos electos y no profundizados y, la segunda, en la no consideración de nuevos enfoques que surgieron desde la antropología y la arqueología.

Estas faltas se perciben no solo a través del análisis directo de las publicaciones científicas, sino —de manera más grave— a través de la ausencia de críticas por parte de las comunidades científicas, desde la “nuclear” a los investigadores en el sitio, así como a una más amplia que se ubica en contexto nacional, así como en el internacional. Las causas son múltiples desde nuestro enfoque.

Una primera se sitúa en el mentado desinterés de la arqueología mexicana por mirar más allá de la práctica en sus focos fundamentales, como el altiplano central o el área maya, los cuales han sido principales proveedores de discursos que han de sustentar procesos identitarios que coadyuvieron en décadas pasadas a la unificación nacional; en la adecuación de símbolos para describir “lo mexicano”. No obstante, aunque el país ha sufrido cambios y transformaciones desde muchos ámbitos, la práctica arqueológica mantuvo su forma nacionalizante.

Una segunda mirada subyace en la falta histórica de investigaciones en el denominado “occidente”, lo que procuró un espacio de ensayo-error para las propuestas iniciadas por Weigand, quien forzó parcialmente a la arqueología nacional a mirar a esta zona (y habría que cuestionar qué tanta importancia tuvo y tiene esta región actualmente). Esta crisis discursiva sobre el occidente mexicano se tradujo en una oportunidad de compensar la historia prehispánica de Mesoamérica, pero caería en el mismo error criticado por los occidentalistas,

y seguiría reproduciendo un contexto de búsqueda de lo monumental, lo excepcional y que, a falta de argumentos, debió fabricar correlatos que pusieran a la par al centro y al occidente.

La consecuencia directa de ello es que hoy día Los Guachimontones valgan menos por ser diferentes y más por una supuesta monumentalidad, tanta como la de “los otros”. Esta forma de reivindicar fue ampliamente discutida por Vázquez León (2003), y sostenemos sigue reproduciéndose a dos escalas: o se considera colosal por su tamaño o por su narrativa tras los vestigios. *Complejidad* es el concepto fundamental en este punto, pero se mide por su contraposición a otros espacios investigativos y no por sus desarrollos internos.

Un tercer atisbo, fácil de percibir a simple vista —pero que por razones desconocidas no ha sido señalada por otros investigadores— ha sido el de la *reiteración*. Si bien la autoridad de los investigadores es otorgada a partir de su producción, es perentorio observar sobre lo que consecutivamente se plasma en los espacios destinados a la difusión científica. En caso particular, los investigadores del sitio —y principalmente Weigand— repiten una y otra vez en lo que publican, denotando no solo una falta de avances en cuanto a nuevos hallazgos, sino también a la actualización de enfoques teóricos que permitan mirar sobre los datos de manera diferente. Un ejemplo de lo comentado —entre muchos— podemos observarlo claramente en las publicaciones de Weigand de 1985, *Evidence for Complex Societies during the Western Mesoamerican Classic Period*; la cual es repetida nuevamente en 1990 con el título *The Teuchitlán Tradition of Western Mesoamerica* (sin referir a que ya había sido publicada anteriormente); y nuevamente en 1993 intitulada *Evolución de una Civilización Prehispánica*;

*Arqueología de Jalisco, Nayarit, y Zacatecas*. Esta última refiere a la publicación previa en 1990, más no a la de 1985.<sup>66</sup>

Sabemos que, mientras se hagan las referencias adecuadas, los trabajos pueden presentarse nuevamente en publicaciones posteriores, no hay problema alguno hasta allí. No obstante, la diferencia temporal entre uno y otro debió haber requerido una actualización, de los resultados, o al menos de nuevos datos. Y en el mejor de los casos, de las secciones que corresponden a nuevos contextos, nuevos trabajos o nuevas etapas. Mínimamente se espera una revisión o reedición para mostrar algún avance... pues ello no ocurrió en este caso; y sería práctica muy común en las publicaciones de Weigand.

Esto, a nuestro parecer, alimenta la poca importancia que pueden detentar las investigaciones en occidente (lo que más le adolecía a Weigand), reproduciendo un estado de desinterés desde otros espacios académicos o científicos que no pueden nutrirse del cotejo teoría-dato; porque simplemente no se ha dicho nada nuevo. En cambio, se sigue practicando la especulación, que si bien pudo haber sido comprendida en los inicios de las investigaciones (por cuanto su carácter pionero), es altamente criticable cuando se suponen avances (y hasta se señalan los mismos) producidos en la *longue durée* con fondos públicos.

Por último, y razonando sobre la diversidad de posibilidades para la explicación y comprensión de las trayectorias en el cambio cultural, social, político y económico, solo nos

---

<sup>66</sup> Desde las primeras palabras contenidas en la introducción, hasta la últimas; y salvo secciones que fueron cortadas de la versión original de 1985 (ya no contenidas en la de 1993), no hubo siquiera la preocupación de plantear alternativas a lo dicho. Si se revisan a profundidad la mayoría de los textos publicados por Weigand sobre el sitio o la tradición Teuchitlán, los cuales son prácticamente artículos (pues sus pocos libros son antologías de estos), se denota que no hay cambios sustanciales en sus palabras. De allí que llegamos a establecer que su propuesta estaba prefabricada antes de trabajos sistemáticos y que la misma no varió en absoluto hasta sus últimas publicaciones. De todas maneras, una cosa es la reiteración de la idea y otra el reciclaje de las palabras

queda la duda sobre las razones por las que Weigand no concentró algunos esfuerzos en intentar aplicar estas ideas de manera más profunda y sistemática sobre su propuesta. Creemos que gran parte de esta partió con él; pero podemos inferir que otra parte descansa en aspectos más políticos y contemporáneos sobre su percepción del centralismo excesivo y, aportamos de nuestra parte, la rendición de estos ante lo que Vázquez León (2003) señala como la premura del “descubrimiento” y del reconocimiento internacional.

Si bien estas consideraciones fueron ignoradas, y el proceso de *activación del pasado* no se ve afectado por ello, es porque hay otra serie de mecanismos que siempre han estado en escena, pero que naturalmente se ocultan tras las narrativas científicas; entrando al juego para que esta pueda ser consecuente en su trabajo. Nos referimos al *poder político formal*, en palabras de Prats (1996, 2004).

Hemos argumentado la fuerte presencia política en el órgano rector de nuestra disciplina, el INAH. Este, el cual se muestra homogéneo en algunos escenarios y heterogéneo en otros, ha jugado un papel particular en lo que concierne a nuestro caso de estudio; quizás como resultado de iniciativas ante su concepción de “traba” para los trabajos realizados en Los Guachimontones, o ante posibilidades de monopolizar los espacios de investigación, restauración, conservación o gestión.

No obstante, su actuación terminó concretándose a dos niveles: el primero, se enfocó en el resguardo de los intereses del estado nacional; limitándose a ser consecuente con los procedimientos a lugar en cuanto a procesos que fueron desde la expropiación de los terrenos, hasta la supervisión en trabajos de delimitación, excavación, investigación, conservación y restauración, nada ajeno a lo que la ley estipula debe hacer. Empero, estuvo ausente de cualquier participación de tipo científica, quedando solo en lo técnico.

Habría que pensar sobre las razones que le mantienen tan alejado; si es por presiones externas al instituto o, más bien, desinterés del mismo, pues probablemente el sitio no es representativo de los valores que han decidido salvaguardar para la nación.

En segundo nivel, actores particulares del organismo fueron referidos en algunas publicaciones revisadas y a través de nuestros informantes como obstáculos en los diferentes procesos de actuación sobre el sitio. Esto aparentemente trajo como consecuencia su renuncia a participar más activamente en las dinámicas que debieron establecerse conjuntamente y donde debió tener más protagonismo, es decir, no se interesó o no encontró las formas para mantener su monopolio en la práctica arqueológica mexicana. La consecuencia directa de ello se puede medir en la posibilidad de otros actores de ocupar estos espacios, ergo, ganar mayor autonomía en las decisiones sobre los usos del sitio.

Y quien aprovecha esta oportunidad, ha sido la Gobernación de Jalisco (sus representantes para aquellos momentos). Resulta interesante el devenir de este ente gubernamental en la historia del sitio arqueológico. Consideramos fue el socio perfecto que Weigand encontró para obtener financiamiento, que otrora habían sido negadas por espacios académicos de su país de origen. Si bien las causas de esta negativa parecen estar en la imposibilidad del investigador en componer sus proyectos de manera más rigurosa y científicamente aceptable para sus pares estadounidense; el uso de calificativos de carácter excepcional, sí que logró atraer la atención y los fondos de un ente regional con objetivos propios y que más adelante, como comentaremos, supo cobrar por su apoyo.

La Gobernación de Jalisco, a través de su Secretaría de Cultura, se transformó en el gran benefactor de Los Guachimontones; teniendo que bandearse Weigand entre las responsabilidades como investigador y las peticiones de este ente. No deseamos satanizar esta relación, pues no resulta en nada diferente a lo que hemos señalado desde el inicio: son los

actores políticos (formales) los que tienen la capacidad económica y la fuerza política para activar los referentes del pasado.

Esta relación fue concebida por integrantes del proyecto arqueológico como un gran apoyo, pero a su vez como una atadura que llevó en momentos a renunciaciones de método en pro de objetivos de la función pública, los cuales finalizaban en tiempos más cortos que los científicos. De allí que actuaciones como las de conservación y restauración debieron funcionar en paralelo con las de investigación, trayendo como consecuencia directa una incontrolable oleada de visitantes y la disputa de los habitantes cercanos por espacios de aprovechamiento (económico), que funcionó como rédito político para el estado, pero no tan positivamente para el PAT.

Esto traería como consecuencia —muy negativa— la posibilidad de seleccionar cuáles actores entraba al juego y bajo qué condiciones. En este caso los más afectados fueron las administraciones locales; representantes de las supuestas comunidades que deberían beneficiarse de la existencia del sitio arqueológico, si bien no por ser pervivientes de las sociedades preteritas, si por su cercanía al sitio. Pero esto es solo puede considerarse un supuesto, pues formalmente nunca se ha establecido a quién pertenecía este patrimonio (salvo a la nación mexicana).

Pensamos que los gobiernos locales son un buen punto de inicio para establecer relaciones y caracterizar los contextos de impacto de cualquier proyecto arqueológico. No obstante, en este caso no se priorizó esta oportunidad; y solo cuando ya se había avanzado en las investigaciones y actuaciones, era inevitable considerar su presencia. Se trató de subsanar esto con sosas actividades que pretendían la vinculación social, cosa que no funcionó en lo absoluto. Pero, si deseamos ser algo optimistas, podemos ver lo positivo en la mejora de la

infraestructura, principalmente en la población de Teuchitlán; pero como mencionó Lira (2013), no se le preguntó a nadie, en colectivo, qué esperaban, qué pretendían.

Cabe el cuestionamiento qué tan importante es esto para la arqueología, y si tenemos las herramientas para enfrentarlo. Se nos ha naturalizado también la idea que reza que nos debemos a la gente. Y por lo visto, queda ahondar mucho más en ello, o simplemente entregarnos a otras realidades que nos lleven lo que es nuestra principal responsabilidad social: producir conocimiento. En todo caso —y así como el argumento de Weigand sobre el concepto de ciudad y urbanismo para occidente— dependerá de cada uno de nosotros, los investigadores.

Sin desarticularnos de lo anterior, es preciso enfocarnos sobre los mecanismos económicos específicos que entran a escena. Partimos de la obviedad: el sitio arqueológico no genera dividendos; y ello es algo que todavía no comprenden muchos actores sociales, pues ha sido causa de desavenencias entre niveles locales y regionales de gobierno, donde la pugna por la administración del sitio es conocida.

Pero, la gente sí se ha visto beneficiada, el problema es la escala en que usamos este término. Con algunos de nuestros entrevistados pudimos dar cuenta de algo común: que los beneficios económicos, y la justificación de las actuaciones sobre el sitio, fueron aprovechados por muy pocos; algunos prestadores de servicios (turismo, restaurantes, artesanos).

Por otra parte, y en consecuencia de la secuela común de algunas actuaciones, podemos decir que el gran beneficiario ha sido el sector agavero-tequilero; pues al incorporar escuetamente a Los Guachimontones a “su” paisaje. Se concretó lo que temían algunos arqueólogos del INAH Jalisco (y por ello se opusieron a la candidatura) y que señala perfectamente Hernández (2013): la privatización del patrimonio.

Este acto de empoderamiento se articula con lo que hemos tratado en todos los párrafos anteriores, desde la tergiversación de la información científica, pasando por las *negociaciones* con investigadores y funcionarios públicos, hasta la conformación de un espacio que ha desvirtuado el sentido que eso llamado patrimonio cultural nos quiere decir.

Pero atención, el tequila es la bebida nacional, y supuestamente lo era de alguna manera antes de ser nación (no olvidemos que el destilado del agave ha sido colocado, de un plumazo, en la historia prehispánica). Retomamos con ello una cita de David Lowenthal que circunscribe parte de lo desarrollado anteriormente:

En suma, el patrimonio en todas partes, no sólo tolera sino que se nutre del error histórico. Los legados falsificados son parte integral de la identidad del grupo y su singularidad. Los que buscan un pasado como el sonido de una campana, olvidan que necesitan considerar las imperfecciones de éstas para llevar a cabo sus resonancias individuales (Lowenthal 1998b:11; traducción nuestra).

Weigand guardó silencio al respecto. No podemos ni queremos señalar que sus intereses iban a la par del beneficio económico de los tequileros —muy alejado de eso—, pero el haber sido inocente, esperando que los sitios arqueológicos pudiesen ser protegidos por una declaratoria adulterada, pudo haber sido su error en este caso. Y sin reconocer ningún otro tipo de beneficio posible para la arqueología, para el sitio o para él mismo, el tiempo pasó y dicha declaratoria trajo más problemas: la destrucción de sitios y el desinterés por el manejo de los impactos que tiene y seguirá teniendo un paisaje que limita a sus habitantes a poder actuar por temor a perder un reconocimiento mundial, pero que al final, solo beneficia a unos pocos.

Podemos concluir que nuestra hipótesis, se valida por cuanto la consideración del sitio arqueológico como patrimonio cultural es resultado de un contexto donde se articularon no



solo mecanismos y procedimientos legales *a priori* (art. XX de la *Ley Federal de Zonas y Monumentos Arqueológicos, Artísticos e Históricos*, 1972); sino también pobres argumentos emanados de las investigaciones científicas, las cuales fueron subsanadas por la constitución de una narrativa legitimada por poderes políticos formales, económicos y por la percepción de infalibilidad del conocimiento científico que, en pleno ejercicio de su autoridad como voz experta del pasado, cristalizó los medios a través del *Proyecto Arqueológico Teuchitlán*.

Como mencionamos, pesó el apoyo institucional (principalmente financiero) del poder político formal representado en los gobiernos regionales y locales involucrados; los cuales reclaman la posibilidad de una serie de usos que destacan sobre ámbitos económicos-turísticos, educativos; todos de rédito político y con influencias más o menos directas sobre ciertos procesos identitarios. En esa misma coyuntura se inserta el poder económico representado principalmente por los empresarios tequileros (y algunos otros conectados al sector servicio) quienes, a través de la mediación de la función pública del estado de Jalisco, han hecho uso de los relatos formulados desde los espacios de autoridad científica, sin que el contexto académico haya podido certificar adecuadamente los contenidos que llevaron a la privatización de una forma institucionalizada, como consideramos al paisaje agavero, pagada y mantenida además por dineros públicos.

### **Alcance de los objetivos**

Hemos establecimos desde el inicio una serie de pasos que fungieron desde una mirada general, para aproximarnos a los aspectos particulares que enmarcan los diferentes elementos que, dentro del *Discurso Patrimonial Autorizado*, sustentan las diferentes formas en que

institucionalmente se ha accedido para que activar el pasado que, como proceso, incidiera sobre los referentes materiales presente en el sitio arqueológico Los Guachimontones.

Aunque hemos ahondado ya en el desarrollo de estos puntos, principalmente en las conclusiones parciales que establecimos al final de cada capítulo, sirva este momento para hacerlo de manera puntual, a manera de referencia sobre lo presentado y debatido.

Sobre nuestro primer objetivo: *Establecer los contextos, mecanismos y procedimientos (académicos y políticos) que enmarcan la práctica arqueológica en el proceso de activación del pasado material en el sitio arqueológico Los Guachimontones*; hemos presentado un espacio que puede definir la práctica de nuestra disciplina en un contexto como México, considerando especialmente el momento en que se desarrollaron las visiones críticas al respecto (finales del Siglo XX), el cual coincide con la formulación de la propuesta de la tradición Teuchitlán como garante de la valía académica sobre el sitio, sin dejar de lado el contexto político de la práctica, tanto a nivel nacional como en el caso de estudio. Consideramos que esto ha traído como consecuencia el apoyo y protagonismo de la función pública en el devenir del sitio y en el establecimiento de otros factores que suman a la valoración hecha desde el proyecto arqueológico. Como mencionamos, esto se profundiza en el capítulo sobre *El Fenómeno Guachimontones*.

Apuntando a nuestro segundo objetivo: *Identificar el alcance de los argumentos científicos propuestos en la Tradición Teuchitlán frente a objetivos e intereses políticos y económicos que definen las actuales formas institucionalizadas de activación del pasado en el sitio arqueológico Los Guachimontones*; mostramos de manera detallada los argumentos formulados desde la práctica científica, los cuales hemos concluido son insuficientes desde el punto de vista de la fundamentación teórica, la existencia de datos y la pobre relación entre éstos. No obstante, intereses y objetivos emanados de sectores políticos formales, articulados

con otros tantos económicos (propios de la función pública o relacionados a esta), sirvieron como pilar para la creación y sostenimiento de la narrativa arqueológica, proveyendo no solo financiamiento directo para objetivos del PAT, sino también para la generación de medios y espacios de difusión y divulgación para acompañar dicho discurso y legitimarlo como autorizador de lo que sobre el pasado de estas sociedades pretéritas se emitía.

Con ello articulamos a las *formas institucionales de activación del pasado*. Estas se plantearon como tales a partir de la problemática que surge en el problema de la clasificación o definición de espacios sobre los que se ejerce un dominio por parte de los actores con posibilidades de desplegar su autoridad. Como señalamos al desarrollar la idea de Carman (2002), el paso desde la definición de un sitio como espacio de investigación, se debilita en el momento en que se define su potencial como elemento para ser explotado; y en nuestro caso, el haber sido catalogado como monumento arqueológico (parte del patrimonio cultural de la nación), influyó en los alcances de los arqueólogos para el ejercicio pleno de su autoridad, pues bajo este enfoque, estamos concibiendo posibles usos como un recurso. Para nuestro caso, se ha cumplido el esquema de Carman, pues presenciamos la transformación de sitio arqueológico a recurso arqueológico (materializado en su concepción como Zona Arqueológica) y a su vez como recurso cultural (patrimonio cultural, dentro de una declaratoria que subsume ser de la humanidad).

En este devenir, los arqueólogos fueron perdiendo espacio decisor ante la inevitable entrada de otros actores; los cuales expresaron directa e indirectamente sus propósitos y objetivos, lo que redundó en multiplicidad de narrativas que se adhieren a intereses diversos. Una consecuencia palpable la podemos señalar dentro de los procesos de divulgación presentes en las funciones del actual CIG: información incorrecta y carente de pruebas en cedularios y publicaciones al público; algunas también desactualizadas (además de no haber

sido validada por el mismo estamento científico); o plasmada en los argumentos para la inclusión del sitio en la declaratoria del *paisaje agavero*.

Ahora bien, ¿dónde podemos discernir sobre estas consecuencias? Para ello nos remitiremos a nuestro último objetivo: *Identificar los elementos del Discurso Patrimonial Autorizado (DPA) que sustentan el reconocimiento del sitio arqueológico Los Guachimontones en formas institucionalizadas de activación del pasado*. El DPA requiere, como lo señala Smith (2009, 2011) de un proceso consecuente para la materialización del ejercicio de la autoridad (que, si bien se merma de las manos del arqueólogo, su presencia sigue siendo el mejor argumento usado por otros actores para mantener el discurso). Este punto lo hemos desarrollado en nuestro capítulo *La Palabra Redimida*, a partir de los elementos precisados por la autora y que fueron resultado del análisis de las entrevistas (estableciendo su articulación con el examen a las publicaciones tratadas).

En el transitar, denotamos algunos de los procesos de *negociación*, de *reproducción de valores y jerarquías* que estarían gobernando y legitimando estas narrativas a través de una serie de mecanismos para fabricar formas materiales articuladas al pasado (el sitio arqueológico como re-creación del pasado); la presencia de expertos que ejerzan autoridad sobre dicha materialidad (entidades con autoridad) y los procesos de negociación y regulación que justifican las actuaciones sobre el pasado (la institucionalización). Con todo ello, concluimos que el mayor sustento para activar el pasado en el sitio, fue la *prédica*, entendida como la formación de un discurso construido sobre una reiteración que podemos decir alcanzó el nivel de dogma que no solo escuda las posibilidades de crítica (naturalizando el fenómeno), estableciendo una barrera que dificulta su revisión y la posibilidad de enmienda, por cuanto se comprometen diversos intereses que se han anclado a procesos económico-turísticos y de rédito político ya en marcha.

En palabras llanas, estamos ante la dificultad de cambiar o transformar lo dicho, pues el contexto de su existencia sostiene un amplio grupo de actores con intereses públicos y privados. Así, podemos preguntarnos sobre quiénes ganan o pierden con el cambio de rumbo, pues en la mirada general, todo funciona bien; excepto para la ciencia, que como han señalado Flannery y Marcus (1994:441): “Siempre que se combina la ciencia con una agenda social o política —no importa que tan noble sea esa agenda— es invariablemente la ciencia la que sufre”. Pero en nuestro caso parece que todos están bastante contentos con lo que ha habido y que continúa habiendo. De lo contrario, ya las críticas formales y consecuentes hubiesen abordado el panorama.

Para concluir, y bajo lo debatido en estas páginas, es posible aproximarnos a *definir el rol del arqueólogo y de la arqueología mexicana en el proceso de activación del pasado material en el sitio arqueológico Los Guachimontones en Teuchitlán, Jalisco* (objetivo general de este trabajo).

El primer punto debe partir de lo que establecemos como nuestro papel de arqueólogos, y pensamos que es la de producir conocimiento a partir de datos obtenidos y analizados bajo el rigor impuesto por la ciencia. No obstante, hace falta mirar esto bajo algunas aristas: la primera es la oportunidad de producción expuesta a diferentes presiones que se dispersan entre las responsabilidades laborales y las presiones políticas y administrativas de nuestros proyectos. Con ello debatimos el problema de la renuncia de método a las que nos sometemos y la no consecución de objetivos y preguntas de investigación precisas. Hemos procurado denotar que estos elementos tampoco están claramente definidos en el actuar de los arqueólogos que laboraron y lideraron el proyecto de desde sus inicios. Solo encontramos una respuesta a ello: la definición de un ente con autoridad sobre el sitio se protegió por elementos y circunstancias que dirimieron las posibilidades de evaluación y crítica.

Una segunda mirada rebasa el propósito primero del arqueólogo como científico, y denota que su principal público no estaba en su misma comunidad académica; de allí la percepción (ya más asentada en la realidad), que las narrativas se dirigían a un público diferente y que, como señaló uno de nuestros entrevistados, Weigand estaba escribiendo a la “gente de Jalisco”, quien se configuró como su principal soporte para el desarrollo del proyecto. Sin embargo, no era algo tan difuso pues, “la gente”, se encarna en la representación del poder político formal, quienes, como hemos reiterado, son aquellos quienes tienen la capacidad de activar el pasado. Esto es altamente notorio en el hecho de haber desplazado a Weigand en la participación de la postulación del paisaje agavero ante la UNESCO. Seguimos preguntando sobre la existencia de ese sujeto colectivo que forja y reclama su patrimonio y si, en este caso, el arqueólogo es solamente un medio para un fin.

En ese mismo orden, y como una tercera mirada, está el problema irresoluto sobre el rol de los investigadores en la divulgación. En este aspecto, creemos que cada quien es libre de actuar a la manera que desee; pero precisemos que en la formalidad de nuestra formación básica, las herramientas necesarias no están presentes; concluyendo, en algunos casos, en pobres narrativas sobre el pasado que, sumadas a débiles propuestas, puede resultar en una perfecta componenda para fallar como expertos y custodios del conocimiento pasado de la humanidad.

Pero ello no es un punto necesariamente problemático sobre la valía que se otorga al pasado material desde la ciencia. Procesos como la naturalización ciegan la posibilidad del público en cuestionar lo que se divulga. Y es en este punto donde la arqueología mexicana se ha aprovechado para ejercer su autoridad, no solo internamente al estado, sino como garante de discursos que promueven y sostienen los dos pilares de los procesos de activación patrimonial: la *identidad* como propósito y el *discurso* como medio. Pero, la falta radica en

generar y reproducir el sistema de dominación de la arqueología como experto sobre el pasado, sin hacer público la serie de limitaciones que conlleva la investigación de sociedades pretéritas. La divulgación falla cuando no se visibiliza el alcance altamente limitado de nuestra disciplina para conferir narrativas sobre lo que pasó hace mucho tiempo. Podemos también cuestionarnos qué es lo realmente importante para la arqueología sobre el rescate de la materialidad del pasado.

Ello no es de extrañar ante lo presentado, pues bajo enfoques nacionalizantes y patrimonializantes, el modelo seguido por la práctica arqueológica nacional no ha devenido en cambios estructurales importantes en las últimas décadas. Esto es solo muestra que si la cosa funciona, no hay que repararla y mucho menos cambiarla.

En ese mismo ámbito, deviene una mirada a la falta de crítica del cuerpo colegiado que conforma la disciplina en México, y solo podemos expresarlo una pregunta: ¿Por qué no se ejerció la crítica —como fundamental para el avance científico— sobre las propuestas que avalan el discurso sobre el sitio arqueológico Los Guachimontones? Parte de la posible respuesta la hemos esbozado, pero pensamos que otra subyace en esa misma falta de validación rigurosa dentro de los espacios académicos donde arqueólogos como Weigand “profesaron” sobre la (su) arqueología.

Y no decimos nada con lo que el mismo Weigand no estuviese de acuerdo. Él esperaba la crítica y la definía como necesaria:

Después de varias temporadas de trabajo, en 1977 nos dimos cuenta de que estábamos tratando con otro núcleo de civilización dentro de la antigua Mesoamérica. Puesto que los datos que habíamos recolectado y nuestra interpretación de ellos eran contrarios a las ideas que se tenían sobre el occidente, esperábamos que nuestro reporte no sería

recibido sin cuestionamientos. *De hecho, así es como se supone que la ciencia debe actuar* (Weigand y Beekman 2000:40; énfasis nuestro).

Pero los cuestionamientos llegaron de manera muy burda, pues los argumentos esgrimidos apuntaban a la no consideración de su propuesta porque no convencía discursivamente a ciertos actores de la comunidad científica (que paralelamente formaban parte de entes institucionales reguladores); y prácticamente nadie argumentó teoría vs teoría o dato vs dato, desvaneciéndose todo en una perorata donde cada adversario sabía que respondería el otro, hasta que el cuestionamiento moría de cansancio.

Lo incómodo se naturaliza, los objetivos se cosifican, y con ello se reproduce el perfecto contexto de dominación de esa forma, política en sus inicios, y hoy más de índole económico que llamamos patrimonio cultural. Lo social, articulado a lo comunitario, resulta en parte de la ocultación del proceso.

Deseamos insistir en que nuestro interés no es lidiar con la idea, sino contra el proceso, pues con la intención de hacerlo más visible, más honesto y más transparente, es posible diseñar actuaciones que beneficien a más actores sociales, individuales y colectivos; ello bajo el respeto y reconocimiento de otras formas de activar el pasado que se encuentren fuera del foco de la institucionalidad pues, no somos los arqueólogos quienes debemos preformar, preestablecer o predefinir las maneras en que la gente se vincule con su pasado material (al mejor estilo de los políticos)... “la gente” ya lo hace, y que nos parezca positiva o negativa — o ignorante—, es un problema nada resuelto de nuestra parte; de lo contrario, solo estamos ejerciendo autoridad sobre otros al violentar sus dinámicas sociales y culturales.

En todo caso, menos daño hacemos dedicándonos solo a investigar.



## REFERENCIAS CITADAS

- Anderson, B. (1993). *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Anderson, K., Beekman, C., y Herdía Espinoza, V. (2013). The Ex-Laguna de Magdalena and pre-Columbian settlement in Jalisco, Mexico: The integration of Archaeological and Geomorphological datasets. *Royal Geographic Society, Annual International Conference*. Londres.
- Aronson, M. (1993). Technological Change: West Mexican Mortuary Cenuics. *Tesis para obtener el grado de Doctor*. Tucson: Universidad de Arizona.
- Beekman, C. (1996). The Long-Term Evolution of a Political Boundary: Archaeological Research in Jalisco, México. *Tesis para obtener el grado de Doctor*. Nashville: Universidad de Vanderbilt.
- \_\_\_\_\_ (1998). Population Estimates in the La Venta Corridor, Highland Jalisco, and their Implications for the Teuchitlan Tradition. *Paper presentado en el Midwestern Mesoamerican Meetings East Lansing*. Michigan.
- Beekman, C. y Weigand, P. (2000). *La Cerámica Arqueológica de la Tradición Teuchitlán, Jalisco*. Zamora: El Colegio de Michoacán y Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco.
- Bermejo, J. (2006). La Ideología del Patrimonio y el Nacimiento de la Historia Basura. *Gallaecia* (25), 289-304.
- Bernal, I. (1968). *El Mundo Olmeca*. México: Porrúa.

- Binford, L. (1988). *En Busca del Pasado*. Barcelona: Gedisa.
- Blanco, E. (2009). El juego de pelota en la tradición Teuchitlán: hacia una propuesta sobre su función social. *Tesis para obtener el grado de Maestra*. La Piedad: El Colegio de Michoacán, A.C.
- Bonfil Batalla, G. (2003). Nuestro Patrimonio Cultural: un laberinto de significados. En *Patrimonio Cultural y Turismo* (Vol. Cuadernos 3. Pensamiento acerca del Patrimonio Cultural. Antología de Textos). México: Conaculta.
- Braniff, B. (1989). Oscilación de la Frontera Mesoamericana: un nuevo ensayo. *Arqueología* (1, 2da. época), 99-114.
- Braudel F. (1979). *La Historia y las Ciencias Sociales*. Madrid: Alianza.
- Cabrero, M. (1992). La Cultura Bolaños como respuesta a una Tendencia Expansiva. En B. Boehm de Lameiras, y P. Weigand (Edits.), *Origen y Desarrollo de la Civilización en el Occidente de México* (pp. 339-358). Zamora: El Colegio de Michoacán, A.C.
- Cardona Machado, H. (2012). Viejos Conceptos para un Nuevo Contexto. *Antípoda* (14), 185-208.
- Carman, J. (2002). *Archaeology and Heritage: an Introduction*. Londres: Continuum.
- Carrera Damas, G. (2008). *Formación Histórico Social de Venezuela*. Caracas: Centros de Estudio del Desarrollo, Universidad Central de Venezuela.
- Contreras, F. (2002). Cinco Tesis sobre el Nacionalismo. *Revista de Estudios Políticos* (118), 257-290.
- Cottom, B. (2001). Patrimonio Cultural Nacional: El Marco Jurídico y Conceptual. *Derecho y Cultura* (4), 79-107.
- Criado-Boado, F. (1993). Límites y posibilidades de la arqueología del paisaje. *Spal*, (2), 9-55.

- Dansac, Y. (2012). *Objetos y Espacios Mitológicos en Teuchitlán: Narrativas generacionales sobre los vestigios prehispánicos. Tesis para obtener el grado de Maestra.* Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Delfino, D., y Rodríguez, P. (1992). La Re-creación del Pasado y la Invención del Patrimonio Arqueológico. *Publicar - En Antropología y Ciencias Sociales*, 1(2), 29-68.
- Díaz-Andreu, M. (2001). Guest editor's introduction. Nationalism and archaeology. *Nations and Nationalism*, 7(4), 429-440.
- \_\_\_\_\_ (2002a). Nacionalismo. En C. Orser (Ed.), *Encyclopedia of Historical Archaeology* (pp. 379-380). Londres y Nueva York: Routledge.
- \_\_\_\_\_ (2002b). Nacionalismo. En C. Orser (Ed.), *Encyclopedia of Historical Archaeology* (pp. 379-380). Londres y Nueva York: Routledge.
- \_\_\_\_\_ (2007). *A World History of Nineteenth-Century Archaeology. Nationalism, Colonialism, and the Past.* Oxford: Oxford University Press.
- \_\_\_\_\_ (2015). Ethnic Identity and Ethnicity in Archaeology. En J. Wright (Ed.), *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences* (Vol. 8, pp. 102-105). Oxford: Elsevier.
- Dietler, M. (1994). "Our Ancestors the Gauls": Archaeology, Ethnic Nationalism, and the Manipulation of Celtic Identity in Modern Europe. *American Anthropologist*, 96(3), 584-605.
- Esparza, R. (2009). El Comercio de la Obsidiana en los Valles Centrales de Jalisco. Estudios recientes. En E. Williams, L. López Mestas, y R. Esparza (Edits.), *Las Sociedades Complejas del Occidente de México en el Mundo Mesoamericano: Homenaje al Dr. Phil C. Weigand* (pp. 117-134). Zamora: El Colegio de Michoacán, A.C.
- Fahlander, F. (2004). Archaeology and Anthropology – Brothers in Arms?: On Analogies in 21st–Century Archaeology. En F. Fahlander y T. Oestigaard (Edits.), *Material Culture*

*and Other Things: Post-disciplinary Studies in the 21st Century*, Gotarc, Series C, No. 61. (pp. 185-211). Vällingby: Elanders Gotab.

- Falser, M., y Juneja, M. (2013). Introduction. En M. Falser, y M. Juneja (Edits.), *'Archaeologizing' Heritage? Transcultural Entanglements between Local Social Practices and Global Virtual Realities* (pp. 1-18). Berlín: Springer.
- Feinman, G. (1998). Scale and Social Organization: Perspectives on the Archaic State. En G. Feinman y J. Marcus (eds.), *Archaic States* (pp. 95-133). Santa Fe, Nuevo México: School of American Research Press.
- Finley, M. (1977). *Uso y Abuso de la Historia*. Barcelona: Crítica.
- Flannery, K. y Marcus, J. (1994). On the Perils of 'Politically Correct' Archaeology. *Current Anthropology*, 35(4), 441-442
- Foucault, M. (1978). *Las Palabras y las Cosas*. México: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_ (1999). *Estética, Ética y Hermenéutica. Obras Esenciales III*. Barcelona: Paidós.
- \_\_\_\_\_ (2002a). *La Arqueología del Saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_ (2002b). *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fowler, D. (1987). Uses of the Past: Archaeology in the Service of the State. *American Antiquity*, 52(2), 229-248.
- Fried, M. (1967). *The Evolution of Political Society: An Essay in Political Anthropology*. Nueva York: Random House.
- Gándara, M. (1992). *La Arqueología Oficial Mexicana: Causas y Efectos*. México: INAH.
- García Márquez, G. (1989). *El General en su Laberinto*. Bogotá: Oveja Negra.
- Gertz, A. (1976). *La Defensa Jurídica y Social del Patrimonio Cultural*. México: Fondo de Cultura Económica.

- \_\_\_\_\_ (1980). La Defensa Jurídica y Social del Patrimonio Cultural. En J. Litvak, L. González, y M. González (Edits.), *Arqueología y Derecho en México*. México: UNAM.
- Gfeller, A. (2013). Negotiating the Meaning of Global Heritage: 'cultural landscapes' in the UNESCO World Heritage Convention, 1972-1992. *Journal of Global History*, 8(3), 483-503.
- Graham, B. (2002). Heritage as Knowledge: Capital or Culture? *Urban Studies*, 39(5-6), 1003-1017.
- Graham, B., y Howard, P. (2008). Heritage and Identity. En B. Graham, y P. Howard (Edits.), *The Ashgate Research Companion to Heritage and Identity* (pp. 1-15). Londres: Ashgate.
- Gramsch, A. (2000). 'Reflexiveness' in Archaeology, Nationalism, and Europeanism. *Archaeological Dialogues*, 7(1), 4-19.
- Handler, R., y Linnekin, J. (1984). Tradition, Genuine or Spurious. *Journal of American Folklore*, 97(385), 273-290.
- Harris, M. (1982). *Materialismo Cultural*. Madrid: Alianza.
- Harvey, D. (2001). Heritage Pasts and Heritage Presents: Temporality, Meaning and the Scope of Heritage Studies. *International Journal of Heritage Studies*, 7(4), 319-338.
- Haas, J. (1982). *The Evolution of the Prehistoric State*. Nueva York: Columbia University Press.
- Heredia Espinoza, V. Y. (2014). Avances Recientes en la Arqueología de los Valles de Tequila: 1,800 años de ocupación. *Papel presentado en La investigación Arqueológica en Occidente. Balances y perspectivas*. Guadalajara.
- Heredia Espinoza, V. Y. (2017). Long-Term Regional Landscape Change in the Northern Tequila Region of Jalisco, Mexico. *Journal of Field Archaeology* (en prensa).

- Hernández, J. (2013). *Paisaje y Creación de Valor: la Transformación de los Paisajes Culturales del Agave y del Tequila*. Zamora: El Colegio de Michoacán, A.C., Fideicomiso "Felipe Teixidor y Monserrat Alfau de Teixidor".
- Herrejón Villicaña, J. (2008). La Joyita. Un primer acercamiento a los Espacios Domésticos de la Tradición Teuchitlán. En P. C. Weigand, R. Esparza, y C. Beekman (Edits.), *Tradición Teuchitlán* (pp. 63-87). Zamora: El Colegio de Michoacán, A.C., Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco.
- Hurtado, S. (1990). *Ferrocarriles y Proyecto Nacional en Venezuela: 1870-1925*. Ediciones FaCES, Universidad Central de Venezuela.
- Intituto Nacional de Antropología e Historia, Gobierno de Jalisco. (2004). *El Paisaje Agavero y las Antiguas Instalaciones Industriales de Tequila, México. Expediente Técnico de Postulación para la Lista del Patrimonio Mundial UNESCO*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Gobierno del Estado de Jalisco, Jalisco.
- Jackson, J. (1984). *Discovering the Vernacular Landscape*. New Haven: Yale University Press.
- Jiménez, A. (2007). Puntuaciones en torno a la Historia Normativa del Patrimonio Cultural. En *Perspectivas de la Investigación Arqueológica. Homenaje a Gustavo Vargas* (Vol. II, pp. 51-66). México: Programa de mejoramiento del profesorado (PROMEP), Subsecretaría de Educación Superior (SES); CONACULTA - INAH.
- Joyce, R. (2008). Critical Histories of Archaeological Practice: Latin American and North American Interpretations in a Honduran Context. En J. Habu, C. Fawcett, y J. M. Matsunaga (Edits.), *Evaluating Multiple Narratives. Beyond Nationalist, Colonialist, Imperialist Archaeologies* (pp. 56-68). Nueva York: Springer.
- Kingman, E., y Prats, L. (2008). El Patrimonio, la Construcción de las Naciones y las Políticas de Exclusión. *Diálogo sobre la Noción de Patrimonio. Centro-h*, 1, 87-97.

- Kirchhoff, P. (2000). Mesoamérica. *Dimensión Antropológica*, 19, 15-32. Recuperado el 16 de Julio de 2015, de Dimensión Antropológica:  
<http://www.dimensionantropologica.inah.gob.mx/?p=1031>
- Klein, S. (1964). Review de Key Economics Areas in Chinese History; As Revealed in the Development Public Works for Water-Control, Ch'ao-ting Chi. *The Journal of Asian Studies*, 23(3), 469-469.
- Kohl, P. (1998). Nationalism and Archaeology: On the Constructions of Nations and the Reconstructions of the Remote past. *Annual Review of Anthropology*, 27, 223-246.
- Kohl, P., y Fawcett, C. (2000). Archaeology in the Service of the State: Theoretical Considerations. En P. Kohl, y C. Fawcett (Edits.), *Nationalism, Politics, and the Practice of Archaeology* (pp. 3-18). Cambridge: Cambridge University Press.
- Lameiras Olivera, J. (1993). Introducción. En P. C. Weigand, *Evolución de una Civilización Prehispánica: arqueología de Jalisco, Nayarit y Zacatecas* (pp. 9-20). Zamora: El Colegio de Michoacán, A.C.
- León O'Farrill, I. (2010). Nacionalismo Mexicano, algunas aproximaciones. *Athenea Digital* (19), 213-225.
- Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión. (1938). *Ley Orgánica del Instituto Nacional de Antropología e Historia* (reformada en 1988). México: Diario Oficial de la Federación.
- 
- \_\_\_\_\_ (1972). *Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas* (reformada en 2012). México: Diario Oficial de la Federación.
- 
- \_\_\_\_\_ (1975). *Reglamento Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas* (reformado en 1993). México: Diario Oficial de la Federación.

- Lightfoot, K. (2001). Traditions as Cultural Production: Implications for Contemporary Archaeological Research. En T. R. Pauketat (Ed.), *The archaeology of traditions: agency and history before and after Columbus*. Gainesville: University Press of Florida.
- Lira, J. J. (2013). Nuevo Escenario para el Desarrollo Local en el Municipio de Teuchitlán: Gestión del Patrimonio Arqueológico y Turismo, 2000-2012. *Tesis para obtener el grado de Maestro*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, CUCSH.
- Litvak, J. (1975). Posiciones Teóricas en la Arqueología Mesoamericana. *XIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, 19-21.
- Litvak, J. (1980). Algunos conceptos sobre el problema de la acción legal en arqueología Mexicana. En J. Litvak, L. González, y M. González (Edits.), *Arqueología y Derecho en México* (pp. 47-53). México: UNAM, IIA, IJJ.
- López Aguilar, F. (2000). En la mirada del arqueólogo, una Mesoamérica ciega (entre mesoamericanistas te veas). *Dimensión Antropológica*, 19(7), 97-119.
- López Aguilar, F. (2002). La Noción de Patrimonio entre lo Local y lo Global, una Mirada al Patrimonio Cultural Arqueológico. *Revista de Arqueología Americana*, 21, 155-169.
- López Camacho, M. (2008). El Caso Particular de la Legislación sobre los Monumentos Arqueológicos. *Revista de la Facultad de Derecho de México*, 249, 185-204.
- López Mestas, L. (2011). Ritualidad, Prestigio y Poder en el Centro de Jalisco durante el Preclásico Tardío y Clásico Temprano. Un Acercamiento a la Cosmovisión e Ideología en el Occidente del México Prehispánico. *Tesis para optar al grado de Doctor*. Guadalajara: CIESAS.
- López Mestas, L., y López Cruz, C. (2002). La Arqueología del Occidente de México durante el siglo XX. (R. Fernández, R. Ávila, y G. de la Peña, Edits.) *Estudios del Hombre* (13-14), 14-60.
- Lowenthal, D. (1997). History and Memory. *The Public Historian*, 19(2), 30-39.



- \_\_\_\_\_ (1998a). *El Pasado es un País Extraño*. Madrid: Akal.
- \_\_\_\_\_ (1998b). Fabricating Heritage. *History and Memory*, 10(1), 5-24.
- \_\_\_\_\_ (2009). *The Heritage Crusade and the Spoils of History*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Matos Moctezuma, E. (1979). Las Corrientes Arqueológicas en México. *Nueva Antropología*, III(12), 7-26.
- Matthews, C. (2002). *An Archaeology of History and Tradition. Moments of Danger in the Annapolis Landscape*. Nueva York: Springer Science+Business Media.
- Meggers, B. J. (1995). The Coming of Age of American archeology. En M. Newman (Ed.), *New Interpretations on Aboriginal American Culture History* (pp. 116-129). Washington: Anthropological Society of Washington.
- Meskell, L. (2002). The Intersections of Identity and Politics in Archaeology. *Annual Review of Anthropology*, 31, 279-301.
- Mountjoy, J. (2000). La Evolución de Sociedades Complejas en el Occidente: una Perspectiva Comparada. En R. Townsend, y C. Gutiérrez Arce (Edits.), *El Antiguo Occidente de México: Arte y Arqueología de un Pasado Desconocido* (pp. 255-270). México: Art Institute of Chicago, Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, y Tequila Sauza S.A.
- \_\_\_\_\_ (2012). *El Pantano y otros sitios del Formativo Medio en el Valle de Mascota, Jalisco*. Guadalajara: Secretaría de Cultura. Gobierno de Jalisco, Universidad de Guadalajara, Ayuntamiento de Macota.
- Mountjoy, J., y Weigand, P. (1975). The Prehispanic Settlement Zone at Teuchitlan, Jalisco. *Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas*, (pp. 353-363). México.
- Negrete Olivé, J., y Cottom, B. (1997). *Leyes estatales en materia del patrimonio cultural*. México: INAH-Conculta.

- Ohnersorgen, M. y Varien, M. (1996). Formal Architecture and Settlement Organization in Ancient West Mexico. *Ancient Mesoamerica*, 7, 103-120.
- Olivera Toro, J. (1980). Organización administrativa pública en materia de arqueología. En J. Litvak, L. González, y M. González (Edits.), *Arqueología y Derecho en México. (Arqueología y Derecho) Serie Antropológica*, 23 (pp. 113-124). México: UNAM, IIA, III.
- Oliveros, A. (2006). *El espacio de la Muerte*. Zamora: El Colegio de Michoacán-INAH.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. (1972). *Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural*. París: UNESCO.
- \_\_\_\_\_ (2008).  
*Directrices Prácticas para la aplicación de la Convención del Patrimonio Mundial*. París: UNESCO.
- Palacios, G. (2012). Los Bostonians, Yucatán y los primeros rumbos de la Arqueología Americanista Estadounidense, 1875-1894. *Historia Mexicana*, LXII(1), 105-193.
- \_\_\_\_\_ (2015). El Cónsul Thompson, los Bostonians y la formación de la Galaxia Chichén, 1893-1904. *Historia Mexicana*, LXV(1), 167-289.
- Pauketat, T. (2001). *The Archaeology of Traditions*. Gainesville: University Press of Florida.
- \_\_\_\_\_ (2007). *Chiefdoms and Other Archaeological Delusions*. Nueva York: AltaMira Press.
- Plumb, J. (1974). *La Muerte del Pasado*. Barcelona: Barral.
- Prats, L. (1996). Antropología y Patrimonio. En J. Prat, y Á. Martínez (Edits.), *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat* (pp. 294-299). Barcelona: Ariel.
- \_\_\_\_\_ (1998). El Concepto de Patrimonio Cultural. *Política y Sociedad*, 27, 63-76.

- \_\_\_\_\_ (2003). Patrimonio+Turismo=¿desarrollo? *Pasos*, 1(2), 127-136.
- \_\_\_\_\_ (2004). *Antropología y Patrimonio*. Barcelona: Ariel.
- \_\_\_\_\_ (2005). Concepto y Gestión del Patrimonio Local. *Cuadernos de Antropología Social*, 21, 17-35.
- Real Academia Española de la Lengua. (2014). *Diccionario de la Lengua Española* (23° ed.).
- Rojas, T. (1991). *Pedro Armillas: Vida y Obra* (Vol. I). México: INAH-CIESAS.
- Rössler, M. (2002). Los Paisajes Culturales y La Convención del Patrimonio Mundial Cultural y Natural: Resultados de Reuniones Temáticas Previas. En E. Mujica Barrera (Ed.), *Paisajes Culturales en los Andes. Memoria Narrativa, Casos de Estudio, Conclusiones y Recomendaciones de la Reunión de Expertos de 1998* (pp. 47-55). Arequipa y Chivay, Perú: UNESCO.
- \_\_\_\_\_ (2008). Applying Authenticity to Cultural Landscapes. *Journal of Preservation Technology*, 39(2-3), 47-52.
- Said, E. (2008). *Orientalismo*. Barcelona: Debolsillo.
- Sahlins, M., y Service, E. (1960). *Evolution and Culture*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- Scham, S. (1998). Mediating Nationalism and Archaeology: A Matter of Trust? *American Anthropologist*, 100(2), 301-308.
- Schöndube, O. (1974). Algunas Consideraciones sobre la Arqueología del Occidente de México. En B. Bell (Ed.), *The Archaeology of West Mexico* (pp. 1-5). México: Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México.
- \_\_\_\_\_ (1980). El Horizonte Formativo en el Occidente. En J. Muría (Ed.), *Historia de Jalisco* (Vol. I, pp. 141-170). Guadalajara: Gobierno de Jalisco.

- Schroeder, F. (1984). Legislación protectora de los monumentos y zonas de monumentos en México. En J. Soberanes (Ed.), *Memoria del III Congreso de Historia del Derecho Mexicano (1983)* (Vols. Serie C: Estudios HistóricosS, Núm. 17, pp. 669-684). México: Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM.
- Serra Puche, M. (2012). La Vida Cotidiana en Xochitécatl-Cacaxtla. *Arqueología Mexicana*, XIX(117), 38-45.
- Serra Puche, M., y Lazcano Arce, J. (2009). Producción, Circulación y Consumo de la Bebida del Mezcal Arqueológico y Actual. *Caminos y mercados de México (Serie Historia General, 23)*. (J. Long Towell, y A. Attolini Lecón, Edits.) México: UNAM-IIA, INAH. Recuperado el junio de 2016, de <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/caminosymercados/mercados.html>
- Smith, L. (2001). Archaeology and the Governance of Material Culture: A Case Study from South-Eastern Australia. *Norwegian Archaeological Review*, 34(2), 97-105.
- \_\_\_\_\_ (2006a). *Uses of Heritage*. Oxford: Routledge.
- \_\_\_\_\_ (2006b). *Archaeological Theory and the Politics of Cultural Heritage*. Londres: Routledge.
- \_\_\_\_\_ (2009). Class, Heritage and the Negotiation of Place. *Missing Out on Heritage: Socio-Economic Status and Heritage Participation*. Londres: Conferencia English Heritage.
- \_\_\_\_\_ (2011). El "Espejo Patrimonial" ¿Ilusiones Narcisistas o Reflexiones Múltiples? *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* (12), 39-63.
- \_\_\_\_\_ (2012). *Discourses of Heritage: Implications for Archaeological Community Practice*. Recuperado el 14 de febrero de 2014, de Nuevo Mundo Mundos Nuevos: <http://nuevomundo.revues.org/64148>

- Southall, A. (1988). The Segmentary State in Africa and Asia. *Comparative Studies. Society and History*, 30, 52-82.
- Steward, J. (1979). *Theory of Culture Change: The Methodology of Multilinear Evolution*. Urbana: University of Illinois Press.
- Stuart, G. (2003). Pre-Hispanic Sociopolitical Development and Wetland Agriculture in the Tequila Valleys of West Mexico. *Tesis para obtener el grado de Doctor*. Ann Harbor: Universidad Estatal de Arizona.
- Stuart, G. (2005). Agricultura de Tierras Húmedas en el Núcleo de la Tradición Teuchitlán. En E. Williams, y P. Weigand (Edits.), *El Antiguo Occidente de México* (pp. 185-2009). Zamora: El Colegio de Michoacán, A.C.
- Townsend, R. (Ed.). (2000). *El Antiguo Occidente de México. Arte y Arqueología de un Pasado Desconocido* (2 ed.). Guadalajara: Secretaría de Cultura Gobierno de Jalisco, Art Institute of Chicago, Tequila Sauza.
- Trigger, B. (1984). Alternative Archaeologies: Nationalist, Colonialist, Imperialist. *Man, New Series*, 19(3), 355-370.
- \_\_\_\_\_ (1992). *Historia del Pensamiento Arqueológico*. Barcelona: Crítica.
- \_\_\_\_\_ (2005). Romanticism, Nationalism, and Archaeology. En P. Kohl, y C. Fawcett (Edits.), *Nationalism, Politics, and the Practice of Archaeology* (pp. 263-279). Cambridge: Cambridge University Press.
- Trouillot, M. (1995). *Silencing the Past: Power and Production of History*. Boston: Beacon Press.
- van Dijk, T. (1978). *La Ciencia del Texto*. México: Paidós.
- \_\_\_\_\_ (1980). *Estructuras y Funciones del Discurso*. México: Siglo XXI.
- Vázquez León, L. (2003). *El Leviatán Arqueológico. Antropología de una Tradición Científica en México*. México: CIESAS.

Waterton, E., y Smith, L. (2009). There is no such Thing as Heritage. En L. Smith, y E. Waterton (Edits.), *Taking Archaeology out of Heritage* (pp. 10-26). Newcastle: Cambridge Scholars Publishing.

\_\_\_\_\_ (2010). The Recognition and Misrecognition of Community Heritage. *International Journal of Heritage Studies*, 16(1-2), 4-15.

Waterton, E., Smith, L., y Campbell, G. (2006). The Utility of Discourse Analysis to Heritage Studies: The Burra Charter and Social Inclusion. *International Journal of Heritage Studies*, 12(4), 339-355.

Weigand, P. (1976). Circular Ceremonial Structure Complexes in the Highlands of Western Mexico. En R. Pickering (Ed.), *Archaeological frontiers : papers on New World high cultures in honor of J. Charles Kelley* (pp. 183-227). Carbondale: University Museum and Art Galleries, Southern Illinois University.

\_\_\_\_\_ (1979). The Formative-Classic and Classic-Postclassic Transitions in the Teuchitlán-Etzatlán Zone, Jalisco. *Procesos de Cambio, XV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, (pp. 413-424). México.

\_\_\_\_\_ (1985). Evidence for Complex Societies during the Western Mesoamerican Classic Period. En M. Foste, y P. Weigand (Edits.), *The Archeology of West and Northwest Mesoamerica* (pp. 47-91). Boulder, Colorado: Westview Press.

\_\_\_\_\_ (1990). The Teuchitlán Tradition of Western Mesoamerica. En A. Cardos de Méndez (Ed.), *La Época Clásica: Nuevos Hallazgos, Nuevas Ideas* (pp. 25-54). México: Museo Nacional de ANtropología, INAH.

\_\_\_\_\_ (1991). Teuchitlán and Central México: Geometry and Cultural Distance. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, XVI(62), 23-34.

\_\_\_\_\_ (1992a). Introducción. En B. Boehm, y P. Weigand (Edits.), *Origen y Desarrollo de la Civilización del Occidente de México* (pp. 13-26). Zamora: Colegio de Michoacán.

- \_\_\_\_\_ (1992b). Ehecatl: ¿Primer Dios Supremo del Occidente? En B. Boehm de Lameiras, y P. Weigand (Edits.), *Origen y desarrollo de la civilización en el Occidente de México* (pp. 205-238). Zamora: El Colegio de Michoacán, A.C.
- \_\_\_\_\_ (1993). *Evolución de una Civilización Prehispánica; Arqueología de Jalisco, Nayarit, y Zacatecas*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- \_\_\_\_\_ (1995). Introducción. En E. Williams, y P. Weigand (Edits.), *Arqueología del Occidente y Norte de México* (pp. 11-28). Zamora: El Colegio de Michoacán, A.C.
- \_\_\_\_\_ (1996). La Evolución y Ocaso de un Núcleo de Civilización: la Tradición Teuchitlán y la Arqueología de Jalisco. En E. Williams, y P. Weigand (Edits.), *Las Cuencas del Occidente de México: Época Prehispánica* (pp. 185-246). Zamora: El Colegio de Michoacán.
- \_\_\_\_\_ (2000). El Ecúmene Mesoamericano: ¿Un Ejemplo de Sobre-Especialización? *Relaciones*, XXI(82), 41-58.
- \_\_\_\_\_ (2002). La arqueología de Jalisco, vista desde el colapso de la Tradición Teuchitlán. En P. Weigand (Ed.), *Estudio Histórico y Cultural sobre los Huicholes* (pp. 157-178). Zamora: El Colegio de Michoacán.
- \_\_\_\_\_ (2004). Arqueología del Centro-Oeste de Jalisco: la Tradición de Teuchitlán. En B. Braniff (Ed.), *Introducción a la Arqueología del Occidente de México* (pp. 309-338). México: Universidad de Colima/INAH.
- \_\_\_\_\_ (2007a). States in Prehispanic Western Mesoamérica. En V. Scarborough, y J. Clark (Edits.), *The Political Economy of Ancient Mesoamerica: Transformations during the Formative and Classic Periods* (pp. 101-113). Albuquerque: University of New Mexico Press.
- \_\_\_\_\_ (2007b). Implicaciones de la Centralización Excesiva de la Política de Decisiones para la Arqueología, con Referencia Especial al Occidente. *Istor*, VIII(29), 47-56.

- \_\_\_\_\_ (2008a). La Tradición Teuchitlán del Occidente de México: Excavaciones en los Guachimontones de Teuchitlán, Jalisco. En P. Weigand, C. Beekman, y R. Esparza (Edits.), *Tradición Teuchitlán* (pp. 29-62). Zamora: El Colegio de Michoacán.
- \_\_\_\_\_ (2008b). La tradición Teuchitlán del Occidente de México: excavaciones en los Guachimontones de Teuchitlán, Jalisco/The Teuchitlan Tradition and the excavations at the Guachimontones de Teuchitlan, Jalisco. En W. Sanders, A. G. Mastache, y R. Cobean (Edits.), *El urbanismo en Mesoamerica/Urbanism in Mesoamerica* (Vol. 2, pp. 558-592). INAH y The Pennsylvania State University.
- \_\_\_\_\_ (2008c). Jaime Litvak and the Teuchitlan Tradition of Western Mesoamerica. En P. Schmidt Schoenberg, E. Ortiz Díaz, y J. Santos Ramírez (Edits.), *Tributo a Jaime Litvak King* (pp. 267-284). México: UNAM, IIA.
- \_\_\_\_\_ (2009a). El Estado Segmentario en el Occidente de Mesoamérica. En E. Williams, L. López Mestas, y R. Esparza (Edits.), *Las Sociedades Complejas del Occidente de México en el Mundo Mesoamericano. Homenaje al Dr. Phil C. Weigand* (pp. 53-74). Zamora: El Colegio de Michoacán, A.C.
- \_\_\_\_\_ (2009b). La Tradición Teuchitlán y su presencia en Colima. En J. Reyes (Ed.), *Memoria V Foro Colima y su Región Arqueología, Antropología e Historia* (pp. 1-16). Zamora: El Colegio de Michoacán.
- \_\_\_\_\_ (2010). El Estado Segmentario en el Occidente de Mesoamérica. *Ecúmene*, 1(1), 3-31.
- \_\_\_\_\_ (2011). El Paisaje Cultural de la Tradición Teuchitlán. Consideraciones Metodológicas para su Evaluación y Caracterización. En E. Williams, M. García, P. Weigand, y M. Gándara (Edits.), *Mesoamérica. Debates y Perspectivas* (pp. 241-263). Zamora: El Colegio de Michoacán, A.C.
- Weigand, P., y Beekman, C. (2000). La Tradición Teuchitlán: Surgimiento de una Sociedad Parecida al Estado. En R. Townsend, y C. Gutiérrez Arce (Edits.), *El Antiguo Occidente de México: Arte y Arqueología de un Pasado Desconocido* (pp. 38-55).



México: Art Institute of Chicago, Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, y Tequila Sauza S.A.

\_\_\_\_\_ (2008). Introducción. En P. Weigand, C. Beekman, y R. Esparza (Edits.), *Tradición Teuchitlán* (pp. 15-28). Zamora: El Colegio de Michoacán.

Weigand, P., y García de Weigand, A. (2005). El Juego de Pelota Monumental de Los Guachimontones, Teuchitlán, Jalisco. En E. Williams, P. Weigand, L. López Mestas, y D. Grove (Edits.), *El Antiguo Occidente de México: Nuevas Perspectivas sobre el Pasado Prehispánico* (pp. 45-72). Zamora: El Colegio de Michoacán, A.C.

Weigand, P., García de Weigand, A. y Glascock, M. (2004). La Explotación de Obsidiana del Centro-Oeste de Jalisco. En E. Williams (Edit.), *Bienes Estratégicos del Antiguo Occidente de México. Producción e Intercambio* (pp. 113-135). Zamora: El Colegio de Michoacán, A.C.

White, L. (1943). Energy and the Evolution of Culture. *American Anthropologist (New Series)*, 45(3), 335-356.

\_\_\_\_\_ (1982). *La Ciencia de la Cultura. Un estudio sobre el hombre y la civilización*. Barcelona: Paidós.

Willey, G., y Phillips, P. (1958). *Method and Theory in American Archaeology*. Chicago: The University of Chicago Press.

Williams, E. y Weigand P. (1997). Adela Breton y los inicios de la Arqueología en el Occidente de México. *Relaciones*, XVIII(70), 217-255.

\_\_\_\_\_ (2011). Mesoamérica, Debates y Perspectivas a través del Tiempo. En E. Williams, M. García, P. Weigand, y M. Gándara (Edits.), *Mesoamérica. Debates y Perspectivas* (pp. 23-44). Zamora: El Colegio de Michoacán.

Yoffee, N. (1993). Too Many Chiefs? En N. Yoffee, y A. Sherrat (Edits.), *Archaeological Theory: Who Sets the Agenda?* (pp. 60-78). Cambridge: Cambridge University Press.

## ANEXOS

### *Guion entrevistas: arqueólogos*

#### Presentación

La siguiente entrevista pretende recabar toda la información necesaria sobre los diferentes momentos y procesos articulados con la actual Zona Arqueológica Los Guachimontones, detallando los aspectos que pueden considerarse relevantes para considerar la actuación sobre el sitio a manera de formas de activar el pasado material (puesta en valor), considerando el desarrollo formal e informal de los proyectos en la zona, así como actores (individuales y colectivos) que incidieron en ello, dando importancia a su procedencia institucional y etapas en las que participaron.

Deseamos pues reconstruir este proceso de activación a través de los niveles de utilidad de la zona: desde conformarse como registro arqueológico hasta su definición formal como recurso cultural.

#### Parte I. Variable: Activación del Pasado Material

##### Sub-variable: Selección

##### Hallazgo del sitio arqueológico

- ¿Quién consigue/descubre el sitio?
  - ¿Cómo se supo del sitio?
  - ¿Quién o quiénes le informaron?
  - ¿Propietario(s)?
- ¿En qué fecha se conoce/visita por primera vez?
  - ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se supo hasta que se visitó?
- ¿Importancia para la comunidad?

- ¿Algún otro actor o colectivo social o individual estaba interesado en el sitio?
- ¿Qué actividad se realizaba allí?
  - ¿Quién o quiénes?

#### Delimitación del sitio arqueológico: límites espaciales y temporales

- Primeras visitas formales al sitio
  - ¿Dónde se encuentran los datos?
  - ¿Publicados?
- Estrategias sobre el sitio. Prospecciones y recorridos
  - ¿Quiénes lo realizan? (¿Financiamiento?)
- Primeras conclusiones
  - ¿asociadas a culturas, tradiciones o complejos arqueológicos conocidos?
- Límites físicos del sitio
  - ¿cuándo se establecieron por primera vez?
  - ¿criterios o argumentos?
  - ¿han variado? ¿Razones? (científicas, políticas administrativas)
  - ¿articulación con límites actuales? ¿concordancia con los establecidos por la declaratoria UNESCO?

#### Selección y exclusión del sitio: argumentos (científicos, administrativos, técnicos, políticos)

- ¿Criterios para delimitación?
  - ¿Quién o quiénes definen?
  - Científicos ¿perspectiva y argumentos? ¿quién presenta el proyecto?
  - Administrativos, presupuestarios ¿cómo influyó en la delimitación del sitio?
  - ¿Instituciones, actores que apoyaron?
- ¿Hubo quien se opusiera?
  - ¿Quiénes?
  - ¿Razones?
  - ¿Cómo se argumentaron estos?
- ¿Qué se excluyó dentro de los límites del sitio?
  - ¿Razones?
  - ¿Quién estableció estas razones? (considerar diferentes momentos en límites del sitio)

#### Importancia del sitio en la historia local y regional, argumentos esgrimidos desde la academia y la función política

- ¿Qué mencionan las comunidades cercanas sobre el sitio?
  - ¿Se registró sistemáticamente el impacto social sobre sectores sociales? ¿Quién?
  - ¿Qué representaba para diferentes sectores comunitarios?

- ¿Tuvo algún rol en la historia de Teuchitlán o Jalisco?
  - ¿En qué momento?
  - ¿Quién señala o establece esta relación?
- ¿Hubo o había proyectos sobre el sitio? (diferentes a los arqueológicos presentados por Weigand y siguientes)
  - ¿Quiénes le impulsan?
  - ¿Objetivos?
  - ¿Se procuraron ejecutar? Resultados
- Niveles de gobierno
  - ¿interés? ¿en qué aspecto?
  - ¿peticiones o exigencias? (considerando trayectoria histórica)
  - ¿conocimiento e interés en el sitio antes de primeros trabajos sistemáticos (1999 y posteriores)?
  - ¿Proyectos, pretensiones de actuación?
  - ¿planes, proyectos o ideas ejecutadas?

#### Pervivencia e identidades

- ¿A quién pertenecen los vestigios del sitio arqueológico?
  - ¿Legado de quién para quién? ¿argumentos?
- ¿Ha sido reclamado por alguien?
- ¿Importancia en la historia local?
  - ¿En la historia regional?
  - ¿Estadal?
  - ¿Nacional?
  - ¿Internacional?
- ¿Rol de los arqueólogos del proyecto?
  - ¿Argumentos, razones (metas públicas y privadas)?
- ¿Hubo algún discurso que articulara las sociedades actuales con las pasadas?
  - ¿Quiénes? argumentos
  - ¿resultados?
  - ¿se mantiene, ha variado, no existe formalmente?

Sub-variable: Ordenación

#### Tratamiento de datos: campo y laboratorio

- Primera jornada de campo formal
  - ¿Cuándo?
  - ¿Quién dirige?
  - ¿Quiénes participan?

- resultados generales - importantes
- Estrategias en campo subsiguientes
  - ¿quién definió?
  - ¿actores y participantes? (individuales y colectivos)
- Promotores o patrocinantes.
  - ¿Entes involucrados? (peticiones y compromisos)
  - ¿Quién o quiénes financian?
- Trabajo en laboratorio
  - ¿dónde?
  - ¿cuándo inician?
  - ¿quiénes han analizado?
  - ¿qué se ha analizado?
  - ¿técnicas?
- Sobre qué aspectos importantes se han volcado los datos obtenidos
  - conclusiones parciales más resaltantes

#### Tradición como concepto/modelo arqueológico vs culturas

- ¿Tradición en arqueología?
  - ¿Conoce alguna otra tradición arqueológica para el occidente mexicano?
  - ¿Para alguna otra zona de Mesoamérica?
- ¿" Tradición" es un concepto útil para describir o definir sociedades en un momento histórico determinado?
  - ¿útil en qué contexto?
  - ¿Cuándo no debería usarse?
- ¿Diferencias con conceptos como el de "Cultura" o "Complejo"?
  - ¿Por qué no "Cultura Teuchitlán"?
  - ¿llegó a plantearse alguna otra categoría?
- ¿" Ecúmene"?
  - ¿Relación con Mesoamérica?
  - ¿impacto en a la comunidad científica?
  - ¿impacto en otros ámbitos?
  - ¿Estrategia discursiva?

#### Definición de límites para el tratamiento histórico

- ¿Qué aporta la definición de la tradición Teuchitlán para la historia local, regional, estatal, nacional o internacional?
  - ¿Hasta qué punto puede mencionarse su incidencia?

- ¿Puede relacionarse o compararse con otras propuestas dentro de Mesoamérica? (tanto contemporáneas como anteriores o posteriores)
- ¿La tradición Teuchitlán, está dando respuestas a un “vacío” histórico con necesidad de ser llenado?
  - ¿Por qué? (superando el hecho de “conocer por conocer”)

#### Procesos burocráticos y articulación con el trabajo arqueológico

- Registro del sitio y materiales
  - ¿Quién lo realiza?
  - ¿Cuándo? (información sobre el informe)
- Restauración
  - ¿quién lo realiza?
  - ¿proveniencia de los fondos?
  - ¿Proyecto articulado?
  - ¿Supervisión?
  - ¿Rol del COLMICH, INAH, Gobernación de Jalisco, Municipalidad de Teuchitlán, Tequileros, otros actores?
- Relación INAH
  - ¿Proceso de catalogación del sitio y materiales?
  - ¿Investigaciones en el sitio?
  - ¿Proyectos en el sitio?
  - ¿Gestión del sitio? ... Acuerdos y desacuerdos
- COLMICH
  - ¿Razones por las que asume el manejo del sitio?
  - ¿Quién propone?
  - dificultades, manejo de la situación
  - ¿Situación legal actual?
  - ¿Amenazas en la pérdida de competencias?
- Gobernación de Jalisco
  - ¿Situación respecto a manejo y recursos?
- Proyecto Arqueológico Teuchitlán - Centro de Interpretación Guachimontones
  - ¿Articulación formal y no formal?
  - ¿Forma de trabajo e intercambio de información?
  - ¿Manejo conjunto de algunos ámbitos?
  - ¿Rendición de cuentas?

Sub-variable: Interpretación

“Descubrimiento”

- ¿Se “descubre” el sitio?
  - ¿Quién (o quiénes) se considera “descubridor”?
  - ¿Se reconoce a el/los personajes como “descubridores”?
  - ¿Ganó o ganaron relevancia como “descubridores”? ¿En qué contexto o espacio?
- ¿Detractores?
- Figura de Phil Weigand
  - ¿Cuál es su importancia?
  - ¿Dificultades / ventajas por no ser arqueólogo?
  - ¿Dificultades / ventajas por ser extranjero?
- ¿Otros actores relevantes durante la etapa de “descubrimiento”?
  - ¿Participación?
  - ¿Actualmente cómo se relacionan con el sitio?
- ¿Papel del COLMICH en el contexto de descubrimiento? (colectivo e individualidades)

#### Cambio y sustitución en el discurso histórico

- ¿Modificó la “historia” de la zona?
  - ¿Alcance? (local, regional, estatal, nacional, pan-nacional)
- Complejo de Simplicidad
  - ¿Lo conoce?
  - ¿Aciertos?
  - ¿Desaciertos?
  - ¿Está vigente como justificación?
- Musealización. Discurso
  - ¿Quién lo define?
  - ¿Propósito y alcance?
  - ¿Cómo se ha evaluado el impacto de la musealización en los niveles históricos?
  - ¿Se puede demostrar su incidencia, más allá de la arqueología académica? (fuentes de información).

#### Patrimonio y comunidad ¿patrimonio de quién?

- ¿De quién son estos vestigios?
  - ¿Bajo qué argumentos consideran esa “propiedad”?
  - ¿Quién debe definir esta vinculación?
  - ¿Es posible que los vínculos sean espontáneos o alejados de influencias académicas-políticas?
  - ¿Es este el caso?
- ¿Indicios de pervivencia para la tradición Teuchitlán?
  - ¿Cuáles, quién los determina?

- Caso contrario, ¿quién desestima la pervivencia?
- ¿argumentos?
- Sin pervivencia ¿Quiénes son los legatarios?

#### Patrimonio arqueológico vs monumento arqueológico

- Patrimonio como concepto no regulado (por leyes)
  - ¿Se considera patrimonio?
  - ¿alcances o posibilidades reales considerando su no concepción en leyes federales?
  - ¿Por qué no usar “patrimonio” (en leyes)?
- ¿Acuerdo / desacuerdo con el término “monumento”?
  - ¿” monumento” como estrategia de visibilización?
- ¿” patrimonio” como estrategia de “venta”?

#### Zona Arqueológica. Proceso de definición

- Figura legal de Zona Arqueológica
  - ¿Cuándo se otorga?
  - ¿Quién?
  - ¿Criterios?
  - ¿Se solicitó o se otorgó?
  - ¿Pros - Contras? (para investigación, musealización, gestión, otros)
- Relación INAH - COLMICH
  - ¿Acuerdos / desacuerdos?
  - ¿actores (individuales y colectivos) importantes?
  - ¿Intentos posteriores por cambiar acuerdos? ¿Quién los motiva? ¿Propósito?

#### Paisaje Cultural. Posibilidades a partir del trabajo arqueológico en el sitio

- Declaratoria UNESCO
  - ¿Cuándo comenzó la idea de una declaratoria?
  - ¿Quién fue el primero?
  - ¿Qué razones expuso?
  - ¿Actores involucrados?
  - ¿Quiénes NO fueron llamados a participar?
  - ¿Quiénes NO desearon participar?
- Papel de la arqueología
  - ¿Articulación con los arqueólogos para postulación?
  - ¿quién convocó?
  - ¿Quién acudió? razones dadas o recibidas
- ¿Papel del INAH?



- ¿Entes estatales (Jalisco) o locales (Teuchitlán) relacionados a la arqueología, historia, patrimonio?
- ¿Participación del PAT?
  - ¿áreas o espacios de participación?
  - ¿Hubo líneas o directrices acordadas?
- ¿Otros actores?: políticos, comunitarios, económicos, académicos
- ¿Cómo se articula el paisaje agavero con la zona arqueológica?
  - ¿importancia del uso antiguo/actual del agave?
  - ¿Hay una relación “real”?
- ¿Papel de los tequileros?
  - ¿razones para participar?
  - ¿Turismo?

---

Parte II. Variable: Formas Institucionalizadas de Activación del Pasado Material

Sub-variable: formas no oficiales

\*\*\*Referir a respuestas sobre “sitio arqueológico” y “patrimonio” (general)

Autoridad

- ¿Arqueología: responsabilidad y/o únicos capacitado para establecer formas de actuar sobre el pasado?

Sub-variable: formas oficiales

\*\*\*Referir a respuestas sobre “zona arqueológica”, “paisaje cultural”, “patrimonio arqueológico”

Autoridad

- ¿Arqueología: responsabilidad y/o únicos capacitado para establecer formas de actuar sobre el pasado?

---

Parte III. Variable: Elementos del Discurso Patrimonial Autorizado

Sub-variable: registro arqueológico

La comunidad científica

- ¿“Descubrimiento” y descubridores?
  - ¿Se “descubre” el sitio?
  - ¿Quién (o quiénes) se considera “descubridor”?
  - ¿Cuándo se “descubre”?
  - ¿Pugnas entre “descubridores”?
  - ¿Pugnas por “descubrimiento”?

- Figura de Phil Weigand
  - ¿cómo se inicia la definición de la zona como sitio arqueológico?
- ¿planteamiento ante instancias académicas (COLMICH, ENAH, INAH)?
  - ¿Apoyo ofrecido - obtenido?
  - ¿obstáculos?
- ¿postura actual de instancias académicas sobre control del registro arqueológico - investigaciones (posibilidades)?
- ¿postura actual de comunidad académica principal - COLMICH - posibilidades?
- Trabajos en el sitio, sus objetivos académicos y pretensiones sobre figuras de “patrimonio arqueológico” y “zona arqueológica”
  - ¿Quiénes definieron formas?
  - ¿unilateral o bilateral?
  - ¿objetivos del proyecto sobre el registro, correspondieron a proyectos de apertura o gestión del sitio?

#### Administración y gestión de los recursos

- ¿Quiénes solicitaron custodia del sitio? (argumentos)
  - ¿quiénes estaban interesados en estudios sobre el sitio?
- ¿Manejo político con autoridades y comunidades?

#### Discurso arqueológico y difusión, posibilidades, encuentros y desencuentros

- ¿Manejo respecto a información y difusión del sitio? (primeras etapas)
  - ¿Apoyo de medios?
- ¿Posibilidades como “objeto” de investigación? pasadas y futuras
- Fundamentaciones teóricas
  - ¿fueron suficientes para explicar hallazgos y análisis a partir de ellos? (fortalezas - debilidades)
    - Actualmente ¿son suficientes? ¿por qué?
- Trabajo en laboratorio
  - ¿cómo se realizó?
  - ¿quiénes?
  - ¿los métodos utilizados fueron los correctos?
  - ¿si-no por qué?
- Hacia qué dirección debe enfocarse el proyecto en el sitio
  - Teóricamente y metodológicamente
  - ¿aspectos históricamente planteados? superados, declinados ¿cómo se atendieron?
  - ¿aspectos que requieran atención urgente?
- Sobre Datos vs Análisis (como objeto de investigación)

- ¿coherencia, correlación?
- ¿Datos sustentan lo que se ha difundido sobre el sitio?
- ¿si-no por qué?
- relaciones y posibilidades con la función pública (local, estatal y nacional)
  - ¿actores interesados?
  - ¿actores incorporados?
  - ¿argumentos para su incorporación (regulatorio, financiera, política)?
  - ¿Manejo a través del tiempo?
  - ¿Aliados consecuentes?
  - ¿Apoyos - obstáculos?
- Sobre impacto social
  - ¿Se planteó usos sociales?
  - ¿desde qué momento del proyecto? ¿cuáles? trayectoria histórica de estos
  - ¿instrumentos propuestos para seguimiento?
  - ¿existieron perspectivas diferentes sobre impactos a grupos sociales? ¿Apoyo - obstáculos?
  - ¿relaciones de actores sociales (comunitarios) con el sitio arqueológico durante investigaciones?

Sub-variable: entidades con autoridad

“Tradicición arqueológica” en la práctica de la disciplina en México, y como influencia de otros contextos académicos

- ¿quién planteó “tradicición? ¿razones? ¿apoyo, oposición?
- ¿Frecuente, común? ¿es el arqueólogo quien el mejor/único capacitado para abordar estudios del pasado?

Apertura de sitios arqueológicos. Necesidades, finalidades

- ¿Objetivo de la investigación-proyectos es abrir sitios? ¿por qué si-no?, ¿para quiénes?
- ¿Quiénes solicitan abrir sitios?
- ¿beneficios para arqueólogos - arqueología?
- ¿beneficios para comunidades?
- ¿otros beneficiados?
- ¿relación de beneficios de otros actores vs arqueólogos - arqueología?

Arqueología, identidad nacional vs identidades subalternas

- Reivindicaciones
  - ¿propuesta de reivindicaciones identitarias para Teuchitlán?
  - ¿propuesta de reivindicaciones identitarias para Jalisco?

- ¿Es labor de la arqueología?
- ¿hay pervivencia sociocultural?
  - ¿cómo manejar la si-no pervivencia?
  - ¿quiénes?
  - ¿hay que conectar a los actuales habitantes con las sociedades que habitaron el sitio? ¿por qué?
- ¿rol del arqueólogo/arqueología de Jalisco/arqueología de México/arqueología en general, respecto a las identidades?
  - ¿cómo se debe manejar este aspecto desde trabajos en el sitio?
  - ¿Quién lo hace o debería hacerlo?
  - ¿beneficios concretos? ¿difusos?

#### Arqueología, divulgación y difusión

- Discurso arqueológico, divulgación, espacios de divulgación y alcances
  - ¿cómo ha sido -en general- la forma de divulgación del proyecto? ¿apoyos - obstáculos?
  - ¿quiénes lo han hecho?
  - ¿se propuso la existencia de un discurso homogéneo? ¿libertad de publicación?
  - ¿manejo entre divergencias?
- “Complejo de Simplicidad”
  - ¿lo conoce? ¿qué dictamina, propósito, objetivo?
  - ¿Argumentos (políticos y/o científicos)?
  - ¿considera estrategia? ¿para qué?
  - ¿vigente actualmente?
- Discurso Occidente vs Centro de México
  - ¿hay rivalidades entre hacer arqueología entre ambas zonas?
  - ¿qué se disputa?
  - ¿por qué la separación (política, económica, ideológica) con investigaciones en otras áreas (Valle de México, Mayas, otras)?

#### “Enemigos del sitio”: saqueadores y agricultores

- Manejo del arqueólogo
  - ¿relaciones con sectores contrarios (“enemigos”)?
  - ¿apoyos y obstáculos de los “enemigos”?
  - ¿problemas más frecuentes? ¿soluciones?
- ¿manejo con las autoridades?
  - ¿resultados?
  - ¿ha habido proyectos dirigidos a disminuir el impacto de los enemigos?

- ¿apoyo de sectores sociales?

Sub-variable: recurso cultural

Relación entre sub-variables, priorización

- ¿se proyectó su uso como recurso gestionable desde los inicios?
  - ¿razones para abrirlo al público? (metas públicas y privadas)
  - ¿cuándo se estimó que podría ser abierto a sitio?
- Además de la musealización
  - ¿qué otros aspectos se estimaron para su uso como recurso cultural?
  - ¿quiénes definieron estos aspectos?
  - ¿cuáles se ejecutaron? cuáles no? (razones, motivos, argumentos)
- ¿Qué otras figuras de protección posee?
  - ¿quién les promovió? ¿apoyos - obstáculos?
  - ¿qué figura debería tener? ¿razones?
  - ¿quiénes (individuales y colectivos) promovieron estas figuras o formas de protección?

Trabajos en el sitio y figura de Zona Arqueológica

- ¿Argumentos para “usos” del sitio?
  - ¿coherencia con objetivos del proyecto?
- “Zona de Monumentos Arqueológicos”
  - ¿objetivos generales, específicos del PAT?
  - ¿otros objetivos?
  - ¿quién impulsa la iniciativa?
  - ¿apoyo-obstáculos?
  - ¿cuándo se solicita, ante quién?
  - ¿proceso de definición?
  - ¿cuándo se otorga?
- ¿es realmente una forma de proteger?
  - ¿cómo funciona?
  - ¿qué beneficios-contras ha tenido?

Proceso de definición de gestión, actores y competencias

- Desde los inicios ¿cómo se comprendió la gestión como recurso cultural?
  - ¿quién o quiénes plantearon actuaciones para su gestión o manejo?
  - ¿apoyos - obstáculos? (actores individuales y colectivos)
- Mecanismos de gestión
  - ¿Actores colectivos e individuales?
  - ¿competencias?

## Proceso de inclusión en el Paisaje Agavero

- Momentos
  - ¿ideas primarias? inicios
  - ¿proyectos primeros?
  - ¿Cuándo comienza?
  - ¿Declaratoria? Anuncio
  - ¿Condiciones de la declaratoria?
  - ¿Otros comentarios?
- Actores
  - Actores académicos ¿Quiénes? ¿rol de los arqueólogos?
  - Actores institucionales (públicos) ¿Quiénes?
  - Actores económicos (privados) ¿Quiénes?
  - Actores sociales (organizados) ¿Quiénes?
  - Otros actores ¿Quiénes?
- Procedimientos
  - ¿Cuáles? ¿Instancias?
  - ¿seguimiento?
  - Coordinación del proceso de postulación
  - ¿Equipo? ¿Apoyo? ¿rol de los arqueólogos?
  -
- Resultados
  - ¿sucedieron los planificados?
  - ¿cambios en las condiciones? ¿de parte de qué actores?
  - ¿opinión de los arqueólogos?

## Relación entre actores, sectores

- Actores académicos (COLMICH, otros)
  - ¿relaciones con otros actores?
  - ¿resultados? ¿apoyos - obstáculos?
- Actores institucionales (públicos)
  - ¿relaciones con otros actores?
  - ¿resultados? ¿apoyos - obstáculos?
- Actores económicos (privados)
  - ¿relaciones con otros actores?
  - ¿resultados? ¿apoyos - obstáculos?
- Actores sociales (organizados)
  - ¿relaciones con otros actores?

- ¿resultados? ¿apoyos - obstáculos?
- Otros actores
  - ¿relaciones con otros actores?
  - ¿resultados? ¿apoyos - obstáculos?

#### Beneficios concretos y difusos

- propuestos
  - ¿alcances?
  - ¿en proceso?
  - ¿descartados o abandonados?
  - ¿apoyos - obstáculos?
- obtenidos
  - ¿cómo fueron evaluados por grupos de actores?
  - ¿Han significado “logros” de acuerdo a objetivos planteados?
  - ¿articulación con Proyecto Arqueológico Teuchitlán, Centro de Interpretación Guachimontones, ¿otros?
  - ¿apoyos - obstáculos?

## ***Guion entrevistas: funcionarios***

### Presentación

La siguiente entrevista pretende recabar toda la información necesaria sobre los diferentes momentos y procesos articulados con la actual Zona Arqueológica Los Guachimontones, detallando los aspectos que pueden considerarse relevantes para considerar la actuación sobre el sitio a manera de formas de activar el pasado material (puesta en valor), considerando el desarrollo formal e informal de los proyectos en la zona, así como actores (individuales y colectivos) que incidieron en ello, dando importancia a su procedencia institucional y etapas en las que participaron.

Deseamos pues reconstruir este proceso de activación a través de los niveles de utilidad de la zona: desde conformarse como registro arqueológico hasta su definición formal como recurso cultural.

### Parte I. Variable: Activación del Pasado Material

#### Sub-variable: Selección

#### Hallazgo del sitio arqueológico

- ¿Quién consigue/descubre el sitio?
  - ¿Cómo se supo del sitio?
  - ¿Quién o quiénes le informaron?
  - ¿Propietario(s)?
- ¿En qué fecha se conoce/visita por primera vez?
  - ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se supo hasta que se visitó?
- ¿Importancia para la comunidad?
  - ¿Algún otro actor o colectivo social o individual estaba interesado en el sitio?
- ¿Qué actividad se realizaba allí?
  - ¿Quién o quiénes?

#### Delimitación del sitio arqueológico: límites espaciales y temporales

- Primeras visitas formales al sitio



- ¿Quiénes le visitan? (organismos)
- Estrategias sobre el sitio. Prospecciones y recorridos
  - ¿Estudios?
  - ¿Financiamiento?
- Primeras conclusiones
  - ¿Información obtenida?
  - ¿Difundida?
- Límites físicos del sitio
  - ¿cuándo se establecieron por primera vez?
  - ¿criterios o argumentos?
  - ¿han variado? ¿Razones? (científicas, políticas administrativas)
  - ¿articulación con límites actuales? ¿concordancia con los establecidos por la declaratoria UNESCO?

#### Selección y exclusión del sitio: argumentos (científicos, administrativos, técnicos, políticos)

- ¿Criterios para delimitación?
  - ¿Quién o quiénes definen?
  - Científicos ¿perspectiva y argumentos? ¿quién presenta el proyecto?
  - Administrativos, presupuestarios ¿cómo influyó en la delimitación del sitio? ¿Instituciones, actores que apoyaron?
- ¿Hubo quien se opusiera?
  - ¿Quiénes?
  - ¿Razones?
  - ¿Cómo se argumentaron estos?
- ¿Qué se excluyó dentro de los límites del sitio?
  - ¿Razones?
  - ¿Quién estableció estas razones? (considerar diferentes momentos en límites del sitio)

#### Importancia del sitio en la historia local y regional, argumentos esgrimidos desde la academia y la función política

- ¿Qué mencionan las comunidades cercanas sobre el sitio?
  - ¿Se registró sistemáticamente el impacto social sobre sectores sociales? ¿Quién?
  - ¿Qué representaba para diferentes sectores comunitarios?
- ¿Tuvo algún rol en la historia de Teuchitlán o Jalisco?
  - ¿En qué momento?
  - ¿Quién señala o establece esta relación?
- ¿Hubo o había proyectos sobre el sitio? (diferentes a los arqueológicos presentados por Weigand y siguientes)

- ¿Quiénes le impulsan?
- ¿Objetivos?
- ¿Se procuraron ejecutar? Resultados
- Niveles de gobierno
  - ¿interés? ¿en qué aspecto?
  - ¿peticiones o exigencias? (considerando trayectoria histórica)
  - ¿conocimiento e interés en el sitio antes de primeros trabajos sistemáticos (1999 y posteriores)?
  - ¿Proyectos, pretensiones de actuación?
  - ¿planes, proyectos o ideas ejecutadas?

### Pervivencia e identidades

- ¿A quién pertenecen los vestigios del sitio arqueológico?
  - ¿Legado de quién para quién? ¿argumentos?
- ¿Han sido reclamados por alguien?
- ¿Importancia en la historia local?
  - ¿En la historia regional?
  - ¿Estadal?
  - ¿Nacional?
  - ¿Internacional?
- ¿Rol de los arqueólogos del proyecto?
  - ¿Argumentos, razones (metas públicas y privadas)?
- ¿Hubo alguna propuesta que articulara las sociedades actuales con las pasadas?
  - ¿Quiénes? argumentos
  - ¿resultados?
  - ¿se mantiene, ha variado, no existe formalmente?

Sub-variable: Ordenación

### Tratamiento de datos: campo y laboratorio

- ¿Financiamiento?
- ¿Información relevante?

### Tradición como concepto/modelo arqueológico vs culturas

- N/A

### Definición de límites para el tratamiento histórico

- ¿La tradición Teuchitlán, está dando respuestas a un “vacío” histórico con necesidad de ser llenado?

- ¿Por qué? (superando el hecho de “conocer por conocer”)

### Procesos burocráticos y articulación con el trabajo arqueológico

- Restauración
  - ¿quién lo realiza?
  - ¿proveniencia de los fondos?
  - ¿Proyecto articulado?
  - ¿Supervisión?
  - ¿Rol del COLMICH, INAH, Gobernación de Jalisco, Municipalidad de Teuchitlán, Tequileros, otros actores?
- Relación INAH
  - ¿Proceso de catalogación del sitio y materiales?
  - ¿Investigaciones en el sitio?
  - ¿Proyectos en el sitio?
  - ¿Gestión del sitio? ... Acuerdos y desacuerdos
- COLMICH
  - ¿Razones por las que asume el manejo del sitio?
  - ¿Quién propone?
  - dificultades, manejo de la situación
  - ¿Situación legal actual?
  - ¿Amenazas en la pérdida de competencias?
- Gobernación de Jalisco
  - ¿Situación respecto a manejo y recursos?
- Proyecto Arqueológico Teuchitlán - Centro de Interpretación Guachimontones
  - ¿Articulación formal y no formal?
  - ¿Forma de trabajo e intercambio de información?
  - ¿Manejo conjunto de algunos ámbitos?
  - ¿Rendición de cuentas?

### Sub-variable: Interpretación

#### “Descubrimiento”

- ¿Se “descubre” el sitio?
  - ¿Quién (o quiénes) se considera “descubridor”?
  - ¿Se reconoce a el/los personajes como “descubridores”?
  - ¿Ganó o ganaron relevancia como “descubridores”? ¿En qué contexto o espacio?
  - ¿Detractores?
- Figura de Phil Weigand

- ¿Cuál es su importancia?
- ¿Dificultades / ventajas por no ser arqueólogo?
- ¿Dificultades / ventajas por ser extranjero?
- ¿Otros actores relevantes durante la etapa de “descubrimiento”?
  - ¿Participación?
  - ¿Actualmente cómo se relacionan con el sitio?
- ¿Papel del COLMICH en el contexto de descubrimiento? (colectivo e individualidades)

#### Cambio y sustitución en el discurso histórico

- ¿Modificó la “historia” de la zona?
  - ¿Alcance? (local, regional, estatal, nacional, pan-nacional)
- Musealización. Discurso
  - ¿Quién lo define?
  - ¿Propósito y alcance?
  - ¿Cómo se ha evaluado el impacto de la musealización en los niveles históricos?
  - ¿Se puede demostrar su incidencia, más allá de la arqueología académica? (fuentes de información).

#### Patrimonio y comunidad ¿patrimonio de quién?

- ¿De quién son estos vestigios?
  - ¿Bajo qué argumentos consideran esa “propiedad”?
  - ¿Quién debe definir esta vinculación?
  - ¿Es posible que los vínculos sean espontáneos o alejados de influencias académicas-políticas?
  - ¿Es este el caso?
- ¿Indicios de pervivencia para la tradición Teuchitlán?
  - ¿Cuáles, quién los determina?
  - Caso contrario, ¿quién desestima la pervivencia?
  - ¿argumentos?
- Sin pervivencia ¿Quiénes son los legatarios?

#### Patrimonio arqueológico vs monumento arqueológico

- N/A

#### Zona Arqueológica. Proceso de definición

- Figura legal de Zona Arqueológica
  - ¿Cuándo se otorga?
  - ¿Quién?

- ¿Criterios?
- ¿Se solicitó o se otorgó?
- ¿Pros - Contras? (para investigación, musealización, gestión, otros)
- Relación INAH - COLMICH
  - ¿Acuerdos / desacuerdos?
  - ¿actores (individuales y colectivos) importantes?
  - ¿Intentos posteriores por cambiar acuerdos? ¿Quién los motiva? ¿Propósito?
  -

#### Paisaje Cultural. Posibilidades a partir del trabajo arqueológico en el sitio

- Declaratoria UNESCO
  - ¿Cuándo comenzó la idea de una declaratoria?
  - ¿Quién fue el primero?
  - ¿Qué razones expuso?
  - ¿Actores involucrados?
  - ¿Quiénes NO fueron llamados a participar?
  - ¿Quiénes NO desearon participar?
- Papel de la arqueología
  - ¿Articulación con los arqueólogos para postulación?
  - ¿quién convocó?
  - ¿Quién acudió? razones dadas o recibidas
- ¿Papel del INAH?
- ¿Entes estatales (Jalisco) o locales (Teuchitlán) relacionados a la arqueología, historia, patrimonio?
- ¿Participación del PAT?
  - ¿áreas o espacios de participación?
  - ¿Hubo líneas o directrices acordadas?
- ¿Otros actores?: políticos, comunitarios, económicos, académicos
- ¿Cómo se articula el paisaje agavero con la zona arqueológica?
  - ¿importancia del uso antiguo/actual del agave?
  - ¿Hay una relación “real”?
- ¿Papel de los tequileros?
  - ¿razones para participar?
  - ¿Turismo?

Sub-variable: formas no oficiales

\*\*\*Referir a respuestas sobre “sitio arqueológico” y “patrimonio” (general)

Autoridad

- ¿Arqueología: responsabilidad y/o únicos capacitado para establecer formas de actuar sobre el pasado?

Sub-variable: formas oficiales

\*\*\*Referir a respuestas sobre “zona arqueológica”, “paisaje cultural”, “patrimonio arqueológico”

Autoridad

- ¿Arqueología: responsabilidad y/o únicos capacitado para establecer formas de actuar sobre el pasado?

---

Parte III. Variable: Elementos del Discurso Patrimonial Autorizado

Sub-variable: registro arqueológico

La comunidad científica

- ¿“Descubrimiento” y descubridores?
  - ¿Se “descubre” el sitio?
  - ¿Quién (o quiénes) se considera “descubridor”?
  - ¿Cuándo se “descubre”?
  - ¿Pugnas entre “descubridores”?
  - ¿Pugnas por “descubrimiento”?
- Figura de Phil Weigand
  - ¿cómo se inicia la definición de la zona como sitio arqueológico?
- ¿planteamiento ante instancias académicas (COLMICH, ENAH, INAH)?
  - ¿Apoyo ofrecido - obtenido?
  - ¿obstáculos?
- ¿postura actual de instancias académicas sobre control del registro arqueológico - investigaciones (posibilidades)?
- ¿postura actual de comunidad académica principal - COLMICH - posibilidades?
- Trabajos en el sitio, sus objetivos académicos y pretensiones sobre figuras de “patrimonio arqueológico” y “zona arqueológica”
  - ¿Quiénes definieron formas?
  - ¿unilateral o bilateral?
  - ¿objetivos del proyecto sobre el registro, correspondieron a proyectos de apertura o gestión del sitio?

### Administración y gestión de los recursos

- ¿Quiénes solicitaron custodia del sitio? (argumentos)
  - ¿quiénes estaban interesados en estudios sobre el sitio?
- ¿Manejo político con autoridades y comunidades?

### Discurso arqueológico y difusión, posibilidades, encuentros y desencuentros

- ¿Manejo respecto a información y difusión del sitio? (primeras etapas)
  - ¿Apoyo de medios?
- Hacia qué dirección debe enfocarse el proyecto en el sitio
  - Teóricamente y metodológicamente
  - ¿aspectos históricamente planteados? superados, declinados ¿cómo se atendieron?
  - ¿aspectos que requieran atención urgente?
- relaciones y posibilidades con la función pública (local, estatal y nacional)
  - ¿actores interesados?
  - ¿actores incorporados?
  - ¿argumentos para su incorporación (regulatorio, financiera, política)?
  - ¿Manejo a través del tiempo?
  - ¿Aliados consecuentes?
  - ¿Apoyos - obstáculos?
- Sobre impacto social
  - ¿Se planteó usos sociales?
  - ¿desde qué momento del proyecto? ¿cuáles? trayectoria histórica de estos
  - ¿instrumentos propuestos para seguimiento?
  - ¿existieron perspectivas diferentes sobre impactos a grupos sociales? ¿Apoyo - obstáculos?
  - ¿relaciones de actores sociales (comunitarios) con el sitio arqueológico durante investigaciones?

Sub-variable: entidades con autoridad

### Apertura de sitios arqueológicos. Necesidades, finalidades

- ¿Objetivo de la investigación-proyectos es abrir sitios? ¿por qué si-no?, ¿para quienes?
- ¿Quiénes solicitan abrir sitios?
- ¿beneficios para arqueólogos - arqueología?
- ¿beneficios para comunidades?
- ¿otros beneficiados?
- ¿relación de beneficios de otros actores vs arqueólogos - arqueología?

### Arqueología, identidad nacional vs identidades subalternas

- Reivindicaciones
  - ¿propuesta de reivindicaciones identitarias para Teuchitlán?
  - ¿propuesta de reivindicaciones identitarias para Jalisco?
  - ¿Es labor de la arqueología?
- ¿hay pervivencia sociocultural?
  - ¿cómo manejar la si-no pervivencia?
  - ¿quiénes?
  - ¿hay que conectar a los actuales habitantes con las sociedades que habitaron el sitio?  
¿por qué?
- ¿rol del arqueólogo/arqueología de Jalisco/arqueología de México/arqueología en general, respecto a las identidades?
  - ¿cómo se debe manejar este aspecto desde trabajos en el sitio?
  - ¿Quién lo hace o debería hacerlo?
  - ¿beneficios concretos? ¿difusos?

### Arqueología, divulgación y difusión

- Discurso arqueológico, divulgación, espacios de divulgación y alcances
  - ¿cómo ha sido -en general- la forma de divulgación del proyecto? ¿apoyos - obstáculos?
  - ¿quiénes lo han hecho?
  - ¿se propuso la existencia de un discurso homogéneo? ¿libertad de publicación?
  - ¿manejo entre divergencias?

### “Enemigos del sitio”: saqueadores y agricultores

- Manejo de los arqueólogo
  - ¿relaciones con sectores contrarios (“enemigos”)?
  - ¿apoyos y obstáculos de los “enemigos”?
  - ¿problemas más frecuentes? ¿soluciones?
- ¿manejo con las autoridades?
  - ¿resultados?
  - ¿han habido proyectos dirigidos a disminuir el impacto de los enemigos?
- ¿apoyo de sectores sociales?

Sub-variable: recurso cultural

### Relación entre sub-variables, priorización

- ¿se proyectó su uso como recurso gestionable desde los inicios?
  - ¿razones para abrirlo al público? (metas públicas y privadas)



- ¿cuándo se estimó que podría ser abierto a sitio?
- Además de la musealización
  - ¿qué otros aspectos se estimaron para su uso como recurso cultural?
  - ¿quiénes definieron estos aspectos?
  - ¿cuáles se ejecutaron? cuáles no? (razones, motivos, argumentos)
- ¿Qué otras figuras de protección posee?
  - ¿quién les promovió? ¿apoyos - obstáculos?
  - ¿qué figura debería tener? ¿razones?
  - ¿quiénes (individuales y colectivos) promovieron estas figuras o formas de protección?

#### Trabajos en el sitio y figura de Zona Arqueológica

- ¿Argumentos para “usos” del sitio?
  - ¿coherencia con objetivos del proyecto?
- “Zona de Monumentos Arqueológicos”
  - ¿objetivos generales, específicos del PAT?
  - ¿otros objetivos?
  - ¿quién impulsa la iniciativa?
  - ¿apoyo-obstáculos?
  - ¿cuándo se solicita, ante quién?
  - ¿proceso de definición?
  - ¿cuándo se otorga?
- ¿es realmente una forma de proteger?
  - ¿cómo funciona?
  - ¿qué beneficios-contras ha tenido?

#### Proceso de definición de gestión, actores y competencias

- Desde los inicios ¿cómo se comprendió la gestión como recurso cultural?
  - ¿quién o quiénes plantearon actuaciones para su gestión o manejo?
  - ¿apoyos - obstáculos? (actores individuales y colectivos)
- Mecanismos de gestión
  - ¿Actores colectivos e individuales?
  - ¿competencias?

#### Proceso de inclusión en el Paisaje Agavero

- Momentos
  - ¿ideas primarias? inicios
  - ¿proyectos primeros?
  - ¿Cuándo comienza?

- ¿Declaratoria? Anuncio
- ¿Condiciones de la declaratoria?
- ¿Otros comentarios?
- Actores
  - Actores académicos ¿Quiénes? ¿rol de los arqueólogos?
  - Actores institucionales (públicos) ¿Quiénes?
  - Actores económicos (privados) ¿Quiénes?
  - Actores sociales (organizados) ¿Quiénes?
  - Otros actores ¿Quiénes?
- Procedimientos
  - ¿Cuáles? ¿Instancias?
  - ¿seguimiento?
  - Coordinación del proceso de postulación
  - ¿Equipo? ¿Apoyo? ¿rol de los arqueólogos?
- Resultados
  - ¿sucedieron los planificados?
  - ¿cambios en las condiciones? ¿de parte de qué actores?
  - ¿opinión de los arqueólogos?

#### Relación entre actores, sectores

- Actores académicos (COLMICH, otros)
  - ¿relaciones con otros actores?
  - ¿resultados? ¿apoyos - obstáculos?
- Actores institucionales (públicos)
  - ¿relaciones con otros actores?
  - ¿resultados? ¿apoyos - obstáculos?
- Actores económicos (privados)
  - ¿relaciones con otros actores?
  - ¿resultados? ¿apoyos - obstáculos?
- Actores sociales (organizados)
  - ¿relaciones con otros actores?
  - ¿resultados? ¿apoyos - obstáculos?
- Otros actores
  - ¿relaciones con otros actores?
  - ¿resultados? ¿apoyos - obstáculos?

#### Beneficios concretos y difusos

- propuestos
  - ¿alcances?
  - ¿en proceso?
  - ¿descartados o abandonados?
  - ¿apoyos - obstáculos?
- obtenidos
  - ¿cómo fueron evaluados por grupos de actores?
  - ¿Han significado “logros” de acuerdo a objetivos planteados?
  - ¿articulación con Proyecto Arqueológico Teuchitlán, Centro de Interpretación Guachimontones, otros?
  - ¿apoyos - obstáculos?